

TESTIMONIO MORTAL

LA NUEVA
SENSACIÓN DEL
THRILLER
NÓRDICO

UN PUEBLO IDÍLICO. UNA RECIÉN LLEGADA. UN CRIMEN
Y DEMASIADOS SOSPECHOSOS.

ANNA BÅGSTAM

mī

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Situado a orillas del mar Báltico, Lerviken es el idílico pueblo pesquero en el que Harriet Vesterberg solía pasar los veranos de su infancia. Décadas más tarde, Harriet abandona su trabajo como investigadora civil en Estocolmo y una relación tormentosa, y regresa a Lerviken para trabajar con la policía local y estar cerca de su padre enfermo. Menos de veinticuatro horas después, el cuerpo de Laura Andersson aparece brutalmente apuñalado y con los párpados abiertos, pegados con cinta adhesiva. Empieza así una frenética carrera contrarreloj para encontrar a un asesino imparable. Cuando empieza a investigar por su cuenta, Harriet verá su vida amenazada a la vez que la red de mentiras que envuelve el caso se hace cada vez más densa. ¿Puede el asesino ser alguien a quien ella conoce?

TESTIMONIO MORTAL

Anna Bågstad

Traducción de Pontus Sánchez

mī

Domingo, 27 de agosto de 2017

Margareta debe de estar loca. ¿En serio espera que Harriet empiece en su nuevo trabajo un domingo? ¿Desde cuándo los investigadores civiles trabajan en fin de semana? Vuelve a leer el SMS.

Margareta: Harriet, he intentado llamarte antes, pero tu teléfono parece estar apagado. ¿Podrías venir mañana mismo?
Saludos, Margareta Bladh.

El SMS lo envió a las 22.37 horas el sábado. «O bien su nueva jefa es una adicta al trabajo, o bien lo de trabajar en fin de semana se ha vuelto normal en la provincia de Skåne desde la reorganización que se hizo del cuerpo de policía», piensa Harriet, y guarda el teléfono en el bolso.

Es temprano por la mañana y el banderín en el asta de la vecina Yvonne revolotea por el viento. En el mar se ven rizos blancos y el aire que entra desde el puerto arrastra un leve aroma a algas. Harriet cierra la puerta con cuidado y se aleja tranquilamente por el camino de piedra del jardín. Oye un chasquido al abrir el Saab gris plateado que hay aparcado en la puerta del garaje y echa un último vistazo hacia la casa de piedra encalada de su padre.

Antaño había sido una pequeña cabaña de pescadores, pero a medida que la familia fue creciendo, se amplió hasta convertirse en la tradicional casa alargada tan típica del sur del país. Negra y blanca, destaca sobre el prado verde, y está ubicada justo donde la pendiente de la colina se encuentra con la playa. Las malvarrosas que crecen casi hasta la cumbre del tejado ocultan las ventanas, pero Harriet puede ver que dentro la luz aún sigue apagada. Ni su padre, Eugen, ni el pastor alemán, *Kato*, están despiertos.

Vuelve a sacar el móvil. Qué mala suerte que su futura jefa no la haya podido localizar... Las antenas de telefonía casi nunca tienen alcance suficiente para Lerviken, donde vive Eugen, por lo que la cobertura va y viene. Se pueden enviar mensajes, pero las llamadas casi nunca llegan. «No es nada que nos preocupe aquí en el pueblo», suele decir Yvonne con un gesto cariñoso con la cabeza hacia Eugen mientras toman el café de la tarde en el jardín, disfrutando del final del verano. Yvonne lleva viviendo en la casa de ladrillo roja de al lado de la de Eugen desde que Harriet tiene memoria, pero aún no ha cumplido los cincuenta. Debía de ser muy joven cuando Harriet era pequeña, pero siempre le había parecido mucho mayor que su propia madre, Jorun. Tal vez porque Yvonne siempre decía cosas que les suelen gustar a las personas mayores. «Aquí llevamos una vida tranquila, Eugen, yo y todos los demás. En Lerviken frenamos en lugar de acelerar cuando el semáforo se pone ámbar.»

En cuanto sale a la carretera comarcal pisa el acelerador a fondo y deja atrás el pequeño poblado. Dentro de un cuarto de hora estará en la comisaría de Landskrona.

Los campos de cultivo se extienden hacia el interior, y entre las parcelas se pueden vislumbrar las granjas que asoman en pequeñas arboledas. Los campos están cosechados y el paisaje recuerda a una manta de *patchwork*. Harriet toma el desvío hacia la carretera nacional que va por la costa. El litoral está decorado con pueblos pesqueros. Ålabodarna, Sundvik y Borstahusen. Y también Lerviken, que recibe su nombre de la cantera de arcilla que alimentaba a las fábricas de ladrillos durante el siglo pasado. Hoy, el único recuerdo que queda de aquellos tiempos son los fosos profundos llenos de agua.

«Éste es el lugar más bonito del mundo, tal vez de todo el universo», piensa Harriet. Ha tomado la decisión correcta. Por un instante, su mirada se aparta de la línea blanca central de la carretera y deja que se pasee por los valles cubiertos de hierba que va dejando atrás. Ve algunas vacas marrones y blancas pastando, y en el horizonte, en medio del estrecho ondulante, se asoman los molinos de viento y el perfil del puente que cruza a Dinamarca.

La apuesta de la región sur por los investigadores civiles fue una oportunidad para ella de poder trabajar con algo diferente de los allanamientos de morada y

de los jóvenes descarriados, que era a lo que se había dedicado en Estocolmo. Desde que, para gran decepción de Eugen, había abandonado la carrera de Derecho y había empezado a estudiar Sociología, sentía que tenía que demostrar que era capaz de alcanzar sus objetivos. Aunque nunca llegue a ser catedrática como su padre, un puesto de investigadora civil en Landskrona es un paso adelante. Incluso algo de lo que él podrá sentirse orgulloso. Además, le brinda la posibilidad de pasar los próximos seis meses en el pequeño pueblo pesquero de Öresund que tanto le gusta.

«Me habría enfadado contigo si hubieses dicho que no. No cabe la menor duda de que esto conducirá a algo que me dará una envidia monumental, y además nos podremos ver más a menudo», había dicho Lisa. Harriet sonríe al recordarlo. A Lisa le encantan los hombres con uniforme. Ahora está instalada en Malmö, después de haber vendido su piso de Estocolmo para irse a vivir con un hombre bastante extravagante con quien tuvo una cita maratónica de exactamente sesenta y siete horas durante el fin de semana del solsticio de verano.

Harriet no es para nada igual de aventurera, pero de todos modos se siente valiente, aunque Lerviken no sea algo nuevo para ella. Pasaba aquí todos los veranos de su infancia. Los últimos años no ha ido demasiado, pues cada verano su hermano Paul ha ocupado la casa durante diez semanas junto con su esposa, Eva-Lena, y sus tres hijos. Y al fin Harriet ha desistido, después de haber dedicado varias semanas preciadísimas de vacaciones a saltar por encima de manguitos y flotadores repartidos por todo el césped de delante de la casa, de haber visto las cenas interrumpidas con el «ya estoy, ven a limpiarme» de los niños y de haber sido explotada como canguro. Es cansino ser siempre la tía divertida y despreocupada que no tiene ni novio ni trabajo fijo, y que encima tiene mal carácter.

«Pero ahora estoy aquí», piensa. Además, Paul y ella se han puesto de acuerdo en que estaría bien que alguien pudiese pasar un tiempo con Eugen. «Cuando un padre se acerca a los ochenta, alguien tiene que echarle una ojeada», había dicho su hermano. Y estaba claro que este alguien era Harriet. Él, por su

parte, se había largado a Bali con la familia, endosándole el perro a su padre. Paul siempre hace lo mismo, pone algo en marcha y luego se larga.

«Creo que un animal de compañía es justo lo que Eugen necesita, así no estará solo», había argumentado, como si lo hiciese por el bien de su padre. Harriet casi puede oír la voz de su cuñada en las palabras de Paul cuando llama al padre por su nombre de pila. Pero Harriet sabe que no se trata de Eugen. Está bastante segura de que Paul necesita irse de viaje para arreglar su matrimonio. Y alguien tendrá que cuidar del maleducado pastor alemán, al que nunca le han dedicado el tiempo suficiente. Mueve las manos sobre el volante y reduce la velocidad. El pensamiento le produce remordimientos. Su hermano tiene buen corazón, pero a veces parece que su única obligación es Eva-Lena y los niños, y que el tiempo libre de Harriet queda en segundo plano por el hecho de no tener familia.

Gira por la calle del ayuntamiento y aparca el Saab delante de la pizzería que está enfrente de la comisaría de Landskrona. Las hermosas casas de finales del siglo XIX, los ladrillos rojos y los trolebuses le producen siempre a Harriet una sensación casi exótica.

Baja la visera del coche y se mira en el espejito. Los rizos morenos se le han enredado y la punta de la nariz está sonrojada por el viento. Desearía que la cara que ve reflejada tuviese más autoridad, pero no hay nada que hacer. Casi veintinueve años y aún tiene la cara redonda de una adolescente, igual que los muslos.

El móvil da un tintineo y Harriet se abalanza sobre él. Mensaje de Lisa.

Lisa: Bienvenida al sur, Harry, suerte con el trabajo nuevo. Cruzo los dedos para que la comisaría esté llena de buenorros.
Dime cosas en cuanto puedas.

Harriet suelta una risita. La imagen que Lisa se hace de los policías es que llevan los brazos tatuados, comen siempre hamburguesas y, sobre todo, no tienen reparo en usar las esposas también en privado. «*What's not to love*», habría dicho Lisa. Tiene que intentar acordarse de llamarla antes de meterse de nuevo en la penumbra telefónica de Lerviken. Mientras, le envía un mensaje.

Harriet: Gracias, ¿tú crees que el entreno de floorball lo harán en uniforme o jugarán a pecho descubierto?

Sabe que Lisa se reirá con ese mensaje.

Harriet se pone bien los tejanos y sale del coche. Ha llegado el momento.

Las puertas grandes y oscuras de cristal de la comisaría de policía no tienen timbre. Con mano temblorosa, marca el número de Margareta. Tras un tono de llamada, la jefa contesta con una voz áspera.

—Ahora mismo bajo y abro.

Unos segundos más tarde aparece al otro lado del cristal una mujer de mediana edad vestida de negro. No es para nada como Harriet se la había imaginado. Se esperaba una persona rubia y atlética. Margareta es alta y delgada, y lleva el pelo gris cortado en una media melena atrevida. No es para nada el tipo de persona que compra las pastas de dos en dos —una para comérsela en el acto y la otra para disfrutar del sabor—. Es como si Harriet pudiese oír el envoltorio de plástico vacío que sabe que está escondido en el fondo de su bolso tras el viaje en tren del día anterior. Margareta la saluda con un apretón de manos firme y Harriet puede apreciar unas uñas sin pintar pero bien cuidadas. Harriet retira rápidamente su mano esperando que Margareta no note el pintaúñas rosa claro descascarillado en las suyas. Debería habérselo quitado, pero en casa de Eugen no había quitaesmalte.

—Qué bien que hayas podido empezar de inmediato. Esto es un caos desde que hicieron la reorganización y, claro, luego pasa lo que pasa. Toca acostumbrarse —dice Margareta a toda prisa mientras guía a Harriet por un pasillo de oficinas oscuro por detrás de la recepción—. Lena, que se ocupa del mostrador, te ayudará mañana con la tarjeta de acceso y todas esas cosas —prosigue mientras avanzan—. Pero tal vez se lo tengas que recordar. Es una de esas personas que la lían cuando piensan.

Harriet no tiene tiempo de responder, pero se da cuenta de que la pantalla del ordenador de Lena está repleta de notas en diferentes colores.

—Ayer por la noche, la policía que estaba de guardia recibió el aviso del hallazgo de un cuerpo. Quiero que estés en el caso desde el principio —continúa Margareta, observándola mientras habla—. Vamos cortos de personal, y lo que antes recaía en los investigadores especiales de Malmö ahora nos toca hacerlo a nosotros a nivel local. Si pasa algo, tenemos que estar preparados, no hay más. Aunque sea en fin de semana. He llamado a otro inspector, pero no podía venir hasta después de comer.

Llegan a una salita de descanso amueblada con mesas de abedul y sofás tapizados con una tela lila jaspeada, típica de los años noventa. Margareta saca enseguida un vaso de cartón y le pasa otro a Harriet antes de seguir hablando acerca de la reorganización del cuerpo policial. La máquina de café hace tanto ruido que Harriet apenas puede oír lo que Margareta le dice.

—¿Qué experiencia tienes? —pregunta cuando la máquina se queda en silencio—. No formé parte del reclutamiento, así que me lo tendrás que explicar tú misma.

—Soy socióloga. He trabajado con adolescentes y familias en situación de precariedad, y también con delitos leves —responde Harriet rápidamente mientras se recoloca el jersey, que se le ha subido bajo la cazadora. Tal vez debería comentar que ha estudiado Derecho y que su padre es catedrático de Derecho Civil, y por tanto tiene algo de conexión con la justicia. A lo mejor habría sonado bien.

Margareta toma un sorbo de café. Se le forman muchas arrugas alrededor de la boca cuando bebe.

—Me refería a tu experiencia investigando delitos, en la universidad no te enseñan a resolver crímenes. ¿Has participado alguna vez en algún caso de homicidio?

Harriet toquetea un poco el vaso.

—No, pero llevo casi tres años trabajando como investigadora civil —consigue decir al final.

«Y soy valiente, observadora y analítica», le habría gustado añadir, porque es lo que solía decir su anterior jefe. Algo que es más importante que el derecho.

La cara de Margareta permanece impassible.

—Ven, vamos a mi despacho. El tuyo aún no está listo. Montaremos aquí una sala especial para el caso, a menos que al final lo cojan en Malmö, cosa que dudo. Todos los recursos están destinados a los tiroteos —dice de forma escueta, y sigue caminando por el pasillo, delante de Harriet, hacia la única puerta que hay, que da a una habitación con la luz encendida.

La estancia es amplia. Un escritorio, dos librerías repletas de carpetas, un sillón y un sofá. Sobre este último cuelga un cuadro que representa la ciudadela de Landskrona. Margareta se sienta al escritorio e indica a Harriet con la cabeza que se instale en la silla de enfrente.

—Podemos hablar más durante la comida, si nos da tiempo. No me van las trivialidades. Te voy a poner al día sobre el caso de inmediato —prosigue. Enciende el ordenador y añade—: No esperaba que fueras tan joven.

Harriet cruza las piernas y se apoya en los reposabrazos. Es difícil encontrar una postura que sea cómoda en esa silla de visitas tan dura.

—Ayer por la noche encontraron el cuerpo de una mujer en una granja en las afueras de Landskrona. Fueron los servicios de atención domiciliaria los que dieron el aviso. Nadie los abrió al llamar al timbre, y cuando vieron que la comida seguía colgando de la puerta sospecharon que algo había pasado y dieron una vuelta por la finca para echar un vistazo. Estaba tumbada en los establos. Al parecer la habían matado de una paliza. La Científica está allí en este momento. Les he pedido permiso para ir a verlos.

Harriet carraspea un poco. Hace diez minutos que Margareta y ella se conocen y ya está involucrada de pleno en un caso de homicidio.

—Aún no hemos informado ni a los medios ni al marido de la víctima. Según el padrón, vive en la granja, pero no lo han visto. Tiene unos setenta años. He conseguido que el testigo del servicio de atención domiciliaria no diga nada, al menos hasta el lunes. Es importante que esto no salga a la luz.

Mientras habla, la mirada de Margareta reposa sobre el cuadro que cuelga por encima de la cabeza de Harriet.

—Las primeras veinticuatro horas son determinantes para que consigamos encontrar al culpable. Casi siempre es alguien cercano a la víctima, y si el maltrato tiene lugar en el domicilio, el marido suele ser el culpable en el ochenta

por ciento de los casos. Pero seguro que eso ya lo has estudiado, al igual que todo el mundo. En primer lugar, quiero aclarar esto lo antes posible para ahorrarnos la injerencia de otros —continúa Margareta—. El fiscal de guardia ha pedido que interroguemos al marido, pero no tenemos ni idea de dónde está. Han enviado un SMS con número oculto a su móvil, pero no lo ha recibido. Es probable que esté apagado. No me sorprendería que hubiera entrado en pánico y que a estas alturas hubiera salido del país.

Margareta abre un cajón del escritorio, saca una barra de protector labial sin perfume y se unta los labios.

—Le encontraremos. Siempre lo hacemos —dice.

—¿Qué sabemos de la víctima y de su marido? —pregunta Harriet con cautela.

—La mujer tiene cincuenta y tres años, no trabaja. El marido tiene setenta y dos años, es propietario de la granja desde 1982. Los ingresos de él el año pasado ascendieron a cuatro millones y medio de coronas; en principio los de ella son inexistentes. Él tiene bienes en Suecia por un valor de aproximadamente ciento veintiocho millones de coronas, y la finca tiene un valor de tasación de unos setenta y cinco millones. No hay hijos ni otros parientes. —Margareta hace una pausa y deja la barra de labios sobre la mesa—. Mejor, así nos ahorramos las llamadas.

Harriet observa que no hay fotos ni de niños ni de nietos sobre el escritorio de Margareta, y tampoco lleva anillo de casada.

—El hombre ha sido condenado en dos ocasiones por maltratar a su mujer. En mi opinión, el fiscal podría haberlo detenido en su ausencia. Pero el fiscal de guardia aún está verde —continúa—. Lennart, el técnico de la Científica, ha prometido que nos enseñará el escenario del crimen. Nos llamará en cuanto terminen con lo más importante. He pedido que podamos ir antes de que la noticia salga a la luz. Luego será un caos.

—¿Dónde está la granja? —pregunta Harriet.

—A unos diez kilómetros hacia el norte, a pocos kilómetros de la costa. Justo en las afueras de un pequeño pueblo pesquero que se llama Lerviken, por si te conoces esta zona del país.

Harriet se atraganta con el café y empieza a toser.

—Aquí la costa está repleta de pueblos pesqueros modernos. Antes Lerviken era un sitio de gente normal, pero ahora se ha transformado en la flor y nata del municipio.

«Eso no es del todo cierto», piensa Harriet, pero el gesto de la cara de Margareta es tan despectivo que pierde el hilo.

—¿Cómo se llama la víctima? —consigue decir al final.

—Laura Andersson. Esposa del financiero Douglas Andersson. Le compró la finca a una familia noble, pero nunca se ha ocupado en persona de la granja. La tierra está arrendada.

Mierda, Harriet conoce al matrimonio Andersson. Todo el mundo en Lerviken lo conoce. Hace años que Harriet no los ve, pero los recuerda de los veranos de cuando era pequeña. Tenían un coche grande y reluciente, tal vez un Jaguar, que solían aparcar en el pequeño muelle de invitados cuando bajaban paseando hasta la playa en sus albornoces blancos e impolutos a darse un baño matutino. En el pueblo siempre había mucho chismorreo sobre ellos. Laura era mucho más joven que Douglas; tenía una larga melena pelirroja y la elegancia de una estrella de cine. Pero caminaba de forma extraña, cojeaba como si tuviese una pierna lesionada.

Una señal estridente interrumpe el silencio.

—Es el técnico de la Científica, llevan trabajando en el escenario desde ayer por la noche, y ya podemos ir —dice Margareta, y se levanta deprisa—. Cuando estemos allí, yo soy la responsable del caso. Sólo quería dejarlo claro.

Harriet baja la mirada. ¿Qué pretende decir? ¿Acaso cree que Harriet va a meter la pata? ¿Que se comportará como una recién graduada que lo va vinculando todo a la teoría que ha leído? A veces, Eugen hace bromas de sus estudiantes, que se comportan así. Aparecen trajeados y hablan dándoselas de importantes, y no tienen ni idea de que en realidad Eugen piensa que sus ensayos y artículos sólo superan ligeramente la mediocridad. Pero su padre es demasiado bueno como para decir nada. Sin embargo, Margareta seguro que los pondría a parir. Harriet no debería haber hablado de su formación académica. Debería haber sabido que iba a ser una provocación. No existe agente de policía que no

se moleste ante el hecho de que las personas con otros estudios tengan un sueldo más alto. Si encima menciona que viene justo de Lerviken, un lugar que Margareta acaba de sentenciar como la flor y nata de la zona, seguro que su nueva jefa la juzgará y pensará que es una niña mimada que nunca ha tenido que esforzarse por nada.

En cuanto Margareta sale del parking, se pone el teléfono al oído. Parece que habla con la patrulla que está en la zona.

—Joder, estoy hasta las narices del jefe de operaciones —dice, y corta la llamada—. Estoy intentando que manden una patrulla canina, pero al parecer están en algún sitio cerca de Olofström buscando a un viejo que se ha perdido este fin de semana. —Niega con la cabeza.

Harriet tiene la mirada clavada en sus pantalones tejanos. ¿Cómo va a decirle a Margareta que ella en realidad vive en ese pueblo pesquero? Toma carrerilla, pero Margareta ya ha tenido tiempo de llamar al fiscal de guardia.

—Necesito una autorización para una extracción del registro de la antena, Henrikehill 330 grados.

Separa la mirada de la carretera y se vuelve hacia Harriet.

—La antena repetidora más cercana —aclara.

Harriet conoce bien Henrikehill, un castillo sobre un monte a unos pocos kilómetros de la bahía. «El gran hotel», lo llaman en el pueblo.

—De todos modos, Konrad, el fiscal habitual, querrá tener el registro mañana. Más vale pedirlo ya y así ganamos un poco de tiempo. Luego, cuando llegue la lista, puedes empezar a revisarla.

Justo antes de Lerviken, Margareta se desvía por un pequeño camino de tierra entre campos de cultivo. La finca del estrecho, Sundgodset, está a un kilómetro o así, oculta tras los árboles. Se ha levantado viento y las hojas revolotean en el aire. En la explanada de delante de la casa hay dos coches patrulla aparcados y una gran furgoneta plateada. Cuatro policías uniformados vigilan la zona acordonada. La finca es hermosa, de un reluciente y cálido amarillo, y con marcos de color blanco alrededor de los grandes ventanales. Está igual que como Harriet la recordaba, excepto que el jardín, los dos edificios de la parte de la

granja y el parque que asoma por detrás de la gran vivienda están rodeados de cintas azules y blancas con el texto «policía» impreso.

—¡Hola!

Un hombre cubierto de pies a cabeza con ropa de protección blanca sale de uno de los edificios con una bolsa marrón de papel en la mano. Sus botines crujen sobre la gravilla. Camina hacia ellas con paso firme, se retira la mascarilla que le tapa media cara, consigue quitarse un guante de goma de color lila y alarga la mano hacia Harriet.

—Lennart Mattson, soy el técnico de la policía científica. Voy a enseñaros el sitio. ¿Tú eres la nueva investigadora?

—Sí, Harriet Vesterberg. Hoy es mi primer día.

Los ojos de Lennart parecen amables.

—¿Hoy es tu primer día? —dice sorprendido, pero Harriet asiente con la cabeza.

—¿Podemos empezar ya? —pregunta Margareta con impaciencia.

Lennart sonrío un poco.

—Más vale estar a buenas con ella, sobre todo si aún no ha podido tomarse un café —dice él señalando a Margareta con la cabeza para que Harriet comprenda a quién se refiere. Margareta parece ignorar el comentario.

»Os traigo ropa protectora. Esperad. —Desaparece en dirección a la furgoneta plateada—. Empezamos por la granja.

Harriet y Margareta se ponen los trajes protectores.

—La mujer sigue allí, los de la recogida están de camino, pero tardarán algo. Anoche tuvieron un tiroteo en Malmö —añade Lennart.

Empiezan a caminar hacia uno de los dos edificios alargados de color blanco y con puertas negras. Una brisa fresca pasa por el patio. Harriet se calienta las manos en los bolsillos. Observa que Margareta permanece impassible. Es difícil imaginarse que es policía. Da la impresión de que el viento se la podría llevar a rastras en cualquier momento. ¿Cómo lo habrá hecho ese cuerpo tan flaco para superar las pruebas físicas?

La puerta chirría y las recibe un leve olor a diésel. Dentro del establo hay dos tractores. Por lo demás, el edificio está vacío.

Harriet la ve de inmediato. Las piernas asoman por detrás de uno de los vehículos. Está tumbada bocarriba y lleva un vestido claro. Descalza. Su piel reluce en un tono blanco cremoso, y las uñas de los pies están pintadas de color rojo, el mismo tono que su melena. La pierna derecha está rota, torcida en un ángulo antinatural, y el dedo gordo del pie apunta hacia el suelo.

Harriet se acerca. A medida que avanza hacia el interior del establo, el espacio se vuelve cada vez más oscuro. Hay una gran mancha negra sobre el sucio suelo de cemento, justo delante de la rueda delantera izquierda del tractor.

—Ha perdido mucha sangre por la cabeza —dice Lennart.

La puerta exterior chirría y otra persona vestida con ropa blanca tipo Michelin entra en el establo. Saluda con la cabeza.

—¿Habéis encontrado algún arma u objeto contundente? —pregunta Margareta, escaneando el espacio con la mirada. En la penumbra, sus ojos parecen negros.

—No, nada que podamos vincular con el cuerpo. Hemos incautado algunas herramientas y utensilios que había dentro del establo —contesta Lennart—. Luego os damos acceso a las fotos. Hemos hecho casi trescientas.

Harriet se inclina hacia delante y mira debajo del tractor. Lennart enciende una linterna y Harriet detiene la vista en el cuerpo inerte y desfigurado.

Harriet jamás habría reconocido la cara que la está mirando si no hubiese sabido de quién se trataba. La boca y la barbilla de Laura Andersson están cubiertas de cinta americana, y los párpados, levantados, también se han sujetado con cinta americana, de forma que los vasos sanguíneos del interior brillan en un tono rojo intenso. El blanco de los ojos parece una gelatina rosada. Los iris azul claro y las pupilas negras la observan con una mirada vacía. El pelo, de un tono oscuro, parece rígido en la parte más cercana a la cabeza, y la frente está empapada de sangre.

—Dios mío —susurra Harriet.

—La hemorragia proviene de la cabeza. Por lo que parece, tiene una herida de arma punzante en la sien. —Lennart desplaza la luz de la linterna desde los ojos entornados de Laura hacia el lado de su cara—. Mi hipótesis es que lo han hecho con un cuchillo u otro objeto puntiagudo.

Harriet reprime las ganas de vomitar.

—¿Pensáis que ha muerto aquí mismo? —pregunta Margareta.

—No hay marcas de arrastre ni de sangre que indiquen que la hayan desplazado, y sus pies están limpios. Podrían haberla traído en brazos hasta aquí o que el culpable se haya llevado sus zapatos. Yo creo que... —Lennart hace una pausa y se coloca bien la máscara con el guante de goma—. Yo creo que la han matado aquí. Creo que estaba tumbada de lado cuando le causaron la herida.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta? —pregunta Margareta deprisa.

—He llamado al médico forense para que haga una estimación de la hora. Es muy difícil saberlo. Ya estaba fría cuando llegamos nosotros, lo cual significa que probablemente lleve más de diez horas muerta —contesta Lennart, y se agacha en cuclillas al lado de Harriet.

—¿Está rígida? —pregunta Harriet.

—No, pero el rígor mortis se desarrolla en las primeras doce horas, es decir, es más fuerte durante las doce horas siguientes y luego disminuye. Por tanto, en realidad no nos dice nada —responde Lennart mientras toma la barbilla de Laura y gira la cara para que la herida se pueda ver mejor. Parece tener unos cinco centímetros de largo. Harriet se levanta de prisa y se agarra a la rueda trasera del tractor para no perder el equilibrio.

El otro técnico de la Científica ha vuelto a salir del establo. Harriet ni se ha percatado, estaba totalmente concentrada en el cadáver de Laura en el suelo.

Lennart les enseña algunas pistas marcadas en el interior del edificio y los lugares de donde han sacado huellas.

—Las huellas y los rastros de ADN no se pueden temporalizar. Tendréis que hacer una lista de las personas que se han movido por el lugar para poder descartarlas luego —añade, al parecer dirigiéndose a Harriet. Margareta no dice nada.

—¿Qué otras pistas habéis asegurado? —Margareta se coloca el pelo detrás de la oreja mientras habla. Lennart no contesta, pero hace un gesto con la cabeza indicándoles que salgan del establo.

Harriet se quita la mascarilla nada más salir para respirar aire fresco. Es difícil quitarse de la cabeza el cuerpo sin vida de Laura. Se le hace raro dejarla allí dentro, sola sobre el frío suelo de cemento. Alguien debería quedarse con ella.

—Por aquí —dice Lennart guiándolas alrededor de la casa—. Anoche llovió y el suelo está embarrado. En la parte de atrás hay una huella de zapato interesante. —Se pone en cuclillas y señala con el dedo.

—La hemos medido, más o menos una talla cuarenta y uno. Haré también un moldeado. En la casa no hemos encontrado ningún zapato del cuarenta y uno. ¿Veis estas marcas?

En el suelo se ven unas suaves marcas redondas que llevan hasta un cubo de basura colocado junto a la pared.

—Creo que alguien ha movido el cubo hasta la ventana balanceándolo de un lado a otro. Y creo que alguien que calza un número cuarenta y uno lo ha usado

para poder mirar por la ventana.

Lennart inclina el cubo hacia un lado para mostrarles cómo se han producido las marcas en el barro.

—¿Se puede ver el cuerpo desde la ventana? —Margareta hurga en su bolsillo, saca la barra protectora, se pinta los labios y luego los frota el uno contra el otro.

—Sí, se puede —contesta Lennart.

Lo siguen en silencio hacia la vivienda principal. La finca parece haberse construido hacia el año 1700, y cuenta con dos plantas y con grandes ventanales. El seto que la rodea está cuidado y una escalinata de piedra lleva hasta una gran puerta marrón de roble.

—Hemos cambiado la cerradura —dice Lennart mientras saca un llavero del bolsillo.

Entran en un gran recibidor. Desde la antesala sube una majestuosa escalera hasta la planta superior, y en el techo gira un gran ventilador.

—La planta de arriba está intacta, creo que no la utilizaban. Todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas con llave y los muebles cubiertos con fundas blancas —dice deprisa y sigue caminando—. Empezaremos por el dormitorio principal.

La habitación es amplia y luminosa. Una suave alfombra blanca cubre todo el suelo, y en medio del dormitorio hay una cama doble, bien hecha, con una colcha blanca a juego con el suelo. Al lado hay dos puertas. Están entreabiertas, y Harriet puede ver que una lleva a un baño de mármol blanco y la otra a un vestidor. Trajes oscuros y vestidos, la mayoría envueltos en fundas de plástico, cuelgan en un orden impecable a lo largo de las paredes, y al fondo hay un armario grande.

—¿Va bien si lo abro? —pregunta Harriet señalando el armario.

Lennart asiente con la cabeza. Está lleno de camisas, ordenadas por colores.

—¿Te parece que falta ropa?

Lennart niega con la cabeza. La ha seguido al interior del vestidor y Margareta ha desaparecido de su vista.

—¿Nada que haga pensar que ha hecho las maletas o que ha dejado la casa de

forma apresurada?

Cuando Margareta no está pegada a ella le resulta más fácil hablar con Lennart, se siente segura y tranquila.

—No, parece que no. Encontramos un teléfono móvil y un ordenador que creemos que pertenecen a Laura. Una de las patrullas que vino se los llevó a los forenses informáticos de Malmö; seguro que podrán tener copias preparadas para que obtengáis una respuesta mañana por la tarde. Eso si no tienen lista de espera, claro.

—Quiero también el registro de llamadas —dice la voz de Margareta desde el dormitorio.

Salen del vestidor y de la habitación y caminan hacia el salón en silencio. Harriet se muerde la lengua para no hablar. Hay miles de preguntas que le gustaría hacerle a Lennart, pero no quiere parecer imprudente, cosa que le suele ocurrir cuando se emociona. Además, le gustaría saber qué está pasando por la cabeza de Margareta. Aunque las estadísticas digan que la mayor parte de la violencia contra las mujeres es perpetrada por alguien cercano, resulta bastante inverosímil que Douglas Andersson, con sus setenta y dos años, pueda haber hecho esto. ¿O tal vez sea justo eso lo que quiere hacerles pensar?

La primera sala después del recibidor está recién renovada con un empapelado típico del siglo XVIII. A un lado hay un grupo de sofás clásicos estilo Chesterfield que están colocados alrededor de la chimenea, y, al otro, una mesa de roble macizo. Está torcida, y las sillas volcadas; debajo de la ventana hay una maceta rota. Hay papeles y libros tirados por el suelo, y Harriet se fija en que el borde de la alfombra está doblado junto a uno de los sillones.

—¿El coche del marido sigue aquí? —Harriet no consigue permanecer tranquila. Puede oírse a sí misma atragantándose con las palabras cuando hace la pregunta, y con su acento apresurado de Estocolmo se vuelven ininteligibles, como habría dicho Yvonne.

—Hay dos coches aparcados en el otro establo. Un Jaguar y un Porsche —contesta Lennart.

—Hay tres coches registrados a nombre de Douglas Andersson —dice Margareta—. Un Lexus, también.

Harriet fija la mirada en el suelo. Debería haber investigado un poco mientras estaban de camino en lugar de quedarse sentada y callada como una inútil.

Se acerca a la chimenea. El sofá está torcido. ¿Alguien que ordena las camisas por colores aceptaría que los muebles no estuviesen alineados con la chimenea? Sigue el borde del sofá con la mirada. Justo al lado de la pared de entre las ventanas hay dos grandes arañazos en el parquet, formando una especie de espina de pez.

—¿Qué son estas marcas?

Se agacha para verlas mejor. El parquet está completamente hundido en dos sitios, como si hubiesen arrastrado algo muy pesado por el suelo.

—Junto a esas marcas hemos encontrado unas manchas transparentes. Podría ser sudor o saliva, y tal vez no tenga nada que ver con el crimen, pero las he mandado a analizar —dice Lennart—. Hemos asegurado varias muestras de ADN, que habrá que contrastar con el registro.

Harriet mira por la ventana. El parque de detrás de la casa parece el jardín de un castillo en miniatura. Está muy cuidado, y unos arbustos de azalea forman una glorieta. En el centro hay una pequeña fuente, y al fondo, en un rincón, a la sombra del follaje de los árboles, se ve una caseta. El viento araña el seto y las sombras bailan sobre la pared de la casa. El cansancio del madrugón empieza a hacerse patente. Pronto va a necesitar un descanso o algo dulce que le dé energía. Deja que la mirada repose sobre el baile de sombras. Una de ellas se mueve diferente en comparación con las demás. Se balancea de un lado a otro hasta que se detiene por completo. La sombra se retira despacio hacia los setos que hay detrás de la caseta. ¿Hay alguien ahí? Harriet fuerza la vista. El contorno de una persona se perfila entre las ventanas oscuras de la caseta y le parece ver una cara y dos manchas oscuras en las cuencas de los ojos.

—¿Hay alguien en la parte de atrás? —pregunta.

—El Grupo de Intervención, es probable que no se hayan ido todavía.

Harriet agudiza la mirada. La cara ha desaparecido. Puede haberse equivocado.

—Hemos terminado —dice Margareta, carraspea y añade—: Por esta vez.

Salen en silencio. La puerta hace un clic cuando Lennart cierra con llave. La

explanada de delante de la casa está desierta; los establos, clausurados, han retirado la cinta policial y hay carteles de advertencia pegados en las puertas. Los dos coches patrulla que estaban aparcados junto al seto cuando han llegado han desaparecido.

Cuando se sientan en el coche, vuelve a ser Margareta la que habla sobre el caso y sobre la reorganización. Sus labios se mueven igual de rápido que el vehículo al arrancar y ponerse en marcha.

—Me mareo con facilidad —consigue decir Harriet cuando llegan a la carretera comarcal.

La respuesta de Margareta es frenar en seco, y Harriet sale disparada hacia delante. Un Volvo blanco aparece desde un camino secundario casi oculto y Margareta tiene el tiempo justo de apartarse para evitar la colisión.

—Imbécil —dice entre dientes.

«Dios los cría...», piensa Harriet.

Eugen llama a ese cruce oculto por arbustos «el pasaje secreto», y Harriet ha aprendido a usar el claxon para avisar de que viene de camino.

—Por cierto, ¿quieres que te deje en algún sitio o tienes coche? —pregunta Margareta—. Por hoy ya es suficiente. Quería que vinieses porque Lennart nos podía enseñar el escenario del crimen, pero hoy ya no te necesito más, sería una pérdida de tiempo puesto que aún no estás instalada. Yo sigo hasta la oficina, el otro investigador ya debería haber llegado. Tiene experiencia, así que los dos nos apañaremos hasta mañana, que estará todo el grupo reunido y empezará el trabajo de verdad.

Harriet siente cómo sus ánimos caen de golpe. Claro que podría hacer cosas aunque aún no se haya instalado, como dice Margareta. La jefa debe de considerarla una novata. Si esto hubiese sido su antigua unidad, se habrían sentado a tomar un café y a hablar del caso. No sólo de las circunstancias, sino de todo lo que rodeaba al suceso. Era lo que habría precisado ahora. Al menos algún tipo de *feedback* tras su primera inspección del escenario de un crimen. Pero Margareta no parece tener ningún interés en saber lo que piensa. Eso se nota de forma muy clara. De camino al lugar deberían haber hablado de lo que les esperaba. Si Harriet hubiese tenido ayuda para prepararse, habría podido ser

más útil en el escenario del crimen. Margareta la hace sentirse insegura. Harriet mira a su jefa de reojo.

—Me las apaño para volver a casa —contesta.

Son las dos de la tarde cuando Harriet sale de la calle del ayuntamiento y deja atrás Landskrona. El hambre ruge en su estómago por no haber comido. No le gusta saltarse el orden de las comidas, porque entonces pasa eso con lo que a Lisa le encanta bromear: pierde el control. De hecho, sólo ha ido a comprar un paquete de tabaco en el estanco de al lado de la pizzería y ha salido con una bolsa de chocolatinas Dumle. «El sabor de los cigarrillos se mezcla de forma exquisita con el chocolate, y después de un primer día agotador en el trabajo bien que me lo merezco», ésta es la excusa que se ha puesto a sí misma. Luego se ha fumado dos cigarros seguidos mientras masticaba tofe recubierto de chocolate, aunque en realidad sabe que lo único que conseguirá es tener más hambre. Antes ha aparcado detrás de la pizzería por si a Margareta, que aún estaba en la oficina cuando Harriet se ha ido, le daba por mirar por la ventana desde su despacho. Harriet se puede imaginar lo que le pasaría por la cabeza. «Típico. Uñas descuidadas, gorda y encima fumadora. Todo lo contrario de lo que uno se espera de alguien que presume de su formación universitaria y que tiene un sueldo inicial bastante más alto que todos los demás.» Harriet reduce la velocidad y estira la mano para coger la bolsa de dulces que ha dejado en el asiento del copiloto. Consigue sacar otra chocolatina, se la pone sobre la lengua y deja que el dulce chocolate se derrita despacio en su boca. Está muy rico. Cuando el semáforo cambia a ámbar, saca el móvil. No se deben enviar mensajes mientras conduces, pero la luz ámbar obliga a reducir la velocidad, y necesita hablar con Lisa.

Harriet: Mi nueva jefa es horrorosa. Creo que me odia. Me mira como si fuese una gorda mimada sin personalidad. Parece que por eso he vuelto a fumar.

El semáforo cambia a verde y Harriet tira el móvil a un lado; con ayuda de los dientes abre el envoltorio del último Dumle y mete la bolsa vacía en la guantera para que se esfume de su vista. Mañana se portará mejor, comerá sano y le demostrará a Margareta que está preparada para este trabajo de investigadora, con o sin reorganización. Y también tiene que mejorar en eso de no tomárselo todo tan a pecho. Sabe que puede hacerlo.

Cuando Harriet llega a la bahía, el viento ha amainado. El banderín en el asta de Yvonne cuelga flácido como un triste tulipán, el olor a algas ha desaparecido y el estrecho brilla con un tono azul verdoso. Un buque de carga ruso se desliza por el canal delante de Ven. Cuando Harriet abre la verja, *Kato*, que está tumbado en el jardín, acude corriendo y ladrando a su encuentro. Al saltar casi consigue lamerle la cara.

—Baja. No saltes. Abajo.

La fina cara de Eugen aparece por la puerta de la casa alargada. Ella se sorprende cada vez que ve a su padre. Tenía casi cincuenta años cuando nació Harriet y siempre lo ha visto viejo, pero en los últimos tiempos se ha encogido y los hombros han adoptado una forma parecida a una botella. Es alto y delgado, y se le ve débil. Su pelo negro ha blanqueado a los lados, y las amables arrugas alrededor de los ojos de color verde meloso ahora descienden por las mejillas. Tiene la cara hundida.

—Harriet, llegas justo a tiempo para el café. Yvonne ya está aquí —dice, y hace un gesto con la mano para que Harriet se dé prisa.

Ella aparta a *Kato*, se arregla la chaqueta y va hacia la casa a paso ligero.

—¿Cuánto tiempo vas a cuidar de este chucho? —pregunta a la vez que cierra la puerta tras de sí. Se oye un aullido lastimoso de *Kato*, que se quiere quedar en el jardín.

—Tal vez podrías sacarlo a pasear esta tarde y así os vais conociendo —dice Eugen riéndose. Desde que Paul compró el perro ha estado haciendo la broma de que Harriet le tiene miedo, y ella sabe exactamente lo que va a decir a continuación. Pero justo cuando Eugen va a abrir la boca de nuevo, lo interrumpe una voz altisonante que llega de la cocina.

—Oh, Harriet, ¡qué bien que por fin hayas venido! Es una bendición que te

ocupes de tu querido padre. Yo tampoco entiendo para qué quiere ese perro.

El cuerpo robusto y la cabellera castaña y generosa de Yvonne aparecen en el recibidor, y antes de que Harriet tenga tiempo de responder ya la ha abrazado con tanta fuerza que el bolso se le cae al suelo. Harriet oye cómo golpea contra el parquet y reza en silencio para que no se haya abierto y Eugen vea los cigarrillos.

Yvonne y Eugen se ven todos los días. Tal vez Yvonne sea la persona más cercana a él, a pesar de ser tan distintos: Yvonne, que solía regentar una peluquería hasta que se lesionó la espalda, y Eugen, con su pasado en el mundo académico, catedrático de Derecho Civil y doctorado por la Universidad de Lund. Yvonne es directa y habladora, casi ruidosa. Lo sabe todo de todos los vecinos del pueblo y habla de todo con todos, a diferencia de Eugen, a quien hay que arrancarle la información cuando uno quiere saber algo.

—¿Ocuparse de mí? No necesito que me cuiden. Harriet ha venido a trabajar. Ha conseguido un empleo en Landskrona —dice Eugen.

—Cómo me gusta verte, pequeña Harry —continúa Yvonne, y la coge por debajo del brazo y estira de ella. Los fuertes brazos de Yvonne son suaves pero rotundos.

—Estábamos tomando el café y Eugen justo iba a decir algo sobre un artículo insulso que le rinde un homenaje, o como se le llame. —Se echa a reír—. Me has salvado. Cuéntame algo sobre este puesto de trabajo que te ha traído hasta aquí desde la capital. Eugen es tan parco en palabras...

—Pero ¿no te he contado que Harriet llegó el viernes? —dice Eugen, y abre uno de los armarios de la cocina de detrás de Yvonne.

—Ayer —suspira Harriet—. Llegué ayer.

—Sí, eso. Cuando estás jubilado es fácil perder la cuenta de los días. —Eugen coloca dos tazas de porcelana azul oscuro sobre la mesa, delante de Harriet e Yvonne.

—Yo ya tengo una —dice Yvonne, y toma un buen sorbo de la taza que tiene en la mano a la vez que niega con un gesto de la cabeza hacia Harriet—. Eugen, siéntate. Tanto Harry como yo nos podemos servir solas el café. Harriet, ¿te

apetece un bollo? Es de la finca Klinttorp. Han empezado a vender pan de masa madre, y no sabes lo buenos que están los bollos.

Yvonne se acerca a Eugen y lo empuja con cariño a tomar asiento. Coge la cafetera y sirve a Harriet.

Los bollos tienen muy buena pinta. Están recién hechos y un suave aroma a azúcar y cardamomo alcanza la nariz de Harriet cuando Eugen estira una mano ligeramente temblorosa para acercarle la fuente.

«El día de hoy ya es un fracaso», piensa Harriet, y toma un bollo. Lisa suele decir que, cuando ya te has comido una bolsa de chuches, ese día eres inmune al azúcar y a la grasa, y que, por tanto, da igual si sigues pecando. Además, Harriet debería haber adivinado que Yvonne llevaría algo dulce para acompañar el café.

—Pues sí, estoy contento de tener aquí a mi pequeña Harry al menos durante medio año, aunque habría preferido que acabase su licenciatura de Derecho —dice Eugen y sonrío hacia Harriet.

—Papá aún no ha superado que abandonase la carrera para pasarme a Sociología —dice Harriet, a pesar de que sabe que Yvonne ya conoce toda la historia.

—Es tan conservador que si lo fuera la mitad de lo que es, ya tendríamos más que de sobra. Es una suerte que tú y Paul no os criarais bajo su techo —dice Yvonne.

Eugen la mira con cara de no entender nada.

—Cuéntanos, ¿qué pasa en la policía? —pregunta Yvonne—. ¿Vas a conocer a todos los ladrones de la zona? He oído que la policía sabe mucho más sobre ellos de lo que la gente normal nos podemos imaginar. ¿Es verdad que los mantienen vigilados?

—Eso no lo sé. No empiezo hasta mañana de manera oficial, pero hoy he conocido a mi nueva jefa.

Harriet muerde el bollo con cuidado. No sabe muy bien hasta dónde puede explicar. La finca está bastante aislada. Al parecer, los habitantes de Lerviken aún ignoran felizmente lo sucedido. ¿De verdad es posible? Los coches patrulla deben de haber tomado otro camino de vuelta para pasar desapercibidos. Si hubiesen cruzado por el pueblo, los rumores habrían corrido como la pólvora. En

Estocolmo, un suceso así habría sido noticia en el foro Flashback en cuestión de minutos, y habrían empezado a aparecer fotógrafos con teleobjetivos en los arbustos, pero tal vez aquí sea diferente.

«Sea como sea, cuando la noticia salga en la prensa nacional esto será un caos», imagina Harriet. El pueblo quedará destrozado. Tiene que esforzarse por ocultar el escalofrío que le recorre la espina dorsal cuando piensa que tal vez el cuerpo de Laura aún yazca sobre el suelo.

—¿No te gusta la jefa? —pregunta Yvonne—. Te has puesto muy seria.

—No, está bien. —«La mentira del día», considera, y cambia rápidamente de tema—. Qué rico está el bollo y qué bien que haya un poco de actividad comercial para que el pueblo no acabe por desaparecer.

Muerde un trozo grande del bollo, que de repente ya no está tan bueno como antes.

—¿Qué sabéis de Sundgodset? ¿Los propietarios no eran una pareja mayor? —pregunta Harriet fingiendo que está intentando recordar. Yvonne alza las cejas.

—¿Quieres decir los Andersson? Hace tiempo que no los veo. ¿Cómo es que te has acordado de ellos? —replica Yvonne mientras con la mano limpia unas migas de la mesa.

—No me gustan demasiado sus maneras. Douglas siempre aparca el Jaguar justo delante del camino que baja al paseo de la playa de tal modo que ya nadie más puede pasar. No entiendo qué piensan cuando hacen cosas así —dice Eugen.

—Eugen, estás siendo otra vez un viejo cascarrabias. Los Andersson son una gente muy considerada. No está prohibido aparcar allí —se apresura a decir Yvonne, y añade—: A veces siento que soy la única en este pueblo que sale en su defensa. —Mientras habla, el azúcar perlado va cayendo de su bollo.

—Recuerdo a Laura. ¿No solía caminar de vez en cuando con una muleta? —dice Harriet mirando de reojo a su padre. No le gusta cotillear, pero tiene que hacerlo. Con un poco de suerte, Yvonne seguirá hablando.

—Laura tuvo la polio. O sea, de niña. Por eso ya iba coja entonces —dice Yvonne.

Eugen no parece estar escuchando. Ha sacado las servilletas del servilletero que hay sobre la mesa y las está doblando.

—¿Polio?

—Sí, en una familia de diplomáticos en el extranjero, son cosas que pasan. La polio es la razón por la que no han podido tener hijos, pero sé que ella lo deseaba más que nada en el mundo. Habría hecho cualquier cosa para tenerlos. Ella lo siente como una pena inmensa, y no hay millones en el mundo que se lo puedan compensar.

Harriet traga un poco de saliva. Es típico de Yvonne empezar a cotillear, pero se siente incómoda al hablar así acerca de Laura sabiendo que yace sola y helada en algún lugar de una morgue. Sin que nadie la eche de menos. A Harriet tampoco la echa nadie de menos, excepto su madre. Pero desde que Jorun empezó a trabajar para el Fondo Monetario Internacional ha estado mucho tiempo fuera; ahora mismo se encuentra en una misión en Senegal y hace un mes que apenas da señales de vida.

Harriet no ha tenido nunca una relación de pareja que haya ido en serio y cree que le será difícil encontrar a alguien con quien formar una familia. Simplemente, no se le dan bien las relaciones.

«Siempre te pasas, Harriet. Eres agobiante —suele decir Lisa—. Primero eres tímida y reservada y nunca dices lo que piensas. Pero a la que alguien te dedica un mínimo de atención, de golpe pierdes todo el control y entonces lo quieres todo. Es por eso por lo que Georgos desapareció. Cuando te venga un impulso, escíbeme primero a mí, y las cosas te irán mejor.» Harriet sabe que Lisa lo dice en broma, pero tiene razón. Cuando Harriet por fin coge confianza con alguien, las cosas se tuercen. Georgos es el único que le ha gustado de verdad. Se conocieron en Grecia y Harriet supo que sentía algo especial por él desde el primer instante. Se reían de las mismas tonterías, él se daba cuenta de cosas que nadie más veía, y cuando ella hablaba de asuntos más serios, él la escuchaba y la comprendía. Como si realmente le gustase. Ella se había sentido muy segura con él e incluso llegó a pensar que justo así era como tenía que ser. Que él era el adecuado. Pero Georgos ya tenía esposa, a la que nunca iba a dejar, por supuesto. Harriet tardó casi un año en comprenderlo y mientras tanto se entregó a él por completo, cuando en realidad se debería haber cortado la relación. Sólo pensarlo la hace sentirse incómoda. Nunca más lo volverá a hacer.

—Supongo que la ausencia de hijos fue lo que intentó olvidar todos aquellos veranos que... —continúa Yvonne, pero se detiene a media frase. Harriet vuelve de sus elucubraciones. Ha perdido el hilo de lo que estaban hablando.

»Pero, Eugen, ¿qué estás haciendo? —pregunta Yvonne, y parece que se vaya a echar a reír de nuevo.

Eugen levanta la mirada y deja la servilleta que tiene entre las manos sobre la mesa.

—Bueno, no podemos pasarnos todo el día aquí de cháchara. Voy a empezar a preparar la cena —dice, y se levanta de golpe—. Esta mañana he sacado una lasaña del congelador. ¿Te quedas a cenar con nosotros, Yvonne?

Harriet sonríe. Eugen nunca cocina. Será algo precocinado, no muy adecuado para invitar a alguien a cenar. Aunque nunca llegaron a vivir juntos, a Jorun, la madre de Harriet, le encantaba quejarse de la alimentación de Eugen. «Siempre come fuera. Se nota que se ha criado en el Grand Hotel de Lund.»

Aunque no fuese del todo cierto, Harriet había comprendido a una temprana edad que lo que le molestaba a su madre era que Eugen pudiese mantener su estilo de vida cuando se separaron, mientras que a ellos les tocaba vigilar cualquier gasto en su pisito en Bromma. Mamá, Paul y ella. Pero cuando apareció su padrastro y se fueron a vivir a la casa de Spånga, supieron que había sido Eugen quien les había estado pagando el piso y la manutención todo el tiempo. Los problemas económicos de Jorun eran sólo atribuibles a ella misma.

—Ahora que ha venido Harriet me quedo encantada, pero al menos déjame contribuir con una ensalada. Tengo la nevera llena de verduras que pronto se van a estropear. Además, contienen ciertas cantidades de vitaminas, lo cual podría ir bien. Harriet, ¿te apetece acompañarme a buscarlas?

Harriet asiente con la cabeza, quiere saber más acerca del matrimonio Andersson.

En cuanto salen a la calle y cierran la verja delante de *Kato*, que no para de ladrar, Yvonne se vuelve hacia Harriet. Sus ojos castaños están vidriosos.

—Harriet, estoy un poco preocupada por Eugen. Intenté hablar con Paul de esto en verano, pero él nunca escucha lo que le digo. Hay algo que no me acaba de cuadrar con Eugen. —Baja la voz—. Está olvidadizo, pero de una forma muy

extraña. ¿Te has fijado en eso de las tazas? Ha sacado unas nuevas cuando ya teníamos unas. Le pasan ese tipo de cosas constantemente. Muchas veces veo luz en las ventanas en plena noche. El viernes estuvo encendida toda la noche y cuando pasé a verle por la mañana llevaba la misma ropa que el día anterior.

Harriet cierra los ojos. Claro que Paul y ella han hablado de eso, pero no había visto nada con tanta claridad. Eugen escribe sus artículos y sigue conduciendo su coche. Paul y Eva-Lena siempre exageran, y cuando alguna vez han comentado algo sobre los despistes de Eugen, Harriet ha pensado que sólo querían deshacerse de *Kato*.

—Creo que es algo que lleva sucediendo algún tiempo, más de lo que nos imaginamos —continúa Yvonne, y se aparta la gran melena que revolotea con la brisa del atardecer—. Como mínimo, desde el último año. Ya no te puedes fiar del todo de él. A veces es como si estuviese en otro sitio. Verás que habla de cosas que parece haber soñado. Solo quería decírtelo. No te creas todo lo que te cuenta. Cuando empezó la demencia senil de mi tía Elsa fue exactamente así. Podía...

—¿Sabes qué barco es ese que está ahí fuera? No estará encallado, ¿verdad? —la interrumpe Harriet señalando un ferri blanco en la punta norte de Ven. No quiere volver a oír, de ninguna manera, la historia de la vieja tía de Yvonne que tuvo demencia fronto-temporal con sólo sesenta años.

—No, ¿qué? —Yvonne ha perdido el hilo—. Madre mía, la ensalada, eso era. Yo también empiezo a andar un poco despistada —dice ella excusándose con una sonrisa—. Me gusta que hayas venido, Harriet. Quiero que lo sepas.

Un olor familiar a bollos de canela y perfume golpea a Harriet mientras espera en el recibidor a que Yvonne rebusque en la cocina las verduras que necesita. La casa de Yvonne siempre ha olido igual, y le ha despertado recuerdos. Harriet y Paul iban a menudo a su casa cuando Eugen tenía que hacer recados o trabajar, y es como si no hubiese pasado el tiempo. El empapelado verde con medallones del recibidor y la cómoda oscura con fotografías son los mismos que había ya entonces. En las imágenes se ve a una mujer joven con dos niños; Harriet cree que es la hermana de Yvonne, pero nunca ha querido fisgonear, y hay también un par del hijo de Yvonne, Jonas. Es más joven que

Paul y Harriet, y en este momento está estudiando en el extranjero. De pequeños, Harriet solía pensar en lo bien que debía de vivir teniendo a Yvonne como madre. Aunque fuese soltera, no parecía tan estresada como Jorun y siempre mostraba interés por Harriet y Paul.

Se oye un ruido e Yvonne aparece en el recibidor con una bolsa de papel en la mano.

—Creo que ahora ya lo tengo todo —dice ella.

Unas horas más tarde, las velas ya se han consumido hasta la mitad y Harriet mira las fuentes vacías. Yvonne se ha ido a su casa. Fuera, en la oscuridad, el mar se ve negro desde las ventanas de la sala de estar. En Ven aún se puede distinguir la fachada blanca de la torre de la iglesia y, a lo lejos, las luces que brillan en la costa danesa.

—¿Estás cansada, pequeña Harry? —dice Eugen, y la pellizca en la mejilla para chincharla.

—No, estoy llena —contesta Harriet.

Lo cierto es que le apetece fumarse un cigarro después de la comida y ahora mismo la cabeza le da vueltas. Yvonne no ha parado de hablar durante toda la cena sobre todo lo que ha sucedido en Lerviken el último año. Sobre la moto acuática de los Lindström, que ha molestado a todos los bañistas durante el verano; sobre la aparente e inminente quiebra de la taberna portuaria Ruibarbos y Cangrejo, y sobre el porche nuevo de Nyman, para el que nunca le deberían haber dado el permiso de obras.

Harriet ha intentado volver a llevar la conversación hacia los Andersson por todos los medios, pero sin éxito. El clímax ha llegado cuando Yvonne se ha inclinado hacia delante y, esperando captar su plena atención, ha lanzado el tema de la casa abandonada que hay al otro lado del puerto turístico. La casa abandonada es una de las pocas casetas de pescadores que quedan que no se han reformado y convertido en mansión de lujo para los ricachos de la ciudad, como los suele llamar Eugen. El propietario se fue a vivir a una residencia y el edificio se quedó vacío, y poco a poco se ha ido derrumbando.

—Pero para que veáis: ahora sí que se ha instalado alguien allí, y nunca adivinaréis quién —ha susurrado Yvonne con los ojos abiertos de par en par—.

Tony.

Harriet se acuerda de él. Cuando eran pequeños, Paul y ella le solían tener miedo a Tony y siempre daban un rodeo cuando se encontraban con él. Por aquel entonces les parecía aterrador incluso que él les dirigiera la palabra.

—¿Y eso, cómo ha sido? —ha preguntado Harriet.

—Necesitaba un sitio donde vivir y no me he visto capaz de negarme a alquilárselo —ha continuado Yvonne. Como es la que se ocupa de todo lo relacionado con el puerto turístico y las casas a su alrededor, ha empezado a exponerles todos los detalles acerca del alquiler, los conflictos que surgieron y el malestar en el pueblo por que hubiese sido precisamente Tony a quien se le permitió alquilar la casa. Harriet no ha tenido fuerzas para seguir escuchando; aun así ha ido asintiendo con la cabeza hasta que la cena ha terminado e Yvonne se ha ido a su casa.

—Creo que voy a salir a dar un paseo. Tal vez me puedo llevar a *Kato* —dice Harriet con cautela, y se levanta de la mesa. El perro, que ha intentado colarse por la puerta en el momento de irse Yvonne, levanta la cabeza y gime un poco. En realidad, a Harriet no le apetece en absoluto llevarse al pastor alemán, pero un paseo con el perro es el pretexto perfecto para salir a fumar a escondidas.

—Qué bien, *Kato* siempre necesita salir a pasear —contesta Eugen mientras se rasca un poco la delgada barbilla.

Harriet puede ver cómo las clavículas se le marcan debajo del jersey.

—Papá, ¿ya comes suficiente?

—¿Quién, yo? Pues como siempre —dice Eugen, y desaparece en dirección a la cocina.

En la calle se oye el ruido de las olas que golpean contra la playa, aunque Harriet no consigue distinguirlos en la oscuridad. *Kato* se resiste a caminar y no parece demasiado contento de que sea Harriet quien sujete la correa.

—*Kato*, ¿quieres pasear por la playa? ¿Te tiro un palo?

Los negros ojos del perro la miran con aspecto juguetón.

—¿O prefieres que subamos a los campos?

Eugen ha mencionado que suele dejar a *Kato* suelto por los campos de cultivo cuando necesita correr. Es una estupidez por parte de Paul dejar a un perro tan

exigente con un hombre mayor; es imposible que Eugen pueda procurarle todo el ejercicio que necesita. Se recoge el pelo y *Kato* ladra un poco y la contempla con la cabeza ladeada. «No hay diferencia entre tener hijos y tener un perro», piensa Harriet. Éste requiere atención todo el rato.

El pequeño sendero que sube desde la carretera comarcal hasta los campos de cultivo está fangoso y resbaladizo. La mayoría de los campos han sido labrados, y el paisaje queda parcialmente iluminado por la luna y por las farolas de la carretera. Hay más luz arriba en el campo que abajo en el estrecho. Harriet recuerda que a Paul y a ella les encantaba corretear por allí cuando eran pequeños. Jugar al pilla pilla y construir cabañas secretas. Cuando el trigo estaba bien alto podían esconderse el uno del otro y desaparecer. Eugen los solía regañar cada vez que los descubría.

—No podéis pisar los cultivos. A los agricultores no les gusta.

Ahora las parcelas tierra están abiertas y las granjas parecen oscuras islas cubiertas de arbustos sobre el mar de campos. A lo lejos, hacia el norte, Harriet vislumbra la finca Sundgodset. Ay, si su padre e Yvonne supieran que Laura está allí tendida, muerta, a tan sólo unos pocos kilómetros de distancia... Tal vez se lo debería haber explicado a Eugen.

Harriet estira a *Kato* de la correa para acercárselo y suelta la cadena del collar.

—Va, a correr. Pero tienes que volver cuando te silbe —le susurra, y le da una palmadita sobre el lomo. Tal vez no sea buena idea dejarlo correr suelto, pero como Eugen ha dicho que lo suele hacer, *Kato* debe de estar acostumbrado.

El barro del campo le salpica en las pantorrillas cuando el perro sale disparado.

«Menos mal que me he traído todos los tejanos que tengo», piensa, sacudiéndose la suciedad de los pantalones antes de sacar un paquete de cigarrillos del bolsillo y encender uno. Sus dedos llenos de tierra humedecen el filtro. La noche es tranquila. Lo único que se oye es el apagado sonido de los ferris haciéndose señales los unos a los otros en la bahía. Harriet fuma a oscuras. Cuando se acaba el cigarrillo cae en la cuenta de que *Kato* lleva desaparecido demasiado rato. Consigue sacar el móvil y enciende la linterna para iluminar el campo, pero no puede ver nada, así que da unos pasos con cuidado en la

dirección en la que el perro ha salido corriendo. El terreno que pisa es desigual y se le enganchan los pies, se hunden en el suelo. Chucho estúpido, ya sabía ella que no podía confiar en él. Si se ha perdido, será un desastre. Se lleva dos dedos a la boca y silba con fuerza. El silbido se apaga rápido en el oscuro campo. Le suben las pulsaciones. ¿Lo habrá perdido? Entonces oye un fuerte ladrido en la distancia y se acuerda de lo que suele decir Eva-Lena: «Le gusta vigilar, por eso siempre anda marcando». Es una excusa que ha usado en más de una ocasión cuando *Kato* ha estropeado el momento poniéndose a ladrar como un loco sólo porque alguien pasaba por delante de la casa, y Harriet lo ha mirado como quien mira a un perro malcriado. Oírlo ahora le da mala espina. ¿Está marcando o le ha pasado algo?

Sale corriendo en dirección a las puntas de los oscuros árboles frondosos que asoman a unos kilómetros hacia el sur. El ladrido venía de allí. Es donde está Sundgodset. No debería ir, pero no le queda más remedio. ¿Cómo ha podido ser tan tonta y dejar a *Kato* suelto?

A medida que se va acercando a la finca oye de nuevo los ladridos. Las luces de la fachada están apagadas y el color amarillo pulido parece grisáceo en la oscuridad. Los grandes ventanales de la casa principal parecen mirarla fijamente. «Si no supiese lo que ha pasado, imaginaría que los propietarios están de viaje», piensa Harriet. Los ladridos vienen de la parte de atrás. La gravilla cruje cuando cruza con sigilo la explanada. El establo está cerrado a cal y canto, pero la verja del jardín de la casa está permanece entreabierta. El césped está húmedo y el rocío penetra en las zapatillas de deporte cuando pasa por la verja. La brisa nocturna agita los rododendros y forma ondas en el agua de la fuente. Intenta no recordar que se encuentra en el escenario del crimen.

En un rincón del jardín con aires de parque se halla la caseta. Le vuelve a la memoria la cara que le ha parecido ver antes por la ventana, pero los arbustos de detrás de la caseta crecen salvajes y se ensanchan hasta la pared. Ahí no cabría una persona. Sin embargo, los arbustos del seto que está un poco más lejos se agitan, y Harriet se acerca corriendo. Tiene que apartar las ramas para abrirse paso.

—¿*Kato*? ¿Estás aquí? —pregunta. Su voz suena débil e insegura. Una rama

se rompe y se oye un crujido. Harriet se pega a la pared y vuelve la cara hacia la ventana para evitar que las ramas la rasguñen. Los ruidos cesan y ella se detiene. Sería típico de *Kato* querer jugar con ella ahora. Seguro que pretende que lo persiga. Los ojos se le han acostumbrado a la oscuridad y ahora puede ver el interior de la caseta. Harriet apoya los bordes de las manos y la cara en el cristal para mirar dentro. Se ve todo desordenado, como si lo hubiesen usado de desguace. En la vivienda todo era orden y control: el empapelado, elegido con tanta meticulosidad, las camisas organizadas por colores y los vestidos cubiertos en fundas de plástico. Sin embargo, esto de aquí está repleto de muebles viejos. Puede distinguir con toda claridad dos sillones y varias alfombras enrolladas. Junto a la pared hay una pequeña cocina de juguete.

Vuelve a oír un crujido muy cerca y da un rápido paso hacia atrás, consigue sacar el móvil de la chaqueta y enciende la linterna. Los dedos le tiemblan un poco en el frío de la noche cuando dirige la luz en la dirección del ruido.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta—. Soy policía. —A la mentira le falta la seguridad que deseaba transmitir.

Nadie contesta. Con la tenue luz puede ver que no hay nadie entre los arbustos al lado de la caseta, pero, tan sólo un metro más allá, observa unas ramas rotas y hojas pisoteadas en el suelo.

—Hola...

Continúa el silencio. Harriet ilumina a su alrededor con la linterna y sigue con la mirada el movimiento de la hierba en el viento. Tiene la sensación de que hay alguien ahí, pero no puede ver a nadie. De repente oye un sonido metálico al otro lado del seto, como un golpeteo contra una chapa. A unos veinte metros, al lado de un montón de estiércol hay un contenedor de color verde oscuro. El ruido parece venir de allí.

«Camina siempre con cuidado hasta que estés segura», solía decir su antiguo jefe, y Harriet se repite a sí misma las palabras mientras se acerca al contenedor. La zona está despejada y el único sitio para esconderse son los arbustos que acaba de dejar atrás, así que no debería haber peligro. Si hubiese alguien aquí, ya lo tendría que haber visto. Mira a su alrededor. Tal vez el ruido ha sido sólo fruto

de su imaginación. Pero vuelven a oírse los golpes. Sordos y regulares, y parecen provenir del interior del contenedor.

Tarda un segundo en reaccionar y salir corriendo hacia el depósito. Tiene sólo una abertura, una portilla en el lado corto, y está cerrada con candado. Harriet agarra la cadena y estira con todas sus fuerzas. Los eslabones dan contra el metal y los sonidos de dentro responden en el acto.

—Ábrete —susurra Harriet, pero la cadena no cede ni un ápice.

Los golpes de dentro son cada vez más fuertes.

—Hola... ¡¿Me oyes?! —grita Harriet mientras estira de la cadena.

Si no puede abrir la portilla, tendrá que entrar por otro lado. Consigue subirse hasta el techo del contenedor. La tela de su chaqueta cruje al rozar la superficie oxidada. En el centro del techo hay una rendija lo bastante ancha como para mirar dentro. Saca el móvil y dirige el foco de la linterna hacia el fondo. La luz cae sobre un bulto que se mueve.

—¡Te voy a ayudar! —chilla Harriet por la ranura. Nadie contesta, pero oye un ruido de alguien arrastrándose. Se fuerza a sí misma a calmarse. Cuando deja de temblar, puede ver con toda claridad de qué se trata. Un cuerpo humano. Tiene las manos atadas a la espalda y el torso se retuerce de un lado a otro mientras la cabeza golpea la chapa del contenedor. Harriet vuelve a apuntar con la linterna. Entonces, la persona vuelve la cara hacia ella. Tiene los ojos y la boca tapados con cinta americana.

6

La cara amordazada cae de nuevo al suelo y el cuerpo se queda quieto. Harriet grita con todas sus energías, pero la voz se corta y el sonido se diluye entre las paredes oxidadas del contenedor.

—¡Te he encontrado! ¡Te voy a ayudar!

La persona de ahí abajo debería oírla, aunque no pueda contestar. Harriet marca varias veces el número de emergencias antes de conseguir pulsar las teclas correctas, a pesar de ser sólo tres cifras.

—Hay una persona encerrada en un contenedor. Estoy en la finca Sundgodset, en Lerviken. Tenéis que venir ahora mismo. Enviad ambulancia, bomberos y policía.

Al otro lado de la línea, una mujer responde tranquila, pero Harriet tiene que repetir varias veces dónde se encuentra y lo que está viendo. A medida que lo va repitiendo, se va calmando y comprende que ése es el propósito de las preguntas de la telefonista.

—Quédate conmigo al teléfono. ¿Puedes establecer contacto con la persona? Harriet ilumina a través de la rendija.

—No, tenéis que venir rápido, ya no se mueve.

A su alrededor, la noche se yergue como una pared negra, y como Harriet se ha puesto el móvil en la oreja, ha dejado de usarlo como linterna, y sus ojos no tienen tiempo de acostumbrarse a la oscuridad.

—Harriet, ¿estás en un sitio visible? Si no, tendrás que salir a la carretera para hacer señales a la ambulancia. ¿Aún me oyes? —pregunta la mujer al teléfono.

—Te oigo —contesta Harriet, y pone el altavoz.

—Seguiré aquí hasta que ellos lleguen —dice la mujer en el mismo tono tranquilo de antes—. Continúa hablando conmigo.

Harriet cierra los ojos. La batería del móvil ha bajado al ocho por ciento, y la fría noche hace que parezca que el pequeño símbolo va desapareciendo como la arena de un reloj. Vuelve a gritar hacia el interior del contenedor.

—Sigue quieto del todo.

—Pronto estarán ahí.

Harriet escucha con atención. Todo a su alrededor está completamente en silencio. Si están cerca, ¿no debería oír la ambulancia?

—Harriet, ¿sigues ahí?

Entonces, muy lejos en la oscuridad, empieza a subir el sonido de unas sirenas.

—Están llegando, puedo oírlos. —Los ojos se le llenan de lágrimas.

Baja de un salto del techo del contenedor y sale corriendo hacia la parte delantera de la casa. Puede distinguir luces azules en el horizonte, reluciendo como la aurora boreal sobre el prado.

—Voy a colgar, ya veo las luces —le dice Harriet a la mujer de la centralita de emergencias. Necesita el teléfono para hacerles señales.

Se coloca en medio de la explanada, enciende la linterna y gesticula en el aire con el teléfono. Cuando está segura de que la pueden ver, les hace señales para que continúen avanzando. Las ambulancias pasan de largo el establo y Harriet, corriendo, las sigue hacia la parte de atrás. Se detienen al lado del contenedor, pero aún se oye el sonido de las sirenas. Unos minutos más tarde llega también un camión de bomberos y dos coches patrulla.

Unos focos iluminan la zona y puede ver cómo unos bomberos fuerzan el contenedor mientras ella habla con los policías. Parece todo muy irreal, como en una película, y por un instante Harriet duda de si lo que está viendo es de verdad. Hace tan sólo una hora estaba cenando en la cocina de Eugen. Ahora está en el escenario de un crimen mirando cómo suben un cuerpo inerte del interior de un contenedor. Los ojos y la boca están tapados con cinta americana, como una momia. Un brazo cae a un lado cuando dejan el cuerpo sobre la camilla, y se queda colgando. Introducen la camilla por la puerta posterior de la ambulancia y una manta naranja se desliza a un lado. Se pueden ver dos pies amoratados.

Curiosamente, Harriet lo ve todo con absoluta nitidez, pero es incapaz de moverse.

—¿Es demasiado tarde? —le pregunta a uno de los policías.

Las luces del techo del vehículo empiezan a girar de nuevo y las sirenas se ponen en marcha. Cierran las puertas traseras de un portazo y salen disparados.

—Lo llevan a Lund, tardarán menos de quince minutos en llegar —dice el agente que le está tomando declaración a Harriet mientras el sonido de las sirenas se va apagando—. ¿Vives aquí? ¿Sabes de quién se trata?

—Sí. Creo que es Douglas Andersson.

Lunes, 28 de agosto de 2017

Landskrona está sumergida en una penumbra gris y fría, y parece como si la noche hubiese ahuyentado los últimos rastros del verano. Harriet entorna los ojos en la luz blanca de la mañana. La húmeda niebla se ha quedado estancada entre las casas de ladrillo rojo, y la plaza del ayuntamiento está desierta. De nuevo, aparca el Saab detrás de la pizzería. Se ha estado planteando si dejar el coche en la avenida Slottsgatan, junto a la plaza de Kasernplan, pero al final la ha vencido el cansancio. Harriet abre la guantera y estira el brazo para coger la bolsa de Dumle. Ya sólo quedan envoltorios. Para asegurarse, alarga la mano un poco más y palpa el fondo del compartimento. Qué bien le sentaría ahora un poco de azúcar. Su mano topa con una cajita. Harriet se inclina para ver qué es. Detrás de toda la basura, hay un paquete de cigarrillos de la marca Prince. La única persona que conoce que fuma Prince es su hermano. Harriet sonrío ante la idea de que su hermano fume a escondidas, igual que ella, y que se haya dejado el tabaco en el coche de Eugen, ni más ni menos.

Toquetea el paquete, dentro también hay un mechero. Los Prince son demasiado fuertes para ella, y a las ocho de la mañana le coge dolor de cabeza sólo de mirarlos. Vuelve a dejarlos donde estaban. Necesita cerrar los ojos unos segundos antes de entrar en comisaría y empezar su primer día oficial en el nuevo trabajo.

Los primeros rayos de sol que se abren camino sobre la pared blanca y reluciente del restaurante hacen que le estalle la cabeza. El día está lleno de obligaciones y, ante todo, tiene que centrarse y dar una buena impresión. Harriet saca el móvil. Vuelve a abrir el mensaje de Margareta, que la ha despertado a las cinco y media de la mañana.

Margareta: Ven a verme de inmediato en cuanto llegues. Antes de las nueve.

Corto y exigente. Fiel a la imagen que Harriet se ha formado de su nueva jefa. Pero esa noche apenas ha pegado ojo y para poder enfrentarse a ella necesita dormir un cuarto de hora. Harriet reclina el asiento y cierra los ojos.

Se despierta con un golpe. Un hombre con una bata blanca y un delantal sucio le sonríe desde el contenedor de reciclaje de color verde junto a la puerta trasera de la pizzería. Se saca un paquete de tabaco del bolsillo de atrás. Harriet se incorpora y lo saluda con cautela a través de la ventanilla del coche. Él le devuelve el saludo, pero arquea las cejas mientras expulsa el humo por la boca. Harriet cierra los puños. No se acordaba de que lleva las palmas vendadas desde la pasada noche, debe de resultar un tanto extraño.

Se había hecho varios cortes en las manos al trepar por el contenedor. En ese momento no se había dado cuenta, pero al llegar a casa empezó a notar un dolor intenso en las heridas y Eugen tuvo que ayudarla a limpiar el óxido de las manos. Exactamente igual que cuando era pequeña y se hacía daño en las rodillas. Eugen fue a buscar la lámpara del escritorio, desinfectante y la caja de vendas y llevó todo a la cocina. Luego le curó las manos mientras ella explicaba lo que había pasado. Cómo no, el cabrón del perro había vuelto a casa por su cuenta y había aparecido justo antes de que llegase Harriet.

Eugen no se dejó afectar por los nervios de Harriet. Siempre había sido una persona tranquila, y cuando ella era pequeña solía ser Jorun la que se preocupaba todo el tiempo. Eugen pasaba mucho tiempo fuera. Harriet y Paul sólo lo veían en verano y, por lo que Harriet puede recordar, él siempre les daba total libertad. Los dejaba correr en los rompeolas de la playa antes de que supiesen nadar y trepar por el fortín cuanto quisieran. Jorun nunca lo habría permitido. Y eso era justo lo que les encantaba a Paul y a ella: la sensación de estar haciendo cosas prohibidas.

Tener un padre mayor comportaba unas ventajas.

«Pero, a partir de ahora, todo será diferente», piensa Harriet mientras se estira

las mangas para disimular los vendajes. Lerviken nunca va a volver a ser lo mismo, la sensación de seguridad se habrá esfumado. Los ojos se le llenan de nuevo de lágrimas y tiene que parpadear para poder ver bien. En estos momentos, en casa en el estrecho, Yvonne estará corriendo de puerta en puerta para explicar lo ocurrido. Harriet se imagina su melena castaña y enorme balanceándose de un lado a otro por la emoción. Después del espectáculo de las sirenas y las luces azules, lo más probable es que no quede nadie que no se haya enterado del terrible suceso que ha tenido lugar en Sundgodset, y en cualquier momento se va a convertir en noticia nacional en «Ekot», el noticiario radiofónico.

Se seca las lágrimas de las mejillas; debería ir entrando.

—¿Va bien que deje el coche aquí todo el día? —le pregunta con tono de disculpa al pizzero, que está fumando.

—Sí, claro, no pasa nada —dice él sonriendo, y apaga el cigarrillo.

—Gracias. —Harriet esboza una leve sonrisa.

—Por ti voy a hacer una excepción. Somos un restaurante, no un aparcamiento, como parece creer la gente —dice señalando los espacios vacíos al lado de los contenedores.

—Ya me lo ha parecido, os lo iba a preguntar aunque no hubieses salido —dice Harriet.

Al pizzero se le ve en la cara que no se lo ha tragado. Su expresión le recuerda a la sonrisa de Paul, la que suele poner cuando le está tomando el pelo, intentando que Harriet confiese si le gusta alguien o si ha hecho algo prohibido, y Harriet se echa a reír.

—Señorita, recuerda coger tus cosas antes de irte. Esto es Landskrona, hay que ir con cuidado. Es mejor que vacíes tu coche antes de que lo haga otro.

—Claro —dice Harriet, y toma su bolso del asiento del copiloto. El hombre debe de haber oído que viene de Estocolmo. ¿Se piensa que Harriet no ha visto cosas peores o es que se está haciendo el gracioso?

El hombre le responde guiñándole un ojo cuando Harriet se despide con la mano.

Sigue sin haber nadie en la recepción, y Harriet llama a Margareta por teléfono cuando se encuentra delante de las puertas de cristal.

—*Kvällsposten, Sydsvenskan, TT* —exclama Margareta en cuanto ve a Harriet—. No hay ni una redacción de noticias que no se haya enterado todavía. Acabo de hablar con el jefe de la operación y hay fotógrafos por todas partes. Alguien les tiene que haber dado el aviso.

Va vestida con un jersey de cuello alto rojo y un traje de color gris acero.

—Vamos a mi despacho —continúa; pasa por delante de Harriet con el móvil en la mano y se sienta en el sillón que hay debajo del cuadro de la ciudadela. Harriet duda. ¿Se sienta en el sofá, enfrente de Margareta, o se queda allí de pie? Es imposible saber lo que su jefa quiere.

—Siéntate. No soporto a la gente que se queda de pie en la puerta, mirando. Me recuerda a los vampiros —sigue Margareta mientras señala el sofá—. Aquí no hace falta invitación.

Margareta deja tranquilamente el móvil sobre la mesa de centro y toma un sorbo de la taza de café que tiene delante.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta, y añade—: La centralita de urgencias grabó la llamada y la he escuchado.

Harriet se sienta con cuidado en el sofá de enfrente y empieza a contárselo todo. La papelera que hay al lado del sofá está repleta de vasos de cartón vacíos y el móvil de Margareta no para de vibrar en la mesa.

—Voy a tener que encontrar también a un experto para gestionar a los medios. Lo sabía. ¿Por qué no se encargan de esto los imbéciles del Departamento de Comunicación? En estos momentos no tenemos ni tiempo ni recursos para ocuparnos de la prensa. —Niega con la cabeza, coge el teléfono, quita el vibrador y vuelve a dejarlo con un golpe sobre la mesa.

Harriet se sobresalta tanto que el sofá se desliza un poco hacia atrás.

—No me preguntes cómo coño puede ser que los técnicos pasaran por alto el contenedor. Es totalmente incomprensible, deberían haber registrado toda la finca, teniendo en cuenta que Douglas estaba desaparecido, y comprobar un

contenedor detrás de la casa es de manual. Esto no es propio de Lennart, él es bueno. Pero supongo que ellos están igual que nosotros. Las putas prisas.

—El contenedor estaba cerrado con un candado, una cadena gruesa —dice Harriet.

Margareta le clava una mirada asertiva.

—Esto nunca habría sucedido si nos hubiesen mandado la patrulla canina —añade.

—¿Era Douglas? ¿Ha sobrevivido? Estaba inmóvil cuando se lo llevaron.

—Sí, era Douglas Andersson. Está en estado crítico en el hospital de Lund. Estaba inconsciente cuando llegaron y ahora lo mantienen sedado.

—Así que los dos fueron víctimas del crimen. No sólo Laura.

—Sí, y, como comprenderás, esto cambia por completo la investigación. Pero, mientras pueda, prefiero evitar implicar a otras unidades. Voy a conseguir que nos den más prioridad y más recursos, pero todo lo que tenga que ver con este caso pasará por mí. Necesito preguntarte: ¿qué hacías en el escenario del crimen?

Harriet baja la mirada a sus zapatos. Debería haber dicho algo ayer.

—Vivo en casa de mi padre, no queda muy lejos de allí. Salí a buscar a nuestro perro, que se había escapado —logra decir. Al menos no es del todo mentira. No hace falta explicarle a Margareta que sacó al perro a dar un paseo para poder fumar a escondidas ni que lo perdió porque tuvo una mala idea.

—¿Por qué no había policías en Sundgodset vigilando el lugar? —pregunta Harriet.

Margareta deja la taza con un golpe.

—Ayer retiramos la vigilancia. Si pensabas que debíamos volver a registrar la zona, deberías haber ido con un compañero policía.

—Fui porque estaba buscando a mi perro y oí un ruido que provenía del contenedor —empieza a decir Harriet.

—Eres una civil, no policía. Tú no puedes intervenir si pasa algo. Espero que seas consciente de ello. Yo soy la responsable de nuestro trabajo en este caso, y todo lo que pienses que debemos hacer lo tratas primero conmigo. Es por tu propia seguridad. ¿Entendido? Voy a llamar a Konrad, el fiscal que se encargará

del caso, y le diré que yo te pedí que fueras. Tienes suerte de que Konrad y yo nos conozcamos y que tengamos una buena relación.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —contesta Harriet bajando la mirada. Los vendajes que le puso Eugen hacen que de repente las heridas parezcan exageradas y dramáticas.

—Tienes acceso al acta. El informe de los policías que fueron los primeros en llegar está allí. Empieza por él y por el teléfono que encontraron. Quiero saberlo todo acerca de Laura, con quién se relacionaba y cómo pasaba los días. Sobre todo, quiero saber cómo fueron sus últimas veinticuatro horas. Si te cuesta priorizar, consúltalo conmigo —prosigue Margareta sin cambiar el tono de voz.

Harriet asiente con la cabeza.

—Ponte en contacto con la testigo del servicio de atención domiciliaria que la encontró y hazla venir para interrogarla esta tarde. He quedado para almorzar con Konrad. —Margareta se pinta los labios con una barra de color rojo oscuro, el mismo tono que el jersey, y frota los labios—. No hay muchos policías que cuenten con el respeto de los fiscales. Para la mayoría sólo somos ganado.

A Harriet le ha dado la impresión de que le sonreía en mitad del gesto. «No parece que sea rencorosa», piensa Harriet, y se arma de valor.

—Ah, qué bien. Será interesante conocer al fiscal. ¿A qué hora, más o menos? —Harriet intenta parecer animada.

La cintura de los pantalones le aprieta cuando expulsa el aire. Había pensado tomarse un batido Nutrilett delante del ordenador o en la cocina, si el resto del equipo se quedaba a almorzar allí, pero si Margareta la invita, no puede negarse. Además, se sentiría mejor si su jefa y ella pudieran conocerse un poco más.

—A las once y media; solemos llamarlo un «almuerzo criminal» —comenta Margareta en tono seco.

Harriet se ríe. Al menos Margareta tiene sentido del humor, y las palabras «almuerzo criminal» no suenan tan mal con el acento de Skåne. A Lisa le habría encantado un almuerzo así.

Margareta echa un vistazo rápido al teléfono que hay sobre la mesa.

—Konrad no puede venir a la reunión de la mañana, así que ya lo conocerás mañana, seguro que entonces convoca al equipo que se encarga del caso —dice

cogiendo el teléfono y haciéndole un gesto con la mano a Harriet para que abandone la habitación.

A Harriet le arden las mejillas e intenta rápidamente colocarse los rizos del pelo alrededor de las orejas para que su jefa no pueda ver las manchas que sabe que le salen en el cuello cuando se ruboriza. ¿Cómo podía ser tan estúpida de pensar ni por un segundo que Margareta la iba a llevar a la comida con el fiscal?

Margareta la sigue mientras empieza a hablar por teléfono, la empuja hacia el pasillo y cierra la puerta de su despacho.

No ve a nadie más. Harriet camina deprisa en dirección a la puerta que el día anterior Margareta le señaló como su nuevo despacho. La sala está despejada y limpia. En su anterior trabajo, el jefe procuraba siempre poner una planta para dar la bienvenida a la persona que se incorporaba, pero aquí el escritorio está vacío.

Se sienta con cuidado en la silla de oficina. Ya no está tan segura de haber hecho bien en dejar Estocolmo. Los miembros de su anterior equipo siempre intentaban almorzar juntos los lunes. En lugar de irse a comer con ese fiscal del que Margareta estaba tan orgullosa de conocer, su jefa debería aprovechar la oportunidad para presentar a Harriet al equipo. De lo contrario, ella sola nunca se ganará la confianza de los demás. Aún recuerda perfectamente cómo fueron los primeros tiempos que estuvo como empleada civil en Estocolmo. Si no eres policía, no cuentas. Aunque nadie lo dijese en voz alta, podía sentirlo en las paredes y en los sutiles comentarios acerca de su sueldo, su falta de experiencia y sus escasas competencias. Sólo salió adelante porque su jefe creía en ella y le había asignado trabajos en los que había podido demostrar que algo sí sabía. Era capaz de aportar lo suyo a pesar de tener que pedir ayuda a los compañeros con cosas tan sencillas como el frotis bucal antes de tomarles declaración a los sospechosos.

Cuando el reloj marca las 8.58, se levanta de la silla de oficina, se arregla el pelo y se encamina hacia la sala de reuniones. La puerta está entreabierta y ella la empuja para abrirla. Un hombre pelirrojo y rechoncho de unos cincuenta años alza la vista.

—¿Tú eres la nueva? Yo soy Göran. El adjunto —dice él estirando la mano.

Antes de que Harriet tenga tiempo de contestar, aparece Margareta a sus

espaldas, seguida de cerca de una mujer de unos cuarenta años, de pelo corto y negro, y de un hombre joven, moreno y de ojos afables.

—Éstos son Rakel y Elias, y veo que ya conoces a Göran —dice ella.

—Bienvenida —saluda Elias sonriendo a Harriet.

—Gracias. —Harriet le devuelve la sonrisa. Al menos alguien se alegra de que esté ahí.

Elias es alto, lleva el pelo húmedo y repeinado hacia atrás, y luce una barba cuidada en la cara. Parece simpático. En cambio, su compañera Rakel es una de esas personas a quienes Harriet suele tener miedo. Mirada enfadada y ni un ápice de ganas de ser complaciente. Saca una silla haciendo ruido y toma asiento. Estira las piernas, se cruza de brazos y se vuelve hacia Margareta, que ya ha empezado a hablar:

—Bien, un caso de asesinato en Sundgodset, a las afueras de Lerviken. El sábado por la noche encontramos a una mujer de cincuenta y tres años asesinada en un establo. Su marido, de setenta y dos, fue hallado ayer por la noche, gravemente herido. Estaba en un contenedor, detrás de la casa. Todo está en el expediente, tenéis todos acceso. Ayer Harriet y yo visitamos el escenario del crimen. La mujer había sido apuñalada en la cabeza y le habían pegado los párpados con cinta americana para mantenerlos abiertos. Los ojos y la boca del marido estaban tapados con cinta americana. —Margareta abre su ordenador portátil y lo conecta a un alargo.

Harriet se descubre a sí misma mirándola fijamente. A pesar de haber estado presente, en este momento le parece todo irreal.

—¿Por qué coño no funciona la tecnología? —maldice Margareta.

—Otro robo con asesinato en una finca aislada en el sur de Suecia. ¿Qué es, la tercera vez en lo que llevamos de año? ¿Los de aduanas no deberían vigilar mejor a las bandas georgianas...? —empieza Göran.

Elias carraspea y frunce el ceño.

—Vale, me la sopla. —Göran levanta dos dedos en forma de V y los golpea contra la palma de la mano—. Tiempo para principios fundamentales. Digas lo que digas, te acusan de ser racista.

Lo dice con una sonrisa. Harriet aprieta el bolígrafo con fuerza, pero

enseguida lo suelta: las heridas en las palmas de las manos le duelen. Sería un suicidio social decir algo en este momento, pero las formas de Göran le molestan; ya se ha topado con ellas varias veces desde que empezó a trabajar en el cuerpo policial. Sólo de verlo ya sabe cómo será. Es de esa clase de hombres que nunca hablan claro y, sin embargo, siempre lo dicen todo.

—Mirad, aquí podéis ver las fotos —dice Margareta señalando la pizarra sobre la que se está proyectando una imagen de Laura—. Rakel y Elias, vosotros os encargaréis de ir de puerta en puerta para averiguar qué sabe la gente de los alrededores acerca de las víctimas. Visitad la tienda local y el restaurante. Cualquier lugar puede ser interesante. Comprobad con la Diputación quién ha solicitado permiso para instalar cámaras de vigilancia y luego os ponéis en contacto con los propietarios. Si tienen grabaciones, quiero verlas de inmediato, antes de que dé tiempo de borrar nada —prosigue.

—¿Cómo es de grande la zona? A lo mejor tendríamos que ser más agentes ya de buenas a primeras. —Elias parece tranquilo al plantear la pregunta y Harriet lo contempla. Deben de tener más o menos la misma edad, aunque él parece mucho más seguro de sí mismo, sin llegar a ser pretencioso.

—Patrik también formará parte del caso, pero no estará libre hasta mañana — responde Margareta rápidamente—. Douglas Andersson permanece sedado en estos momentos. Göran, tú hablarás con el médico. Las dos víctimas estaban amordazadas con cinta americana. Quiero que te sigas centrando en eso. ¿De dónde ha salido la cinta? También necesito que compruebes la bolsa de comida que colgaba en la puerta. —Margareta se vuelve hacia Harriet—. Tú te encargas de toda la investigación interna y del teléfono de Laura cuando nos llegue. Quiero un informe con toda la información que puedas reunir sobre el matrimonio Andersson. Examina también las cuentas y las transacciones. Konrad, que será el fiscal en este caso, se pasará por aquí en algún instante. Espero que entonces me pueda dar una respuesta sobre el registro de datos de la antena repetidora.

Margareta se pone las manos en la cintura mientras canta las órdenes, haciéndola parecer todavía más delgada.

—Harriet también va a hacer venir a la testigo que encontró a Laura, a ver

qué sacamos de ahí. No tengo tiempo de repasar con ella el protocolo para la organización de investigaciones especiales. No sabe qué se aplica en casos de delitos graves. Göran, ¿se lo podrás explicar tú luego?

Harriet mira a Göran de reajo. ¿La va a dejar en manos de ése? Göran tampoco parece demasiado contento, pero Margareta continúa antes de que tenga tiempo de contestar.

—Lennart es el técnico de la Científica responsable, lo llamaré para que venga cuando esté listo el informe. A Laura le practican la autopsia mañana.

En la sala se hace un silencio sepulcral. Como si tuvieran un código secreto para quién puede hablar, piensa Harriet.

—¿No iría bien que hubiese alguien presente durante la autopsia? —pregunta al final Elias.

—Yo puedo ir —dice Harriet.

De reajo ve cómo Rakel y Elias se intercambian una mirada.

—¿No puede asistir Rakel? —pregunta Göran.

—A ver, a Elias y a mí nos toca ir al estrecho para interrogar a los testigos. ¿Por qué no puede ir Göran? —replica Rakel.

—A mí me gustaría ir a la autopsia —repite Harriet, esta vez alzando un poco más la voz.

—Tengo que pensar de qué nos sirve que estés presente en la autopsia. Verás, aquí tenemos que ir con cuidado con cómo usamos los recursos. Tal vez sea diferente de lo que estás acostumbrada en Estocolmo —responde Margareta—. Si algún pariente contacta con nosotros, te ocupas tú, Göran.

Göran suspira.

—Esta mierda ya ha llegado a la prensa y no han parado de llamar en toda la mañana. Dale seguimiento a lo que vayan reportando los medios, y vamos a tener que montar una centralita de recogida de pistas.

—Qué bien, ya me toca lidiar otra vez con esos locos. Muchas gracias —contesta Göran—. Tal vez se podría haber encargado Harriet.

—Nos volvemos a reunir esta tarde; si acabáis antes, venís a verme al despacho —lo interrumpe Margareta.

Elias y Rakel se levantan.

—Yo hoy me voy a las cuatro, sólo para que lo sepas. Ya no pagan horas extras —comenta Göran, y sale de la habitación sin volver a colocar la silla en su sitio.

Harriet saca con cuidado su móvil y escribe un breve mensaje para Lisa.

Harriet: Gran decepción. Me ha tocado de jefa la Bruja Amargada en lugar del tío bueno en uniforme.
Ha habido un error en mi solicitud. ¿Qué hago?

—Me llamo Lena —dice la mujer que está sentada en la recepción. Lleva el pelo teñido de rubio ceniza, un vestido corto amarillo canario y medias de rayas blanquinegras. Aparenta unos treinta y cinco años, pero tiene la voz aguda y está haciendo globos con el chicle.

—Harriet.

—Lo sé, acaba de llegar tu tarjeta —contesta Lena.

Harriet coge el pase que le entrega la recepcionista y vuelve deprisa a su nuevo despacho. En esos momentos habría llamado a Lisa, pero no se atreve. Empezar el día con una llamada personal parece algo arriesgado por si entra alguien. Así que decide enviar un mensaje.

Harriet: No te puedes ni imaginar lo loco que es esto.
Después de la reunión con la bruja, resulta que la recepcionista es un polluelo.

Suelta una risita. Luego la invade la melancolía. Debería tener alguien más aparte de Lisa con quien compartir sus pensamientos. Se deja caer en la silla de oficina y le da una vuelta. Las paredes están recubiertas de un empapelado con textura, de color blanco sucio, y enfrente del escritorio se ve la marca de un cuadro. «En las antípodas de lo que se entiende por acogedor», piensa Harriet, y enciende el ordenador. Son las diez de la mañana.

La pantalla parpadea mientras se abre la carpeta del caso. Ha llegado el archivo con las imágenes de Lennart y el informe de la patrulla sobre el escenario del crimen. «Al menos son bastante rápidos», constata, y abre el

informe de la policía. La testigo del servicio de atención domiciliaria se llama Britt-Marie Persson.

Tiene cuarenta y nueve años y vive en Vallåkra. Según el informe, fue a Sundgodset sobre las siete de la tarde. También había estado allí el viernes y había llamado a la puerta. La bolsa con comida estaba colgando de la manilla. El sábado, al ver que seguía allí, rodeó la casa. Al final entró a mirar en el establo, ya que la puerta estaba entreabierta.

Harriet se rasca la nuca, justo en el cuello, donde se han enredado sus rizos. Le sorprende que el matrimonio Andersson dejase que el servicio de atención domiciliaria les llevase la comida. Si ella hubiese tenido la fortuna de Douglas Andersson, habría preferido encargarse de la comida a Ruibarbos y Cangrejo. La taberna es sencilla y sin pretensiones, pero sirve los mejillones más deliciosos que te puedas imaginar. Los veranos antes de que Paul, Eva-Lena y los niños empezasen a invadir a Eugen, solían ir allí a menudo. Se sentaban en la terraza hasta la hora de cierre, tomando coñac y mirando los barcos que pasaban por el estrecho. Cuando los acompañaba Yvonne, tomaban pastel de ruibarbo de postre.

«Cubren el pastel con crocante de almendras, está delicioso», se excusaba Yvonne cuando se comía también el trozo de Eugen. Papá nunca ha sido de dulces.

Harriet marca el número de Britt-Marie. La línea chasquea un poco, pero al tercer tono de llamada contesta una voz de alguien que se acaba de despertar.

—Hola, Britt-Marie, me llamo Harriet y soy investigadora criminal. ¿Podrías venir a vernos esta tarde? Es en relación con los acontecimientos de Sundgodset.

Al otro lado de la línea se hace el silencio.

—No he sido yo. Lo juro, llevo todo el día en casa y no he hablado con nadie.
—Parece que se le vaya a quebrar la voz y que esté a punto de romper a llorar.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Harriet.

—Que no he sido yo la que ha llamado a *Kvällsposten*. —Britt-Marie respira con dificultad al otro lado del teléfono.

Harriet cierra los ojos y reprime un suspiro.

—Te llamo porque nos gustaría que vinieses a la comisaría a explicarnos lo que pasó cuando llegaste al lugar. ¿Te iría bien a las dos? —continúa Harriet.

Por un momento, no se oye nada hasta que Britt-Marie contesta. Ahora parece más tranquila.

—A las dos me va perfecto.

Finalizan la conversación y Harriet mira el reloj en la esquina de la pantalla. Eso le da bastante margen de tiempo para la búsqueda de Laura y Douglas en todo tipo de registros antes de interrogar a Britt-Marie.

Camina cautelosa en dirección al *office* para coger una taza de café. Cuando pasa por delante del despacho de Margareta la puerta está cerrada, pero puede oírla hablar por teléfono. Harriet llena dos tazas antes de volver a su despacho. Quiere estar despejada. La silla de oficina es confortable; se acomoda y toma un gran sorbo. En realidad, le gustaría volver a visitar el escenario del crimen otra vez, pero después de los sucesos de la noche anterior, lo más probable es que la zona esté acordonada para el examen científico del contenedor. Cierra los ojos e intenta repasar mentalmente los hechos. La explanada, el jardín, los movimientos en los arbustos, el viento y la oscuridad. Deja que los pensamientos fluyan.

Unos abruptos golpes en la puerta la despiertan. La pantalla de enfrente se ha apagado. ¿Se ha quedado dormida?

Alguien baja la manilla y, al cabo de unos segundos, aparece en la puerta la media melena gris de Margareta.

—Me voy ya, nos vemos en el interrogatorio esta tarde. ¿Estás autorizada a llevar interrogatorios? Discúlpame, pero no recuerdo muy bien qué se aplica cuando no se tiene formación policial.

Harriet se estira y oculta un bostezo con la manga del jersey.

—Sí, estoy acostumbrada a hacer interrogatorios.

—Muy bien. Entonces puedes acompañarme. Como sólo se trata de una testigo, no hace falta demasiada preparación —dice Margareta mirando con curiosidad las tazas que hay delante de Harriet.

Ella vuelve a encender el ordenador en cuanto la cara de su jefa desaparece por la puerta. Ya son más de las once y Harriet ha desperdiciado la mitad de la

mañana. Tendrá que darse prisa.

Pronto la pantalla está cubierta de datos, y Harriet coge un lápiz y empieza a tomar notas.

Douglas aparece en dos ocasiones en el registro de antecedentes penales por malos tratos a Laura Andersson. También estuvo involucrado en una trama de fraude en los años noventa y aparece en tres procesos judiciales por delitos fiscales. Todos acabaron en liquidaciones complementarias y multas fiscales, pero ninguna inhabilitación ni condena. Douglas sale también con frecuencia en la prensa económica, como el *Veckans affärer* y el *Dagens industri*.

Hace un esquema de todos los registros que necesita comprobar y, en la libreta que tiene delante, va anotando el nombre de las personas a las que podrían interrogar. Konrad tendrá que decidir si puede tener acceso a transacciones bancarias, y no debe olvidarse de llamar al técnico de la Científica en referencia a las incautaciones en el escenario del crimen. Si hay algún álbum de fotos, cartas o tal vez un diario, será un buen paso para empezar.

«En la mayoría de los crímenes suele haber una relación previa entre la víctima y el culpable. Si el crimen ha sido planificado, hay un motivo. Encuéntralo», solía decir su anterior jefe en los pocos casos que le habían llegado de este tipo. Ahora sus palabras le resuenan en la cabeza como una orden.

Está tan absorta en las búsquedas de Douglas y Laura que se olvida por completo de comer, y cuando Lena la llama desde recepción y le dice que hay una mujer muy nerviosa esperando en la entrada, sale corriendo en dirección al despacho de Margareta.

La puerta está cerrada, pero puede oír su voz al otro lado. Se está riendo. Harriet golpea con cuidado la puerta, pero nadie contesta.

«No hay más remedio, tendré que interrumpirla», piensa Harriet, y gira la manilla.

Margareta se levanta de repente y la mira con sorpresa.

—Éste es Konrad —dice señalando a un hombre sentado en el sofá. Es un hombre obeso, pasados los cincuenta, y va vestido con camisa, americana de

cuadros con parches de cuero en los codos y pantalones de pana de color granate.

—¿Tú eres el refuerzo? —pregunta mientras se levanta y se acerca a Harriet para saludarla—. Yo dirigiré el caso.

El olor de la colonia de Konrad la azota, y Harriet, por acto reflejo, se echa un poco atrás. El hombre lleva la camisa arrugada, y cuando vuelve a tomar asiento, ella puede ver que le falta un botón en medio de la barriga.

—Igual que yo, Konrad lleva en esto desde tiempos inmemorables —dice Margareta dándole una palmada a Konrad en el hombro.

—Ha llegado Britt-Marie Persson —anuncia Harriet apoyándose al marco de la puerta. No debería haberse recogido el pelo con el lápiz, cada vez que mueve la cabeza nota cómo se va deshaciendo el moño.

—Es la testigo que encontró el cuerpo de Laura. Pensé que sería mejor que viniera lo antes posible. Puedes tomarte el café en la sala de escucha —dice Margareta con un gesto de la cabeza a Konrad.

—Yo dirijo el caso, pero es Greta quien lo decide todo —contesta Konrad soltando una carcajada que hace que la barriga se le balancee debajo de la camisa.

—Konrad es el único que me llama Greta —responde Margareta concisa, y añade—: Los fiscales tienen muy poca imaginación.

Las carcajadas retumban en el pasillo mientras Margareta y Konrad desaparecen en dirección a la cocina.

Britt-Marie Persson está sentada enfrente de Margareta y Harriet, al otro lado de la mesa blanca que ocupa la mitad de la sala. Parece que no acaba de decidir cómo poner las manos, si entrelazadas, sobre la mesa o en los bolsillos. En la mesa hay una grabadora y en el techo una cámara. Por lo demás, la habitación está vacía. Harriet ha llevado consigo el portátil para tomar notas mientras Margareta hace las preguntas.

—Sé que ya hemos hablado antes y he leído el informe de los policías que llegaron al lugar el sábado, pero aun así me gustaría que me volviesses a explicar con tus propias palabras lo que viste —dice Margareta.

Britt-Marie se mueve incómoda. Lleva unos tejanos y un jersey de lana. El pelo teñido de rubio, aunque se le ven con claridad las raíces.

—En realidad, iba a ir Lotta a hacer la valoración de la ayuda social, pero se puso enferma, por eso me encargué yo. No abrió nadie cuando llamé a la puerta, ni el viernes ni el sábado.

—¿Así que el viernes simplemente dejaste la bolsa con la comida en la puerta? —pregunta Margareta.

—¿La comida? —Britt-Marie las mira con sorpresa.

—Sí, en el informe se dice que la comida seguía colgada en la puerta y que eso te hizo sospechar.

Al parecer, Britt-Marie sigue sin entender a qué se refieren.

—Ah, no, al matrimonio Andersson no le llevamos comida. Había una bolsa colgada en la puerta, pero no la habíamos dejado nosotros. Habían pedido hora para una valoración. Se trataba de Laura. Douglas necesitaba ayuda para cuidar de ella. —A Britt-Marie le tiemblan levemente la barbilla y el labio inferior cuando habla—. Habíamos tratado esto con Douglas en varias ocasiones. O sea,

Lotta lo había hablado con Douglas y yo sabía que a veces él se enfadaba. Lotta le había mencionado que a lo mejor la valoración exigía también algunas adaptaciones por su parte.

—¿Adaptaciones? —pregunta Margareta.

—Sí, habríamos tenido que poner una rampa, un ascensor y hacer algunos cambios más para poder ocuparnos de ella.

—No lo entiendo. Laura tenía sólo cincuenta y tres años; Douglas es el mayor de los dos —constata Margareta.

Britt-Marie parece todavía más confundida.

—Laura iba en silla de ruedas. No podía caminar.

Margareta se vuelve hacia Harriet con una mirada imposible de interpretar.

—¿Qué hiciste cuando llegaste allí el sábado? —continúa Margareta.

Britt-Marie se coge las manos.

—Me habían anulado una visita que tenía programada por la tarde y pensé que un sábado por la noche debería encontrarlos en casa. Pero la bolsa seguía allí. Me pareció extraño, y nadie abrió cuando llamé a la puerta. Fue entonces cuando tuve la sensación de que había algo que no cuadraba. Primero di la vuelta a la casa, pero cuando oí cómo la puerta del establo batía por el viento pensé que...

Su voz se le quiebra, Britt-Marie se echa a llorar.

—He visto a muchos muertos; es parte del trabajo, pero aquello era...

Britt-Marie no consigue pronunciar las palabras.

—¿Entraste en el establo? —prosigue Margareta.

—¿Tal vez te apetece una taza de café? Podemos descansar un poco. — Harriet usa su tono de voz más suave.

—Acabo de tomar un café, pero gracias de todos modos —dice Britt-Marie entre sollozos—. Como comprenderéis, en mi trabajo...

Otro ataque de llanto.

—¿Dónde la encontraste? —insiste Margareta en cuanto Britt-Marie se tranquiliza un poco.

—Nada más abrir la puerta vi las piernas. Había sangre por todas partes. Lo comprendí de inmediato. Estaba debajo del tractor. ¿La atropelló con el tractor?

Britt-Marie mira con el ceño fruncido a Harriet. A la testigo se le ha corrido el rímel debajo de un ojo.

—¿Qué hiciste luego? —dice Margareta ignorando la pregunta de Britt-Marie.

—Fui corriendo de vuelta al coche e hice la llamada. —Britt-Marie suena más estable y coge una mochila de piel sintética marrón que ha dejado a su lado en el suelo. Saca un paquete de pañuelos de papel y se limpia el pringue negro debajo del ojo—. Era horroroso. Eso de la pierna. ¿Se la había roto él, la pierna?

Retuerce el pañuelo hasta convertirlo en un churro y empieza a liarlo alrededor de su dedo índice.

—¿Él?

—Sí, o la persona que lo hizo.

Margareta la contempla un buen rato y Harriet aprovecha para abrir el ordenador, debería estar tomando notas.

—Estoy mareada y me encuentro muy mal. No he podido hablar con nadie. No he dormido y no creo que...

Los hombros de Britt-Marie vuelven a agitarse con fuerza y una gota de moco transparente se le desliza por la punta de la nariz. Se suena con el pañuelo de forma ruidosa.

—Creo que es mejor que esperemos a que hayas descansado para seguir hablando contigo —le dice Margareta con una sonrisa tensa a Britt-Marie, quien asiente con la cabeza.

—Perdonadme —consigue pronunciar entre sollozos.

—Harriet te acompañará a la salida —dice Margareta. Harriet se levanta deprisa y abre la puerta.

—Si te cuesta hablar aquí en la comisaría, te puedo llamar por teléfono —se ofrece Harriet cuando están en el pasillo. Le gustaría ponerle la mano en el hombro a Britt-Marie, pero se le hace extraño, pues no se conocen—. Lo has hecho muy bien allí dentro, nos has sido de gran ayuda —añade en lugar de tocarla.

Britt-Marie sonrío un poco y se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—En cualquier caso, gracias por venir, espero que tengas a alguien con quien

poder hablar al llegar a casa.

—Sí, tengo a mi marido, a Lotta y a las otras chicas en el trabajo. Pero no me he atrevido a decirles nada. ¿Puedo hacerlo ahora? —pregunta Britt-Marie.

—Sí, puedes hablar con ellos. Los datos del asesinato ya han salido a la luz — contesta Harriet, y asiente con la cabeza—. Sal por la puerta de cristal y llegarás a recepción. —Harriet señala hacia abajo por el pasillo, pero Britt-Marie se detiene a mitad del paso.

—¿Habéis hablado con el chico?

—¿El chico? —Harriet mira a Britt-Marie con curiosidad.

En el informe de la patrulla de policía que había llegado primero al escenario y que Harriet ha estado repasando por la mañana no aparecía ningún comentario sobre un chico.

—Sí, el chico que estaba allí. Lo vi en el campo, más allá del establo, mientras hablaba con los policías. Parecía que estaba ahí mirando. —Britt-Marie suena más segura—. Pensaba que lo habíais interrogado a él también.

—¿Qué aspecto tenía?

—Delgado, vestido de negro.

Harriet la observa. ¿Debería volver a llevar a Britt-Marie a la sala de interrogatorios?

—Lo he visto antes —murmura Britt-Marie—. Suele estar por Lerviken.

Abre la puerta y desaparece antes de que Harriet tenga tiempo de contestar.

Cuando regresa a la cocina, se encuentra con Margareta y Konrad sentados con sendas tazas de café.

—¿Toda la instrucción está recogida en el informe? —pregunta Harriet.

—Sí, así es como trabajamos. Lo reunimos todo en un único sitio. ¿Verdad que sí, Konrad? —añade Margareta enseguida.

Konrad tiene un móvil en la mano y está desesperado intentando escribir algo en la pantalla con el dedo índice, pero al oír su nombre levanta la mirada.

—O sea, que Britt-Marie es la única persona a la que han interrogado en relación con el escenario del crimen. ¿No hay nadie más?

—Es la única, y su declaración está ahí incluida. ¿Por qué lo preguntas?

—Al salir, Britt-Marie ha mencionado que vio a un chico allí. No he visto su nombre en la denuncia que hay en el expediente. Alguien de Lerviken.

Margareta suspira.

—Siempre igual, en cuanto no vas tú misma al lugar donde se ha cometido crimen, pasan algo por alto. Tendré que mandar luego a Elias a investigarlo. Es el mejor que tengo —dice.

Harriet baja la mirada. Elias parece ser un policía amable y espabilado, y además muy competente. Harriet nunca podrá rivalizar con él.

—¿Qué material han incautado los de la Científica? —interrumpe Konrad, dejando a un lado el móvil. Empieza a dar golpecitos con la taza sobre la mesa y Harriet se fija en sus dedos gruesos y romos—. La silla de ruedas debería estar por ahí.

A Harriet le viene a la mente la casa, la gran puerta de roble y la escalinata de piedra. Si Laura iba en una silla de ruedas, lo habría tenido muy difícil para salir.

—Era delgada. Podía llevarla en brazos —dice.

—¿Qué? —pregunta Margareta.

—Estoy pensando en Laura. El asesino pudo haberla llevado en brazos hasta el establo.

Konrad parece estar meditando.

—Necesito más claridad en esa parte. ¿Por qué estaba en el establo y cómo llegó hasta allí? ¿Alguna de vosotras podría acompañarme hoy a la autopsia? Creo que estaría bien. A lo mejor lo puedes hacer tú, Harriet, parece que tienes una mirada fresca. Ya sabes, cuando llegas a mi edad y a la de Greta, ya lo has visto todo y es como si te volvieses indiferente.

—Justo iba a proponer que Harriet fuese a la autopsia —dice Margareta rápidamente, y se termina el café.

Harriet intenta ocultar su sonrisa. Aunque Elias sea el mejor policía de Margareta, parece que Konrad piensa que es buena. Tal vez él, de forma inconsciente, pueda ser su billete de entrada al equipo. A los policías no les suele gustar demasiado la interferencia de los fiscales en un caso, pero a Margareta le gusta Konrad y hace las cosas que él propone.

—Este crimen es realmente grave. Seguro que no era la intención del asesino que Douglas Andersson fuese hallado con vida. La cuestión es si no debería estar bajo vigilancia. Harriet, ¿puedes contar qué pasó ayer? —prosigue Konrad.

Deja la taza sobre la mesa y de nuevo el olor de su colonia golpea a Harriet. Justo cuando se dispone a contestar, le vibra el interior del bolsillo. Saca el móvil a toda prisa y se lo pone a la oreja.

—Perdonad, tengo que cogerlo —dice cuando oye que es Yvonne.

—Harry, pequeña, perdona que te moleste en el trabajo, y encima el primer día, pero Eugen está desorientado, o tal vez deprimido. Se ha ido hacia la playa. No te habría llamado si no fuese porque sólo lleva una camisa delgada. Creo que hace demasiado frío para ir vestido así cuando hace viento. No quiero meterme, pero quizá sería mejor que vinieses; a veces hace estas cosas y me tiene preocupada. Creo que es mejor que hables tú con él, no me quiero entrometer.

Yvonne puede ser parlanchina, ruidosa y exagerada, pero ahora hay seriedad en su tono de voz. Harriet se vuelve hacia Konrad y Margareta.

—Lo siento pero me tengo que ir, se trata de mi padre. Está enfermo —

consigue decir antes de salir corriendo de la cocina.

Los campos y las granjas pasan volando por la ventana del coche, pero ya no se fija en el paisaje. Los dedos golpean el volante. Necesita a Paul. Hablar con él como solían hacer.

Paul ha cambiado mucho desde que se casó con Eva-Lena. Cuando eran pequeños, él siempre cuidaba de Harriet y, pasara lo que pasara, salía en su defensa. Siempre dejaba que lo acompañase, a pesar de llevarse tres años. Se prestaban los discos y les gustaban las mismas películas. Algunas, como *Borat*, se las sabían de memoria, pero reían igualmente a carcajadas cada vez que la veían. A veces hasta tal punto que Eugen entraba corriendo en su habitación bramando que parasen. Harriet también protegía a Paul en cualquier situación. Como cuando chutó la pelota de fútbol dentro de casa y tiró al suelo el barco en miniatura del padrastro, que no podían tocar, y los dos sabían que el padrastro se enfadaría menos con ella, que era más pequeña. Y cuando Paul hacía campana y se iba a la ciudad en lugar de a la escuela, ella transmitía sus mentiras a los profesores y a su madre. Todo cambió en la universidad, cuando apareció Eva-Lena.

—Tú también deberías conocer a alguien —solía decir Eva-Lena, ladeando la cabeza, mirándola con pena—. De verdad que te lo mereces, tú que eres tan buena...

Esas palabras sacaban a Harriet de quicio. Ella no tenía nada de buena y Eva-Lena era una bruja manipuladora que quería sacar a Harriet del medio para tener a Paul sólo para ella. La amistad entre los hermanos la molestaba. Harriet lo sabe.

Aprieta el acelerador a fondo y se acerca a los cien. «A lo mejor Paul también se harta de Eva-Lena de vez en cuando», piensa cuando el coche pasa de largo el desvío hacia Henrikehill. En verano, Paul a menudo se inventa recados que debe hacer en el Gran Hotel para así poder leer el periódico, conectarse al wifi o refrescarse con una cerveza en la terraza. Excusas para escapar de la esposa y tener un rato de calma. Esa idea la enfada aún más. Si puede inventarse pretextos

para escabullirse al Gran Hotel, también debería poder encontrar motivos para verse con su hermana pequeña. Pasar un rato juntos, sólo ellos dos. Entonces se le ocurre que tal vez no se ha enterado de lo que ha sucedido en Lerviken. A lo mejor no está siguiendo las noticias sobre Suecia. Si lo supiese, se habría puesto en contacto de inmediato con ella.

Reduce la velocidad, se detiene en el arcén y saca el móvil. No tiene ni idea de qué hora es en Bali, pero el teléfono de Paul parece estar apagado. Harriet enciende un cigarrillo de su paquete olvidado y se fuma dos cigarrillos Prince, uno detrás de otro.

Hay una larga hilera de coches aparcados en el camino que lleva a Sundgodset. Harriet puede ver el logotipo de TV4 en uno de ellos. «Parece irreal que Lerviken se haya llenado de periodistas», piensa mientras aparca delante de la casa alargada. La cabeza de *Kato* sobresale por encima de la puerta de la verja, pero no hay rastro de Eugen. Cierra rápido la puerta del coche dando un golpe y sale corriendo en dirección al muelle. Pasa por delante de las casitas de ladrillo del paseo. Las malvarrosas que crecen junto a las casas, entre los adoquines, han empezado a secarse, y las malvas se han transformado en semilleros marrones.

Yvonne tampoco da señales de vida, pero Eugen está sentado en uno de los bancos, al costado del fortín, con la mirada perdida. Lo ha visto nada más pasar el muelle. Harriet saluda con la mano, pero Eugen no la ve. Acelera los pasos.

—Hola —saluda, y se sienta a su lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Eugen—. ¿No estás en el trabajo?

—Sí, pero he salido un poco antes. Puedo decidir mis propios horarios —contesta Harriet. No es del todo cierto, pero no quiere que sepa que Yvonne la ha llamado—. ¿Y tú qué haces aquí sentado?

Eugen se vuelve hacia ella, le acaricia la barbilla con sus dedos delgados y un poco huesudos. Sus ojos verdes están húmedos.

—Harriet, no sé, iba a... —Suspira con resignación—. Ya no sé adónde iba.

—¿Cuánto rato llevas aquí? —Harriet puede ver cómo tiembla por debajo de la fina camisa. El viento del mar es frío, y Harriet se quita la chaqueta de aviador y se la pasa por los hombros a Eugen. En una situación normal, Eugen habría

protestado, pero ahora ni se mueve. Le acaricia la mano como para darle las gracias sin encontrarse con su mirada.

—Me parece muy hermoso el estrecho, Harriet. Cuando yo ya no esté, quiero que esparzáis aquí mis cenizas en el viento, Paul y tú —dice al final.

Harriet parpadea para deshacerse de una lágrima que insiste en abrirse camino.

—Vamos a casa. Yvonne y tú siempre tomáis el café de la tarde a esta hora. No querrás hacerla esperar, ¿verdad?

Eugen la contempla desconcertado y Harriet lo estira del brazo para levantarlo del banco. Al agarrarlo nota lo delgado que está; puede sentir el hueso duro debajo de la piel. Mira a su alrededor. Las terrazas del bar del puerto y de la cafetería están repletas de gente, seguramente periodistas. Los Nyman vienen caminando desde el colmado que hay en la casa de atrás, seguidos de cerca por su pequeño perro salchicha, *Beatrix*.

—Hola —saluda Harriet, deseando que no se percaten de la chaqueta tan moderna que lleva Eugen.

—Anda, buenos días, Harriet, ¿estás aquí visitando al catedrático de Derecho?

La señora Nyman le sonrío y el señor Nyman asiente con la cabeza. Cada vez que se los encuentra, la señora Nyman llama a Eugen «catedrático», como si Harriet no supiese a qué se dedicaba su padre.

—Es terrible, no me puedo creer que sea cierto —continúa la señora Nyman sacudiendo la cabeza mientras habla—. ¿Qué le está pasando a este mundo? Ni siquiera aquí nos podemos sentir ya seguros.

—No, seguros ya no nos podemos sentir —agrega el señor Nyman.

Beatrix sale corriendo hacia Eugen y se le sube a las piernas. Le llega por las rodillas.

—La última vez que vimos a Douglas y a Laura fue hace tiempo. No pudieron venir a la inauguración de la terraza —prosigue la señora Nyman.

—Pero si eso fue el año pasado —dice el señor Nyman.

—Sí, la terminamos el año pasado, pero fue este verano cuando hicimos la fiesta —repite la señora Nyman dedicándole a su marido una mirada molesta—.

Había quienes decían que eran unos estirados, pero a nosotros nos parecían agradables. Solíamos ir a la fiesta de San Martín y siempre eran muy generosos. Nosotros éramos los únicos a los que invitaban de aquí, ¿o tú también viniste alguna vez, Eugen? Tal vez Douglas y tú os conocíais un poco más, ¿no estabais en el mismo sector?

«Desde luego que no», piensa Harriet. Sabe que su padre detestaba la fiesta de San Martín, y aún más que confundieran su profesión con la de un hombre de finanzas deshonesto, pero al parecer Eugen no ha entendido lo que ha dicho la señora Nyman.

—Estuvimos allí una sola vez por San Martín, hace como quince años, y fue porque Douglas quería nuestro lugar de amarre del barco —clarifica el señor Nyman.

—¡Qué tonterías dices! —se enoja la señora Nyman.

—Es realmente terrible —comenta Eugen.

Beatrix empieza a ladrar.

—Cállate —ordena con brusquedad la señora Nyman, estirando de la correa—. *Beatrix* es muy sociable, quiere saludar a todo el mundo.

—A Yvonne siempre la saluda —dice el señor Nyman señalando hacia la cuesta.

—Ah, a ésa. ¿Sabéis que es culpa suya que ese Tony tan desagradable vuelva a estar por aquí? Ella es la que ha hecho que pueda alquilar una de las casas abandonadas —añade la señora Nyman arreglándose un poco el sombrero de tela granate.

Harriet ya no tiene ganas de seguir escuchando cómo la señora Nyman habla mal de Yvonne y se vuelve. Ve a un chico bajar caminando por la cuesta. Va vestido de negro, es delgaducho y tiene pinta de tener unos dieciséis años. Su mirada se cruza con la de ella con una expresión temerosa e insegura. Durante unos segundos a Harriet le parece que la está mirando directamente a los ojos. Luego desaparece entre las casas.

—¿Quién es ese chico? ¿Vive en el pueblo? —pregunta Harriet—. Nunca lo había visto.

Eugen se ha agachado y está rascando a *Beatrix* detrás de la oreja.

—¿Kenneth? Es el chaval de los Jönsson. Siempre está rondando por aquí, aunque viven arriba, donde alquilan las casitas de veraneo. Nunca dice nada.

A la señora Nyman la interrumpen los ladridos de *Beatrix*.

—Creo que me voy a volver loca. Hay gente por todas partes, como si con la tragedia no tuviésemos ya bastante. ¿No podrían mostrar un poco de consideración? Mira a *Beatrix*, lleva todo el día así. Deberíais haber visto cómo estaba Ruibarbos y Cangrejo a la hora de comer. A rebosar. *Beatrix* estaba a punto de romperse en pedazos. Y quieren grabar desde nuestra terraza. ¿Te lo puedes creer? Es grande y espaciosa, pero es tener un poco de morro. Como si nosotros quisiésemos un equipo de televisión en nuestro jardín. Desde luego que no, por mucho que tengamos las mejores vistas.

—Pero ¿no me dijiste que los habías invitado a venir? ¿No es por eso por lo que voy a Klintorpsgården a comprar unos bollos para el café? —pregunta el señor Nyman mirando desorientado a su mujer.

La señora Nyman estira de la correa con fuerza y el perro salchicha sale volando hacia atrás.

—Nos tenemos que ir, hasta luego —dice la señora Nyman, y el señor Nyman asiente con la cabeza antes de desaparecer.

«Kenneth Jönsson», piensa Harriet. Ése debe de ser el chico que Britt-Marie vio en el escenario del crimen. Harriet saca el teléfono antes de seguir a Eugen al interior de la casa y le envía un SMS a Margareta.

Martes, 29 de agosto de 2017

Harriet pone en marcha la radio del coche y *Fly on the wings of love* sale por los altavoces. Tarda un rato en encontrar una emisora que no sea danesa. Si hubiese estado Paul, habrían ironizado al respecto. «No les dejes cruzar el puente», había bromeado él cuando los Olsen Brothers participaron en el festival de Eurovisión. La autopista E-6 que va de Helsingborg a Malmö es una de las carreteras con más accidentes en la región, pero a pleno día hay buena visibilidad y el tráfico fluye. Harriet aumenta la velocidad hasta ciento treinta: no quiere llegar tarde a su cita con Lennart, sabe que los de la Científica ya van bastante estresados. Han quedado delante de la Forense diez minutos antes de la autopsia. Los campos inundados de Barsebäck pasan volando al otro lado de la ventanilla, y a esa velocidad los gansos que picotean en el campo parecen pequeños puntos borrosos. Adelanta a un tráiler y sube el volumen de la radio. En cada interrupción por noticias mencionan el asesinato. «La policía es muy reservada con respecto al brutal ataque que ha tenido lugar este fin de semana en una finca a las afueras de Lerviken, al norte de Landskrona, en el que una mujer de unos cincuenta años ha sido hallada muerta y un hombre de unos setenta años, gravemente herido...»

Harriet puede imaginarse a Margareta, su cara cuando ha salido de la oficina hace menos de media hora. Con el teléfono pegado a la oreja, sin levantar las cejas, iba hablando con un periodista detrás de otro. El experto de medios al que habían llamado estaba en casa con los niños enfermos, por lo que ha acabado encargándose ella misma de todas las llamadas. Elias y Rakel iban de camino a las casitas de veraneo para llevarse a Kenneth e interrogarlo. Un interrogatorio que Harriet, por desgracia, se va a perder. Pero estar presente en la autopsia de

Laura es un gran reto y está contenta de que la hayan invitado a ir, piensa mientras toma el desvío hacia el hospital.

Cuando era pequeña a veces había acompañado a Eugen a la Facultad de Derecho en Lund, donde tenía su despacho, pero fuera de la finca de Lund y el campus universitario, no se orienta demasiado bien en la ciudad. Pone en marcha el GPS. El Departamento de Medicina Forense se encuentra en un edificio bajo de ladrillo oscuro en la zona hospitalaria. Lennart la está esperando en la puerta. A juzgar por su pelo despeinado por el viento, parece que lleva ahí un rato. Va vestido con unos pantalones y una chaqueta azul marino. En la mano lleva una maleta plateada.

—¡Hola! —la saluda cuando Harriet baja del coche—. ¡Qué bien que hayas podido venir! Si no tuviese tanto trabajo, podríamos haber comido juntos para examinar un poco los procedimientos.

Harriet estira la mano y lo saluda.

—La comida habría sido agradable. Y tal vez me hubiera ido bien un repaso de los procedimientos, porque es mi primera autopsia —dice, intentando sonreír.

—Tampoco es tan raro; no suele ser habitual que los investigadores civiles participéis, pero a mí me parece bien. En realidad, no hay tanto que explicar sobre los procedimientos; tú sígueme y siéntete libre de interrumpirme cuando quieras preguntar algo. Si es tu primera vez, te aviso que puede ser desagradable. A mí ya no me afecta, pero si sientes que es demasiado, no pasa nada. Nos dices que necesitas tomarte un descanso y ya está.

Los ojos de Lennart siguen igual de tranquilos que el domingo, cuando les estuvo enseñando Sundgodset a Margareta y a ella.

Harriet cierra los ojos. Ha procurado imaginarse lo horrible que será, pero también ha pensado que tal vez no será peor que otras cosas. Sabe que ella puede ser dura cuando hace falta y que la sangre no la asusta. Debería ser capaz de aguantarlo. Ésta es su oportunidad de demostrar que pueden contar con ella tanto como con los demás y que sirve para otras cosas más allá de revisar archivos.

—En caso de que pasara, no le comentaría nada a Margareta —añade Lennart.

—Gracias —resopla Harriet. En el aparcamiento abierto entre los edificios

sopla más viento de lo que pensaba.

—Ah, sí, una cosa más. A veces el olor ahí dentro es insoportable. Ya sabes, algunos cuerpos tardan lo suyo antes de llegar aquí. Aunque la verdad es que incluso los mejores apestan; tiene algo que ver con el contenido del estómago. Si te soy sincero, no entiendo cómo se puede trabajar en ese ambiente, pero intento que no se me note. Si quieres, te puedo dar algo que ayuda, me acaba de llegar de Estados Unidos. Pero no lo menciones en voz alta. Es un pedido especial. En verdad, las autoridades no quieren comprarlo. Creen que deberíamos soportar el olor como todos los demás.

Lennart, bromeando, se lleva un dedo a los labios mientras rebusca en el bolsillo de la chaqueta y saca un pequeño paquete de plástico y se lo da a ella.

—Taponos para la nariz. Métecelos en los orificios antes de entrar y todo irá bien. Luego te tapas con la mascarilla y ya no se ven —continúa.

Harriet respira hondo tratando de llevarse el aire fresco de la calle al interior del edificio cuando entra por la puerta. Lennart le cae bien.

El médico forense acude a recibirlos a la puerta. Se trata de un hombre alegre de unos sesenta años, con una gran barba oscura. Lennart parece conocerlo y lo saluda con afecto.

—Hoy traigo conmigo un par de ojos extra. Te presento a Harriet. Es la nueva inspectora que está con Margareta Bladh en Landskrona y participa en el caso. Una policía espabilada de Estocolmo.

—Es cierto que soy de Estocolmo, pero no soy policía. Soy investigadora civil —aclarar Harriet sintiendo el ardor en las mejillas.

—¿Y qué diferencia hay? —pregunta el médico forense, contestando con un saludo de mano firme que hace que las heridas de sus manos se resientan.

—Respecto a la investigación, ninguna —dice Lennart, y se vuelve hacia Harriet—. Perdona, he asumido que eras policía, pensaba que Margareta no contrataba a civiles.

—No pasa nada —responde Harriet.

—La hemos sacado para que podáis entrar directamente —dice el médico y añade—: Aquí los martes son bastante tranquilos, si es que se puede decir que aquí hay días tranquilos.

Los guía hasta un vestuario que está al fondo del pasillo y en el que cuelgan batas verdes con las que cubrirse la ropa. Harriet va mirando todo el rato a Lennart e intenta hacer lo mismo que él. Él le enseña cómo colocarse los tapones y le pasa una mascarilla azul. Un fuerte olor a menta le invade la nariz y hace que le lloren los ojos.

—¿Puedes coger tú la maleta? —dice Lennart señalando con la cabeza la maleta metálica plateada que lleva consigo—. Es para tomar huellas dactilares y extraer los restos de debajo de las uñas —continúa mientras aprieta con familiaridad la botella de desinfectante que cuelga sobre el lavabo.

Harriet asiente con la cabeza. Lennart usa los codos para abrir la puerta que lleva a la sala de autopsias. El médico forense ya está allí dentro, vestido con bata blanca, guantes y el pelo cubierto con un gorro de plástico. La sala tiene mucha luz, pero está fría. Es como entrar en una nevera. Una de las paredes tiene grandes ventanales que dan hacia el patio interior. Hay tres mesas con fregadero de acero inoxidable. Harriet observa una grabadora en la repisa de la ventana.

—Es del equipo de limpieza. Se ponen música mientras limpian la sala —dice el médico forense, y añade—: A diferencia de Hannibal Lecter, nosotros no nos ponemos música de violines y descuartizamos cadáveres por placer.

Se ríe debajo de la mascarilla.

—Éste es mi auxiliar forense. —El médico hace un gesto con la cabeza hacia el hombre vestido de blanco que entra por una puerta en uno de los lados cortos de la habitación. Va empujando una camilla sobre la cual hay un gran saco alargado de color gris.

—¿Podemos abrir? —pregunta el médico, y mira a Lennart, quien asiente en silencio.

El hombre abre con cuidado la cremallera y debajo aparece el cuerpo de Laura. Harriet apenas la reconoce. Su piel ha adquirido un tono verdoso, lo cual hace que su pelo rojo brille todavía más. La pasan de forma metódica de la camilla a la mesa de acero inoxidable.

—¿Queréis el saco de recuerdo? —pregunta el médico.

—No nos hace falta, gracias —responde Lennart.

A pesar de las bromas para que ella esté más cómoda, Harriet no consigue

sacarse de la mente la mirada de Laura, allí tumbada en la mesa delante de ella. La cabeza está recubierta de sangre, y en algunas zonas la piel es verde oliva y tiene unas marcas vidriosas de color violeta.

—Son marcas de cadáver —susurra Lennart a través de la mascarilla.

—¿Qué ha pasado con la ropa y la cinta que tenía en la cara? —tantea Harriet.

—Se las quitamos en el escenario del crimen, he mandado a analizar la cinta americana —dice Lennart, y continúa—: Antes de empezar, voy a tomarle las huellas dactilares y a rascar debajo de las uñas para buscar ADN.

Abre la maleta plateada y saca algo que parece un bastoncillo de algodón largo.

El auxiliar forense va a buscar otro carrito repleto de instrumentos.

—Cuando estés listo, la lavamos y repasamos el cuerpo.

Harriet cierra los ojos. ¿Será capaz de soportarlo? Lennart saca un dictáfono y lo coloca sobre la mesa.

—Todo saldrá en el informe, pero podemos tardar semanas en completarlo —dice, y se vuelve hacia Harriet—. Te lo digo por si necesitas parar.

Cuando Lennart termina con el raspado de las uñas guarda el bastoncillo en una probeta con un líquido. El auxiliar saca una manguera de ducha y empieza a lavar el cuerpo con esmero. Harriet mira fijamente el agua mezclada con sangre que corre hacia el sumidero. «Por ahora voy bien», piensa al mismo tiempo que un grumo de sangre con hilos queda enganchado en el filo de la mesa. El médico forense repasa de forma metódica todo el cuerpo, documentando cada morado. Al llegar a la herida en la sien se detiene.

—Esto parece una herida de arma blanca —continúa mientras examina la herida.

El médico y el auxiliar se miran.

—Pues vamos a abrir la cabeza —dice el médico.

Harriet siente cómo todo se mueve ante sus ojos. No cree que pueda soportar ver cómo abren a Laura. La cabeza ya le empieza a dar vueltas y un sudor frío le recorre la espalda, haciéndola tiritar en la fría sala. ¿Debería acercarse a Lennart y darle un toque en el hombro para advertirle de que va a salir un momento? Un

molesto ruido interrumpe el silencio y el auxiliar aparece en su campo visual con una sierra eléctrica.

—Voy a tomarme un descanso —aprovecha para decir Harriet—. Lo que más me interesa saber es si la herida de arma blanca fue la que le produjo la muerte y si la lesión en la pierna es nueva. Y si es posible, valorar de forma más concreta en qué momento murió. ¿Me puedes avisar cuando toquéis estos temas? —Lennart levanta la mirada y asiente con la cabeza. Ella sale corriendo de la sala.

Se queda sentada en el banco del vestuario con la vista clavada en la pared revestida de baldosas. Sigue ahí un buen rato después de que el ruido de la sierra mecánica se haya apagado. No lo ha conseguido, a pesar de estar muy decidida. No la educaron para abandonar cuando algo se hacía pesado, más bien todo lo contrario. «Uno termina cuando ha finalizado, no cuando está cansado», solía ser la frase de Eugen cuando Harriet lo llamaba quejándose de los deberes y de los trabajos de la escuela. Por su parte, él nunca se tomaba un descanso. Incluso en verano solía quedarse en la cocina trabajando cuando Harriet y Paul se iban a dormir. A lo mejor por eso resulta ahora tan duro ver cómo se le están acabando las fuerzas. Harriet respira hondo, se pone de nuevo la mascarilla y empuja la puerta para abrirla. Lo va a lograr.

La escena que se encuentra es macabra. El médico ha retirado la piel de Laura y le ha abierto la barriga. Los órganos internos están dispuestos sobre la mesa en una fila. «Lo curioso es que ahora que Laura ya no parece real es mucho más fácil», piensa Harriet.

—La muerte tuvo lugar en algún momento entre la una y las cinco de la madrugada del sábado. La causa de la muerte es la hemorragia en la sien. Lo más probable es que la herida fuera producida por un cuchillo o un objeto afilado. El corte mide siete centímetros de ancho y quince centímetros de profundidad. Seguramente, ya no estaba consciente cuando se lo hicieron. Creo que murió en el establo en el que la encontraron. Tiene marcas que indican que estuvo ahí tumbada. Hemos tomado radiografías de la fractura de la pierna derecha. Se trata de una lesión antigua.

Harriet cierra los ojos. Lo que el médico forense está diciendo es que la persona que mató a Laura le clavó un cuchillo en la cabeza cuando estaba

indefensa. El asesino debe de ser una persona insensible para ser capaz de hacer algo así. ¿Qué tenía Laura que le despertaba tanto odio? Piensa en los ojos de Laura abiertos con cinta americana y la mirada gelatinosa. ¿Por qué clase de tormento había pasado las últimas horas de su vida? ¿Qué había hecho para merecer algo así?

El frío de la sala de autopsia le ha calado el cuerpo. Durante el examen forense, al menos en las partes en las que ella ha estado presente, ha permanecido tan concentrada que no se ha dado cuenta, pero ahora las horas en la fría sala se están haciendo sentir en todo el cuerpo. Harriet sube la temperatura al máximo y enciende la calefacción del asiento en el viaje en coche de vuelta a Landskrona. No tendría que haber ido a Medicina Forense, debería haberse quedado en la oficina e insistir en interrogar a Kenneth Jönsson. Le habría ido mejor. La sensación a menta de las pinzas de Lennart mezclada con el terrible olor de cadáver le corroe la nariz. Harriet no ha sentido nunca tal desespero por tomarse una copa de vino. Ya ha pasado la hora de la cena y no vale la pena volver a comisaría. A estas horas, la mayor parte de la gente ya se ha ido a su casa, y ella está demasiado afectada como para sentarse a redactar sus notas o empezar con algo nuevo. Cuando ve la alameda que conduce a Henrikehill toma el desvío. El hotel de allí arriba tiene un bar y una terraza con vistas al estrecho. Además, después puede ir caminando a Lerviken. Es perfecto. Cuando Harriet era pequeña, solían ir a menudo a jugar al parque del castillo. Por aquel entonces era un paseo bastante popular, pero hoy en día el parque sólo se usa para celebrar bodas y el festival anual del tomate con productores de Bjärehalvön.

No parece que los periodistas hayan localizado el hotel. Harriet toma asiento en una mesa un poco aislada del bar y pide una copa de tinto y la clave para el wifi.

—¿Puedo conectarme a la red aunque no me aloje en el hotel? —pregunta con cuidado.

—Sólo tienes que rellenar esto —contesta el camarero, un hombre bien vestido con camisa y chaleco. Saca un bloc de notas del bolsillo y arranca la

primera página—. Hoy en día suelen venir más clientes por la red que por las habitaciones, por eso tengo que llevar algún tipo de control —le explica.

—Tal vez la cosa cambie —dice Harriet en un intento de animarlo, pero se arrepiente al instante. Le gustaría que Lerviken siguiera siendo igual de tranquilo. Es lo que más desea en el mundo, sobre todo ahora.

El camarero se detiene un momento y mira el recibo que acaba de rellenar Harriet.

—¿Harriet? Qué nombre tan bonito, mi madre también se llamaba así —dice.

Ella asiente en silencio y saca el móvil para no tener que entablar conversación. Hoy ya no le quedan fuerzas para hablar con nadie más. El camarero parece comprenderlo y se retira. Harriet toma un sorbo de vino y se reclina en el asiento. «Hoy volveré tarde, dentro de un par de horas. No me esperes para cenar», escribe en un SMS a Eugen. Espera que le sirva a él de recordatorio, para que se acuerde de cenar aunque Harriet no esté en casa.

¿Qué quiso decir Lennart con lo de que Margareta no contrata a civiles? ¿Lo saben todos sus compañeros? Harriet ha dado por supuesto que si trabaja bien podrá ganarse la confianza de Margareta, pero si por una cuestión de principios ella no contrata a civiles, lo va a tener muy difícil. Margareta es diferente de todos los policías a los que ha conocido, y Harriet se da cuenta de que en realidad no sabe nada acerca de su nueva jefa. Escribe rápido «Margareta Bladh + investigador civil» en el buscador de internet de su teléfono. El móvil tarda unos segundos en mostrar una larga lista de resultados. En primer lugar, aparece un enlace a una revista sindical. Cuando hace clic en él, sale una foto de Margareta con su media melena de color gris acero y su pintalabios rojo. Harriet se endereza de forma inconsciente. Tiene la sensación de estar viéndola ahí sentada, justo al otro lado de la mesa, mirándola fijamente desde la pantalla del móvil. Harriet nunca había leído un artículo tan deprisa.

«Estoy totalmente en contra de que a los investigadores civiles se les amplíen las competencias y se les dé un sueldo más alto. Les falta la experiencia que tenemos las personas que somos policías y va en contra de las bases fundamentales de seguridad jurídica del Estado —dice Margareta, representante del Sindicato de Policías—. Cuando recluto a personal, lo mínimo que quiero es

un inspector de policía. Un buen policía que haya conducido el coche patrulla es superior a cualquier investigador civil sin esa experiencia.»

Harriet suelta el teléfono y deja caer los hombros. Es como si se desinflase. ¿Cómo pudo ser tan estúpida de no comprobar adónde iba a ir a parar antes de cambiar de trabajo? Paul se lo había dicho mil veces. Comprueba siempre quién es el futuro jefe, es igual o más importante que las tareas en sí. Pero la entrevista la habían hecho en Estocolmo con un jefe superior, responsable de toda la región sur.

Cuando le dijeron que le habían dado el puesto en Landskrona, se había alegrado tanto que no investigó el lugar de trabajo. Margareta nunca la habría contratado. Seguro que la obligaron a coger a Harriet a raíz de toda la reorganización, y se nota que no está contenta.

Tiene que haber sido así. Ha oído casos similares de cómo los jefes superiores fuerzan a sus subordinados a realizar cambios. Tienen que tener mucho poder sobre Margareta para que ella no se haya podido oponer, y Harriet tendrá que cargar también con esa culpa.

Se rasca la frente. Aquí nunca la van a aceptar sin el apoyo del jefe. No es suficiente con caerle bien a Konrad y a Lennart.

El móvil vibra sobre la mesa. Número desconocido. Mira el reloj. Aún no son las ocho y podría ser Margareta pidiendo un informe de la autopsia o para saber dónde se encuentra y por qué no ha vuelto a comisaría. Harriet puede imaginarse su voz tranquila pero firme. «Esta investigación la dirijo yo. Tú no sirves para nada. Te falta competencia contrastada. No te quiero aquí.»

Harriet traga saliva y se pone el teléfono al oído, preparada para recibir un rapapolvo.

—¿Diga?

Pasan unos segundos antes de oír una débil voz de mujer al otro lado de la línea.

—¿Eres Harriet?

Harriet respira hondo. La voz es floja pero habla con determinación, y no la reconoce.

—Sí.

—Reúnete conmigo en el foso de arcilla a medianoche. Y es mejor que vengas sola, como estás ahora... Harry, tengo algo que contarte... sobre el asesinato.

Harriet mira el reloj una vez más antes de hundir las manos en los bolsillos de la chaqueta. En el aire nocturno se nota que el otoño está de camino. Son las 23.48, pero no ve a nadie ni oye ningún ruido. Los olmos muertos que rodean la cantera de arcilla llena de agua se perfilan como esqueletos contra el cielo. De día, los cuervos suelen descansar en las ramas secas, pero ahora, por la noche, las coronas están abandonadas y los arbustos permaneces inmóviles.

«Mierda, tal vez no debería haber venido sola, a pesar de todo. Me falta experiencia y formación para afrontar situaciones con violencia física. Pero si esta mujer tiene algo que contarme acerca del asesinato, algo que nos señale la dirección correcta, ¿acaso no valdrá la pena? Es mejor que me coloque en un lugar visible y desde donde pueda ver», piensa Harriet, y da un paso hacia un claro justo delante de la cantera, desde donde la luz de la luna le permite una mejor visión. El borde del precipicio le queda enfrente, a pocos metros. El agua es completamente negra y las paredes de la cantera tienen un tono rojo oxidado. Son porosas, como la arena corrediza. Si alguien cae dentro, no conseguirá salir jamás.

El ayuntamiento debería haber puesto una valla, pero el foso de arcilla queda escondido tras los acantilados y sólo quien lo conoce lo puede encontrar.

«No podéis ir al foso», solía decir Eugen cuando sus hijos eran pequeños. A pesar del miedo, no puede dejar de sonreír ante esa advertencia tan poco pedagógica y tan típica de Eugen. Lo primero que hacían Paul y ella era ir corriendo y competir por ver quién se atrevía a acercarse más. Luego se estiraban bocabajo, tiraban piedras y contaban el tiempo que tardaban en alcanzar la superficie del agua.

Es bastante enfermizo citarse con alguien aquí. Harriet nunca habría ido de no

ser porque la forma de hablar de la mujer le resultaba familiar.

La correa le tira de la muñeca cuando *Kato* se sienta y la mira, como si él también se preguntara qué se estará cociendo.

Aunque la mujer del teléfono ha dicho que fuese sola, no debería haber ningún problema en que la acompañara un perro. Además, *Kato* es parte de su coartada; salir a pasear por la noche con un pastor alemán despierta menos preguntas.

Unos crujidos en los arbustos y los aleteos de un pájaro rompen el silencio. *Kato* se incorpora de inmediato. Gruñe suavemente mientras se arrima a Harriet.

—Si se trata de una loca, tendrás que salvarme, perro loco —susurra ella, y le rasca detrás de la oreja como ha visto hacer a su padre y a Paul.

Pero no está nada segura de que el perro le sea de ayuda en caso de peligro. La última vez se fue corriendo.

Oye unas ramas romperse justo al lado de donde están, y *Kato* eriza las orejas.

—Hola, perdona, no te asustes, estoy aquí —susurra una voz desde los arbustos.

Harriet se esfuerza, pero no logra distinguir nada en la penumbra. Desde el claro en el que se encuentra, los arbustos parecen más bien una pared oscura. *Kato* empieza a ladrar e intenta irse.

—Traigo un perro conmigo, pero no es peligroso —dice mientras estira de la correa para detenerlo y las heridas en las palmas de las manos le escuecen.

Nota un movimiento a sus espaldas.

—No me dan miedo los perros, pero primero quería comprobar que estabas sola, Harry —dice la voz, ahora un poco más firme.

Vuelve a sentir un nudo en el estómago, igual que antes. Sólo unas pocas personas la llaman Harry. Papá, Paul, Lisa y, a veces, Yvonne, su círculo más cercano. ¿Quién es esta persona?

Una figura delgaducha aparece por detrás del tronco de un árbol, a tan sólo un metro de ella. Harriet echa un vistazo rápido a su alrededor. Ni ve ni oye a nadie más, la mujer está sola.

El miedo desaparece cuando Harriet la contempla. Es pequeña y delgada,

pero la insinuación de una arruga que le cruza la frente revela que probablemente sean de la misma edad. Tiene pómulos altos y los labios forman dos arcos perfectos, como Harriet desearía que fuesen los suyos. La mujer es tan bonita como una muñeca, aunque vaya vestida con unos tejanos y una sudadera con capucha. Lleva el cabello rubio recogido en un moño grande en la cabeza, pero algunos pelos se le encrespan en la frente. La mujer se acerca despacio hasta quedarse de pie frente a Harriet en medio del claro, a tan sólo un metro, bajo la luz de la luna.

—Sabía que vendrías —dice despacio, y sus ojos se iluminan.

Harriet tira del collar de *Kato* intentando sujetarlo.

—Déjale que me salude, somos amigos —continúa la mujer.

Harriet suelta un poco la correa y *Kato* va corriendo a olisquear la mano de la mujer. El sonido de su cola al golpear contra las pantorrillas de ella rompe el silencio.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunta Harriet.

A veces en Lerviken le pasa que la saludan y le empiezan a hablar personas que ella no acaba de reconocer. «Oh, ¿tú eres la pequeña de Eugen?», suelen preguntar, y ella siempre saluda con la cabeza a las personas que se encuentra por el pueblo. Se lo ha enseñado su padre. Todo el mundo conoce al catedrático de Derecho.

—¿Nos conocemos? ¿Nos hemos visto alguna vez? —insiste Harriet de nuevo.

Una sonrisa se dibuja en los labios de la mujer.

—Yo sé quién eres, Harriet. Eres la policía que trabaja en el asesinato en Sundgodset. —Mete la mano en el bolsillo de la sudadera y saca un paquete de tabaco.

Harriet asiente con la cabeza. Parece que el rumor de que es investigadora ha corrido tan rápido como el del crimen en sí. A «velocidad de Yvonne», habría bromeado Paul.

—¿Por qué querías verme aquí?

La mujer vuelve a sonreír, saca un cigarrillo del paquete de tabaco y lo enciende.

—El sitio prohibido —dice ella con aire misterioso, satisfecha—. Vengo aquí a menudo, cuando necesito... —Se calla de golpe y da una calada profunda. El tabaco crepita en la oscuridad—. ¿No quieres saber quién es?

Sus ojos se estiran, una mirada penetrante, como si quisiera interpretar cada gesto que hace Harriet.

—Primero quiero saber cómo te llamas —contesta Harriet.

La mujer no responde.

—¿Pudiste verla? Le habían abierto los ojos con cinta para que no pudiese cerrar los párpados. —La mujer suena tranquila y decidida, y expulsa el humo de forma controlada.

Harriet jadea de sorpresa. La policía no ha hecho pública la información acerca de que tenía los ojos abiertos con cinta americana. La mujer no podía saberlo a menos que realmente conociese más datos acerca del crimen.

La mujer se detiene y ladea la cabeza sonriendo ante la reacción de Harriet.

—Ahora sí que me crees. Ya te he dicho que sé quién lo hizo. Él me ha contado cómo lo hizo. Se quedó sentado en el coche esperando a que Douglas entrase en la casa y entonces trepó y entró por la ventana de la parte trasera. Dejó que ella mirase mientras lo hacía.

Al hablar, mantiene la vista clavada en Harriet. Ella piensa febrilmente. Si lo que la mujer dice es cierto, ha sido un grave error reunirse con ella a solas. Debería llevar a la mujer a comisaría. Sus compañeros policías podrían haberlo hecho de haber estado aquí. Harriet intenta mantener la compostura, pero acaricia con delicadeza el bolsillo en el que tiene el móvil. Nunca conseguirá sacarlo sin que la mujer lo vea. Y aunque logre sacar el teléfono, ¿qué va a hacer? ¿Intentar que la mujer no se vaya mientras ella llama a sus compañeros, los cuales no confían en absoluto en ella, y les dice que se dirijan a un lugar que casi nadie sabe encontrar?

—¿Tú también vives en Lerviken? —pregunta, dejando que la mano regrese con discreción a su sitio. Intenta suavizar su tono de voz todo lo posible—. ¿Cómo te llamas?

La mujer apaga el cigarrillo. No tiene pinta de querer contestar a las preguntas.

—El que lo ha hecho vive en Lerviken —continúa—. ¿No habéis hablado con la gente de aquí?

Harriet siente cómo sus ánimos decaen. Definitivamente, la mujer no piensa responder a sus preguntas.

—Verás, yo investigo el caso, pero no soy policía. —Se esfuerza en intentar mantener un tono de voz suave—. Me gustaría que vinieses mañana a mi despacho y que explicaras todo lo que me estás contando ahora a mi jefa y a los otros con los que trabajo. ¿Podrías hacerlo?

Tiene que luchar para parecer impasible, pero sabe que cuando es necesario puede ocultar sus emociones bajo la piel. «Eres campeona mundial en no mostrar nunca lo que sientes. Todo lo contrario a un superpoder en una relación amorosa», suele bromear Lisa, pero en estos momentos eso le va muy bien.

—O sea, que no tenéis ninguna pista. Pero ¿con quiénes habéis hablado? —Una delicada sonrisa se expande por su cara, y los hoyuelos de las mejillas se hacen visibles.

—Si no vienes tú a contárnoslo, tendré que pedir a mis compañeros que te vayan a buscar. Lo que estás diciendo tiene mucho valor para nosotros. Quieres que lo sepamos, ¿verdad? Si no, no me habrías llamado.

La mujer la observa y Harriet se acerca un paso. La mujer se queda quieta, como si aún no se hubiese decidido.

—Lia, me llamo Lia. Eso es todo lo que necesitas saber sobre mí —dice al final.

—De acuerdo, Lia, tienes mi número de teléfono. Me gustaría tener el tuyo, para que también pueda localizarte. Mañana a las nueve estaré en la comisaría de policía de Landskrona. ¿Sabes llegar hasta allí? —Harriet busca el móvil en el bolsillo interior—. Estoy buscando el teléfono —continúa, aunque sabe que es innecesario aclararlo. Lia debe de haber comprendido que no va armada. Pero Harriet no quiere hacer nada que la pueda asustar.

Lia asiente con la cabeza y el moño grande se tambalea.

—Has sido muy valiente al contactar conmigo. Yo no sé si me habría atrevido de ser tú —añade Harriet. No es ninguna mentira. Aunque no se puede decir que sea una cobarde: ella también está ahí ahora mismo.

El follaje de los árboles cruje y *Kato* vuelve a levantarse. Lia mira atenta a su alrededor.

—¿Estás segura de que nadie te ha seguido? ¿Le has dicho a alguien que te ibas a ver aquí conmigo? —susurra ella.

—No, aún no sé quién eres —dice Harriet.

—Pero sabes muy bien dónde está el foso de arcilla —sisea Lia.

Kato ladra y empieza a estirar de la correa en dirección a los arbustos.

—¿Por qué me has llamado precisamente a mí?

—Porque tú también sabes de quién se trata, Harry.

Harriet se pone tensa. Se le hace un nudo en el estómago cada vez que Lia usa su apodo.

Lia da media vuelta y sale corriendo, y *Kato* estira con tanta fuerza de la correa que Harriet pierde el equilibrio y cae hacia delante. El pastor alemán sigue estirando y Harriet sujeta la correa con las dos manos para detenerlo, aunque le duelan. El collar de ahogo se le ciñe al cuello y el animal jadea.

—*Kato*, quieto —ordena ella.

Es fuerte y ella tiene que tirar con todas sus energías. Cuando vuelve a incorporarse, en cuclillas, ve que está a tan sólo un metro del precipicio del foso y que Lia ha desaparecido.

—Joder —murmulla Harriet, se pone de pie y se sacude los tejanos. Si Lia no se presenta en comisaría, no podrá ni usar lo poco que ya le ha contado. Y su instinto le dice que no vendrá.

La luz de la luna hace que la arena de entre los matorros de hierba del camino parezca una cinta blanca, y Harriet la sigue en dirección al estrecho. El canal está tranquilo y la playa reluce bajo la tenue luz del alumbrado público. Puede ver que la luz está apagada en casa de los Nyman. En Ruibarbos y Cangrejo aún se oye ruido. La posada tiene algunas habitaciones en alquiler en la planta superior y la pequeña cafetería también suele alojar huéspedes en verano. Seguro que está repleta de periodistas curiosos.

Cuando piensa en el gran interés que ha generado la noticia en los medios se percata de que Paul aún no ha dado señales de vida. A estas alturas debería haber visto las noticias en la red.

Las ventanas de la casa alargada también están a oscuras cuando Harriet llega. Eugen se ha ido a la cama, pero en la chimenea el fuego aún crepita y las brasas alumbran en calma la sala de estar. Eugen ha encendido un gran fuego mientras ella no estaba. Le encanta el calor, es una de las cosas que tienen en común.

Kato se sienta obediente en la alfombra que hay en el recibidor esperando a que Harriet le limpie las patas con una vieja toalla que Eugen ha sacado. Con el movimiento golpea el maletín de cuero de Eugen que está delante de la puerta y algo sale rodando por el suelo. Harriet se agacha. Son dos tarritos de plástico con medicinas. Las etiquetas están demasiado gastadas como para poder ver qué contienen. Le vuelve esa desagradable sensación de cuando Yvonne la llamó al trabajo. ¿Por qué lleva su padre las pastillas en el maletín? ¿Está enfermo y no se lo quiere explicar a Harriet? ¿Y Paul lo sabe?

—*Kato*, quieto —susurra, y deja los botes sobre la mesita del recibidor.

El perro gime en respuesta y se acomoda sobre la alfombra.

—Esta noche duermes aquí, como un perro guardián de verdad.

Lerviken suele hacer que se olvide del mundo de fuera, pero esa noche es diferente. Todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas le da vueltas en la cabeza. El comportamiento de Eugen, el asesinato, la autopsia, los comentarios de Margareta en la revista sindical y la reunión con Lia. Está muerta de cansancio y a la vez agitada, y va a necesitar una pastilla para poder dormir.

Sin encender la lámpara de la cocina, saca un vaso; abre el grifo y éste emite un silbido, pero Harriet deja que el agua fluya hasta que sale bien fría.

La cocina se encuentra al fondo de la parte de la casa que da hacia el jardín de Yvonne. La altura del techo aquí es baja y la única luz natural entra por la ventana del lado corto de la casa. Yvonne ha dejado que sus rosales crezcan, y las ramas se extienden por el jardín de Eugen. Hacen un suave ruido cuando rozan el cristal de la ventana. Eugen debería pedir a Yvonne que las cortase, pero sabe que nunca lo hará. Yvonne adora su jardín.

Harriet cierra el grifo, se apoya sobre el fregadero y se bebe el agua a grandes sorbos mientras intenta calmar los pensamientos. Lia ha dicho algo que no consigue quitarse de la cabeza: que Harriet sabe quién es el asesino.

Se lleva el vaso arriba, a la habitación de la buhardilla, donde Eugen le ha preparado la cama. Se quita la ropa y la deja caer al suelo. Busca la pastilla en el bolso y se la traga con el agua fría. Las sábanas huelen a limpio y Harriet se hunde en el calor dejando que la pastilla haga efecto. «Ojalá no hubiese ido sola», tiene tiempo de pensar antes de que se le cierren los párpados y la invada el sueño.

Miércoles, 30 de agosto de 2017

Un ladrido de perro la despierta, y Harriet se incorpora en la cama y busca con la mano el móvil entre la ropa que está en el suelo. Son las tres menos veinte. Tiene el cerebro embotado por el efecto de la pastilla de dormir y tarda un rato en recordar dónde está. En la planta de abajo se oyen algunos ruidos leves y las garras de *Kato*, que arañan los tablones del suelo. Harriet se estira para coger el albornoz que está en la otra punta de la cama. La tela de felpa le resulta áspera y húmeda.

La escalera está a oscuras, pero la luz de la cocina le muestra el camino. Ahí abajo oye a su padre murmurar y hacer ruido con las tazas.

—Papá, ¿qué haces levantado?

Va vestido con unos pantalones chinos azul marino, una camisa azul claro y un jersey del mismo color, y levanta la mirada cuando entra Harriet. Encima de la mesa hay papeles y sobres formando montoncitos. *Kato* recibe a Harriet meneando la cola.

—Anda, pequeña, pero ¿estás aquí? —dice Eugen con sorpresa. Sus ojos verdes y confiados le sonríen con amabilidad.

—Sí... —Harriet no acaba de entender la pregunta—. Todavía es de noche.

Eugen se detiene como si estuviera meditando. Luego coloca la carta que tiene en la mano encima de un montón. Harriet contempla las manchas por la edad que cubren el fino dorso de la mano de su padre.

—Sí, pensaba que tenía que quitarme esto de encima, pero tienes razón, mañana será otro día, y de todos modos estoy jubilado. Tengo todo el tiempo del mundo —dice con una risa—. No era mi intención despertar a mi pequeña luchadora contra el crimen —añade.

—No pasa nada —contesta Harriet—. ¿No necesitas dormir?

Eugen la contempla un momento antes de sonreír a modo de respuesta. La sonrisa la molesta. ¿Por qué no quiere contarle que está enfermo? Ella necesita saberlo.

—Vi los botes de medicinas en tu maletín. ¿Por qué te estás medicando? —pregunta con cautela—. ¿No estarás enfermo?

—Ah, bueno. No, es mi médico de cabecera, que me prescribe un montón de cosas cuando voy a mis controles de salud. Vitaminas, hierro y anticoagulantes. Parece que le preocupa mi alimentación —dice Eugen con una sonrisa—. Aunque más preocupada está Yvonne. —Eugen niega con la cabeza y sonríe un poco de broma.

Harriet lo conoce bien y sabe que no quiere seguir hablando de los medicamentos, así que no va a obtener más respuestas.

—Yvonne tiene buen corazón, sólo quiere lo mejor para ti —dice Harriet—. Me vuelvo a la cama.

Sale de la cocina. Al regresar a la habitación de la buhardilla coge un bolígrafo y se escribe la palabra «médico» en su mano. Mañana pedirá cita para Eugen con un especialista. Alguien que se tome su desorientación en serio. Y si no quiere ir de forma voluntaria, tendrá que engañarlo de alguna manera. Está claro que hay algo que no va bien.

La mañana es resplandeciente y el cielo azul claro se refleja en las ventanas redondeadas del ayuntamiento, haciendo que reluzcan en contraste con el tejado. «Tal vez sean los gabletes escalonados de las fachadas los que producen esa sensación tan especial», piensa Harriet mientras cruza la plaza del ayuntamiento. Se oye un tintineo en el bolsillo y saca el móvil. Es un mensaje de Lisa.

Lisa: Perdona que no te haya contestado. H. y yo hemos discutido. Ahora mismo lo odio. Pero lo que es más importante, ¿qué me estás contando? ¿Que no hay tíos buenos en la comisaría? No puedes trabajar con una tía borde. ¡Ponle límites!
¡Ya mismo!

El mensaje la hace sonreír. Lisa siempre se pelea con todas sus parejas. Harriet será mala en las relaciones, asfixiando a la persona que le presta la más mínima atención, pero Lisa es peleona. Es su manera de pedir que le hagan caso.

Harriet: Tienes razón, tengo que poner un límite. ¿Por qué has discutido con H.?

Guarda el teléfono en el bolsillo y sigue andando. Se ve obligada a caminar una manzana de más para encontrar un estanco abierto, pero necesita el tabaco para despertar a su cerebro.

Al llegar a comisaría entra corriendo en su despacho. En el de Margareta, al fondo del pasillo, hay luz, pero no tiene fuerzas para ir a saludar. Harriet cierra la puerta tras de sí y deja el móvil sobre la mesa. La pantalla está oscura. Ningún mensaje de Lia. Lo más probable es que hoy no se presente.

Saca un bolígrafo y empieza a hacerlo rodar entre los dedos. ¿Qué probabilidad hay de que Lia viva en Lerviken? Aunque su cara le suena, Harriet nunca la ha visto por ahí. Claro que podría conocer la cantera igualmente. Harriet aprieta el bolígrafo entre sus labios y marca el número de Konrad.

—Buenos días, Harriet, qué temprano llamas. ¿Es Greta la que ha decidido que tenéis que empezar antes de las nueve?

Harriet suelta apresurada el bolígrafo sobre la mesa.

—Creía que estarías despierto. Aún no he podido hablar con Margareta, pero tengo que pedirte algo. Se trata del registro de la antena, ¿podríamos comprobar también el tráfico de ayer por la noche en los alrededores de Henrikehill? Lo necesitamos para el caso, quiero verificar una cosa. ¿Podrías darnos permiso?

Konrad se queda un momento en silencio.

—Sí, claro que puedo pedir que amplíen el registro. Pero necesito saber la razón. Ya sabes, cada vez están más quisquillosos con el tema de la invasión de la privacidad.

—He pensado que podría estar bien contrastar los datos también unos días en adelante. Ver si el autor regresa al escenario del crimen o si se mueve por la zona, tal vez podamos identificar algún patrón. O si hay mucho material, al

menos podríamos tomar unas muestras, ¿no? ¿Algunas horas de ayer por la noche?

Y encontrar a Lia. La llamó justo antes de las ocho de la tarde.

—Por supuesto, yo me encargo. Pero después de que me haya tomado mi primer café. A los fiscales tampoco nos pagan las horas extras —contesta Konrad. Harriet aleja de forma instintiva el teléfono del oído para que las carcajadas de Konrad no le causen una perforación de tímpano—. Nos vemos dentro de un rato, luego pasaré a visitarlos —dice él para terminar.

Harriet deja el teléfono sobre la mesa y se levanta. Tiene que explicarle ya mismo a Margareta el encuentro que tuvo con Lia. Antes de que su jefa hable con Konrad.

La puerta de Margareta está entreabierta, pero aun así Harriet llama antes de entrar. Margareta levanta la mirada del escritorio. Su media melena gris acero cuelga absolutamente recta sobre las mejillas, y va vestida con traje y un jersey de cuello alto negro y ajustado.

—¿Sí?

Harriet entra rápido en el despacho para no ser como esos «vampiros». Desde que Margareta lo mencionó, nunca más se quedará esperando en la puerta.

—Buenos días, Harriet. ¿Qué tal te fue ayer? —pregunta Margareta.

¿Ayer? Harriet no entiende a qué se refiere. ¿Habrá llamado Lia a pesar de todo y la habrán pasado con Margareta?

—¿A qué viene esa cara de sorpresa? La mayoría de las personas que nunca han presenciado una autopsia suelen pensar que es una experiencia bastante fuerte. A pesar de haber empezado como policías del orden y haberse peleado con los malos de verdad. ¿Tal vez seas más fuerte de lo que aparentas?

Margareta la estudia con curiosidad. Harriet respira hondo.

—Fue una experiencia dura, pero me las apañé —dice. Margareta no necesita saber que se tomó un descanso—. Escribiré un informe para guardarlo en el expediente. Pero ahora sabemos que murió por la herida en la sien, producida por un cuchillo. —Harriet hace una pausa—. También radiografiaron la pierna. La fractura de la tibia derecha era una lesión antigua.

—De acuerdo. ¿Y qué tal va la investigación interna? ¿Has tenido tiempo de

reparar lo que hay en los registros y en la red en relación con los Andersson? ¿Podrás ponernos al día de lo que hayas encontrado en la reunión de la mañana? No me extrañaría que ella fuese de esas que mienten para proteger a su marido maltratador. Lo he visto muchas veces. Siempre me pregunto qué es lo que hace que estas mujeres se queden.

El tono con el que lo dice suena a reproche.

—Laura iba en silla de ruedas, no se podía ir. Ni siquiera podía salir sola de la casa, porque Douglas se negaba a poner una rampa —dice Harriet armándose de valor—. Tengo que contarte algo. Como vivo allí abajo, en Lerviken, me suelo encontrar con algunas personas de la zona. La gente habla.

—Espero que no comentes nada del caso. —Margareta alza las cejas—. Rakel y Elias llevan la investigación externa. Sabes en qué consiste la confidencialidad de la investigación, ¿verdad? Göran lo repasó contigo, ¿no? ¿O tengo que recordártelo? Si salen a la luz algunos detalles, podrían destrozarnos todo nuestro trabajo.

—Sí, lo conozco, y no me refería a eso. Ayer me encontré con una persona, una mujer joven. Tiene algo que contar sobre el asesinato.

Margareta se cruza de brazos.

—¿Cómo se llama?

—Lia, pero no llegó a mencionar su apellido. Me la encontré en Lerviken, aunque nunca la he visto antes por allí. Deberíamos interrogarla. ¿Podría acompañar a Rakel y a Elias cuando sigan con el puerta a puerta?

—¿No te han llegado los archivos del teléfono que los de la Científica hallaron en el escenario del crimen? Hay que revisarlos.

—Tenemos que hablar con esta mujer, sabe algo acerca del asesinato. Y yo sé qué aspecto tiene —dice Harriet.

—¿Así que no quieres hacer lo del teléfono y en lugar de eso quieres irte con tus compañeros policías? —Margareta mueve un poco el ratón del ordenador para que no se apague la pantalla—. Dedícate a sacar lo que haya sobre las víctimas en los registros y similares.

Harriet respira hondo.

—La mujer que vi sabía algunas cosas que la policía no ha hecho públicas.

Como el detalle de la cinta americana —contesta Harriet.

Margareta se vuelve hacia ella.

—¿Cómo puede saber lo de la cinta?

—Es por eso por lo que tenemos que hablar con ella.

—Rakel y Elias fueron ayer puerta a puerta y hablaron con casi todo el mundo. Los vuelvo a mandar allí hoy otra vez. ¿Qué aspecto tenía?

—Rubia. Parece joven, pero creo que ronda los treinta. Guapa. Bastante delgada y pequeña. —Harriet levanta la mano hasta la altura de su barbilla para enseñar más o menos lo alta que es Lia—. ¿No sería mejor que los acompañara, dado que puedo reconocerla? —pregunta.

Margareta niega con la cabeza y Harriet siente cómo le sube el calor por el cuello, tal como le suele pasar cuando se irrita. Harriet debería explicarle que Lia la llamó y que ha pedido a Konrad que sacara más listas de llamadas, pero está tan enfadada con Margareta que decide saltárselo.

—Les darás las señas personales en la reunión de hoy —dice Margareta mirando con intención hacia la puerta—. La reunión empieza dentro de cinco minutos y antes tengo que hacer unas llamadas.

Unos minutos más tarde, Harriet deja un vaso de cartón de café sobre la mesa blanca de la sala de reuniones y toma asiento. Se ha limpiado las heridas de las manos y se ha puesto tiritas nuevas. No quiere llamar la atención de forma innecesaria.

Hay una fuente con pastelitos rellenos de nata en el centro de la mesa. Son las ocho y media, pero Harriet es la única que está presente. Deja que su mirada se deslice por la pizarra llena de garabatos. La foto del pálido cuerpo verdoso de Laura y su melena suelta está colgada con un imán rojo. Si Lia sabe quién ha matado a Laura, tienen que encontrarla. Harriet se encargará de que eso suceda, con el consentimiento de Margareta o sin él.

Oye pasos en el pasillo y acto seguido aparecen Elias y Rakel. Van vestidos de uniforme: camisa azul, pantalones azul marino y armas reglamentarias. Se

sientan a la mesa sin saludar a Harriet. Rakel saca un bocadillo envuelto en plástico y empieza a toquetearlo.

—Oye, hoy tengo que escaquearme un rato, ¿podríamos pasarnos luego por Våla? —dice Elias.

—Ah, ¿y cuántos años cumple? —Rakel ríe en tono de burla.

Elias parece avergonzado.

—No es su cumpleaños, hoy es nuestro primer aniversario. Pensaba comprarle un collar.

—Te vas a comer un montón de horas en la hípica de Jägersro los fines de semana si piensas mimarla así. Ya sabes, si empiezas, luego no puedes parar.

Elias baja la vista y las largas pestañas le hacen sombra en los pómulos. Harriet carraspea, pero ninguno de los dos levanta la mirada.

—No es culpa mía que tú vivas con un viejo —dice Elias, y los dos se echan a reír hasta tal punto que un trozo del bocadillo de queso de Rakel cae sobre la mesa.

—¿Vamos después a comprar una pizza? —dice él, y se acerca a la ventana que hay detrás de Harriet y sube la persiana.

Harriet saca el móvil y finge mirarlo; sabe que la pregunta de la pizza no la incluye a ella, aunque se habría apuntado con ganas. Es como si ella no estuviese. Incluso hablan delante de ella de cómo van a «hacer pellas» o «escaquearse» sin disimulo alguno.

Se abre la puerta y aparece un hombre con chaqueta con capucha, pantalones color caqui con bolsillos grandes y zapatos ergonómicos de Gore-Tex. Saluda con la cabeza a Elias y toma asiento. «Aquí viene el buenorro de Lisa», piensa Harriet. El policía es exactamente como los de las fantasías de su amiga. Va a sentir envidia el resto de su vida cuando oiga la masculinidad que inunda en este momento la sala.

—Qué guapos vais, ¿faltan patrullas? —pregunta dejando una taza de café con el texto *Protector of the wounded* sobre la mesa—. ¿Mucho ladrón suelto que salir a buscar?

Elias y Rakel se echan a reír. Harriet no levanta la mirada. La broma tiene la intención de excluirla a ella. Creen que no va a comprender que se refiere a que

Elias y Rakel van vestidos igual que los policías de los coches patrulla.

—Vete por ahí —dice Rakel con una sonrisa.

—Es Margareta la que quiere que vayamos hoy de uniforme. Ayer encontramos a un camello al que quiere que interroguemos.

Harriet le envía un SMS a Lisa.

Harriet: Deberías verlos. Uniforme, bolsillos en las perneras y típica cháchara de policía sin parar. Pero a mí me ignoran por completo.

La respuesta llega de inmediato.

Lisa: Toma el control. A los tíos machos eso les gusta.

Harriet se arma de valor.

—No nos conocemos, me llamo Harriet y soy investigadora. —Se pone de pie y alarga la mano hacia el hombre con la taza *Protector of the wounded*.

—Ah, *sorry*, pensaba que eras de administración, que te encargabas de la sala de reuniones y de los bollos. La Mosca sólo dijo que eras civil —dice algo confundido el policía—. Así que parece que a Patrik hoy le toca la patrulla de interrogatorios —sigue él.

—Patrik, va, no la llames la Mosca —dice Rakel.

—Es irritante como una mosca cojonera. La Mosca Maggan. —Patrik se ríe de su propia broma y toma un sorbo de café.

Harriet siente cómo su mirada se desliza por el cuerpo de ella mientras bebe.

—Los miércoles jugamos a *floorball* y luego vamos a la sauna, por si algún día te quieres apuntar —sigue él.

A Harriet no le gusta nada el *floorball*, pero sería una buena historia para contarle a Lisa.

—A lo mejor me apunto algún día —consigue contestar con una pequeña sonrisa.

Se oyen voces por el pasillo y Harriet puede distinguir el tono áspero de Margareta y la risa hueca de Konrad.

—Buenos días —dice Konrad saludando con la cabeza nada más entrar por la puerta. Margareta la cierra rápido tras él y se sientan a la mesa. Al cabo de un

segundo se vuelve a abrir la puerta y aparece Göran.

—Llegas tarde —suelta Margareta, y se pone de pie junto a la pizarra. Göran se acerca despacio a la mesa, saca una silla y se sienta un poco escondido detrás de Patrik mientras Margareta empieza a hablar.

—El estado de Douglas Andersson sigue sin evolucionar desde ayer, aún está inconsciente y lo mantienen sedado. El médico forense que lo examinó me ha llamado esta mañana. Douglas tenía dos moratones visibles en el abdomen, sangrados internos, dos costillas rotas en el costado derecho y fracturas en el brazo izquierdo. Hinchazones y moratones en la cara. Le han dado una paliza, y estaba seriamente deshidratado y sufría hipotermia. Es probable que llevase atado más de veinticuatro horas. —Margareta cuelga un papel en la pizarra con las anotaciones de todas las heridas de Douglas—. Todo aparece en el expediente —añade.

Harriet intenta hacer cálculos mentales.

—¿Cuántos días puede sobrevivir una persona sin comida ni agua?

—Eso depende —contesta Margareta—. Una persona mayor con un gasto energético no demasiado elevado puede aguantar semanas sin comida, pero sin agua aguanta sólo unos días.

Harriet se rasca el pescuezo. ¿Puede ser que la agresión hacia Douglas hubiese tenido lugar antes del asesinato de Laura? ¿Que Laura estuviera viva mientras el autor le daba la paliza a Douglas? Un escalofrío le recorre la espalda. Jamás olvidará los ojos abiertos con cinta y la mirada gelatinosa de Laura. ¿Habría visto Laura cómo maltrataban a Douglas? Puede oír las palabras de Lia cuando se encontraron en la cantera. «Para que no pudiese cerrar los párpados.» Ésas fueron sus palabras exactas. Antes de morir, Laura tenía que ver cómo el asesino maltrataba a su esposo. Luego el agresor la asesinó en el establo.

—¿Qué habéis averiguado? Hacemos una ronda, empieza Göran. — Margareta coge un rotulador y se vuelve hacia él.

—Aún no hay nada nuevo sobre la cinta americana; he comprobado todas las tiendas cercanas y sigo con los comercios de Landskrona. Hay un colmado en el pueblo y tiene una cámara. He pedido las imágenes de vigilancia que tenga. Arriba en la autopista hay una gasolinera. Se rumorea que es un punto de

encuentro donde los jóvenes compran alcohol y drogas a camioneros. He requisado también la cinta de vigilancia del fin de semana de la gasolinera, pero no creo que salga nada. La bolsa de plástico de la puerta la tienen los técnicos en el laboratorio para sacar huellas dactilares. Según dicen, contenía bollos caseros —dice Göran.

—¿Qué tal la cobertura de los medios y la centralita de avisos? —pregunta Margareta.

—Por ahora, nada —contesta Göran.

Margareta se vuelve hacia Elias y Rakel.

—Hemos llamado a las puertas y hablado con la gente de las casas cercanas —dice Rakel rápido—. Nadie ha visto ni oído nada en Sundgodset este fin de semana. La mayoría parece opinar que la pareja Andersson eran o invisibles o unos estirados. Pero una mujer ha sido bastante más habladora, Yvonne Ohlsson.

Harriet se endereza. Por supuesto que han hablado con Yvonne. Y, conociéndola, tiene claro que no hace falta mucho para que se explaye sobre todo lo que sabe del vecindario.

—Antes era peluquera, y parece estar al corriente de todo sobre todo el mundo del pueblo. Mencionó a alguien que se llama Tony Hesselgren. Un camello. Por lo visto trabajaba a veces para los Andersson, e Yvonne dice haberlo visto subiendo hacia la finca durante el fin de semana. Tenía un montón de cosas que contarnos acerca de su pasado. Al principio pensábamos que se quería hacer la importante, pero hemos comprobado el expediente de ese tal Tony. —Rakel se detiene—. Tiene treinta y cuatro años, antecedentes penales, conduce un Mazda rojo de 1998 y vive en una casa detrás del puerto. Calle Lerviksstranden, 28. Lo conocemos de antes.

Harriet apoya la frente en la mano. La tonta de la cotilla de Yvonne. Yvonne nunca tiene malas intenciones, pero es típico de ella no darse cuenta de las consecuencias que sus habladurías pueden acarrear.

Tony Hesselgren, el cenizo del pueblo. Siempre vestido con pantalones verde militar y zuecos, o «chanclos», como suele decir Yvonne.

Harriet lo recuerda con toda claridad. Paul y ella le tenían miedo. Era espantoso. Borde e irascible. Los otros niños solían meterse con él para que perdiese los nervios. Una vez, Paul y Harriet se lo encontraron en el colmado y empezó a pelearse con Paul: quería que le diese su semanada. Harriet recuerda cómo ella apretaba su billete dentro del bolsillo para que no lo viese. «Déjanos en paz», había susurrado entre dientes sintiendo la inquietud en el estómago. Paul era más pequeño que Tony, y Harriet comprendió que no tenían ninguna posibilidad. Tony no cedió hasta que Paul le dio el dinero. Cuando se fue, Paul le hizo prometer que no se lo contaría a Eugen. Luego compartieron la semanada de Harriet, pero el estrés en los ojos de Paul no desapareció en todo el día.

Harriet intenta quitarse de encima la mala sensación en el cuerpo. Es cierto que Lia había dicho que el agresor vivía en Lerviken y que Harriet lo conocía. Pero ¿por qué querría Tony matar a Laura?

Mientras los policías siguen hablando, Harriet prepara lo que va a decir. Piensa hacer su exposición con total confianza. Cuando Margareta hace un gesto con la cabeza hacia ella, deja el móvil y repasa todo lo que ha encontrado hasta ahora sobre Laura y Douglas y sobre el interrogatorio con Britt-Marie, pero sólo menciona de paso que ha visto a Lia y que estaría bien interrogarla, sin dar más datos. No se siente lo bastante segura como para explicarlo a todo el equipo. Teniendo en cuenta que los policías la ignoran por completo, prefiere comentarlo

más tarde con Elias a solas. Él es la persona que más confianza le inspira, y es importante que tenga los detalles de las señas personales por si Rakel y él van a seguir yendo, más tarde, de puerta en puerta por el pueblo. Todas las miradas están puestas en ella mientras habla, pero, por primera vez desde que ha llegado, no se siente demasiado nerviosa. Sabe que ha hecho un buen trabajo con los archivos. Cuando toca abordar la declaración del médico forense, Elias la interrumpe:

—¡Joder, eso es una puta ejecución! Os dais cuenta, ¿no? —Todo el mundo lo mira.

—Sólo un psicópata atraviesa con un cuchillo la sien de alguien. ¿Qué debía de estar, a veinte centímetros de la cara de la víctima? Además, se ha de sujetar la cabeza para poder hacerlo. Se tiene que saber lo que se hace.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Margareta.

—Me refiero a que la mayoría de los crímenes son imprevistos y suceden bajo la influencia de las drogas o el alcohol. Si es planeado, hay un motivo. Y el que ha hecho esto tiene un trastorno mental de algún tipo. ¿Los de arriba están al corriente de estos detalles?

—Las víctimas estaban atadas con cinta americana. Y la mujer fue ejecutada. Esto no puede recaer en nosotros. Tiene que ser competencia nacional —dice Patrik, y se vuelve hacia Margareta—. Necesitamos más ayuda. ¿Por qué somos tan pocos?

Margareta intercambia una mirada con Konrad antes de responder.

—Poner a otros al día toma tiempo, y ahora mismo necesitamos centrarnos en avanzar en el caso. —Respira hondo—. Vamos a centrarnos en Tony. Podéis sacar su foto del pasaporte del sistema. Elias y Rakel coged el coche de apoyo. Göran, Patrik y yo cogemos el Audi —continúa, y se dirige a Harriet—: Quiero un mapeo de Tony y, en cuanto lleguen los registros de la antena de Henrikehill, sigues con eso.

—Claro —dice Harriet. Casi se arrepiente de la exposición que acaba de hacer. Si lo hace demasiado bien, nunca le dejarán hacer otra cosa que no sea buscar en archivos y revisar registros de llamadas.

—Tengo otra tarea para ti —dice Margareta—. Ayer interrogué a Kenneth

Jönsson. Vio a una persona con pantalones verdes entrar por la ventana de Sundgodset bastante tarde la noche del viernes. Un testimonio interesante, aunque fue difícil interrogarle. Por decirlo de alguna manera, sus capacidades parecían más bien rudimentarias. Grabamos el interrogatorio en vídeo. Si tienes un hueco hoy, quiero que la transcribas. He dejado una memoria USB sobre tu escritorio. Quiero que transcribas literalmente las preguntas y las respuestas.

Harriet suspira, aunque es cierto que lo que dijo Kenneth en el interrogatorio resulta interesante, ahora mismo considera una locura emplear su tiempo en transcribir un interrogatorio. En Estocolmo envían los archivos de vídeo y los reciben de vuelta transcritos al cabo de unas pocas horas. Transcribirlo todo literalmente, palabra por palabra, le va a tomar medio día, y Margareta lo sabe.

—¿Estás segura de que no eres de administración? —susurra Patrik en alto arrimándose más al escote de Harriet.

—Por motivos de seguridad, es mejor que te quedes aquí, en comisaría, Harriet. —Margareta aprieta la boca de modo que se le resaltan con toda claridad arrugas como las patas de gallo.

Konrad la mira interrogante.

—Harriet no es policía, no puede ir armada. No me parece apropiado que esté presente en registros domiciliarios o detenciones. Tony puede ser violento. El modus operandi del asesinato de Laura indica que tenemos entre manos a un psicópata, tal como ha señalado Elias —le aclara Margareta—. Si Tony es un sospechoso, tenemos que ir preparados para ello.

—Tú eres la responsable del equipo, no yo —dice Konrad haciendo una pequeña mueca con la boca a la vez que se arregla un poco la americana, que hoy es de cuadros.

—Bien, pues vamos allá —dice Margareta para terminar.

Harriet clava la mirada en la mesa. Los bollos están intactos y el trozo de queso y un pringue monumental de mantequilla permanecen en el lugar donde estaba sentada Rakel. Margareta, Göran y Konrad siguen hablando hasta que sus voces se desvanecen y la puerta al fondo del pasillo se cierra de golpe. Patrik sale de la sala riendo.

Le envía un mensaje a Lisa:

Harriet: Mi jefa es realmente malvada.

La respuesta de Lisa llega de inmediato:

Lisa: Keep calm and be a bitch yourself then, my darling Harry.

Con un suspiro, introduce la memoria USB en el ordenador. Las búsquedas de Tony en los archivos han sido rápidas y ha reunido en un documento los datos que necesitará Margareta para llevar a cabo el interrogatorio. Por lo tanto, ahora le toca escribir cada sílaba del interrogatorio a Kenneth mientras los demás hacen el registro domiciliario en casa de Tony. Como el registro de la antena no ha llegado todavía, más vale que se ponga manos a la obra.

Se oye un chisporroteo antes de que comience la película.

El chico inquieto que la señora Nyman había identificado en el puerto aparece en pantalla. La cámara lo enfoca de frente. Lo único visible de Margareta son las delgadas manos en la parte inferior de la imagen. «Menos mal», piensa Harriet, porque hoy no tiene fuerzas para verla más.

Kenneth se balancea nervioso de un lado a otro. Con una mano se coge la cintura mientras con la otra tamborilea sobre la mesa. Harriet se ve obligada a parar y a rebobinar una y otra vez para poder anotar lo que dice. Qué cabrona, Margareta. Sabe perfectamente lo difícil que es transcribir el interrogatorio con alguien que tartamudea. La imagen se cuelga cada vez que Harriet rebobina y se detiene en medio de un movimiento de la boca de Kenneth, de forma que parece que vaya a vomitar. Al moverse se oyen crujidos en el micrófono y el audio resulta imposible de entender. Harriet llena el acta de puntos suspensivos e «inaudibles».

—V-v-v-vi el coche... [inaudible] ... estaba aparcado en el trozo de campo entre... eh... [inaudible] ... el camping y la finca. La primera vez que lo vi fue el jueves... [inaudible].

Largo silencio.

«Un interrogatorio fantástico», piensa Harriet con sarcasmo.

—¿Qué tipo de coche era?

La voz de Margareta es alta y clara. Kenneth desvía la mirada y murmura.

Harriet sube el volumen. Más chisporroteo. Kenneth carraspea.

—E-e-e-era un Volvo. Un Volvo b-b-blanco.

Harriet vuelve a reproducir la secuencia. ¿Era un Volvo blanco? Se reclina en la silla y reproduce la grabación, una y otra vez. Kenneth dice que es un Volvo blanco. Ha visto un Volvo blanco en la explanada del camino que hay detrás de la finca. Tony, a quien están a punto de hacerle un registro domiciliario, tiene un Mazda rojo.

Respira hondo y vuelve a poner el vídeo. Se oye la voz de Margareta.

—¿Viste algo más, aparte del coche?

—Le vi las piernas. Trepó y entró por la ventana en la parte de atrás de la casa. Los pantalones eran verdes. V-v-vi las piernas.

—Viste un par de piernas que entraban por la ventana en la parte posterior de la casa. ¿Esto cuándo fue? —pregunta Margareta con un tono de voz inalterado.

—El viernes.

Kenneth comienza a agitar su mano mientras habla.

Harriet se detiene de nuevo.

«El viernes.»

Hasta este punto, la historia de Kenneth coincide con lo que le explicó Lia. Harriet vuelve a darle al *play*.

—¿Qué pasó luego? —regresa la voz de Margareta.

—Luego salí corriendo. C-c-cuando llegaron los coches de policía el sábado volví a ir. No vi nada más. No vi lo que pasó. En la granja. No se la podía ver del todo.

Harriet se detiene. «No se la podía ver del todo.» El chico se traga las palabras mientras lo dice, como si de repente hubiese cambiado de idea. ¿Por qué señala que no era posible verla del todo? Suena como si hubiese intentado ver algo. ¿Puede ser que incluso viera algo en la granja sin comprender qué era?

—Ahora no te sigo. ¿Puedes repetir qué fue lo que viste? Dilo otra vez y un poco más claro.

Las manos de Margareta están quietas en la parte inferior de la imagen.

«Pregúntale sobre el establo», murmulla Harriet para ella misma. Pero Margareta le pregunta a Kenneth sobre el coche, sobre el aspecto de los

pantalones, de qué ventana se trataba y dónde había estado él las últimas veinticuatro horas.

Harriet se frota los ojos. Está segura de que él vio lo que pasó en el establo y a Margareta se le ha pasado por alto preguntárselo. Tienen que volver a interrogar a Kenneth.

Harriet busca una pequeña botella de perfume en el fondo del bolso y se echa una gota en el cuello. No quiere oler a tabaco cuando vuelva al despacho. En realidad, no debería fumar en horas de trabajo, pero era una situación excepcional y el cigarrillo la ha espabilado.

Luego neutraliza el sabor de boca con la punta de uno de los bollitos de nata. Ha aprovechado para ir a buscar la fuente a la sala de reuniones. Lena ha puesto una nota con el texto «Cómeme» y ha dibujado un corazón alrededor. El relleno está delicioso. El móvil empieza a vibrar sobre el escritorio y aparece el nombre de Paul en la pantalla.

—Hola, pequeña Harry. —Paul parece estar a punto de echarse a reír—. Tienes la voz rara.

El sonido es bueno a pesar de estar en la otra punta del mundo.

—Perdona, estoy comiendo —consigue decir ella. Tiene la boca llena de nata.

—Para variar —contesta Paul. Lo dice de forma cariñosa y sabe que está bromeando. Cuando le oye hablar puede imaginarse a su hermano delante. Alto y delgado, el pelo rizado y rubio, y unos ojos verdes chispeantes. Una clara versión de Eugen.

En la escuela, todas las chicas perseguían a Paul. Ahora, de adulto, asesor financiero de éxito, licenciado en Comercio, podría tener a cualquiera. Harriet se parece más a su madre: ojos castaños, unos rizos indomables y una chicha muy tozuda que se niega a irse. Su carrera no ha despegado de la misma manera que la de Paul.

—¿Estáis bien? —pregunta ella. Es agradable oír su voz.

—Sí, no me puedo quejar, estamos en el paraíso. Claro que ayer Eva-Lena resbaló sobre una ascidia y se ha torcido el pie. No puede estar al sol y al parecer

tampoco tolera la comida picante —bromea Paul—. Uno se cree que conoce ese tipo de cosas de su pareja, pero no consigo seguirles el ritmo a sus alergias; las va cambiando cada dos por tres.

Harriet suelta una risita.

—Al menos, los niños van a la escuela de buceo, y sólo eso ya vale las ochenta mil coronas que me ha costado el viaje, por ahora —añade él y suelta una carcajada.

A Harriet le gustaría seguirle el rollo, sacarle más punta a la historia de qué ocurriría si Eva-Lena se quedase dormida al sol, le sirviesen un batido de plátano con chili, subiese corriendo a la habitación y descubriera que el personal del hotel ha doblado la toalla que dejan sobre la cama en forma de ascidia. Sabe que Paul se reiría a gusto con esa fantasía, pero ahora mismo no puede. Lo necesita y en realidad desearía pedirle que volviese a casa, pero es algo que jamás podrá decir. Si le habla de lo desanimado que está Eugen y de los despistes que ha descubierto desde que llegó a Lerviken, Paul se preocupará y ella le arruinará sus vacaciones.

Harriet cierra los ojos. No sabe ni por dónde empezar.

—¿Ha pasado algo? ¿Adónde te has ido? —pregunta Paul.

Ella carraspea.

—¿No has visto las noticias?

—¿Qué? No, hemos hecho un viaje en barca, los últimos días he estado desconectado del mundo. No he usado mi teléfono ni una sola vez. ¿Te lo puedes imaginar? Me siento como si fuese otra persona. —Paul calla de repente—. Harriet, ¿qué ha pasado? ¿Le pasa algo a papá? ¿Está bien?

Harriet toma carrerilla.

—Ha sucedido algo horrible. Han asesinado a Laura Andersson, de Sundgodset, y Douglas está en coma por la paliza que le han dado. —Al decirlo, siente un nudo en la garganta.

Todo ha sido tan rápido que no ha tenido ni tiempo para reflexionar sobre ello hasta ahora. Un brutal asesinato ha tenido lugar en el pueblo donde Paul y ella han pasado todos sus veranos de la infancia. A partir de ahora, eso estará siempre presente. En el momento de contárselo a Paul, se va haciendo realidad.

—Dios mío.

Se hace un silencio. Paul, a quien nunca le faltan palabras, parece perder por un instante la facultad del habla.

—¿Cuándo ha sido?

—Este fin de semana. La encontraron muerta en la finca, debajo de un tractor. Estuve allí con el nuevo trabajo. Paul, la han ejecutado. —Harriet se arrepiente nada más pronunciar las palabras.

Puede oír a Paul respirando al otro lado del teléfono.

—¿Qué dices?

—La mataron con un cuchillo —continúa Harriet—. Pero primero le dieron una paliza.

Oye que a Paul le cuesta respirar.

—Joder. Qué aberración. ¿Lo dices en serio?

—Sí —contesta Harriet.

—El pueblo debe de estar patas arriba.

—Ya te digo. —Pero a pesar del asesinato y del alboroto, lo que le viene a Harriet a la cabeza cuando piensa en los últimos días es Eugen—. Buf, ojalá estuvieses aquí.

Paul se vuelve a quedar en silencio. Harriet se arrepiente. No es su intención que se sienta culpable. Harriet carraspea.

—Por cierto, ¿conoces a alguien que se llama Lia en Lerviken?

Paul no contesta.

—Una mujer rubia, más o menos de mi edad. Muy mona.

—Perdón, estaba mirando el *Aftonbladet*. Harriet, necesito digerirlo. Esto es una locura. No lo entiendo. ¿Por qué me preguntas si conozco a alguien que se llama Lia?

—Es una mujer con la que coincidí al salir a pasear. Me sonaba de algo. Parecía ser de nuestra edad, así que he pensado que a lo mejor tú la conocías. Necesito encontrarla, es importante.

—No, no conozco a ninguna Lia —dice al final Paul—. ¿Por qué necesitas hablar con ella?

—Bueno, prométeme que esto quedará entre nosotros. Ella me llamó para

contarme una cosa, pero luego desapareció. Creo que sabe algo acerca del asesinato. Me dijo cosas que no hemos hecho públicas. Lo que pasa es que debería haberla citado en comisaría. Me reuní con ella a solas. Me dejé llevar por un impulso, pero debería haberlo pensado mejor. Y ahora no podré arreglarlo si no consigo dar con ella —empieza a explicar Harriet.

—¿Qué te dijo? —la interrumpe Paul—. ¿Por qué quería verte?

La voz de Paul suena dura y Harriet pierde el hilo.

—¿Que por qué quería verme? —Harriet limpia una miga que ha caído sobre el escritorio y se relame un poco de relleno que tiene en el pulgar—. Imagino que corre el rumor de que trabajo en el caso. Ya sabes cómo es Yvonne.

Parece que Paul suelta un bufido.

—Sí, y a veces uno puede acabar hasta las narices de Yvonne —dice.

—Por cierto, ¿sabes quién es Kenneth Jönsson? Es otro testigo.

Las palabras salen volando por la boca de Harriet. En estos momentos necesita hablar con su hermano más que nunca. A él puede explicarle cualquier cosa. Casi le duele físicamente cuando se da cuenta de lo mucho que lo echa de menos.

—Harriet, frena un poco. No te sigo. Dios, estoy conmocionado. Un asesinato. Joder. —Se vuelve a callar—. Sí, sé quién es Kenneth Jönsson, vive arriba, alquila una de las casitas de veraneo, su madre limpia en casa de los Nyman. Pero esa Lia no tengo ni idea de quién es. No conozco a todo el mundo en Lerviken. —Se oye un golpe al fondo—. Harry, llega Eva-Lena y no está contenta. —Paul baja el tono de voz—. Te tengo que dejar, ya sabes cómo es. Perdona. Luego te llamo, en cuanto tenga un momento.

Se hace el silencio. Harry se queda con el teléfono en la mano y la mirada puesta en la pantalla negra que tiene delante. ¿Que se tiene que ir? Hace un montón que no hablan y ni siquiera pueden terminar la conversación. ¿Se ha producido un asesinato en Lerviken y piensa que es más importante no hacer enfadar a Eva-Lena? Harriet no logra entenderlo. No recuerda la última vez que hablaron sin que Eva-Lena acabara interponiéndose. Le parece que hace un siglo.

Necesita otro cigarrillo.

En el patio de atrás hace frío. La mayor parte queda a la sombra. El calor de finales de verano de esta mañana se ha desvanecido. Harriet intenta ponerse en la única zona a la que llega un poco de sol, pero es como si los rayos ya no calentaran. «El tiempo cambia muy rápido a finales del verano, un día hace sol y al siguiente es otoño», piensa. Con una mano sujeta el cigarrillo y con la otra, el teléfono. El móvil empieza a sonar y Harriet se lo lleva rápidamente a la oreja. Tiene la esperanza de que sea Paul quien vuelve a llamarla.

—Hola, me llamo Rebecka Robertsson, te llamo de TV4. Busco a alguien que pueda responder a unas preguntas en relación con el asesinato en Lerviken. ¿Trabajas en el caso?

Harriet se detiene a media calada. ¿Cómo ha conseguido TV4 su número de teléfono?

—Tenemos información de que habéis hecho un registro domiciliario en la calle Lerviksstranden, 28, ¿es correcto? —sigue preguntando la mujer.

—No puedo hacer comentarios. Tenéis que dirigiros al Departamento de Prensa —dice Harriet.

—Hemos visto los coches de policía junto al estrecho. ¿Eso tiene algo que ver con el asesinato? ¿Puedes confirmarlo?

—Creo que lo mejor es que te dirijas al Departamento de Prensa, espera que te doy el número. —Harriet separa el teléfono de la boca para que Rebecka no oiga cómo expulsa el humo mientras habla.

—Nos consta que un hombre llamado Tony Hesselgren está empadronado en esa dirección, ¿es un sospechoso? —continúa Rebecka.

—Tengo que derivarte al departamento correspondiente. Un momento, que busco el número. —Harriet apaga el cigarrillo. Mierda, el número está escrito en la pizarra en la sala de investigación, tendrá que entrar para encontrarlo.

—Tengo en mis manos un extracto de sus antecedentes penales y lo han condenado en varias ocasiones por delitos graves, ¿es vuestro principal sospechoso?

—Lo siento, pero no puedo contestar vuestras preguntas. Si me das tu número

de teléfono, le pido a alguien que te devuelva la llamada —dice ahora Harriet con un poco más de dureza mientras siente cómo la nicotina le alcanza el cerebro. Hace mucho tiempo que no fuma así de acelerada.

—¿Qué puesto tienes, Harriet?, ¿escribo que eres investigadora policial?

—No, no quiero que me citen, no me ocupo de hacer las declaraciones sobre nuestros asuntos —contesta Harriet, y se sienta en el muelle de carga de la pizzería. Joder, ¿tan difícil es de comprender?

—De modo que un registro domiciliario es un asunto. Entonces ¿Tony Hesselgren es sospechoso? —continúa Rebecka con rapidez.

Harriet suspira. Esta periodista es imposible.

—No quiero pronunciarme al respecto. Habla con mi jefa, Margareta Bladh.

Se arrepiente en el mismo instante de decirlo. A Margareta no le gustará que le derive a ella las preguntas de los medios.

—Margareta Bladh, ¿es ella la responsable? ¿No tenía antes otro nombre?

Harriet traga saliva. ¿Qué clase de pregunta es ésta?

—¿Puedes darme el número de Margareta Bladh? —Rebecka es como un bulldócer.

Harriet siente cómo le rezuma el sudor de las axilas. La tela húmeda del vestido se le pega a la chaqueta mientras busca el número de teléfono de Margareta y luego lo lee en voz alta para Rebecka de TV4. ¿Qué es peor? ¿Que dé el número de Margareta a los medios o que publiquen el dato del registro domiciliario y hagan referencia a ella? Tal vez sea dar el número de Margareta, porque parece que ella odia a los periodistas.

Cuando Rebecka de TV4 cuelga, Harriet saca el cuarto cigarrillo del día. En realidad, no le apetece y no sabe muy bien por qué lo hace. Cuando se termine el paquete dejará de fumar. Otra vez.

Un hombre con bata blanca y un delantal manchado asoma la cabeza y se enciende él también un cigarro.

—Hola, señorita, ¿un día estresante?

«Ni que lo digas», piensa Harriet, pero se limita a asentir con la cabeza como respuesta. Es el mismo hombre al que saludó el otro día desde el coche.

—Señorita, a veces miro a mis clientes y pienso que en realidad están

estresados porque necesitan reunir dinero para comprarse tranquilizantes. ¿Entiendes lo que quiero decir? Tómatelo con calma, cómprate algo rico y cierra los ojos. Sólo se vive una vez —mientras habla, le sonrío.

Harriet apaga el cigarrillo.

—Lo sé —dice antes de dejar el patio.

En el camino de vuelta, hace una parada en la pastelería y se compra un bollo de pasas y una Coca-Cola Zero. Será su comida de hoy. Harriet envuelve el bollo en la bolsa de plástico y sujeta la lata de Coca-Cola debajo del brazo antes de empujar la puerta gris de hierro de la comisaría. Quiere tener una mano libre para poder coger también un vaso de café por el camino. Si al final la aceptan y se queda aquí, tal vez ella también se compre una taza de oficina con algún lema escrito, igual que Patrik, *Protector of the wounded*.

Cuando vuelve a tomar asiento en el escritorio, abre el buzón de entrada. Está repleto de mensajes sin leer. Arriba del todo en la lista encuentra lo que estaba buscando. Han llegado los archivos con los registros de llamadas de la antena de Henrikehill, lo cual significa que puede intentar averiguar el número desde donde la llamó Lia. Harriet toma un sorbo del café y coge un trozo del bollo, esforzándose por no llenar el teclado de migas. La lista del sistema de policía está dividida en columnas con llamadas entrantes y salientes y datos de tráfico en las horas indicadas. Una fila para cada dato. Le encanta el Excel. Justo en ese instante llaman a la puerta y aparece la cabeza de Göran. Harriet reprime un suspiro. No tiene ganas de hablar con Göran; sospecha que en realidad lo único que quiere es comprobar si está trabajando y si le han dado tareas más interesantes que a él.

—¿Cómo te va? —Al ver lo que está haciendo Harriet frunce el ceño—. ¿Por qué tienes tú las listas de llamadas? ¿Has trabajado con eso alguna vez?

Su primer impulso es contestarle con antipatía, pero luego cambia de opinión. En lugar de hacerlo, inclina un poco hacia atrás su silla y sonrío.

—Sí, claro, pero a lo mejor tú tienes más experiencia que yo trabajando con esto. ¿Me darías algún consejo?

Él parece contentarse, y se acerca enseguida al escritorio.

—¿Sabes cómo aplicar filtros? —pregunta, y antes de que Harriet tenga

tiempo de contestar pulsa dos teclas con sus dedos rechonchos.

—Se pueden filtrar los datos en cada columna y hacer combinaciones para sacar coordenadas aproximadas, de forma que puedas ver dónde se encontraba un móvil. Ya sabes, hay células en las antenas recibiendo el tráfico; los datos son bastante precisos. Sobre todo si la antena está ubicada en un lugar donde el tráfico no es intenso.

—Sí, lo he entendido. Estoy buscando un teléfono que sé que hizo una llamada a una hora determinada —dice Harriet.

—¿En qué fecha y qué intervalo de tiempo? Escríbelo aquí. —Göran señala con el dedo en la pantalla.

Harriet sonríe por dentro al ver que no usa el puntero del ratón para enseñárselo. En el campo de filtrado indica el intervalo de tiempo entre las siete y las ocho de la tarde del martes pasado. Más o menos a esa hora estaba sentada con una copa de vino en el bar de Henrikehill, buscando a Margareta en Google. Fue cuando Lia la llamó.

Los datos filtrados aparecen en la pantalla. La antena recibió tráfico de quinientos setenta y seis móviles en el horario indicado.

—Como puedes ver, la lista de resultados puede ser bastante amplia. Si sabes el número, puedo ayudarte a delimitar la búsqueda —continúa Göran.

Harriet escanea rápido la lista hasta encontrar su propio número entre las cifras.

—Ahí, llamada entrante, a las 19.48 —exclama, señalando ella también con el dedo en la pantalla. La conversación duró un minuto y medio. En su móvil aparecía «desconocido», pero en la lista se ve un número. Un número de prepago. Harriet agarra un papel del escritorio y anota el número desde el que llamó Lia.

—Si es un número de prepago, ya te puedes ir olvidando de encontrar a la persona que hizo la llamada, pero si quieres saber desde dónde llamó, puedes probar con esto —dice Göran, y abre una nueva ventana—. Parece que la llamada se efectuó desde la antena de Väla —comenta—. El centro comercial está próximo a la autopista, a las afueras de Helsingborg, pero por allí pasan miles de personas cada día. Ahí será imposible revisar las cámaras de vigilancia.

Mierda. Harriet se muerde el labio. Está tan cerca y a la vez tan lejos... Si Lia ha llamado con un teléfono de prepago es que no quiere que la encuentren. Sabe que Harriet trabaja en la policía y que seguro que la busca.

Piensa un rato.

—¿Cómo de exactas son las coordenadas? ¿Puedes ver con exactitud dónde estaba la persona? En ese caso, al menos podría acotar la cámara de vigilancia.

Göran sonrío y niega con la cabeza.

—Creo que tendrás que dejarlo por imposible —dice él.

Harriet se reclina en la silla de oficina, traga el último trozo del bollo y se limpia rápido las migas del vestido.

—No tengo ninguna intención de dejarlo —murmura ella—. Parece que estoy siempre sola en todo.

Al decirlo, se le ocurre algo. Sabe dónde estaba ella cuando hizo la llamada a urgencias desde el contenedor la noche que encontró a Douglas. Podría mirar cómo se reflejan las coordenadas ahí para hacerse una idea.

—Quiero probar algunas cosas y buscar un poco en los archivos para acabar de ver cómo funciona —dice mirando de reajo a Göran. Él parece empezar a pasárselo bien.

Harriet abre el archivo que contiene los datos sobre el tráfico de la noche del domingo. El ordenador trabaja duro a pesar de que la antena de Henrikehill 330 grados se halla en una zona relativamente poco habitada y de que el tráfico no es elevado. Aplica el filtro de su propio número de teléfono y encuentra los datos del tráfico de inmediato. A las 23.27 llamó al número de urgencias. Mira de reajo a Göran y luego hace justo lo que él le acaba de enseñar: buscar las coordenadas en una nueva ventana. El lugar en el que se encontraba, en el contenedor de la parte posterior de Sundgodset, aparece reflejado con precisión. Al final de la llamada van cambiando las coordenadas; sabe que se corresponden a cuando estaba subiendo hacia el camino. Otra célula de la antena captó los datos de ese lugar.

—Esos datos de la antena están superbién. El lugar indicado es bastante exacto —comenta Harriet—. Es justo donde estaba yo. Es ahí donde

encontramos a Douglas Andersson en el contenedor. Más preciso que eso es imposible.

—Vale, a veces hacemos las cosas bien —contesta Göran—. Pero me pregunto si no has cometido algún error en la búsqueda.

Harriet levanta la mirada. ¿Qué quiere decir? Si ha hecho exactamente lo que él le ha enseñado y sabe el momento exacto de la llamada...

—Si lo has hecho bien, me pregunto por qué el resultado de la búsqueda contiene dos filas —continúa Göran. Harriet sigue el ancho dedo de su compañero con la vista mientras señala sobre la pantalla. Se produce un destello y aparece otro número visible en la fila de debajo.

—No lo entiendo, ¿por qué sale eso así? —pregunta ella.

Göran se endereza.

—Porque lo has hecho mal. O porque había otro móvil encendido al mismo tiempo y la antena ha registrado sus datos de tráfico. Como puedes ver, las coordenadas son idénticas. ¿No dijiste que estabas sola cuando lo encontraste? Supongo que, si alguien hubiera estado justo a tu lado, lo habrías notado.

Harriet se inclina hacia delante para comprobar si es correcto. Göran tiene razón. Debajo de su número hay otro escrito, con las mismas coordenadas. Es como si un aire frío recorriese su espalda y le pusiera la piel de gallina cuando comprende lo que Göran acaba de constatar.

Había alguien más en ese lugar. Alguien que no intervino, pero que estuvo ahí todo el tiempo, justo a su lado, mirando.

Harriet se queda sentada con la vista clavada en las cifras que cubren la pantalla mientras Göran sale del despacho. Sabía que no estaba sola en Sundgodset. Tuvo esa sensación todo el rato. Cuando recuerda el momento, casi puede oír la respiración de otra persona en la oscuridad y le parece volver a ver movimientos entre los arbustos.

Había alguien allí. Una sensación de desagrado le recorre el cuerpo.

La taza de café que tiene sobre la mesa se ha enfriado. No puede dejar de pensar en la noche del domingo y de repasar los acontecimientos en su cabeza una y otra vez. ¿Fue alguien que la siguió hasta allí o se encontraba ya en la granja cuando ella llegó?

A la persona que la vio despellejarse las manos intentando abrir el contenedor le daba igual que lo consiguiese o no. Y esa persona debía de saber que Douglas estaba ahí dentro. O al menos que había alguien en el contenedor, los golpes desde el interior se oían con toda claridad. Tal vez incluso se lo pasó bien viendo cómo ella trataba de abrirlo.

Harriet busca enseguida el número en el archivo de teléfonos, pero no lo encuentra. Es una tarjeta de prepago sin registrar, imposible de localizar. Suspira y se reclina de nuevo en la silla.

La puerta del despacho se abre de golpe y vuelve a aparecer Göran. Harriet pone cara de que claramente la está molestando. Necesita reflexionar y no quiere que su compañero piense que puede ir a su despacho cada vez que no tenga nada que hacer.

—Están volviendo. ¿Adivina qué han encontrado en su armario? ¡Bingo!

Harriet no puede evitar soltar una risita. «¿Bingo?» Lisa se moriría de risa al oírlo.

—¿Sabes qué han encontrado en el armario?

—Sí, en el registro domiciliario. —Hace una pausa para generar expectación—. Han encontrado un par de pantalones verdes llenos de sangre. Igual que lo que dijo ese pirado en su testimonio. Este tal Tony, ¡menudo lerdo! Ni siquiera se ha desecho de los pantalones y ahora lo hemos pillado. Esto está de puta madre. A veces, Margareta es una máquina, aunque a los demás no os guste.

Harriet se queda seria. La idea de que Tony haya matado a Laura hace que se le revuelva el estómago y se pone tensa de pies a cabeza.

—¿Está detenido?

—Orden de búsqueda. Seguro que Konrad ya ha decidido arrestarlo. El Mazda que está a su nombre es un coche antiguo. Es fácil de localizar.

Göran escruta a Harriet con sus ojos azul claros.

—Por cierto, reunión dentro de cinco minutos en la sala, de parte de la Mosca. —Göran se muerde el labio de forma exagerada—. Quiero decir... Margareta —se corrige a sí mismo.

Göran desaparece tras la puerta, pero Harriet le puede oír murmurando por el pasillo. Coge rápido su libreta y sale tras él.

—¿Vas a contarnos algo? —pregunta Göran mirando la libreta que Harriet lleva en la mano cuando entra en la sala de reuniones.

—Sí, pensaba informar de los datos que tengo sobre Tony Hesselgren.

Harriet se interrumpe al oír unas carcajadas en el pasillo; Rakel y Elias aparecen por la puerta.

—Premio para nosotros, os toca invitar a los bollos —dice Rakel.

«Primero bingo y ahora premio, esto es como estar en un concurso de sábado por la noche en la tele», piensa Harriet.

Patrik saca un móvil del bolsillo de la pernera color caqui y muestra una foto en la que aparece Elias enseñando algo cubierto de manchas y con Rakel al fondo con el pulgar hacia arriba. Rakel ríe y Harriet suspira.

Que Patrik haga tonterías encaja perfectamente con la imagen que se ha formado de él, pero que Elias le siga el juego la sorprende. Parecía decente.

—¿A ver? —dice Harriet estirando la mano hacia el teléfono. Patrik pasa los dedos por la pantalla para ampliar la imagen y se lo muestra a Harriet. Parece

satisfecho de haber despertado su curiosidad.

Entonces, Harriet ve algo que la hace atragantarse. Elias no sólo enseña unos pantalones verdes, sino que también se puede ver un jersey ensangrentado. Un jersey que Harriet reconoce muy bien. En el pecho hay un emblema y pone «Instituto de Spånga» con letras grandes y blancas. Es el viejo centro en Estocolmo en el que estudiaron Paul y ella.

—Está en orden de búsqueda y captura. Lleva un Mazda, modelo de 1998. Nunca llegará a pasar el puente. Es cuestión de horas —dice Margareta entrando por la puerta en compañía de Konrad. Patrik guarda rápidamente el móvil, pero Harriet se ha quedado con la mirada perdida. ¿Qué hace Tony con un jersey del instituto al que fueron Paul y ella? Si se ha criado en Lerviken...

—Un testimonio lo ha visto abajo en Lerviken tan sólo media hora antes del registro, así que no habrá llegado muy lejos —dice Patrik.

—En el recibidor faltaban unos zapatos y chaquetas, y sobre la mesa había una taza de café aún tibia. Parecía que se acababa de ir —explica Elias.

Harriet ha dejado de escuchar, sus pensamientos van a mil por hora. ¿Por qué tiene Tony ese jersey? Paul tiene un jersey como ese que suele ponerse en verano, pero ¿cómo habrá ido a parar a casa de Tony? ¿Podría ser de otra persona? Que Harriet sepa, no había más niños de Estocolmo en Lerviken cuando eran pequeños, y que encima alguno hubiese ido al Instituto de Spånga sería bastante inverosímil.

—Harriet, ¿qué has encontrado sobre Tony? —interrumpe Margareta volviéndose hacia Harriet—. ¿Hola?

Harriet levanta la mirada.

—¿Qué tienes sobre Tony? —Margareta suena molesta.

Harriet se estira el vestido y se acerca a la pizarra blanca, de espaldas de su jefa.

—Tony Hesselgren tiene treinta y cinco años. Se crio con una madre soltera que sigue viviendo en el pueblo de Lerviken. No hay padre biológico conocido. No tiene hermanos. Repitió curso en séptimo, pero dejó la educación básica sin graduarse. A partir de los quince años hay registros judiciales en relación con maltrato, robos y delitos leves de drogas. Un corto período de aplicación de la

Ley de Cuidado de Menores (LCM) en el que fue a vivir con una familia de acogida en Landskrona. La LCM sólo duró medio año. Al año siguiente fue condenado y se le internó en un centro de menores de régimen cerrado por conducción ebria, conducción temeraria sin permiso de conducir, robo, estafa, violencia hacia funcionarios y delito grave de drogas. Ha pasado por cinco instituciones diferentes. Donde más tiempo estuvo fue en la casa de acogida de Blåklinten. Y así sigue la cosa, más robos y delitos leves de drogas. En una ocasión hace siete años lo condenaron por grave violencia de género. Acosó a una mujer. Recibe ayuda para la manutención y no tiene empleo. Según los rumores, ha hecho algunos trabajos sueltos en Sundgodset en alguna ocasión, pero no me lo han confirmado y no consta en ningún registro. Pero podría haber trabajado en negro.

Harriet suelta el rotulador. Ha intentado anotar los datos más importantes en la pizarra mientras iba hablando.

—Estás un poco pálida, ¿ha pasado algo? —pregunta Elias.

Harriet carraspea. ¿Debe decir algo sobre el jersey? Elias la contempla. Mierda, tiene que decir algo.

—Sí, me acabo de dar cuenta, al repasar sus antecedentes, que... —Se rasca la cabeza—. Aparte del acoso a la mujer, Tony parece ser un ladronzuelo normal y no un psicópata frío y calculador. El que mató a Laura carecía de compasión. Eso me hace pensar que...

Se está mareando y se da cuenta de que lo que dice no tiene demasiado sentido. ¿Por qué ha hablado de psicopatía?

—Es cierto que no estamos rodeados de muchos psicópatas, sólo hay un pequeño porcentaje de la población que lo sea. Además, el asesino parece bastante inteligente, y este hombre, en cambio, no es demasiado listo. La ropa estaba ahí mismo —completa Elias.

Habla con tranquilidad y tiene el don de no parecer un listillo cuando comparte sus conocimientos.

—Cómo es de frío y qué es capaz de hacer es algo que no sabemos. Además, eso de que exista una conexión entre inteligencia y psicopatía es un mito —dice Margareta, y añade—: He participado en un amplio estudio que trataba justo

sobre ese prejuicio. El resultado muestra claramente que cuantos más rasgos de psicopatía tenían los enfermos examinados, más bajo era el coeficiente intelectual. La idea de que los psicópatas son inteligentes es muy popular, pero es porque la gente se cree todo lo que ve en las películas.

Está claro que Margareta no quedará contenta hasta que diga la última palabra, así que Harriet no agrega nada más. Respira hondo. Seguro que hay una explicación lógica para eso del jersey.

—Göran, ponte en contacto con los policías que han participado antes en investigaciones que implicaban a Tony. Quiero saber qué impresión se han hecho de él después de interrogarlo. Si hay actas de antiguas investigaciones, puedes reclamarlas —afirma Margareta antes de que Göran tenga tiempo de contestar.

—Pero si aún no está detenido —murmulla Göran mirando el reloj.

—Es sólo cuestión de tiempo. Pretendo saber con total seguridad lo que nos espera, no adivinarlo. Aún no ha terminado la jornada —responde Margareta.

Un sonido agudo invade la sala y Margareta se palpa la americana por fuera. Saca su móvil a toda prisa.

—Parece que algún idiota del Departamento de Prensa ha dado mi número a los medios. Una persona tremendamente pesada de TV4 no para de llamar. No quiero hablar nunca con la prensa y menos aún con Rebecka Robertsson. ¿Me habéis oído? Por si os telefonease a alguno de vosotros. Si los enanitos de la prensa de la casa no consiguen lidiar mejor con los medios, deberían dedicarse a corregir faltas de ortografía en la intranet. Capullos.

Harriet mira hacia el suelo. Margareta no debe enterarse nunca de que fue ella quien le dio su número.

Patrik se vuelve hacia Harriet y emite un débil y molesto zumbido que hace que Rakel esté a punto de echarse a reír. Harriet entiende lo que quiere decir. La Mosca.

—Lo único positivo de haber bajado hoy al puerto ha sido la mala cobertura que hay. Aunque no entiendo cómo pueden vivir con una señal tan mala como la que tienen allí abajo —continúa, y levanta el móvil sin contestar la llamada—. En cuanto hemos dejado atrás la pendiente en el camino de vuelta, ha empezado a sonar otra vez.

Sale por la puerta y la cierra con un golpe. Se sigue oyendo el timbre del móvil por el pasillo. Todos esperan hasta dejar de oírlo para estar seguros de que Margareta ha entrado en su despacho y ha cerrado la puerta, y entonces empiezan a abandonar la sala de reuniones.

Harriet regresa a su despacho y cierra la puerta. Necesita pensar y no quiere que la molesten.

En lugar de sentarse al escritorio y encender el ordenador, se acerca a la ventana y se sienta en el alféizar. Fuera hay gente caminando por el paseo, bicicletas y perros con cadena que se enredan los unos con los otros. Está cansada por la falta de sueño de la noche anterior, y cuando apoya la frente en la mano ve la anotación que se hizo en plena noche. «Médico», pone. Tiene que llamar y pedir hora para que le hagan una revisión a Eugen. Y es algo sobre lo que también tiene que hablar con Paul.

Después de media hora al teléfono, su llamada llega a la Unidad de la Memoria del hospital de Lund.

—De acuerdo, ¿tenéis un volante? —pregunta la mujer a la que han pasado la llamada de Harriet.

—No, pensaba que nos podíamos dirigir a vosotros directamente. Estoy preocupada por mi padre. Ha comenzado a olvidar cosas.

—Se precisa un volante de derivación para que os atendamos aquí. Y tenemos un tiempo de espera de tres meses. Tenéis que empezar por ir a...

Es como si todos los muros de Harriet se derrumbasen.

—Por favor, necesitamos venir de inmediato. Esto ya lleva pasando demasiado tiempo. No sólo se olvida de cosas; el otro día se perdió y me lo encontré fuera y sin chaqueta. Es urgente. No podemos esperar varios meses. Tenéis que ayudarme, me hallo completamente sola y tal vez no pueda estar con él dentro de tres meses.

Oye cómo la voz se le rompe al hablar. No tiene fuerzas para fingir delante de la mujer del teléfono.

—Espera un momento —contesta la mujer, y parece como si dejase el

teléfono a un lado. Luego vuelve a atenderla—. Tenemos una cancelación hoy a las tres y media. ¿Os va bien?

«Gracias», piensa Harriet, y cierra los ojos. La mujer ha comprendido su desesperación y de alguna manera ha conseguido meter a Eugen entre las citas del día. Harriet mira el reloj: le queda una hora y media, el tiempo justo para ir a buscar a su padre y dirigirse a la clínica.

—Nos apañaremos.

Tal vez no sea la mejor hora, pero no puede rechazarla. Y tal vez sea mejor que esto coja desprevenido a Eugen. Justo a tiempo, deja el teléfono en el instante en que Margareta aparece por la puerta. Harriet baja de un salto del alféizar de la ventana.

—¿Cómo va con el interrogatorio? ¿Me has hecho la transcripción? —pregunta Margareta

—Casi, dentro de un rato estará —miente Harriet. Necesitará al menos una hora más para acabarla. Añade—: Al pasarla a limpio se me ha ocurrido una cosa. Tal vez Kenneth Jönsson tenga algo más que contar.

Margareta reclina la cabeza de forma que la media melena se mete en el cuello alto del jersey.

—En el interrogatorio menciona un Volvo blanco que estaba aparcado fuera de la finca, pero Tony conduce un Mazda rojo. Y hay un momento en el que habla del establo. Comenta algo de que no la podía ver del todo. Creo que intentó mirar, pero que en ese instante no comprendió lo que veía. Parece que tiene miedo. Creo que vio algo en el establo. ¿Podrían ser las huellas de Kenneth las que vimos en el suelo junto al cubo? En ese caso, significaría que se subió allí para mirar dentro y tal vez vio lo que pasaba —dice Harriet—. Además, seguro que Kenneth sabe quién es Tony. Es de la zona.

—Déjame ver el borrador —la interrumpe Margareta.

—Aún no está del todo terminado, ¿quieres verlo igualmente? Menciona el Volvo en los primeros minutos de la grabación; escucha también lo que Kenneth dice al final. Pierde el hilo, como si se arrepintiese. Como si no lo quisiese explicar. Por eso creo que ha visto a alguien a quien reconoce —contesta Harriet, y extrae la memoria USB y se la entrega a Margareta.

—Bien, me lo voy a mirar. Eso del coche es interesante, aunque, claro, no nos podemos fiar de todo lo que dicen los testigos. Es sorprendente la cantidad de veces que se equivocan incluso respecto a observaciones supuestamente claras. Además, si le preguntas a Konrad, tampoco sirve como prueba.

—No, por supuesto, pero creo que... —empieza Harriet.

No tiene tiempo de acabar la frase porque Göran irrumpe en el despacho.

—Han cogido a Tony, estaba cruzando el puente. El imbécil iba con el Mazda. Lo hemos detenido. —Parece que le falta el aliento.

—Siempre intentan huir en esa dirección —contesta Margareta.

—He hablado con los agentes que interrogaron a Tony en relación con el acoso a la mujer —continúa Göran—. Dicen que fue casi imposible hacerlo confesar. Según la investigación, Tony mantenía una relación muy complicada con ella y hubo situaciones de maltrato y violencia sexual graves. La mujer buscó ayuda médica en varias ocasiones y las lesiones fueron bien documentadas. Un hijoputa asqueroso, si queréis mi opinión.

—Vale, pues, Harriet, ¿preparamos tú y yo el interrogatorio? Creo que estaría bien que vinieses.

Harriet no puede creer lo que está oyendo. ¿Margareta quiere que ella esté presente en el interrogatorio? ¿Incluso que sería algo bueno?

—Acabo de hablar con los policías que llevaron el caso anterior, ¿no debería estar yo en el interrogatorio? —dice Göran, que ahora ha entrado en el despacho y se ha quedado a tan sólo un metro de la jefa.

—No, prefiero a alguien más neutro —contesta Margareta.

Harriet gira la cara para ocultar su sonrisa. En realidad, es totalmente justo que ella esté en el interrogatorio. Es una locura que sólo haga algunas tareas administrativas y busque en archivos. Ahora podrá demostrar lo que vale. Además, le sienta bien que Margareta la elija a ella antes que a Göran. Es un marcaje importante.

—Tengo que hacer un par de llamadas, pero pongamos una hora para vernos y prepararlo. —Margareta consulta el reloj—. ¿Sobre las tres?

Justo cuando Harriet se dispone a contestar que le va perfecto, se acuerda de la visita de su padre. La cita de Eugen en la Unidad de la Memoria es a las tres y

media.

—Hoy necesito salir un poco antes, tengo una visita con el médico, pero puedo volver luego. No creo que tarde más de dos horas. ¿Podríamos hacerlo a las cinco? —pregunta enseguida.

No le gusta tener que mentir, pero es una mentira a medias. Tiene derecho a ausentarse para una visita médica propia en horarios de trabajo. Además, no parece que a Margareta le importe trabajar hasta tarde y es posible que ni siquiera les lleven a Tony antes de las cinco. Así que a lo mejor no habrá ningún problema.

—Vaya, entonces tendré que pensar en cómo lo hacemos. No puedo decir que no a una visita al médico, pero estaría bien que la próxima vez me comunicases estas citas con mayor antelación, o las anotases en nuestra agenda común. La planificación de la actividad se complica mucho cuando la gente no viene y no informa de su ausencia. —La cara de Margareta permanece impassible.

—Lo entiendo, pero es que me lo acaban de decir. No estaba previsto — contesta Harriet, y finge abrir el calendario en el ordenador.

—Naturalmente, lo lamento si estás enferma. Pero entonces creo que es mejor que Göran y yo nos ocupemos del interrogatorio cuando traigan a Tony. En lugar de eso, puedes encargarte de marcar los materiales incautados. Eso es algo que puedes hacer a tu ritmo y sin depender de nadie más. Puedes ser la responsable del registro en este caso. Lena te enseñará dónde está la máquina de etiquetado.

Su forma de decirlo hace que parezca una promoción. La manipulación de objetos es una nueva forma de castigarla por haber rechazado el interrogatorio. Joder, no debería aguantar esta mierda. Ya ha tenido suficiente con la transcripción literal de la entrevista. Harriet no es alguien a quien se pueda pisotear de cualquier manera, y mucho menos delante de Göran.

—No soy una irresponsable y nunca me escaqueo. Esto es algo puntual. ¿No es un poco absurdo malgastar mis capacidades en algo como marcar los materiales incautados? —dice Harriet con toda la calma que puede.

Además, si ha de pasarse la tarde marcando material, no tendrá acceso al ordenador, y entonces no tendrá ninguna posibilidad de seguir investigando a esa

tal Lia ni de dar seguimiento al móvil que estaba encendido cuando ella había encontrado a Douglas en el contenedor.

—Esperemos que realmente no seas una irresponsable —contesta Margareta, y sale de su despacho seguida de cerca por Göran.

El pasillo huele a diputación provincial. Desinfectante mezclado con lavabos. Harriet consulta el reloj. Las tres y veinte. Su mirada cae sobre los pies de Eugen y sus zapatos náuticos de color sangre de toro, que desentonan sobre el suelo de linóleo naranja moteado. Está sentado en el pasillo, en la silla que hay junto a ella, con las manos cruzadas sobre la chaqueta azul marino con forro de cuadros. No ha dicho ni una palabra desde que han aparcado delante de la clínica. La puerta que tienen enfrente se abre con un chirrido.

—¿Eres Eugen Vesterberg? —pregunta un hombre en bata blanca con gafas metálicas, que se le han deslizado sobre la nariz.

Con un gesto invita a Harriet y a Eugen a pasar a la consulta. Eugen se sienta a tientas sobre una silla delante del hombre y Harriet sale a buscar una silla plegable en el pasillo y se instala a su lado.

—Bueno, ¿por qué habéis venido? —pregunta el médico subiéndose las gafas a la frente.

—Ésta es mi hija Harriet y está preocupada por mi memoria —empieza Eugen despacio.

Es típico de Eugen echarle a ella la culpa. «Lo hace para distanciarse», piensa Harriet cuando el médico se vuelve hacia ella. Toma carrerilla.

—Acabo de venir a vivir con mi padre y he notado un cambio notable en él. Mi hermano también lo advirtió a principios de este verano. —Se vuelve hacia Eugen. Se siente incómoda al hablar de él en tercera persona—. No es sólo que te olvides de cosas, sino que también te pasas las noches despierto. Como esta noche. A veces me cuesta reconocerte. Y no creo que te estén ayudando las vitaminas que tu médico de cabecera te receta. —Le duele decirle la verdad. Pero piensa en la mirada que tenía cuando lo encontró en la playa.

Eugen aparta la vista y abraza la chaqueta. Es difícil saber si sus palabras lo han herido.

—Mi hija tiene razón. Mi memoria no es la que era. He perdido la noción del tiempo. La verdad es que a veces no sé en qué día estamos —reconoce de repente.

—¿Te has sentido desanimado o ha pasado algo especial estos últimos tiempos? —pregunta el médico.

Eugen parece estar pensando.

—Estoy acostumbrado a trabajar. Aún conservo mi cátedra en la Facultad de Derecho y hasta hace muy poco trabajaba a jornada parcial. Todavía escribo artículos y en primavera impartí un curso especial a los alumnos. Ese trabajo lo puedo hacer sin ningún problema, son las pequeñas cosas cotidianas las que ya no comprendo. Confundo horarios, lugares, planes y nombres. Es como si fuese, sobre todo, un problema de memoria reciente —dice Eugen con un suspiro, y añade—: Pero imagino que ocurre así cuando empiezas a tener cierta edad. Yo estoy más cerca de los ochenta que de los setenta. —Intenta sonreír, y las arrugas de alrededor de los ojos aparecen con mayor claridad.

—¿Duermes bien? —pregunta el médico—. Un estrés prolongado, ánimos bajos y falta de sueño también pueden producir alteraciones de memoria. No tiene por qué tratarse de algo extraño. Pero si te has dado cuenta en varias ocasiones de que te cuesta recordar cosas, eso sí que puede ser señal de una enfermedad.

Eugen niega con la cabeza.

—Creo que nunca he dormido demasiado bien —dice con una risa.

—Me gustaría hacerte un examen y algunas pruebas —continúa el médico.

Harriet puede ver de reojo que Eugen se retuerce nervioso en la silla.

—Mientras tanto, yo me voy a la cafetería a comprarme un café —dice Harriet poniéndose de pie. Tal vez Eugen se sienta más libre para hablar si ella está fuera de la consulta.

La cafetería se encuentra en un edificio anexo al vestíbulo principal. Harriet

sigue los letreros en el pasillo y la línea roja en el suelo hasta un hueco en la escalera con ascensores. Se detiene y lee el cartel de los ascensores.

Se oye una campanita y se abren las puertas.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta una voz a sus espaldas. Harriet se da media vuelta. Elias sale del ascensor. Va vestido con el uniforme y sonrío a Harriet. Sopesa si explicarle qué está haciendo en el hospital, pero parece difícil hacerse amigo de él.

—Un asunto privado. Y tú, ¿qué haces aquí? —replica Harriet.

Elias señala el cartel informativo.

—Planta nueve, Unidad de Cuidados. Hoy me han puesto a vigilar a Douglas Andersson. —Mira a Harriet—. Pero es una unidad cerrada, así que no va a pasar nada y me tengo que escaquear un rato. También una cosa privada.

Ella le guiña el ojo para mostrarle que entiende a qué se refiere. Va a marcharse y desatender su cometido sin que Margareta se entere. Hay un código ético entre los policías en cuanto al escaqueo; el que se chiva está muerto.

—Mi chica está un poco desanimada por un tema. A veces está así. Ya sabes cómo pueden ser las chicas. —Sonríe avergonzado—. Hay una tienda en Lund que le gusta, así que he pensado aprovechar para ir y comprarle un regalo. Por eso.

—Lo comprendo. No diré nada —contesta Harriet. Parece muy considerado con su novia y eso tiene mérito, aunque no esté de acuerdo en absoluto en eso de «cómo pueden ser las chicas». Pero sabe qué se siente cuando todo pesa demasiado.

—Yo dije que iba al médico, pero estoy aquí porque creo que mi padre está enfermo —dice ella—. Aunque no sé si es así, ha venido para que le hagan un chequeo.

Se queda en silencio. Teme que si sigue hablando se echará a llorar. Eso sería terrible.

—Vaya, lo siento —Elias parece incómodo—. Margareta es una imbécil con este tipo de cosas, lo sabes, ¿verdad? Si algún día necesitas salir a algún sitio, no pasa nada. Quiero decir que me lo puedes contar. Puedo ocuparme de alguna de tus tareas y así no se notará.

—Muchas gracias, muy amable por tu parte. —Harriet sonríe y  el aparta la mirada y se fija en el reloj.

—Me tengo que largar, no puedo estar fuera demasiado rato. —Se apresura en dirección al vestíbulo, y ella se queda all , contemplándolo mientras desaparece.

Cuando vuelve a la Unidad de la Memoria con dos vasos de café humeantes, el médico acaba de terminar y Eugen est  sentado en la camilla, abroch ndose la camisa.

—He hecho todas las pruebas necesarias, pero igualmente sugiero que hagamos una resonancia magnética y una punción lumbar. También os enviar  un volante para pedir un examen psiquiátrico. Os llegar  a casa un aviso —dice el médico.

—Gracias —contesta Eugen, y añade—:  Podr a usar el baño?

—Fuera, en el pasillo, enfrente de la sala de espera —responde el médico tendi ndole la mano.

Eugen da las gracias y sale por la puerta.

—Le agradezco mucho que le haya realizado un examen tan completo —dice Harriet cuando Eugen desaparece de la vista por el pasillo. Intenta sonar lo más animada posible. El médico la observa un rato. Las gafas se le han vuelto a resbalar hasta la punta de la nariz.

—Como he dicho antes, la depresión, el insomnio y la soledad pueden llevar a alteraciones de la memoria y a estados de desorientación. No tiene por qué ser algo grave, pero también puede ser un indicio de demencia. Has hecho bien en contactar con nosotros directamente. Tiene mucho valor que te ocupes así de tu padre.

Harriet comprende que no le dir  nada hasta que sepa algo seguro. Tal vez haya algún motivo por el que le quiera dar la esperanza de que lo que le ocurre no es tan grave. Sin embargo, la sensación que tiene en el estómago le dice lo contrario. Sabe que hay algo que no va bien. Una parte de ella ha esperado

siempre que llegara este día. Eugen es viejo, lo ha sido durante toda la vida de Harriet. No estará ahí eternamente.

—No vale la pena que te preocupes antes de que tengamos una idea clara de lo que le pasa —dice el médico poniéndole la mano sobre el hombro.

—Gracias —responde Harriet intentando sonreír. Le gustaría decir algo, pero la voz se le está rompiendo otra vez y las lágrimas se le acumulan en los ojos. El médico le ofrece la mano. Ella la estrecha, asiente con la cabeza y sale de la consulta.

No puede ver a Eugen en el pasillo. Es una mierda que Paul no esté aquí. Harriet saca el móvil y lo sujeta con fuerza. No vale la pena llamarlo ahora desde una sala de espera repleta de gente y de enfermeras corriendo arriba y abajo. Nunca le ha gustado hablar de asuntos privados cuando cree que la pueden escuchar. Así que en lugar de llamar escribe un mensaje.

Harriet: Acabo de estar en el hospital con papá para
comprobar su memoria a corto plazo. Me parece que está
desorientado. Es muy duro. Me temo que esto puede ser serio. El
médico es bueno y aún tienen que hacerle un montón de pruebas.
¿Me puedes llamar?

Lo envía y confía en recibir pronto una respuesta.

El garaje de la policía y el espacio para los objetos incautados están en el edificio de hormigón gris que hay delante de la comisaría. Aunque sea un trabajo de mierda se siente liberada al poder esconderse ahí. Harriet no tiene fuerzas para hablar con nadie en estos momentos, y una tarea mecánica que no requiere demasiado esfuerzo mental es justo lo que necesita para desconectar.

Aun así, se descubre a sí misma completamente paralizada nada más entrar en el garaje, con la mirada clavada en la sucia pared. ¿Cómo va a soportar este tiempo de espera hasta tener una respuesta? ¿De verdad lo quiere saber?

Se limpia las mejillas con la manga del jersey, se suena la nariz y enciende las luces. Los tubos fluorescentes del techo parpadean varias veces antes de

encenderse. Al menos su conciencia está más tranquila ahora que vuelve a estar en el trabajo.

El garaje huele a gasolina y a aceite de motor, y se marea cuando el olor le golpea la nariz. Le recuerda al establo en el que encontraron a Laura.

El Mazda es rojo granate y el óxido crece como la mala hierba en los laterales. Harriet tiene la sensación de que, si cierra la puerta demasiado fuerte, el coche se desmontará. Se pone los guantes y abre el maletero. Lena le ha dado una «mierda para pruebas».

La recepcionista se ha exaltado cuando Harriet le ha preguntado por las máquinas de etiquetado. Con la coleta del pelo danzando y los pendientes de flamenco bailoteando, le ha soltado todo un discurso sobre los aparatos:

—En una máquina se engancha la cinta y a la otra le falta la letra R. Patrik y Göran se ponen de los nervios con eso. Imagínatelo. Siempre les sugiero que se cambien los nombres a Patjik y Göjan. Y Majgajeta y Jakel. —Y luego se ha echado a reír mientras se sonrojaba.

El maletero cruje cuando Harriet se acerca, y se abre casi sin tocarlo. La cerradura está rota. El asiento trasero se encuentra reclinado y todo el espacio está recubierto de porquería. Cuchillos, hachas, tenazas, cizallas y una palanca de hierro. En un rincón hay tres destornilladores y un taladro. Todo parece haber sido tirado de un lado a otro. Tal vez el desorden se deba al registro en el momento de confiscar el coche, o tal vez Tony simplemente tira ahí las cosas de cualquier manera. Harriet suspira y saca todas las herramientas y los cachivaches. Va con cuidado de no cortarse con ninguno de los cuchillos. La máquina de etiquetado es lenta y cuesta cambiar la letra con los guantes. «Me voy a volver loca si tengo que marcar toda esta mierda», piensa ella cuando la máquina chasquea por segunda vez y la letra R de la etiqueta negra se transforma en un gran borrón blanco ilegible. Casi puede comprender el mosqueo de «Patjik».

Al fondo del maletero hay un montón de trapos que parecen ropa vieja. Harriet los sacude. Unos guantes de plástico, móviles y un montón de viejos cartones de tarjetas SIM caen al suelo con un estruendo que resuena en todo el

garaje. Intenta rascarse el pelo, pero es desagradable con los guantes de plástico puestos.

¿Tiene que introducir en el registro también las cosas que parecen trapos viejos y basura? ¿Dónde pone el límite? Margareta le va a llamar la atención haga lo que haga. Levanta el montón de ropa. Siempre hay cosas en los bolsillos, está segura. En el bolsillo del pecho de lo que semeja una camisa de franela talla XXL hay un paquete de papel de aluminio y tres bolsitas con cierre del tamaño de un sello. Harriet los pone sobre la palanca mientras sacude unos tejanos sucios que huelen a orina. Una bolsa de plástico con pastillas blancas cae al suelo. Harriet vuelve a dejar los pantalones y abre con cuidado el paquete de aluminio. Algo que parece un trozo de azúcar marrón harinoso se desmenuza en sus manos. Hachís.

Las bolsitas del tamaño de un sello contienen un polvo blanco amarillento con un leve olor a flores, parecido a lacomo a vainilla. No es una experta en narcóticos, pero está bastante segura de que son anfetaminas.

Saca una última caja con chatarra y el espacio queda vacío. En el suelo del maletero hay un hueco con tapa para la rueda de repuesto. Harriet coge uno de los cuchillos que acaba de sacar para tirar del gancho de la tapa y poder abrirla. El hueco está oscuro. La rueda de repuesto ocupa casi todo el espacio, pero parece haber algo metido debajo del neumático. La rueda está torcida, por eso tiene que usar ambas manos para conseguir moverla. Las heridas de las manos por los cortes que se hizo con el contenedor aún le duelen.

Se pone la linterna en la boca y se sienta en el borde. La rueda pesa y le empieza a sudar la frente. Se coloque como se coloque, la postura es muy incómoda y le duele la espalda. El haz luminoso tiembla delante de ella, y mientras trabaja tiene que ir sorbiendo la saliva para que no ensucie el mango de la linterna. Logra sacar el neumático con un estirón.

Debajo hay un trapo escondido. Harriet lo estira para sacarlo. La tela se desprende con un rasguido y de pronto Harriet tiene en sus manos una vieja toalla repleta de manchas oscuras y secas. Se oye un gran impacto cuando algo cae al suelo. Se queda congelada al ver de qué se trata. En el suelo, muy cerca de

su pie, hay un cuchillo grande. El filo mide casi quince centímetros y está completamente cubierto de sangre seca.

Harriet entra sin aliento en la comisaría.

—¿¿Dónde está Margareta?! —le grita a Lena, en el mostrador.

La recepcionista aparta sorprendida la vista del ordenador y cierra con rapidez la imagen de una ristra de cartas con un fondo verde que hay en la pantalla.

—Han detenido a Tony y en estos momentos lo están interrogando. Se encuentran en la sala grande, en el tercer piso. Margareta quería grabarlo con cámara y sonido —responde Lena, y añade—: ¿Faltaba algo en el kit de registro de pruebas? He pedido más guantes, pero los del primer envío eran pequeños y de color rosa chillón, así que los devolví. Una locura.

Lena habla tan despacio que Harriet ya está camino del ascensor antes de que acabe la frase.

A través de la puerta de cristal de la sala de reuniones que hay al fondo se ve luz. Harriet va hacia allí y llama fuerte a la puerta. Margareta abre directamente.

—Sí, ¿qué pasa? —pregunta contemplando irritada a Harriet.

—He encontrado una cosa —Harriet baja la voz.

Quizá no deba decir qué es por si se oye por el quicio de la puerta.

—Espero que sea algo importante —responde Margareta.

—Es un 27.4 —consigue decir Harriet. Margareta debería entender qué significa si le especifica el artículo de la ley sobre material incautado.

—Göran, hacemos una pausa en el interrogatorio, pero Tony y tú os quedáis.

—Margareta cierra la puerta. Mira con seriedad a Harriet.

—He encontrado un cuchillo lleno de sangre. Estaba envuelto en un trapo en el coche, encajado debajo de la rueda de recambio. Creo que es el arma

homicida. —Harriet se da cuenta de que habla jadeando—. En estos momentos está en el garaje, en una bolsa de plástico. ¿Lo mando a Linköping?

—Bien, Harriet —contesta Margareta con énfasis—. Y yo que creía que hoy ya no volverías... Déjalo donde está. Quiero verlo. Vamos a terminar con Tony. Nos quiere hacer creer que no tiene ni idea de por qué está aquí y no explica por qué estaba a punto de irse del país. Cuando Göran le ha sacado el tema del comportamiento sádico sexual que aparece en su expediente, él lo ha negado todo. Sin embargo, ahora tenemos suficientes indicios para mantenerlo detenido por el asesinato de Laura. A lo mejor así canta un poco más.

—Necesitará un abogado.

—Sí, claro que sí. Harriet, te puedes ir a casa. Mañana nos vemos en mi despacho. Sustituirás a Göran en el interrogatorio.

Harriet asiente con la cabeza y vuelve al ascensor.

—Lo has hecho muy bien —le dice Margareta en alto antes de que las puertas se cierren.

Harriet se observa a sí misma en el espejo. Sus rizos castaños están desaliñados y nota la nuca y la espalda empapadas de sudor. Además, lleva el top manchado de aceite. Intenta apartarse el pelo que le cae sobre la cara soplándolo, pero se le ha pegado y tiene que utilizar el dorso de la mano. A pesar de tener los dedos pegajosos, logra mandarle un mensaje a Lisa.

Harriet: Creo que acabo de conseguir un punto. Harriet 1 - Bruja 0. Además, tengo un amigo. Lleva uniforme y compra regalos para su novia. Te encantaría.

Lisa responde.

Lisa: *Go, Harriet. Go.* Le he destrozado un jersey con las tijeras a mi H. Me he enfadado. También debería comprarme regalos.

Harriet se echa a reír. Ser el novio de Lisa tiene que ser la peor pesadilla del mundo.

Siente el sabor a tabaco en la boca durante el viaje en coche hasta su casa en Lerviken. El tipo de la pizzería ha salido y le ha hecho compañía al terminar la jornada de trabajo: se han fumado un pitillo en el patio de atrás.

El cielo vuelve a estar despejado y el sol brilla sobre el estrecho, aunque no esté tan alto como en mitad del verano. Los barcos de vela pasan por delante empujados por el viento del sur. Eugen e Yvonne están en el jardín de ella tomando café. El césped se ve bien cuidado y las anémonas de otoño se balancean en los parterres. En la casa de obra vista de Yvonne se está igual de bien que siempre.

—Harry, pequeña, qué alegría verte —la saluda mientras se levanta y le ofrece una silla. En la mesa ya hay una taza de más preparada para Harriet.

—Esperaba que llegaras a tiempo para el café de la tarde —dice Yvonne.

Lleva puesto un vestido rojo, botas de agua y unas gafas grandes de sol. El pelo se lo ha recogido con un moño.

—¡Has venido! —exclama Eugen sonriéndole. Parece que haya olvidado que hace unas pocas horas han estado juntos en el hospital.

—He removido la tierra del huerto —le dice Yvonne cuando Harriet abre la verja.

—Qué bonito.

—Que sepas que hoy ha habido mucho que hacer. Hay periodistas por todas partes. Hemos hablado del tema todo el día, todos los del pueblo, y ahora ya no puedo más —dice quitándose el sombrero para servir el café en la taza vacía que hay delante de Harriet.

«Cuando Yvonne no puede ni hablar, la cosa es seria», piensa Harriet.

—He comprado un roscón de vainilla, probadlo —dice acercándoles la bandeja.

Eugen se ve obligado a coger un trozo. «Bueno, por lo menos come algo», se dice Harriet.

—Hoy se ha vivido un buen drama por aquí. La policía ha cercado la pequeña cabaña que alquila Tony junto al agua. La señora Nyman estaba que no cabía dentro de sí. Incluso tienen a los periodistas en la terraza —dice Yvonne

subiéndose las gafas hasta la frente. Parece cansada y tiene los ojos hundidos y unas oscuras ojeras—. Está en boca de todos, aunque no debería. ¿Cómo va el trabajo policial? ¿Es Tony sospechoso de algo? —continúa mirando curiosa a Harriet.

Se nota mucho cuando a Yvonne le afectan las habladurías. Ella más que nadie, ya que se encarga de alquilar las cabañas de la orilla y de todo lo demás, debería saberlo todo sobre el registro domiciliario. Por otro lado, fue ella quien condujo a la policía hasta Tony.

—No lo sé. Hoy me he dedicado más que nada al trabajo administrativo — responde Harriet mirando a Eugen. Por lo visto, no le ha explicado a Yvonne que han estado en Lund—. ¿Trabajaba Tony en casa de Douglas Andersson? —Ella misma nota que alza un poco el tono de voz al hacerle la pregunta a Yvonne. No suena tan natural como pretendía.

—Sí, creo que Douglas lo contrató en alguna ocasión. Tenía que comprarle una caja fuerte. No me preguntes por qué. Tony estaba metido en un montón de jaleos. Creo que, sobre todo, les pedía dinero. Douglas tiene cabeza, pero Tony es uno de esos de los que es difícil apartarse —dice Yvonne bajándose de nuevo las gafas de sol.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Harriet.

—Hace unos años maltrató a una mujer. —Yvonne está seria y su voz cálida es ahora más grave—. Fue tremendo. Lo condenaron por ello. Desde entonces no es bienvenido en el pueblo. Sin embargo, volvió, y yo, que no sé decir que no, le alquilé la cabaña. —Se sube de nuevo las gafas de sol a la frente. Sus movimientos inquietos agobian a Harriet—. Si hay algo que me molesta es la gente que se aprovecha de los otros de esa manera. A mí me parece que hay que ser buenas personas con los demás, y los dioses saben bien que siempre le doy a la gente más de una oportunidad. Los tipos como Tony crean intranquilidad. Nadie quiere tenerlos cerca. Puede ocurrir cualquier cosa. No debería haberle alquilado la cabaña —continúa diciendo.

—A mí me parece tremendamente triste hablar así de Tony, pero está claro que sí que tenías que alquilarle la casa —replica Eugen—. Todos deberíamos haber hecho algo antes para ayudarlo.

Yvonne lo mira seria.

—Eugen, la verdad es que no entiendo lo que quieres decir.

—¿Conoces a Tony? —pregunta Harriet. Eugen nunca antes le ha dicho ni una palabra al respecto.

—Su madre me pidió ayuda en varias ocasiones cuando Tony era más joven y se había metido en líos. Sabía que yo era abogado y se sentía intranquila por su hijo y todas las barbaridades que hacía. A mí nunca me ha gustado mezclar la vida privada con la profesional, pero le di los nombres de algunas personas con las que se podía poner en contacto.

—Me parece injusto. Hicimos cuanto pudimos. Tú tenías lo tuyo en la universidad y con el divorcio, y además Paul y Harriet, que eran pequeños. Yo tenía lo mío, mi hijo, que también era un crío. Trabajaba mucho. No fue fácil poner en marcha un negocio. Vivía sola cuando abrí Saxess. Lo cierto es que una no puede cargar con todo. Nadie puede con todo. Uno hace lo que puede. Yo ni siquiera podía hacerme cargo de los míos —dice Yvonne—. ¿Quién iba a hacer algo? ¿Los Nyman? Ellos sólo se ocupan de sí mismos.

Harriet nota por su voz que está indignada. Yvonne siempre ha sido todo lo contrario a Eugen. Casi nunca la ha visto enfadada. Nunca como Eugen, que podía subirse por las paredes cuando Harriet y Paul cogían las flores del cerezo o tiraban trozos de queso desde el puente para dar de comer a las anguilas. A veces, Harriet soñaba con cómo sería vivir en casa de Yvonne.

Yvonne deja la taza con fuerza en el plato y se levanta.

—Sólo voy a buscar un jersey —dice, y desaparece dentro de la casa. Eugen espera hasta que no la ve.

—Esto de Tony le remueve la conciencia. Hoy también ha hablado de Niklas —continúa Eugen, y da un sorbo al café.

—¿Niklas? ¿Quién es? —pregunta Harriet.

—El amigo de Paul. ¿No lo recuerdas? Alto y rubio. Tony, Paul y él iban por ahí haciendo cosas de críos, y cuando Niklas estaba con ellos solía acabar en pelea. Eso siempre volvía loca a Yvonne. A mí me daba pena el chico, se notaba que nadie lo cuidaba. Podía ir vestido con jerséis de adulto con las mangas enrolladas, y siempre iba medio desaliñado.

Harriet intenta recordar. Había un grupo de críos que jugaban juntos en verano, pero no se acuerda de ningún Niklas. Tampoco es nadie del que haya hablado Paul. ¿O sí?

—Está bien que Paul y él continúen siendo amigos. Últimamente me lo encuentro bastante. Suele recordarme las travesuras que hacíais. Como cuando salvasteis al gato que se había caído en el foso de arcilla con una cuerda y una vieja cesta que robasteis de una de las casetas de los pescadores. O el visón que quiso comerse la pesca del día. —Parece que Eugen se encuentre muy lejos. Quizá la discusión sobre Tony le haya despertado viejos recuerdos que hacen que mezcle algo que él mismo vivió cuando era pequeño, porque Harriet no ha salvado nunca a ningún gato ni le ha dado pescado a un visón.

—No recuerdo a Niklas, y Paul no solía hablar de él —dice Harriet tocándose la tiritita de la mano.

—Niklas siempre me pregunta por Paul cuando lo veo. Creo que me dijo que intentarían verse mañana en Copenhague.

Harriet lo observa. Parece que haya perdido del todo el concepto del tiempo y el espacio.

—Papá, Paul está en Bali. Hace apenas unas horas que he hablado con él.

—A menudo íbamos a Copenhague a comprar cuando todo era más barato en Dinamarca. ¿Lo recuerdas? —Eugen no parece haber oído lo que le ha dicho Harriet. Vuelve a dejar la taza de café en el plato, que tintinea un poco por su movimiento tembloroso—. Ahora hace mucho tiempo que no voy. Hay una tienda a unos cientos de metros de Kongens Nytorv donde venden el mejor queso Danbo. Creo que se llama Ortmanns. Ha estado allí desde siempre. Aun cuando yo era un diligente estudiante solía...

—Nunca fuimos a Dinamarca cuando éramos pequeños. Nunca he estado en una tienda de quesos —replica Harriet.

Eugen mira hacia arriba y parece confuso.

—Por lo visto, estoy mezclando cosas —dice al final.

—Sí, eso creo —replica Harriet intentando disimular un suspiro. No sabe cómo gestionar la confusión de Eugen. Si le tiene que rectificar cuando empieza a mezclar cosas o simplemente no hacerle caso. Yvonne ya no le sigue la

corriente, pero a Harriet no le parece bien no decirle nada cuando se pierde de esa manera.

Un joven delgado con la mirada errante aparece de pronto tras la valla. Harriet lo reconoce enseguida. El muchacho se para cuando la ve.

—Hola. —Harriet se levanta de la silla del jardín.

El muchacho mira vigilante a su alrededor y da un paso atrás.

—Kenneth... No te vayas, sólo quiero hablar un momento contigo —dice Harriet acercándose con pasos tranquilos al chico.

Kenneth está al otro lado de la valla, pero se nota que no ha decidido del todo si quedarse o no. Cuando Harriet está a unos metros de él, ve lo flaco que está. Tiene las piernas como dos palos y la chaqueta negra contra el viento le cuelga como en una percha.

—Me llamo Harriet, soy investigadora. Trabajo con Margareta, a quien viste hace unos días —se explica Harriet—. ¿Sabes?, pensaba llamarte hoy. Hay algo que te quiero preguntar. Tú vas de vez en cuando a Sundgodset, ¿verdad? —continúa, y echa un vistazo hacia atrás.

Eugen parece estar sumido en sus pensamientos. El muchacho retrocede inseguro cuando ella se aproxima.

—¿Sueles ir allí? —pregunta Harriet avanzando un paso más.

—A veces, vivo cerca y t-t-tenían —tartamudea Kenneth, aunque se queda callado después.

—¿Tenían muchos tractores en el establo? —pregunta Harriet, y añade—: Te gustan los coches, ¿verdad?

Igual que no debería haber ido a ver a Lia sola, tampoco debería estar hablando con Kenneth con una valla de por medio, pero no puede hacer otra cosa. Tiene que aprovechar la ocasión.

Kenneth asiente con la cabeza.

—¿Has estado dentro del establo mirando los tractores? —continúa Harriet.

Kenneth niega con la cabeza.

—Tienen un gran tractor azul. A los dieciséis ya los puedes conducir —dice Harriet.

Parece que Kenneth esté pensando.

—N-n-no es azul. Es r-r-rojo —dice finalmente.

—¿Cómo lo sabes si no has estado dentro del establo? —pregunta Harriet—. ¿Lo has visto a través de la ventana?

Kenneth niega con la cabeza.

—No, yo no. Yo no la vi —dice con un hilo de voz.

Después se da la vuelta y echa a correr alejándose. Harriet se fija en la chaqueta negra que desaparece en el muelle y se siente desanimada. Creía que era el duro tono de Margareta durante el interrogatorio lo que había hecho que Kenneth no quisiera explicarlo todo, pero ahora parecía tener el mismo miedo. En cualquier caso, Harriet está convencida de que el chico vio algo en el establo.

—Ese muchacho... se pasea a menudo por aquí —dice Yvonne, que de pronto está justo detrás de Harriet.

Cenan tarde, cosa rara en Eugen. Ha preparado entrecots con patatas duquesa. La cena estaba buenísima, pero él apenas ha probado bocado. Se ha pasado todo el tiempo mirando por la ventana, claramente desalentado.

Hay muchas cosas que Harriet no ha sabido nunca. Por ejemplo, por qué su madre se llevó a Paul y a ella a Estocolmo y abandonó a Eugen, o por qué Eugen se quedó en Skåne. Nunca los fue a ver a Estocolmo. No fue a ver ni un solo partido cuando ella jugaba al fútbol; no estuvo allí cuando Paul ganó un premio en esgrima o cuando se emborrachó por primera vez. Su madre tuvo que ir a buscarlo al Maria Ungdom, una especie de hogar donde recogían a los jóvenes borrachos. Para Eugen, Paul es un hijo modélico. Eugen, sin embargo, no sabe que a veces se pasaba de la raya. Tampoco sabe que Harriet fumaba a escondidas ni conoce sus intentos malogrados de mantener una relación.

—Parece que hoy algo ha irritado a Yvonne —dice Harriet al final. Quiere romper el silencio.

—Tony es un tema sensible para Yvonne. Nunca he entendido por qué no le cae bien —responde Eugen—. Ella acostumbra a ser muy considerada.

—A veces nos cuidaba cuando éramos pequeños. Nunca pensé que lo tuviera tan difícil como madre soltera y empresaria.

—Yvonne viene de una familia humilde. Su infancia fue dura. Se las ha tenido que apañar ella sola, pero tiene mucho empuje. Abrió la peluquería y ha conseguido una buena vida, pero a su hermana no le fue tan bien —dice Eugen.

—¿Qué le ocurrió a su hermana? Sólo sé que está muerta.

—Tenían una relación extraña. Su hermana Cathrine era drogadicta y tuvo una vida difícil. Yvonne no pudo mantener el contacto con ella.

«Pobre Yvonne», piensa Harriet. No tenía ni idea.

—Eso la entristece mucho.

Cuando dice aquello, Harriet recuerda algo.

—Papá, antes has dicho que Paul y Tony se conocían. Lo que yo recuerdo es que le teníamos un poco de miedo a Tony.

—Tony es algo mayor que Paul, pero recuerdo que jugaban los tres juntos. ¿No estabas tú con ellos, Harriet? ¿O fue durante tu período de los bichos? — Una sonrisa se asoma en los labios de Eugen—. Coleccionabas caracoles y arañas por todo el trastero. No hubo ni un solo bicho que no analizáramos.

Por el contrario, eso sí que lo recuerda Harriet. Eugen tenía un enorme libro donde ella, fascinada, buscaba el nombre de los insectos, y las páginas dedicadas a los saltamontes estaban casi rasgadas antes de que le dejaran de interesar.

—Harriet, ¿has hablado con Paul? —pregunta Eugen mientras ponen juntos la mesa—. Yo lo he intentado, pero no contesta. Puede que tenga el teléfono estropeado.

Harriet se apoya en la encimera y saca el teléfono. El último mensaje a Paul lo envió desde el hospital y no ha contestado.

—Hablé con él hace un rato, pero ahora no sé dónde está —responde.

El jersey de la escuela sigue todavía presente en su mente. Si resulta que Paul se hacía un poco con Tony, quizá haya una explicación lógica a que estuviera en su casa, pero aun así es incómodo que esa pieza de ropa pueda involucrar a Paul. Aunque esté de viaje, es una desgracia que algo que sea suyo aparezca en un caso policial. La intranquiliza sólo pensarlo. Debería hablar con Lia.

«El sitio prohibido», había dicho cuando se vieron junto al foso. Tenía que haber un motivo para que Lia propusiera aquel lugar. Como si quisiera que Harriet lo conociera y lo recordara. Quizá debería ir allí otra vez.

Harriet lo piensa un momento. Elias le ha dicho que le podía pedir favores. Le da vueltas al teléfono en la mano. Pone Mobilix, la red danesa. No puede llamar, pero su mensaje tendría que llegarle.

Harriet: Ayer por la noche me vi con una mujer que sabía detalles del asesinato. Margareta dio prioridad al registro domiciliario, pero yo creo que puede tener información importante y sé dónde puede estar. Hay un foso de arcilla en la

arboleda,
a unos pocos kilómetros del puerto para invitados de Lerviken.
Creo que va por allí. ¿Lo podemos comprobar juntos? Aunque
sin decirle nada a Margareta.

Sólo pasan tres segundos hasta que llega la respuesta.

Elias: Cuéntame más.

Harriet sonrío. Sabía que iba a picar en el anzuelo con la propuesta.

Harriet: Sigue el camino, la arena blanca
que empieza donde el último fortín.
Te veo allí dentro de una hora.

Envía el mensaje, y ahora la respuesta de su compañero es un emoticono de un pulgar hacia arriba.

Harriet le envía un mensaje a Lisa.

Harriet: Hay que ver. Esta noche
tengo un encuentro secreto
con un hombre de uniforme.

Lisa responde.

Lisa: Bad, bad girl. Quiero un trabajo
como el tuyo.

—Papá, voy a salir un rato —dice Harriet en voz alta hacia la sala de estar, donde se encuentra Eugen.

Kato mira hacia arriba.

—Hoy no te llevo conmigo, *Kato* —añade.

El perro gimotea desilusionado mientras Harriet se pone la chaqueta y coge los cigarrillos que lleva en el bolso. Desde la sala de estar se oye la archiconocida sintonía de las noticias de la televisión.

El viento sopla desde el mar y le echa el pelo hacia la cara. Se ciñe la chaqueta. No es tarde, pero el muelle está misteriosamente desierto y el ruido de los cabos que pegan contra los mástiles de los barcos con el aire suena metálico

y hueco. Pasa por el camino que lleva hacia Henrikehill y continúa a lo largo de la playa.

No ve ningún coche aparcado donde acaba el camino, pero Elias le ha escrito cuando ella salía de casa.

Elias: Llego dentro de cuarenta y cinco minutos. Mi novia cree que tengo un lío, así que te vas a enterar si resulta que no es nada.

Si no hubiera enviado enseguida los emoticonos de la cara sonriendo y guiñando un ojo después, Harriet se habría arrepentido. Sin embargo, se siente impaciente. La arena que le salpica los tobillos desnudos está húmeda y las luces de los barcos brillan en el estrecho. Huele a mar.

Cuando llega a los prados después del fortín, que es el punto más alejado del pueblo, enciende un cigarrillo. Desde allí hay un sendero de arena hasta el foso. Hace veinticuatro horas que ha estado en aquel lugar. Entonces, como ahora, la luna iluminaba la tierra, y puede ver bien dónde pone los pies. La vegetación de los lados parece querer meterse en el camino y las cañas le azotan las piernas allí por donde pasa. Unos metros más allá ve el claro y el esqueleto del árbol. Donde el claro se amplía hay luz. Harriet resopla un poco con el viento.

—Chist —susurra alguien—. Joder, ¿estás fumando? —Elias aparece entre los árboles.

—Sí, ya lo sé —dice Harriet avergonzada, mirando el cigarrillo—. Es una tontería de cojones. Voy a dejarlo cuando acabe el paquete.

—Tranquila, estaba bromeando —explica él—. Acabo de llegar. He aparcado junto a la carretera nacional, allí arriba, así que he tenido que atravesar el sembrado. El GPS me ha indicado mal. El foso de arcilla está marcado en el mapa, pero no dice nada de lo embarrado que está esto —explica enseñando las perneras de sus pantalones, que están oscuras de barro en la parte inferior.

—Mala suerte —susurra Harriet aclarándose la voz. Será mejor ser sincera con Elias—. Tengo que contarte una cosa que no te he dicho antes. Esa mujer me dijo que sabía quién lo había hecho. Sabía que Laura tenía cinta americana en la

cara. Se puso en contacto conmigo y nos reunimos aquí ayer por la noche. Por lo visto, suele venir por aquí, pero no me preguntes qué es lo que hace.

Elias le sonríe con sus ojos de color miel.

—Ya s e lo que hace aqu ı —responde  el—. Espera a alguien.  Lo ves? — señala el suelo y Harriet se inclina hacia abajo. El terreno es irregular y est  revuelto, y hay colillas por todas partes.

—Mira, las huellas de la arena de aqu ı... —susurra Elias.

A juzgar por las marcas en la arena, parece que hubieran arrastrado a alguien hasta el borde del foso.

Elias da un paso y se acerca al precipicio.

—Ve con cuidado. Tiene varios cientos de metros de profundidad y las paredes son como de arenas movedizas. Si te caes, te matas —le advierte Harriet.

 El sonríe y la mira divertido.

—Cuando era pequeña no nos dejaban venir aqu ı. Eso es lo que nos decían —continúa.

—De acuerdo, y donde yo crec ı era peligroso salir a la calle —responde  el, y Harriet se calla. Se siente tonta.

Elias da otro paso y se inclina hacia delante. Harriet lo coge de la chaqueta negra. Elias reacciona volviéndose con brusquedad hacia ella, y Harriet lo suelta de golpe.

—Ay, perdona —le dice, pero  el la interrumpe al tirarla hacia atrás. Casi pierde el equilibrio—.  Qu  haces?  No tiene ninguna! gracia —le grita haciendo aspavientos. Con el movimiento se desliza un poco de arena, que cae al abismo. Los granos suenan como una lluvia de latigazos cuando llegan al agua y las ondas brillan bajo la fría luz de la luna.

—Tenemos que pedir refuerzos —responde Elias.

Jueves, 31 de agosto de 2017

Las luces de las linternas de la policía deslumbran a Harriet cuando iluminan el fondo del foso de arcilla, aunque ella ya sabe qué hay allí. Elias ha señalado algo que flotaba en medio de la brillante superficie. Se ha quedado de piedra al darse cuenta de que era el cuerpo de una persona y no ha recuperado su capacidad de reacción hasta oír las sirenas en la lejanía. Los vehículos de la policía no pueden llegar hasta allí, y han tardado bastante en alcanzar la zona.

¿Cómo es posible que pase algo así en Lerviken? El pueblo, que siempre había representado la paz y la seguridad, ha cambiado. Ya nada volverá a ser igual.

Ya no ve a Elias; ha desaparecido entre el resto de los compañeros. Los policías uniformados que tiene delante hablan con una voz que sería perfecta para leer cuentos antes de dormir. Harriet se arropa con la manta de color naranja que le ha dado el personal sanitario. No porque tenga frío, sino porque la hace sentirse segura. No le gusta estar inactiva, lo que empeora el hecho de que un agente de policía le hable como si fuera una niña.

—Yo también trabajo como inspectora, así que sé de qué va esto —responde tranquila—. Tengo que ir a buscar otro bloc —dice mostrando su libreta de notas completamente llena a otro policía cuando se oye el sonido de un motor.

Harriet se mira las zapatillas de deporte llenas de arena. Crepitan contra la gravilla del suelo cuando las piernas se le mueven de forma involuntaria. El sonido del motor aumenta y, cuando se hace insoportable, aparece una fuerte luz en el claro. Hay un helicóptero a tan sólo quince metros de distancia. La hierba del suelo se inclina con el aire y las personas situadas junto al foso parece que luchan por mantenerse en equilibrio. La manta que todavía lleva sobre los

hombros se va volando. La gente se aproxima al borde y le tapan la vista, de manera que Harriet no ve lo que ocurre en el foso.

—¿Puedo pasar? —pregunta acercándose.

Un hombre con ropa verde se lo impide; parece que esté llamando a alguien. Entonces ve la camilla. La cuerda tensa que nace de la parte inferior del helicóptero se mueve y un paquete hecho con el cuerpo atado de una persona aparece por encima del grupo de gente que está mirando. Se alzan las voces y las gotas de agua de la camilla salen disparadas por el aire. Harriet se aparta el pelo de los ojos. La persona está tumbada de lado, y su ropa negra y mojada brilla ceñida a un cuerpo delgado y largo. Cuando pasa bajo el haz de luz de los focos, Harriet siente un escalofrío.

La persona que está tumbada en la camilla es Kenneth Jönsson.

Cuando la ambulancia se marcha y Lennart y los demás técnicos se presentan en el lugar, ellos pueden retirarse.

—¿Te vienes en mi coche? Te puedo llevar a casa —se ofrece Elias. Parece tranquilo y amable, y sería agradable hablar un poco antes de separarse.

—Sé que está muerto —dice Harriet cuando han salido al sembrado. El suelo es irregular y se hace difícil andar con el barro pegado en la suela de las zapatillas de deporte.

—Seguro que esperan hasta llegar al hospital para declararlo muerto —responde Elias—. ¡Joder! Era uno de nuestros testigos. La Mosca nos pidió que lo lleváramos a declarar otra vez, pero era tarde y pensamos que podía aguardar.

—Hablé con él en el pueblo, en Lerviken, hace apenas unas horas —repite ella—. No sólo era un testigo más, era nuestro testigo ocular —añade—. Y ahora está muerto. —Mientras pronuncia las palabras, se da cuenta de que eso significa que alguien tenía miedo de que Kenneth contara lo que había visto. Y no ha sido Tony, porque está detenido.

—¡Joder! —repite Elias.

—Su muerte tiene que estar relacionada con lo que vio en el granero. Y Tony no ha tenido la posibilidad de asesinar a Kenneth —dice Harriet en voz baja,

pero acelera el paso. Elias es rápido y siempre va medio metro por delante de ella.

—Bueno, ¿qué le decimos a la Mosca?

—Ya hablaré yo con ella. He sido yo la que te ha traído aquí.

Elias se vuelve.

—Corres el riesgo de que se enfade por no habérselo dicho a ella y por haber venido por iniciativa propia. Lo puedo hacer yo.

—Lo entiendo, pero, de todas maneras, esta vez estaba presente un policía de verdad. Así que ¿de qué se puede quejar? Vamos en la misma dirección.

Pero Harriet sabe que Margareta encontrará algo de que quejarse. Al menos eso ya lo ha aprendido de su nueva jefa.

—Dile exactamente lo que ha pasado cuando hables con ella. Nunca es buena idea mentirle a Margareta —añade él.

Harriet lo observa. Lo ve seguro de sí mismo.

—¿Qué puede ocurrir? —continúa él—. Díselo todo.

—No sé. Es incomprendible. ¿Por qué no pide refuerzos al Departamento Nacional? El asesinato de Laura parece una ejecución. Douglas sigue sedado, inconsciente desde que lo encontramos, y ahora tenemos un testigo muerto. Un adolescente. Tendríamos que dedicar todos los recursos disponibles para resolver este crimen, pero sólo somos cinco personas...

—¿No sabes lo de Blekinge? —Elias la interrumpe. Parece sinceramente sorprendido.

—¿Blekinge?

—Puede que haga diez años o así. La policía había hecho un seguimiento durante meses. Una cantidad enorme de cocaína. Estaba todo listo, pero el día de la operación algo salió mal. Alguien cantó. La operación acabó siendo un caos; un empleado fue abatido y al equipo policial lo acusaron de utilizar métodos prohibidos para provocar y así obtener pruebas. Margareta era la responsable de la operación. Los medios se ensañaron con ella, que entonces tenía otro apellido. Después pidió el traslado. No quiere que nadie interfiera cuando sabe que la tienen en el punto de mira. A la mínima falta, la echan.

Harriet acelera el paso.

—Ya he notado que le cuesta confiar en los demás, pero creía que era sólo conmigo. Porque soy joven e inexperta y no tengo la formación necesaria —dice.

Esta vez es Elias quien tiene que acelerar el paso para alcanzarla.

—Es una tía insoportable, pero no es tonta. Tarda un poco en confiar en la gente.

Harriet se echa a reír. ¿Acaba de llamarla insoportable?

—¿Entiendes lo que quiero decir? —continúa sonriendo como un niño y Harriet ve que sus dientes delanteros están un poco torcidos.

—No, la verdad es que no —le dice Harriet en broma.

Después se pone seria. Elias la confunde. Es guapo y siempre lleva el pelo castaño bien peinado y la barba arreglada, también oscura y espesa. Lo considera amable, listo y con integridad. Es el único del grupo al que Göran parece tenerle respeto, porque sabe hacerle frente a Margareta de una manera que hace que ella no sienta que es un ataque personal. Tiene la misma edad que Harriet, pero su porte lo hace parecer mayor.

—¿Eres de aquí? —le pregunta.

—No. Me crie en Malmö. Rosengård —responde él.

Harriet nota que lo está mirando un poco demasiado.

—Supe que quería ser policía a los ocho años —añade, como si Harriet le hubiera preguntado por la elección de su profesión—. Me admitieron al primer intento. Bordé todas las pruebas.

—Muy bien —contesta Harriet. Está a punto de elogiarlo por cómo destaca en el grupo, pero le parece una tontería, ya que apenas hace unos días que se conocen. Tampoco parece que él necesite halagos.

—Sólo para que lo sepas: en verdad me importa una mierda —dice él al final.

Se queda parada. ¿Importarle el qué? ¿El sueño que tenía de pequeño? ¿Que era el mejor de la clase?

Elias por fin sonrío.

—Que no seas policía, quiero decir. Me importa una mierda. No pienso como la Mosca. Sólo quería que lo supieras. —Después se pone serio—. Aunque la situación no sea la más favorable, resolveremos el caso.

Lo dice para dar ánimos, lo cual resulta liberador.

Han salido a la carretera. Harriet se queda parada un momento en la cima antes de entrar en el Toyota rojo de Elias.

—¿Me dejas en Lerviken? —pregunta Harriet cerrando el coche de un portazo.

—Claro que sí. Es el coche de mi novia, así que cuidado con la puerta —dice incorporándose a la calzada.

En cuanto ve desaparecer las luces traseras tras el pequeño puerto de invitados, saca el móvil. Son casi las tres de la mañana. No quiere llamar a Margareta, pero por lo menos le tiene que escribir un mensaje. El texto parece incoherente; tiene los dedos un poco ateridos por el aire de la noche y es difícil dominarlos. El autocorrector cambia tres veces la palabra «espantoso» por «esperanza». En una situación normal, Harriet se habría reído de lo absurdo de la función, pero en esos momentos la irrita. Finalmente envía el texto. Si Margareta está despierta, la llamará. Suena un pling. Error al enviar el mensaje. Harriet suspira. No hay cobertura y parece que el móvil no alcanza ni la red danesa. El pueblo de pescadores está oscuro. También las ventanas de las casas alargadas están sin luz, pero cuando abre la puerta de casa *Kato* aparece para saludarla. Ladra y su cola choca contra la pared.

—Venga, vale. No despiertes a Eugen. —Harriet intenta tranquilizarlo, pero el pastor alemán está excitado y continúa ladrando—. Soy yo, papá —dice en voz alta Harriet hacia el piso de arriba, pero nadie contesta.

Enciende la lámpara del recibidor, y cuando va a coger una percha para colgar el abrigo en el armario ve que la chaqueta azul marino de Eugen no está en su sitio. También faltan los zapatos. Harriet se queda helada. ¿Eugen ha salido? ¿Habría oído el helicóptero? Deja de nuevo la puerta entreabierta. Hay luz en el piso superior de la casa de Yvonne. Eugen puede haber ido allí. Despacio, se vuelve a poner bien la chaqueta y alarga la mano para coger la correa del perro. *Kato* se agita encantado cuando le pasa el collar por la cabeza, sale fuera y cruza la parcela. El familiar chirrido de la puerta de la valla rompe el silencio cuando

la abre y entra en el jardín de Yvonne. *Kato* la adelanta y echa a correr hacia la puerta azul. Harriet llama con los nudillos y se oyen ruidos en el recibidor. La puerta tarda unos segundos en abrirse.

—Harry, pequeña —dice Yvonne sonriéndole. La expresión de su cara es dulce. Lleva puesto un camisón largo y blanco y, encima, un albornoz rojo de gruesa franela—. Eugen está aquí. Estamos en la cocina. Sabía que vendrías —continúa—. Me desperté por un ruido. Ahora lo hago a la mínima. ¿Ha ocurrido algo?

Harriet asiente. *Kato* gruñe intentando entrar por la puerta entreabierta.

—De acuerdo, que entre él también, aunque no me gustan mucho los perros —añade.

Harriet siente el aroma cálido y familiar, y la tranquilidad le invade todo el cuerpo.

—Eugen estaba fuera, confuso, y cuando vi que no estabas en casa lo traje aquí conmigo. Me preguntaba dónde estarías, pero Eugen no parecía intranquilo. Sea como fuere, ahora hagamos como si estuviera bien. Simplemente, no hablemos de ello, es lo que él quiere —añade Yvonne.

—Estaba trabajando —le cuenta Harriet entrando en el recibidor. Debería explicar lo que ha sucedido, lo sabrán pronto de todas formas, pero no tiene claro si está preparada para hacerlo.

Yvonne le da un abrazo y el albornoz se enreda con la correa de *Kato*, que empieza a ladrar.

—*Kato* está un poco excitado, no le quito la correa. Sólo vengo a buscar a mi padre —dice Harriet.

—Quédate un rato. Puedes dejarte los zapatos puestos, limpiaré mañana —se ríe Yvonne.

Eugen está sentado en la cocina. Mira sorprendido a Harriet cuando entra por la puerta. El perro se le echa encima para saludarlo.

—Quizá cambie de opinión respecto a *Kato* —dice Yvonne al mismo tiempo que pasa por encima de la correa. El perro ha comenzado a oler de forma febril el suelo.

Entrar en la casa de Yvonne es como estar con la manta cálida que antes el

policía le ha pasado por los hombros. Harriet se sienta a la mesa de la cocina de Yvonne de pino barnizado y ésta, sin preguntar, le sirve una taza de té. En la cocina huele a Earl Grey. La lámpara Tiffany, la correa que Yvonne ha puesto encima del armario sobre los fogones y los adornos de la pared crean el ambiente que Harriet necesita justo en estos momentos.

—Pruébalo —dice Yvonne, y le acerca a Harriet una bandeja con un roscón—. Es el mismo de antes y todavía está fresco.

Harriet estudia la bandeja de madera que aguanta Yvonne. Tiene los cantos tallados adornados con letras.

—Era de la casa de mi familia, la hizo mi padre. Era ebanista. Pone «La sangre es más espesa que el agua», pero apenas se puede leer —explica Yvonne.

Harriet coge un buen trozo. Después de tragar se arma de valor.

—Ha ocurrido algo terrible. Kenneth Jönsson ha sido hallado sin vida en el foso de arcilla. —No es preciso entrar en detalles, pero que lo han encontrado en el agua lo puede decir.

—Pero, ¡por favor...! —exclama Yvonne, y se queda parada junto a la mesa antes de dejar la bandeja con el dulce.

—Es verdad —continúa Harriet.

—¿Qué está sucediendo en nuestro pequeño pueblo? —Yvonne se hunde deprimida en una silla. Apoya la frente en una mano y su oscura melena le cae sobre la cara—. He pasado por muchas experiencias a lo largo de la vida, pero nunca creí que fuera a ver algo como esto —prosigue.

Parece triste y asustada a la vez. A *Kato* no le importa el ambiente que hay en la cocina y continúa rascando la puerta que va al piso de arriba. Da un ladrido.

—*Kato*, para ya. ¡Túmbate! —le grita Harriet. El perro gruñe, pero se tumba en el suelo.

—No parece Lerviken. —Eugen tiene aspecto de estar triste—. De verdad que me gustaría dar con Paul, quizá aún no sepa nada de lo que ha ocurrido. No hago más que llamarlo y no coge nunca el teléfono.

Harriet siente un escozor en el pecho. Eugen no suele llamarla, pero piensa en Paul para ponerse en contacto con él. Siempre ha sido así.

—Hablé con él ayer. Le conté lo del asesinato. Lo sabe —explica Harriet.

—Mmm, sí. Que Paul disfrute de sus vacaciones con la familia. Aunque una cosa es segura: esto nunca volverá a ser como antes —dice Yvonne.

Harriet les habla del helicóptero que se llevó el cuerpo, e Yvonne hace cien preguntas sobre qué hacía Harriet en el foso de arcilla. Tiene que contar una y otra vez que tiene que ver con su trabajo y que no puede hablar de ello. Un rato después, *Kato*, que no se ha tranquilizado en ningún momento, vuelve a ladrar.

—Tenemos que irnos a casa. Mañana trabajo —dice Harriet, y se levanta de la mesa.

Ha amanecido y las palomas torcaces arrullan cuando Harriet y Eugen regresan a su casa. Harriet se da la vuelta y observa el pueblecito de pescadores que está despertándose. Empieza un fatigoso día.

El Saab hace un clic suave cuando Harriet apaga el contacto. Lo ha aparcado de nuevo en el patio trasero de la pizzería. Parece que va a ser un día caluroso de finales de verano. Le da tiempo de bajar del coche cuando el hombre del delantal blanco sale a mirar y la saluda agitando un paquete de cigarrillos.

—¡Hoy tengo prisa! —grita Harriet separando las manos.

El hombre se ríe.

—De acuerdo, señorita. Vuelve a la hora de comer —le dice encendiendo el cigarrillo.

—Quizá —responde ella.

—En mi casa tienes descuento. Tus amigos de camisa azul también —añade echando una gran bocanada de humo.

—Genial.

Harriet se despide con la mano y echa a correr a través del patio hacia la comisaría. Cuando se ve reflejada en el cristal de la puerta de entrada, se pregunta cómo puede saber él que trabaja en la policía. No tiene el aspecto de la típica agente, con el vestido rojo de algodón que se ha puesto y las zapatillas blancas de deporte. El pelo lo lleva recogido en una coleta. Eugen no tenía suavizante y cuando se ha pasado el cepillo por sus rizos castaños se ha dado cuenta de lo secos y enredados que estaban. Deberá acordarse de comprar un bote antes de volver a casa. No le da tiempo de saludar a Lena en la recepción, pues la presentación hace ya cinco minutos que ha empezado. El mensaje que intentó enviar durante la noche ha salido cuando el coche ha pasado por la cuesta y ha vuelto a tener cobertura. Demasiado tarde.

Margareta sale del comedor con una taza de café en la mano y se topa con ella en el pasillo.

—Me alegro de que hayas venido, Harriet. Acabo de ver tu mensaje. Elias llamó por la noche y también hemos recibido un informe de la patrulla que estaba en el lugar —dice dando un sorbo y sin hacer una mueca.

Sea lo que sea lo que le ha dicho Elias, todo apunta a que le ha dado a Margareta una buena explicación de lo que estaban haciendo en el foso de arcilla ayer por la noche. Además, ha llegado al despacho a primera hora. No entiende cómo le ha dado tiempo de todo. Cuando Harriet se sienta en la silla, la cabeza le da vueltas por el cansancio.

—Kenneth Jönsson fue declarado muerto en cuanto entraron en el hospital. El médico llamará a lo largo del día.

Harriet se hunde en la silla. Ni ella misma puede entender que tuviera una mínima esperanza de que el chico siguiera con vida.

—Como tu superior, Harriet, tengo que recordarte que puedes cogerte la mañana libre para descansar si ocurren cosas así, aunque nunca impediré que alguien quiera trabajar. No es mi estilo. —Margareta, tensa, intenta sonreír.

Luego se dirigen en silencio a la sala de reuniones. Rakel y Elias ya están allí. No hay ni una sola huella de cansancio en los ojos de Elias. Lleva la camisa gris planchada. Patrik aparece un minuto más tarde, tras Harriet y Margareta. A Göran no lo ve.

—Bonito vestido —aprecia Elias cuando Harriet entra.

—Gracias —responde ella arreglándose el pelo.

—Kenneth Jönsson, al que interrogamos con anterioridad respecto al caso, ha sido encontrado muerto en el foso de arcilla, a un kilómetro al sur de Lerviken. El cuerpo se ha trasladado en helicóptero hasta Lund, donde esta mañana se ha declarado oficialmente su muerte. Tenemos motivos para creer que Kenneth ya estaba muerto antes de acabar en el agua. Los técnicos están allí en este momento. Es el grupo de Lennart, que también se hará cargo de este trabajo, y a lo largo del día llamará al forense. Harriet, que estaba presente cuando se halló el cuerpo, se pondrá en contacto con los técnicos —explica Margareta, y hace otra anotación en la pizarra, que ya está bastante llena.

—¡Joder! ¿No es al que habíais interrogado? —exclama Patrik—. ¿Aquel chico un poco tarado al que grabaste?

Margareta asiente y dice:

—Menos mal que el interrogatorio está grabado.

—Creo que vio algo que, por algún motivo, no quería contarle a la policía — opina Harriet.

—No es seguro que a Kenneth lo hayan asesinado, pero tenemos que reconstruir su último día en vida. ¿Por qué iba deambulando por la finca? ¿Qué hacía en el foso de arcilla? No quiero conjeturas respecto al motivo hasta que sepamos cuál es. —Margareta habla deprisa y con firmeza.

—Rakel y Elias, vosotros os concentraréis en lo que hizo desde el viernes hasta que murió. Id a su casa y hablad con la familia. Si no os dejan registrar sus pertenencias, llamáis y hablaré con Konrad.

Harriet mira de reojo a Elias, quien asiente discretamente con la cabeza.

—Patrik, continúa con el puerta a puerta en Lerviken. Vete al bar del puerto y habla con los vecinos.

—¿Qué tal está Douglas Andersson? ¿Nada nuevo? —pregunta Elias.

—No presenta cambios, pero está estable. Hemos decidido que ya no necesita vigilancia. No tenemos recursos para eso —se queja Margareta, y se vuelve hacia Harriet—. ¿Has conseguido algo del móvil que encontramos en casa de los Andersson?

—Todavía no me ha dado tiempo.

—De acuerdo, en ese caso, que lo haga Göran.

—No, ya lo hago yo, no hay problema —responde rápida Harriet.

—Había pensado que tú y yo podíamos continuar el interrogatorio con Tony. Está arrestado. Konrad lo autorizó después de que descubrieras el cuchillo en el coche. No hemos hablado más con él.

Un fuerte carraspeo desde la puerta interrumpe a Margareta.

—¿No será mejor que todos acabemos con lo que tenemos entre manos? No me apetece mucho hacerme cargo de algo que otro ya ha empezado. Si Harriet está fuera por asuntos privados y toma sus propias iniciativas fuera del trabajo, no me parece justo que me afecte a mí —dice Göran sentándose en una silla libre frente a Margareta.

«Tiene que haber estado en el quicio de la puerta desde hace un rato, como un

vampiro oyendo la conversación», piensa Harriet, que se vuelve hacia Göran, pero él no la mira cuando habla.

—Estuve en el médico, y acabo de decir que me gustaría proseguir con el seguimiento del teléfono. No hace falta que lo hagas tú —responde esforzándose para no parecer irritada.

—No, prefiero hacerme cargo del interrogatorio —continúa Göran—. Opino que una persona con experiencia es más adecuada para esa tarea.

—Tú haces lo que te he dicho que hagas. Y cuando estés listo, te ocuparás de la gente y de los familiares cuando llamen —responde Margareta—. Porque hoy llamarán.

Harriet no puede esconder su sorpresa. ¿Margareta se ha puesto a su favor? ¿Quería ver si Harriet se dejaba provocar?

—Gracias por dejarme a las abuelas despistadas que llaman porque sospechan del cartero o los parientes en estado de shock que no entienden que hacemos lo que podemos —replica Göran. Parece enojado. Después se vuelve hacia Harriet—. Si tienes el seguimiento del teléfono de Laura en un archivo, mándamelo.

—Claro que sí. Lo hago enseguida —murmura como respuesta.

—¿Tony tiene antecedentes? —pregunta Patrik mirando a Harriet.

—Unos cuantos. El último data de 2012, cuando fue juzgado por maltratar a una mujer. Pero ese tipo de maleantes tiene la tendencia de no envejecer con dignidad, precisamente, así que le hemos hecho una nueva *mugshot* —responde Margareta.

Una amplia sonrisa aparece en los labios de Patrik.

—La Mosca ha dicho *mugshot* —le susurra muy bajo a Harriet—. A lo mejor se va a trabajar a Estados Unidos.

—Ayer también tomamos pruebas de sangre y de orina, y Margareta habló con el forense. Necesitamos un examen médico de Tony. Me sorprendería muchísimo si su ADN no estuviera en nuestros archivos —dice Göran.

—He pedido a los de Arrestos que suban a Tony a las nueve. Harriet, nos vamos de inmediato —ordena Margareta. Deja el bolígrafo y se dirige hacia la puerta—. Haremos un interrogatorio cuidadoso. Es la segunda vez que lo

interrogamos sin abogado, pero tenemos que poner en la balanza el tiempo que ganamos y el valor de su declaración como prueba.

Harriet se levanta y la sigue. En cuanto sale de la sala, Göran toma la palabra. Harriet puede oír alto y claro lo que dice.

—He comprobado el acta. Ha hecho una transcripción del interrogatorio que da pena. Si Margareta no lo hubiera grabado, no tendríamos casi nada. ¿No se espera un poco más de la gente que ha ido a la universidad? A mí me parece que si va a estar aquí trabajando todo el día, por lo menos que sepa transcribir un interrogatorio. Sabéis cuánto gana, ¿no?

Harriet ahoga un suspiro, saca el móvil y envía el email con el archivo a Göran. Cuando está segura de que Margareta no se da cuenta, aprovecha para enviarle un mensaje a Lisa.

Harriet: Tengo un compañero que lamentablemente es un
mierda
de pura raza. ¿Tú qué tal estás?

Se paran unos metros antes de la puerta de la sala de interrogatorios. Los calabozos y las salas se encuentran en un estrecho pasillo en la planta baja. Las paredes están cubiertas con un empapelado verdoso y hay manchas secas de café en el suelo de linóleo.

Bajo el Palacio de Justicia de Estocolmo hay un pasillo que empieza en los calabozos y lo llaman la calle de los Suspiros. Por allí pasan los detenidos para las diligencias. Harriet piensa que ahora aquí hay el mismo ambiente. Malestar, abatimiento y ansiedad. Los calabozos no tienen ventanas, y la única fuente de luz que atestigua que hay un mundo exterior son los ventanucos alargados y estrechos que hay en el techo del pasillo.

En el aire se nota un débil olor a vómito, y Harriet tiene que ponerse la mano en la boca para frenar las náuseas.

—La noche pasada trajeron a un borracho. Ha vomitado por todo el calabozo —dice Margareta secamente.

A Harriet le parece oír que alguien da golpes en la pared.

—El Departamento de Arrestos sirve para gestionar el hotel para los sin techo que necesitan dormir la mona; es para lo que más usan los calabozos, por si no lo sabías. Cuando uno es policía de a pie aprende a gestionar los follones. Todo tipo de gente, la verdad —añade.

—Como asistente social también me las he visto con personas vulnerables — responde Harriet.

Se arrepiente de inmediato cuando ve una fría sonrisa expandirse en los labios secos de Margareta. Defenderse es marcar un gol en propia puerta. Debería haberse callado.

Ante un interrogatorio, la imagen del detenido que se dirige a la sala es igual de importante que la posterior conversación. La postura corporal revela mucho sobre el ánimo de la persona. A pesar de ello, Margareta se mete con rapidez en la sala de interrogatorios.

—Me quedo aquí un segundo, hasta que se me haya pasado el malestar —le dice Harriet sin entrar.

El móvil vibra. Es un mensaje de Lisa.

Lisa: Ignóralo. Los hombres son horribles en lo del «juego silencioso». No hacerles caso les sienta fatal. Estoy de muy mal humor.

Harriet sonrío.

Harriet: ¿Cómo lo sabes? Ah, vaya.
¿Ha ocurrido algo?

La respuesta de Lisa llega de inmediato.

Lisa: Ayer leí a escondidas sus mensajes. Ha recibido uno de alguien que no sé quién es. Sólo pone «llámame». Sospecho que es otra chica, porque ha borrado todo lo demás. Va a pagar con dos días de silencio.

Harriet sonrío, pero enseguida se pone seria cuando la puerta blanca del fondo del pasillo se abre con un clic y aparece Tony, con dos policías uniformados. Lo arrastran entre ellos como si fuera un saco. Es un hombre grande, debe de pesar más de cien kilos. Lleva mal abrochada la camisa, y la barriga le sobresale por

encima de los vaqueros. ¿Por qué no han cogido su ropa como prueba cuando lo detuvieron? Podrían quedar restos importantes. Tony anda con la cabeza agachada y los policías lo llevan bien cogido por debajo de las axilas. Si la persona que mató a Laura no siente ningún tipo de ansiedad, su postura corporal debería ser otra. Un asesino que no considera que ha hecho mal alguno anda con la espalda recta, y la habría mirado a los ojos. Tony desaparece en la sala de interrogatorios dejando tras de sí una estela de sudor viejo.

Harriet se arregla el vestido, endereza la espalda y entra en la sala.

—Esperamos aquí fuera —dice uno de los policías antes de abandonar el habitáculo.

—Gracias —responde Margareta.

La sala es blanca y las paredes están desnudas, a excepción de un cuadro que representa el ayuntamiento de la plaza mayor.

—Siéntate bien —le ordena Margareta a Tony, que parece que vaya a caerse sobre la mesa. Harriet se instala en una silla enfrente, junto a Margareta—. Tony, estás detenido por el asesinato de Laura Andersson y la agresión grave o intento de asesinato de Douglas Andersson. Creemos que los crímenes se llevaron a cabo la noche del sábado. ¿Quieres empezar por contarnos qué hiciste esa noche?

Tony no responde.

—No es necesario que hables, pero sería bastante interesante para ti si explicaras lo que pasó. También te iría bien si tuvieras un representante. Te hemos pedido un abogado.

Todavía sin respuesta.

—¿Vives en la calle Lerviksstranden, 28? En el registro domiciliario de tu casa hemos encontrado un jersey y un par de pantalones. Un testigo ha visto trepar a través de la ventana de las víctimas a una persona con esos pantalones.

—No soy yo —responde Tony irguiéndose de pronto—. ¿Quién ha dicho eso?

—¿Podrías explicar cómo es que encontramos un par de pantalones ensangrentados en tu casa?

—No lo sé. Lo juro. Pueden ser míos, pero, joder, yo no los he manchado de sangre. —Tony se pone a tamborilear en el muslo con una mano—. Siempre hay

gente en mi casa. Cualquiera puede haberlos dejado allí.

—¿Cuánto tiempo hace que vendes drogas? —pregunta Harriet. Piensa en lo que encontró en el coche.

—Oye, no, es para consumo propio —dice sonriendo—. Yo no vendo.

—Pero hacías negocios con los Andersson.

Tony parece sorprendido.

—No, precisamente.

—¿Les vendiste una caja fuerte? —continúa Harriet.

—Fue sólo una vez.

—¿Por qué?

—Trabajaba de vez en cuando en la finca. Repintando el granero y cosas así. Douglas pagaba bien. Fue Douglas quien empezó a hablar de la caja fuerte. Tiene un montón de cosas de valor, y de mayor se ha vuelto un poco paranoico. Es un viejo coleccionista que necesitaba algo que fuera a prueba de incendios. Creo que le dije que podría conseguirle una. —Tony se queda callado y pensando.

—¿Qué guardaba en la caja fuerte? —pregunta Margareta.

—No me lo quiso explicar del todo, pero sé que tiene una colección de monedas de todos los putos rincones de la Tierra. Esa mierda vale una fortuna. Douglas está loco. Viaja por todo el mundo para comprar monedas. Creo que estaba metido en algún asunto. No estoy seguro de que todas las cosas de su colección sean legales. Por eso le caigo bien —dice Tony riéndose.

—¿Dónde estaba la caja fuerte? —Harriet no recuerda que en casa de los Andersson hubiera una caja de ésas.

—En la sala de estar, cubierta por un manto de terciopelo. Chulo, ¿eh? Era pesada de cojones, y el cabrón de Douglas no me ayudó ni lo más mínimo.

Harriet piensa en las marcas en el suelo de la sala de estar que Lennart le mostró en el escenario del crimen. Parecía que algo había sido arrastrado por el suelo.

—No había ninguna caja fuerte en la sala de estar —dice Margareta contemplando a Harriet.

—En ese caso, no la ha podido cambiar de sitio él solo, porque a mí me costó

la hostia llevarla hasta allí. ¿Por qué me preguntáis eso?

—¿Quién sabía que le vendiste la caja fuerte a él? —pregunta Harriet, aunque piensa de inmediato que cualquiera lo puede saber, ya que Yvonne se lo explicó a ella.

Tony se la queda mirando.

—¿Creéis que la caja fuerte tiene algo que ver con el asesinato? ¿Creéis que es motivo para...? —Se empieza a morder las uñas—. Yo le vendí la caja, pero, joder, no he matado a Laura —dice finalmente.

—Bueno, y ¿por qué había un cuchillo en tu coche? —pregunta Margareta.

—¿Has encontrado mi coche? No lo cierro ni con llave porque ningún capullo lo quiere robar. ¿Lo entiendes? Cualquiera puede haberlo puesto en mi coche. Nada de lo que encontréis allí es mío.

Harriet sonrío. Los carnets de la piscina, la droga y las cosas robadas seguro que son de Tony.

—Entonces ¿por qué te ibas a ir a Dinamarca si no tenías nada que ver con el asesinato? —continúa Margareta sin importunarse.

—Porque vi que veníais y siempre me cae un montón de mierda encima cuando entráis en mi casa. —Parece que Tony vaya a desanimarse. Con la vista recorre la habitación de un lado a otro.

Harriet piensa: «¿Es posible que alguien haya puesto la ropa en casa de Tony y el cuchillo en su coche? No se puede descartar. Los Nyman dijeron que había un montón de gente entrando y saliendo de casa de Tony. Incluso Yvonne había comentado que había desorden en su entorno. Quizá alguien quiera hacer creer que Tony es el asesino».

—Como te hemos dicho, hemos encontrado un cuchillo en tu coche y creo que cuando me llamen desde Linköping dirán que fue el que utilizaron en el asesinato de Laura —informa Margareta.

Tony la mira fijamente.

—Es posible, pero el cuchillo no es mío. ¿No has oído lo que he dicho, vieja? Sin decir nada, Margareta se levanta, se inclina hacia delante y saca algo de una bolsa.

—Abre la boca —le ordena a Tony, que la observa sin entender nada.

Mantiene la boca cerrada, así que Margareta rodea el escritorio y se pone tras él. Después lo coge fuerte de la frente y le inclina la cabeza hacia atrás. La boca se le abre y le mete el palito con rapidez. La mejilla se le abulta hacia afuera cuando le frota por dentro; luego le llega a la garganta y, al final, le introduce más el palito hasta que Tony se pone a toser por el reflejo del vómito.

Ya le hicieron pruebas de sangre cuando lo detuvieron y tienen su ADN. Incluso él se dará cuenta de que lo que Margareta está haciendo es teatro, y, además, ya está acostumbrado a estar detenido.

Cuando Margareta ha acabado, le suelta la cabeza, sin mediar palabra, le pone delante un sobre e introduce el palo.

—¿Coincide tu ADN con las pruebas que hemos encontrado en casa de los Andersson? —pregunta Margareta.

—Sí, seguro. He estado en su casa muchas veces. No demuestra nada. Yo no he matado a Laura.

Margareta no mueve ni un músculo. «Es buena actriz», piensa Harriet.

—Necesitaré ver tus informes médicos. Voy a saberlo todo sobre ti. — Margareta saca un documento que le da a Tony junto a un bolígrafo—. Si me das tu permiso, todo irá más rápido. Si no, esperaré una decisión del fiscal mientras estás detenido. Así que, ¿cómo lo hacemos?

Tony no responde, pero coge el papel y el bolígrafo y firma despacio en la parte inferior del papel. Parece la firma de un crío de ocho años.

—Quiero al que suele salir en televisión —dice Tony de pronto.

—¿Hablas de tu representante? —pregunta Margareta.

Él asiente en silencio.

—Tenemos una lista de abogados de oficio a nuestra disposición. Si quieres a alguno en especial, tienes que darnos un nombre —añade.

—No volveré a hablar hasta tener un abogado —advierde Tony entrelazando las manos de nuevo.

—Vale, de acuerdo. —Margareta termina la conversación y se vuelve hacia Harriet.

—Pídele a Lena que mire los bufetes a los que no hemos recurrido antes con Tony y que no elija a ninguno de ellos. Le dices que opte por alguien de los

grandes de Malmö. Interrumpimos el interrogatorio. —Continúa yendo hacia la puerta, donde llama con los nudillos. Los policías de fuera la abren de inmediato —. Podéis llevarlo de nuevo al calabozo —ordena.

Harriet observa la delgada espalda de Margareta cuando abandona la sala. Después se apresura hacia su despacho. Apenas ha encendido el ordenador para introducir las diligencias del interrogatorio cuando unas voces de fuera la desconcentran. Parece que vienen del comedor. Harriet acaba de pasar los datos, se levanta y va hacia allí. Debería aprovechar para socializar con sus compañeros, si están allí, y, de paso, preparar un poco de café. Todavía tiene la peste de la sala de arrestos enganchada en las fosas nasales, por eso no siente nada de hambre. Son un poco más de las once, pero por los ruidos que oye parece que ya sea la hora de comer, lo cual se confirma cuando entra en la sala. Rakel, Elias y Göran están comiendo, mientras que Patrik se encuentra junto a la encimera abriendo su fiambarrera.

—¿Habéis sacado algo del interrogatorio? —pregunta Patrik volviéndose hacia Harriet. Por el rabillo del ojo ve que Elias levanta la vista de su plato y la observa.

—No mucho —responde Harriet—. ¿Y tú?

—He estado en Lerviken hablando con un matrimonio mayor, Rut y Gustav Nyman. Tienen una terraza con vistas al puerto y a la casa que alquila Tony Hesselgren. Dicen que han estado un poco más atentos desde que Tony fue a vivir al pueblo. Parece que todos saben quién es. Había luz en su casa la noche del viernes, y Rut Nyman cree que oyó una pelea —informa Patrik.

—¿La noche del viernes? —pregunta Harriet. La muerte de Laura tuvo lugar entre la una y las cinco de aquella noche. Su pensamiento se ve afectado por un insistente olor y hace una mueca.

—Ya lo sé, hace una peste de cojones —dice Patrik excusándose.

—¿Es pudín de sangre? —pregunta Harriet.

—Son los restos de ayer, pero huele a mierda cuando lo metes en el micro. Cuando uno vive solo, no está acostumbrado a pensar si la comida huele mal — bromea Patrik.

—¿No tienes miedo de quemarte con las pasas que le meten al pudín por esta zona?

—Me gusta encontrar fruta en la comida —replica Patrik riendo.

Harriet oye a Göran aclararse la voz. Se les acerca.

—Aquí en Skåne se llama salchicha de sangre y no tiene pasas. Si no te gusta, te puedes ir al norte.

Pasa por delante de Patrik y coge una taza del armario que hay sobre la encimera.

—¿Qué problema tienes? —pregunta Harriet mirando de reojo a Elias, que parece no haber oído el comentario de Göran.

—Estáis hablando del caso en el comedor, lo cual está muy fuera de lugar. Hablad de eso en la sala de conferencias —responde.

Harriet nota que le arden las mejillas. ¿Quiere decir Göran que está hablando a la ligera del caso? Los que están en el comedor pertenecen al grupo. Patrik se va de allí, pero ve su sonrisa tras el hombro de Göran.

—Mañana pienso comer pizza, vente si quieres. Iré sobre las once —dice Patrik antes de abandonar el comedor.

Göran se queda unos segundos delante de Harriet con la taza en la mano, mirándola fijamente.

—Si quieres estar un tiempo aquí, te aconsejo que no hables de más —apunta con frialdad.

Harriet se olvida del café y vuelve deprisa a su despacho. Cierra la puerta rápidamente. Tarda unos minutos en sacarse de encima el comentario de Göran. Es difícil entender a ese tío. A veces los ayuda y está predispuesto, y al segundo siguiente es duro y antipático. Permanece apartado del grupo, pero parece estar a gusto así. Ella no hacía nada malo cuando hablaba con Patrik. «Si quieres estar un tiempo aquí, te aconsejo que no hables de más.» Una pulla totalmente

innecesaria. Harriet no malograría un caso en la vida. Es una lástima que Göran sea tan imprevisible. Si no, le pediría ayuda para buscar de nuevo en los archivos y ver si podían llegar un poco más lejos con el número del móvil que estaba junto al contenedor cuando ella se encontraba allí.

Se hunde delante del escritorio y marca el número de Paul. No llega la llamada, pero, cuando guarda el teléfono, nota la vibración y lo coge con rapidez.

—Hola, Harriet. Soy Klaus, de Medicina Forense.

Tarda unos segundos en caer en la cuenta de que es el forense con el que habló el otro día, el que le hizo la autopsia a Laura.

—Qué bien que te encuentro. He intentado hablar con Margareta, pero no contesta.

—¿Qué sucede? —pregunta Harriet.

—Le hemos hecho la autopsia a Kenneth. Lo hicimos directamente en cuanto entró, ya que sabemos que queréis la información lo más rápido posible.

Harriet siente un escalofrío cuando piensa en la fría sala de autopsias.

—¿Quién le ha hecho la autopsia a Kenneth?

—Yo mismo. —Klaus hace una pausa—. La causa de la muerte es un derrame cerebral. El cráneo estaba aplastado. Un golpe en la cabeza con un objeto romo le ocasionó la muerte. No tenía agua en los pulmones y no hay nada que indique ahogamiento. Lo más probable es que Kenneth muriera por las heridas del cráneo y que tras su muerte lo tiraran al foso. Tenía restos de anfetamina en la sangre —continúa informando el forense.

—¿Podría ser que las heridas se hubieran producido por un accidente? —pregunta Harriet—. ¿La herida de la cabeza pudo haber sido causada por una caída?

—No puedo afirmar que haya tenido o no un accidente, pero con mucha probabilidad las heridas fueron provocadas con un objeto que lo golpeó con fuerza en la cabeza.

Harriet intenta tomar apuntes mientras escucha. Aunque todo quede reflejado en el acta, quiere anotar los detalles para cuando hable después con Margareta. Harriet estaba segura de que Kenneth había sido asesinado, pero con esto queda

disipada cualquier duda. Fija la vista en el bolígrafo que tiene en la mano. Kenneth tuvo que haber visto lo que ocurrió en el granero. La persona a la que Kenneth distinguió en el granero tenía motivos para matarlo, y no puede haber sido Tony porque estaba encerrado en el calabozo.

—Hola, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona, sigo aquí —responde Harriet—. Tengo otra pregunta respecto a Laura. Cuando la encontraron estaba tumbada de lado con la cara vuelta hacia el tractor. Sospecho que la persona que le dio la cuchillada que la mató tenía que estar detrás de ella, cogiéndola de la cabeza con fuerza. ¿Se puede saber si el autor es diestro o zurdo?

El forense se queda callado unos segundos.

—Espera, tengo el informe aquí. —Guarda silencio un momento—. Por lo que veo, lo más probable es que la persona que le dio la cuchillada mortal fuera diestra. Con bastante certeza, el autor de los hechos sujetó la cabeza con la mano izquierda y después hizo el corte con la derecha.

Harriet lo apunta al mismo tiempo que intenta imaginarse a Tony. Su postura irritada y a la vez seguro de sí mismo. Lo indolente que era, en general callado en lugar de esforzarse en contestar con detalle a sus preguntas. Convencido de que no había suficientes pruebas para condenarlo. De pronto, Harriet recuerda cómo Tony firmó el documento, la firma infantil. Escribía con la mano izquierda.

—Muchísimas gracias por la ayuda, no tengo más preguntas si tú no tienes nada más que añadir.

Cuando cuelga, llaman a la puerta y Lena asoma la cabeza.

—Hola —dice sonriéndole—. Ha llamado un técnico de la Científica. Me ha preguntado si nos tienen que mandar a nosotros la ropa de Douglas y sus pertenencias que ya han analizado, la cartera y un llavero. Le he dicho que podía enviarlo todo aquí y le he dado tu nombre. Eres la responsable del material incautado, ¿no?

—De acuerdo —responde Harriet con un suspiro. En realidad, no debería aceptarlo, porque entonces siempre se tendrá que hacer cargo de lo incautado, pero al mismo tiempo quiere ayudar—. Está bien.

—Genial. —Lena se despide con un gesto de la cabeza y se retira.

Harriet se reclina en la silla de oficina y enciende el ordenador, que se ha apagado durante la conversación con el forense. Tiene que conseguir más información sobre Kenneth. Se queda varias horas ahí sentada, sumida en sus pesquisas, y no lo deja hasta que el hambre le araña el estómago. Son más de las cinco. Harriet pasa por el comedor cuando sale. No hay fruta en ninguna parte, y en el armario de debajo de la máquina de café sólo ve un paquete sin abrir de galletas de avena caducado en junio de 2015. Quizá debería coger el ordenador e irse a casa pronto. Aprovechar y cenar con Eugen.

Al mismo tiempo que el ferri de Oslo pasa por el cabo al norte de la isla de Ven, Harriet aparca el Saab delante de las casas alargadas. Ve a Eugen en el pequeño trozo de césped de delante de su casa. Habla con la señora Nyman, separado de ella por la valla. Harriet suspira aliviada. Va bien vestido, como siempre, con la cartera en la mano. Es como si hubiera ido a alguna parte.

—Hola —saluda Harriet.

Kato echa a correr ladrando y pasa por delante de la señora Nyman. Si la señora Nyman no hubiera tenido un perro, seguro que aquel enorme pastor alemán la habría asustado.

—Pero, bueno, ¿estás en casa? —pregunta Eugen.

—¡Harriet! —grita la señora Nyman—. ¿Has oído lo que ha ocurrido? Esta noche. En las noticias dijeron que era uno de los testigos más importantes del asesinato en Sundgodset. ¿En qué mundo vivimos?

—Todavía no he podido ver las noticias, pero lo haremos esta noche. Lo han dicho por la radio durante las últimas horas —comenta Eugen.

—Ah, sí. En TV4 sale nuestra casa —continúa la señora Nyman.

Harriet no dice nada. Si la señora Nyman supiera dónde trabaja Harriet, no habría sido necesario hablar de lo ocurrido, pero es interesante escucharla.

—Y van a pasar a prisión provisional a la persona que tienen detenida. Por lo visto, disponen de pruebas fehacientes en su contra. Han encontrado el arma del crimen —prosigue la señora Nyman abriendo mucho los ojos—. Creo que es Tony. Hicieron un registro domiciliario en su casa.

—Vaya —exclama Harriet intentando parecer impasible mientras se quita la chaqueta. Que Kenneth fuera un testigo principal y que hayan encontrado el arma del crimen no son datos oficiales. ¿Cómo ha podido enterarse TV4?

—¿No es Yvonne quien se encarga de alquilar la casa vacía? Quizá ella sepa algo más.

—En ese caso, pregúntale a ella. Deberíamos entrar y ver si encontramos algo para cenar —responde Eugen volviéndose hacia Harriet, quien entiende lo que su padre quiere decir con tan sólo oír su tono de voz.

—Estaba pensando que a lo mejor tú habías oído algo. Hasta luego. —La señora Nyman se despide con un gesto de la cabeza.

Harriet la mira al alejarse camino del puerto. Su gran sombrero de color burdeos está a punto de salir volando por culpa del viento del estrecho, y la cosa se le complica cuando tiene que tirar de la correa para que el perro la siga.

—Harriet, te agradezco muchísimo que pidieras hora al médico y que me acompañaras ayer —dice Eugen en cuanto han cerrado la puerta. Sus ojos verdes están serios—. He pensado mucho en ello. Lo que está pasando está pasando, no hay nada que podamos hacer si es que se trata de algo serio.

—Ya lo sé. —Harriet oye cómo se le rompe la voz. Ella no lo quiere ni pensar—. ¿Qué has hecho hoy? —pregunta para cambiar de tema de conversación al tiempo que aparenta estar tranquila.

—No mucho. He acabado el borrador de un artículo para la revista de abogados *Svensk Juristtidning* en el que he estado trabajando desde hace un tiempo y lo he celebrado comiendo en la cafetería. —De pronto parece entusiasmado—. Por cierto, cuando iba a salir he visto a Niklas y a Paul. A lo lejos, junto al fortín, pero cuando he llegado ya se habían ido. Los he llamado y no me han contestado.

Harriet, que está a punto de colgar la chaqueta, se queda parada a mitad del movimiento. El corazón le empieza a golpear el pecho. Sabe que pueden aparecer alucinaciones como parte de los efectos de la enfermedad.

—Papá, no puede ser. Paul está de viaje —dice despacio.

—Lo he visto en la playa —dice Eugen andando hacia la cocina—. Siempre jugabais allí, junto al fortín. —Harriet se queda de pie en el recibidor buscando el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Tiene que mandarle un mensaje a Paul.

Harriet: Hola, ¿me puedes llamar? Papá dice que te vio en Lerviken. Parece que

ha olvidado que estás de vacaciones. Creo que le iría bien hablar contigo.

Eugen se pone a vaciar el lavaplatos y llama a Harriet desde la cocina.

—Aunque Paul tenía el pelo más largo de lo normal. Opino que llevar el cabello largo hace parecer descuidados a los muchachos. Pero quizá sea así como van peinados ahora los chicos.

«Es un adulto, no un chico», piensa Harriet, y va hacia la cocina. Eugen mezcla el pasado con el presente.

—¿Y cuando has salido de la cafetería habían desaparecido? ¿Se habían esfumado? —pregunta esforzándose en mantener un tono de humor.

Eugen no responde. Va hacia la nevera, saca unas patatas y las pone sobre la encimera.

—No tiene lógica, porque si estuviera por aquí, habría dicho algo. Eso lo sabes tú también —continúa Harriet.

Eugen se queda parado.

—Sí, tienes razón. Soy yo el que lo confunde todo. Estuvo tanto tiempo aquí en verano que es como si me hubiera acostumbrado a él. Ahora lo veo todo un poco vacío. Sólo es eso. Aunque estoy contento de que hayas venido —añade.

Harriet sonríe, pero no puede quitarse de encima una sensación desagradable. Cuando deja el teléfono sobre la mesa de la cocina para coger el pelador de patatas, ve que tiene dos llamadas perdidas. El móvil está silenciado y no ha notado que la ha llamado. Las dos son de Margareta. El símbolo de 4G se ha apagado.

—Papá, tengo que telefonar al trabajo. Mi jefa me ha llamado varias veces. No hay cobertura. Cojo una bicicleta y subo hasta el hotel Stora para llamar —dice rápida Harriet.

—Es lo que pasa cuando vives al final de una cuesta. Con toda la tecnología que hay en el mundo, todavía no han conseguido encontrar un mástil de telefonía que cubra Lerviken. —Se echa a reír—. Tengo un teléfono fijo por el que puedes llamar.

—Gracias, pero prefiero hablar sin nada que me distraiga.

Nunca se sabe qué puede querer Margareta, pero dos llamadas perdidas

significa que tiene mucho interés. Harriet sospecha que están relacionadas con Kenneth y la información de los medios. Si su jefa está enojada, prefiere no hablar con ella desde la sala de estar de Eugen.

—Vete. La cena estará lista dentro de una hora —responde su padre.

Harriet pedalea lo más deprisa que puede y la boca le sabe a hierro. El sillín es demasiado alto, así que tiene que ir de pie. Quizá sea Paul el que use la vieja chatarra de bici que tiene Eugen. No logra recordar haber visto nunca a Eugen ir en bicicleta. Con americana azul marino y camisa blanca, hundido sobre el escritorio: así es como está acostumbrada a ver a su padre. No montado en una bicicleta. La rueda de delante está torcida y Harriet casi pierde el equilibrio varias veces. Nota que le falta práctica, pero es que no ha montado en bicicleta desde que iba a la escuela. Cuando intenta cruzar a través de los montículos de hierba que crecen en mitad del camino, la bicicleta escora de golpe, el manillar cede y Harriet cae al suelo como un saco.

Le duelen mucho la cadera y el muslo, y tiene que apretar los labios para no chillar allí, tumbada en el borde del camino con aquel trasto encima.

—¡Joder!

El muslo izquierdo, que se ha llevado el golpe más fuerte, le tiembla cuando se incorpora para arreglarse el vestido. Levanta la bicicleta y ve que no ha sido el manillar el que ha cedido. Se ha salido la rueda delantera y faltan los tornillos que la sujetaban. Ha ido tambaleándose tanto rato que se habrán caído por el camino. No le sorprendería que alguno de los insoportables hijos de Paul haya jugado con ella y la haya roto. Debería haberlo comprobado antes de cogerla. «Nunca más», piensa, y desanda unos metros. No se ve ningún tornillo, ni en la gravilla ni en la acequia.

Harriet deja la bicicleta junto a un arbusto y continúa a pie hacia Henrikehill. Le duelen el trasero y el muslo a cada paso que da. Se siente curiosamente expuesta sin bicicleta. Retornan a ella todas las impresiones desagradables de los últimos días. Lerviken está cambiado. Desde que ocurrió el tremendo asesinato es como si tuviera encima una amenaza constante, como si la estuvieran vigilando. Cuando ella encontró a Douglas, había una persona escondida en la oscuridad. Lia se puso en contacto con ella. Y después Kenneth, que pasó por

delante de ella cuando estaba sentada en el jardín de Yvonne, apenas unas horas antes de que lo asesinaran.

Intenta desprenderse de la desagradable sensación. Esos pensamientos no la llevan a ninguna parte.

En cuanto sube la cuesta, vuelve la cobertura, pero piensa esperar para llamar a Margareta a estar sentada en el bar. Se le produce un vacío en el estómago cuando mira la pantalla. Dos llamadas perdidas pueden significar que Margareta está enfadada y, que Harriet sepa, sólo hay una cosa que la haya indignado: la noticia en televisión. Si además la periodista le ha chivado a Margareta que Harriet había hablado con ella, lo tiene jodido. Debería haber colgado directamente en lugar de intentar ayudar a esa pesada. Seguro que ahora se le va a caer el pelo, aunque no ha sido ella quien ha filtrado la información.

El cielo sobre el estrecho es todavía azul a pesar de que son las siete cuando entra en el hotel. Los sofás modelo Chesterfield y el oscuro bar de caoba la llevan a pensar en Escocia o en un final de otoño. En la chimenea crepitan unos troncos. Harriet está sola, sin contar a la mujer de recepción y el barman. ¿No debería estar el bar lleno, con todo lo que ha ocurrido? El barman hoy también va vestido con camisa y un chaleco de color burdeos. Lleva un paño blanco en la mano y está secando copas cuando entra Harriet.

—Buenas tardes —dice haciendo un claro gesto de que la reconoce.

—Una copa grande de tinto, por favor —le pide Harriet sonriéndole.

Saca su tarjeta de crédito y se la da. El barman prepara una copa y escancia el vino. Harriet deja descansar la vista en el líquido rojo, que tiene casi el mismo color que el chaleco del hombre. El barman llena la copa casi hasta arriba.

—Noventa y ocho coronas —indica el hombre mientras le coge la tarjeta a Harriet. La mira detenidamente.

—¿Hay algún problema con mi tarjeta? —pregunta Harriet.

—No, nada. —El barman niega con la cabeza, sonríe y la pone en el lector, que parpadea.

—¿No acepta el pago? —replica Harriet riéndose de manera conciliadora.

A pesar de ser una mujer adulta, de tener trabajo fijo y un buen sueldo, a veces todavía le da por pensar que no hay dinero en el banco. La sensación la

conserva de su época de estudiante, cuando Lisa y ella siempre estaban a dos velas. En cuanto le llegaba dinero a la cuenta, Harriet se lo gastaba todo en comida basura y ropa que ni siquiera le sentaba bien, mientras que Lisa conseguía estar siempre deslumbrante, al margen de la economía.

—No es eso. —El barman se aclara la voz—. He reaccionado por tu apellido, Vesterberg. La verdad es que ya me sorprendió la primera vez que viniste. ¿No tendrás algún pariente que suela pasarse por aquí? Como no tenemos demasiados clientes tengo bastante controlados a los que vienen —dice, y sonrío.

—Mi padre vive en Lerviken, muy cerca.

El barman niega en silencio.

—Estaba pensando en un chico que se llama Paul, pero no puede ser tu padre —contesta riéndose.

—Paul es mi hermano —responde Harriet—. Tienes suerte, porque en realidad no tendrías que hablar de los clientes. Yo podría haber sido su irritable esposa, a quien le preocupan los hábitos alcohólicos de su marido. —Piensa en Eva-Lena cuando hace broma. A Eva-Lena no le gusta en absoluto cuando Harriet y Paul se quedan despiertos durante las noches de verano tomando vino.

«Te toca acostarlos a ti», suele acudir corriendo a decirle. Cuando Paul, obediente, desaparece, ella se queda media hora hablando por pura cortesía y luego se va a la cama.

—Sí, menos mal —se echa a reír el barman.

«Henrikehill podría ser mi oasis», piensa Harriet sentándose a la misma mesa que la última vez, y le da un buen sorbo al vino.

—¡Oye, tu móvil! —grita el barman con él en la mano.

El sonido está silenciado, pero la pantalla brilla por una llamada entrante. Pone Margareta Bladh. «Agresiva e impaciente, exactamente igual que la Mosca», rumía Harriet, llevándose el teléfono a la oreja.

—Harriet, he intentado ponerte en contacto contigo. Douglas Andersson se ha despertado.

Viernes, 1 de septiembre de 2017

A pesar de no ser ni las nueve, el sol está alto y los rayos se reflejan en el asfalto. La luz resulta deslumbradora, y Harriet baja la visera y observa a Margareta al volante. Lo sujeta con firmeza con sus manos delgadas. El tono que ha elegido para las uñas contrasta de forma perfecta con el color gris marengo de su chaqueta. Desde que han salido de comisaría, Margareta no ha dicho ni una palabra sobre los medios de comunicación y la filtración al noticiario que hubo el día anterior. «¿El testigo del asesinato, asesinado?», decía uno de los titulares. Harriet los leyó todos al llegar a casa. La mitad de las noticias estaba dedicada a Kenneth y a la muerte de Laura. La cara de Tony se había convertido en una silueta negra y el texto «detenido» decoraba la pantalla. El periodista que informaba sobre el crimen anunciaba claramente que la policía y la fiscalía habían decidido no hacer declaraciones sobre el caso.

Desde que se han incorporado a la autovía, Margareta ha avanzado a toda prisa por el carril de la izquierda. Harriet mira por el espejo retrovisor. Otro vehículo va justo detrás de ellas, pero Margareta no hace ningún gesto de querer apartarse. «O está acostumbrada a conducir el coche de policía, y por eso los otros vehículos se apartan, o está furibunda», piensa Harriet. Sea lo que sea, lo mejor es dejar que se le pase.

—Konrad vendrá luego. No quiero continuar interrogando a Tony si no está delante su representante. A Konrad no le gustan los interrogatorios sin abogado cuando se trata de crímenes tan violentos —explica, y añade—: Por lo visto, Lena ha encontrado un bufete al que no hemos recurrido antes, y esta mañana he oído que el abogado venía de camino.

Harriet mira de reojo a Margareta. Tiene los labios muy apretados.

—¿Qué ha dicho Konrad de los informativos? —pregunta con cuidado.

—Como es obvio, me ha preguntado cómo es que se han filtrado los datos. Y yo también quiero saberlo. Voy a empezar a controlar las conexiones, si la cosa no se aclara.

—Sí, puede ser buena idea. ¿Qué han dicho de Douglas Andersson? —pregunta en un intento de cambiar de tema.

—Sólo que está consciente.

Harriet nota que se le acelera el pulso. Lia le dijo que Harriet conocía a quién lo había hecho. Quizá hoy puedan obtener las señas de alguien.

—Hay algo que me preocupa un poco —dice Harriet.

Margareta emite un sonido para que continúe, pero no aparta la vista de la carretera.

—Cuando revisé las listas de los móviles que estaban funcionando la noche que encontramos a Douglas en el contenedor, descubrí que había otro teléfono conectado en la zona. El repetidor había registrado el tráfico de datos de una ubicación muy cercana a donde yo me hallaba. Había alguien más. Había pensado decirlo antes, pero con todo lo de Tony se me pasó —reconoce Harriet. Siente cierto remordimiento. En realidad, lo descubrió gracias a Göran.

—Mmm —murmura Margareta mirando hacia la derecha; luego cruza con rapidez la fila delante de un camión y continúa directamente por el carril de salida hacia Lund. De forma instintiva, Harriet se coge al cinturón de seguridad. Si Eugen hubiera ido sentado al lado, no se habría cortado en comentar esa forma de conducir.

—¿Tenemos prisa? —replica Harriet.

—La antena recoge los datos de tráfico de todos los móviles de la zona —responde Margareta, ignorando la pregunta de Harriet. De nuevo se pone en el carril de la izquierda y cruza una rotonda.

—El otro móvil enviaba señales justo a mi lado. Los tráficos de datos los registraron las mismas células de la antena.

—Ya. Pregúntale a Lennart por las cosas que encontraron en el sitio, ya deberían estar listas. Podría tratarse del móvil de Douglas, todavía no ha aparecido. Lo necesitamos.

—No, no es el de Douglas. Enviaron un SMS con número oculto al móvil de Douglas cuando descubrieron a Laura, y no estaba conectado —prosigue Harriet fijando la vista en el tejado de una de las casas que se ven más adelante. El viaje en coche la ha mareado, y la luz que parpadea a través de la ventanilla, a lo largo de la avenida llena de árboles, hace que el mareo sea aún peor.

—Si no era el móvil de Douglas, significa que había alguien más en el mismo lugar, alguien que estaba muy cerca de mí, en la oscuridad, sin darse a conocer.

—Muchas cosas tienen una explicación natural, Harriet. Si uno deja que la fantasía vaya por libre, acaba mal.

Harriet asiente, pero nota que su irritación aumenta al no ser tomada en serio.

—Y si había alguien a mi lado en la oscuridad, ¿no es raro que no se mostrara? Habría sido lo natural, a menos que la persona en cuestión me estuviera observando, claro.

—¿Piensas que es el asesino? —Margareta se vuelve con rapidez hacia Harriet—. Si era Tony el que estaba allí, lo tenemos a buen recaudo. Me imagino que mañana negociarán la prisión provisional.

Harriet se arma de valor.

—No fue Tony. He controlado el número junto a los que teníamos para el caso. Y él ha estado detenido un día entero, pero eso no me tranquiliza en absoluto. Durante esas veinticuatro horas asesinaron a Kenneth, y no fue Tony, como se puede comprobar.

Margareta suelta una mano del volante por un momento, pero lo agarra de nuevo. Parece que está pensando.

—Kenneth fue asesinado, yo misma he hablado con el forense —continúa Harriet—. Murió de un golpe contundente en la cabeza. No tenía agua en los pulmones, así que no respiraba cuando lo tiraron al foso.

—Lo sé, nos informaste ayer, Harriet. Sin embargo, Rakel y Elias hablaron con sus familiares durante el día. Kenneth parecía estar pasándolo mal. Aunque fuera testigo en el caso, no es seguro que su muerte tenga algo que ver con el asesinato de Laura. Puede haber montones de motivos de por qué lo mataron. Si tenía problemas con las drogas, su muerte puede ser un ajuste de cuentas, una pelea o algo parecido. Deja que Rakel y Elias se ocupen de Kenneth y de cómo

vivía, y tú te centras en Tony. Para nosotros, Tony es todavía el autor más probable del asesinato de Laura.

Harriet suspira. Una imagen bien completita del desgraciado de Tony. Claro que sí. Aunque le sorprendería mucho que fuera culpable. ¿Cuál podría ser su móvil? ¿Robo? Tony sabía que Douglas había comprado una caja fuerte. Sabía que Douglas iba a guardar sus preciosas colecciones en la caja, pero ¿por qué robarlas después de comprar la caja fuerte y no antes? Ya conocía con anterioridad la existencia de los objetos de valor. Trabajaba en la finca y los podría haber robado en cualquier momento. Y ¿qué motivos tenía para asesinar de forma tan brutal? Harriet piensa en los ojos de Laura. ¿Por qué iba a querer Tony que viera cómo maltrataba a Douglas? El motivo no es lo bastante consistente. No se puede confiar en personas como Tony, pero cuando negó que el cuchillo fuera suyo y afirmó que alguien había puesto los pantalones en su casa, parecía que estaba diciendo la verdad. Había algo en su tono de voz, quizá la negativa total y espontánea, que hacía que Harriet lo creyera. Además, Kenneth nunca señaló a Tony, sólo había visto un par de perneras.

—Hay otra cosa en la que me fijé ayer durante el interrogatorio a Tony. Cuando firmó el documento que le entregaste. Es zurdo.

—¿Y? ¿Adónde quieres llegar? —pregunta Margareta.

—El forense dijo que lo más seguro es que la persona que le hizo el corte mortal a Laura fuera diestra. El autor de los hechos probablemente le sujetó la cabeza con la mano izquierda y después la acuchilló con la derecha.

Harriet empieza a ejemplificarlo con las manos, pero cambia de idea. No quiere tentar a Margareta a que aparte la vista de la carretera. «Sólo tengo veintinueve años, demasiado joven para morir en las afueras de Nova, en el desvío a Lund», piensa Harriet.

—Resulta improbable que una persona zurda matara a alguien de esa manera.

—Mmm. —Margareta no parece del todo convencida.

La torre gris de la catedral en el horizonte se acerca con rapidez cuando el coche corre en dirección al hospital. Harriet lo intenta de nuevo.

—Sería más natural realizar la acción con la mano derecha. Eso es todo.

«Lo cual no hace que el caso sea más sencillo —piensa Harriet—. La mayoría

de la gente es diestra, así que, en este caso, sólo puede servir para descartar a Tony.»

—Puede ser, pero tenemos a una persona a la que se puede relacionar de diversas formas con las víctimas. Lo cierto es que hemos hallado el arma homicida y que tenemos la grabación donde Kenneth explica que vio a una persona vestida con los pantalones que encontramos en el armario de Tony, trepando hasta la ventana de las víctimas. Te prometo que, cuando nos traigan las pruebas desde Linköping, éstas demostrarán que es la sangre de Laura la que hay tanto en los pantalones como en el cuchillo. Harriet, he visto de todo. Créeme, que la persona que ha matado a Laura lo haya hecho de manera que parece complicado de entender no significa nada en comparación con los otros indicios. Konrad tendrá que decidir si lo que tenemos es suficiente.

Harriet aprieta las mandíbulas, es la única manera de evitar decir lo que está pensando. Que todo es por Blekinge, lo que Elias le explicó. Margareta ha resuelto que Tony es culpable porque quiere cerrar el caso lo antes posible. Si se aclara pronto el asunto, no se arriesga a que algún gerifalte de la policía se mezcle en el caso. Harriet la mira de reojo. Si es así como piensa Margareta, ya no le puede inspirar ningún respeto. ¿Qué puede hacer cuando su jefa, la persona que responde por toda la investigación, ya no los dirige en la dirección correcta? Nunca le había pasado algo así.

—También podría visitar a la madre de Kenneth y hablar con ella un rato, a ver qué puedo sacar —propone Harriet—. Soy un poco de Lerviken, al fin y al cabo. Quizá consiga algo.

—Elias y Rakel han estado allí. De entrada, quiero que se consideren como dos investigaciones separadas hasta que sepamos con seguridad si guardan alguna relación. Cuando volvamos, tú recopilas los datos de la investigación preliminar sobre la muerte de Laura. Konrad necesita la imagen completa — responde Margareta mientras accede al aparcamiento del hospital. Antes de que Harriet tenga tiempo de añadir nada más, su jefa ya se ha bajado del coche y ha cerrado la puerta con brusquedad.

—Pienso hacerlo de todas formas, que lo sepas —murmura Harriet y sale del coche. Margareta ya está varios metros más adelante.

El hospital, un edificio gris y marrón de los años sesenta, se yergue ante ellas, y cuando entran en el vestíbulo Margareta se pone el móvil al oído y llama al médico.

—Quiero que nos dejen pasar de inmediato —ordena Margareta, y le hace un gesto con la cabeza a Harriet para que mantenga abierta la puerta del ascensor.

La unidad está custodiada por agentes de policía a los que Harriet no conoce. Margareta los saluda con su identificación y abre la puerta. El médico los recibe en el pasillo.

—Douglas Andersson está en estado crítico. Ha recibido repetidos golpes en la cabeza, tiene un hematoma cerebral y un derrame interno que hemos drenado. Tiene recuerdos fragmentados de lo que sucedió. Creemos que no entiende que Laura está muerta. Además, la morfina que le administramos lo confunde — explica el médico después de haberles estrechado la mano.

Harriet mira de reojo a Margareta.

—Como comprenderás, es muy importante que le hagamos nuestras preguntas —dice Margareta escuetamente, y le suelta la mano al médico.

Éste asiente. La mirada de Harriet cae sobre un buhito hecho de fieltro que lleva enganchado en el bolsillo frontal de la bata blanca.

—Sólo digo lo que me parece apropiado desde una perspectiva médica. Está muy débil, y si le bajan los niveles de oxígeno, tendré que volver a ponerle respiración asistida —responde el médico.

Margareta carraspea.

—Habitación 38C, podéis pasar —añade rápido el médico.

Harriet observa la puerta entreabierta del fondo. Se dirigen hacia allí en silencio. Cuando entran, una enfermera está ajustando el gota a gota junto a la cama.

—Podéis usar también esa silla —les indica señalando un sencillo asiento de madera próximo a la cama vacía que hay al lado de la de Douglas Andersson.

El respaldo de su cama está incorporado. Douglas tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Parece estar durmiendo. Su cuerpo es delgado y tiene la piel

casi transparente. La nuez puntiaguda se le tensa cuando se mueve al ritmo de la respiración, que es profunda y regular. Margareta se sienta en la silla que está libre, al lado de la cama, y Harriet va a buscar la otra. Tiene que ir con cuidado para no enredarse con los tubos cuando la levanta, y con las patas de la silla le da un fuerte golpe a la pared.

—Tenéis un cuarto de hora, después empieza la ronda —informa la enfermera contemplando irritada a Harriet antes de abandonar la habitación. Margareta se inclina sobre Douglas.

—Me llamo Margareta y soy policía. ¿Me puedes oír?

El labio inferior le tiembla, y Harriet ve que se le mueven los ojos tras los delgados y blanquecinos párpados. Tiene los labios secos, y dos heridas con costras amarillentas le cubren el labio inferior. «Quizá de la cinta americana», piensa Harriet. Los moratones presentan ahora un color amarillo verdoso que hacen que la piel parezca casi artificial bajo los ojos y en las sienes.

—Douglas, ¿entiendes lo que digo?

Douglas suspira y abre los ojos.

—¿Dónde está, dónde está Laura? —murmura.

—¿Sabes lo que te ha ocurrido? —pregunta Margareta.

—¿Dónde está Laura? —repite Douglas un poco más alto.

—Soy de la policía. Has sufrido una grave agresión. ¿Recuerdas algo de lo que ocurrió?

—Laura no paraba de gritar. Todo el tiempo. —Los párpados de Douglas se cierran cuando habla.

Harriet traga saliva. No puede imaginarse cómo debe de ser oír que maltratan a la persona que amas, no saber lo que va a suceder. Él aún no sabe que su mujer está muerta. Harriet tiene la esperanza de que los datos de cómo murió Laura no lleguen nunca a su conocimiento. Después se da cuenta de que el propio Douglas ha sido condenado por maltratar a Laura. Aparta la vista de su cara. De golpe le cuesta mirarlo.

Douglas levanta la cabeza de la almohada unos centímetros. Los vasos sanguíneos de sus ojos aparecen enrojecidos cuando abre los párpados. Después, coge fuerzas y le salen las palabras.

—Él... volvió.

—¿Quién? —pregunta Margareta.

—No hacía más que gritar. —Douglas apoya de nuevo la cabeza en la almohada.

—¿Te ha hecho esto alguien que tú conoces? —inquieta Margareta alzando la voz.

—¿Dónde está la caja? ¿Dónde está? —Las pupilas se mueven agitadas cuando habla. Luego, Douglas baja los párpados y la respiración se vuelve más profunda. Se ha quedado dormido.

El médico aparece por el quicio de la puerta.

—Tengo que pedirlos que lo dejéis —les indica—. Tenemos que volver a ponerle el oxígeno.

—Podemos esperar aquí —responde Margareta.

—Es un seis. No está del todo consciente —informa el médico mientras pasa por delante de Harriet para conectar los tubos en la boca de Douglas.

—¿Un seis?

—Es una escala variable del nivel de conciencia. No está consciente, según mi criterio, y la morfina lo deja todavía más somnoliento.

—Llámanos en cuanto se despierte de nuevo. Espero que comprendas lo importante que es. —Se vuelve hacia Harriet—. Nos vamos.

Cuando se sienta en el coche, Harriet nota que le vibra el bolsillo interior. Saca el móvil a la vez que Margareta da marcha atrás en el aparcamiento.

—Hola, Harriet —le dice al oído la voz de Lennart.

—Hola —responde ella.

—Hemos encontrado una coincidencia y te he querido telefonar de inmediato. Margareta no responde al móvil, así que Lena me ha pasado a ti la llamada.

—Qué bien. Margareta está sentada a mi lado, si quieres hablar con ella —le indica Harriet.

—No, no hace falta, la informas después y ya está. Hemos hallado algo en el registro. El ADN está en las huellas que encontramos en el suelo de la sala de estar de Sundgodset, y es muy probable que éstas sean de Tony. De sudor. El análisis de las otras huellas que obtuvimos de la sala de estar todavía no está acabado. Tardaremos, las cantidades son pequeñas.

Harriet se vuelve hacia Margareta.

—Han confirmado que el ADN encontrado en el suelo de la sala de estar es de Tony —le susurra deprisa antes de volver a atender la llamada de Lennart.

—¿En qué grado? —pregunta Margareta al mismo tiempo que Harriet se ve impulsada hacia delante súbitamente. Su jefa ha frenado de golpe en la salida para cederle el paso a un transporte de mercancías.

—Muy alto —responde Lennart. Harriet lo repite para que lo oiga Margareta.

—Tengo otra pregunta. ¿Habéis hallado algún móvil cerca del contenedor?

—No. Todo lo que encontramos, menos lo que hemos enviado a Linköping, está en nuestro laboratorio. No había ningún móvil por allí.

Por el rabillo del ojo, Harriet ve que Margareta pone la cuarta. Van veinte

kilómetros por encima de la velocidad permitida.

—De acuerdo, sólo me lo preguntaba.

—El memorando y el informe del forense respecto a Kenneth los enviaremos a lo largo del día; están casi listos —continúa Lennart como para disculparse por no haber descubierto ningún móvil.

—¿Qué número calzaba Kenneth? —pregunta Harriet—. ¿Es posible que sean sus huellas las que había en el barro, al lado del barril?

Lennart tarda unos segundos en responder.

—No tengo el informe delante, estamos fuera con otro caso, pero está allí. Lo miraré.

—Estupendo —responde Harriet, y corta la conversación.

—¡Bien! —exclama Margareta, que deja de mirar la carretera para volverse hacia ella—. Acuérdate de los datos del ADN para la exposición.

Cuando llegan, Harriet se apresura a entrar en su despacho. Nunca hubiera creído que iba a echar de menos el sucio empapelado textil y la silla grisácea de oficina. Tiene que aprovechar todo el tiempo que pueda si quiere redactar un resumen para después de comer.

«Él... volvió», ha dicho Douglas. Aquello no fue un crimen casual realizado por una persona muy enferma psíquicamente. Fue un crimen llevado a cabo por alguien a quien los Andersson conocían. Quizá alguien a quien Harriet también conoce, si se cree las palabras de Lia. Alguien de Lerviken. Harriet se reclina en la silla. ¿Qué hombres conoce ella en Lerviken? Coge papel y lápiz y abre un bloc de notas. Tony y Kenneth. Apunta los nombres. Tony conocía a los Andersson, tiene antecedentes criminales y su ADN está en el escenario del crimen. También han encontrado ropa y el arma homicida en el registro de su casa. Harriet rodea el nombre de Tony con un círculo. ¿A quién más conoce? Gustav Nyman. Harriet se ríe para sí misma. Gustav Nyman es un viejo flemático que parece que sólo hace lo que quiere su mujer. La única conexión que Harriet ha oído que los Nyman tuvieron con los Andersson fue por una discusión sobre un amarre. Sin embargo, deja a Gustav Nyman en la lista. Por

supuesto, Eugen vive en Lerviken y conoce a los Andersson. Aunque Eugen no tiene nada que ver. Harriet piensa en los amables ojos de su padre y su cuerpo delgado. Es viejo y nunca le ha hecho daño ni a una mosca. Ha hablado de alguien que se llama Niklas, pero Harriet no sabe quién es. Por el contrario, pone en la lista a los Björk, los dueños del restaurante; a Peter, de la tienda, y a los Enquist, de la cafetería. No ha visto a ninguno de ellos con los Andersson. Continúa escribiendo nombres hasta que llega a Paul. Harriet traga saliva. Paul no mataría nunca a nadie. Además, está en Bali, aunque Eugen masculló que lo había visto ayer. La idea de que Paul pudiera estar involucrado hace que se le encoja el estómago. Su hermano no tiene límites y comete muchos excesos, pero es una persona alegre. Claro que también puede enfurecerse si alguien lo provoca. Si sus hijos se pelean o se les cae la leche en la mesa a la hora de comer, les puede gritar hasta que Harriet se va de allí. Cuando eran jóvenes podía desmadrarse, pero eran cosas de juventud que no tenían nada que ver con la violencia ni la crueldad. Tiene que investigar por qué el jersey del Instituto de Spånga estaba en casa de Tony, aunque sabe que su hermano nunca se implicaría en el asesinato. Harriet se estira para alcanzar el bolso, que está en el suelo, y empieza a buscar algo dentro de él. ¿Hay algún caramelo en el fondo? Los dulces la suelen espabilar, pero lo único que encuentra son envoltorios. Vuelve a dejar el bolso donde estaba.

¿Qué motivos habría para matar a Laura y maltratar a Douglas? Lia había dicho que Laura tenía pegados los párpados para que no pudiera cerrarlos. ¿Por qué era importante que mirara cuando pegaban a Douglas? Harriet recuerda a Douglas tumbado en la cama del hospital. La piel casi transparente y amarillenta de su cara, la caja torácica subiendo y bajando al ritmo de la toma de oxígeno. «¿Dónde está la caja?» es lo que le preguntó la persona que lo atacó. Dónde guardaba sus objetos de colección, monedas y oro. ¿Quién sabía que Douglas tenía todo eso? Su vista se queda fija en el nombre de Tony sobre el papel. «Era pesada de cojones», la había tenido que llevar a rastras hasta la casa. Eso había dicho, y parecía irritado. Harriet puede oír su tono de voz inexpresivo y lento del interrogatorio. Suelta el lápiz. «¿Dónde está la caja?» ¿Por qué iba Tony a hacer esa pregunta si ya sabía dónde estaba? Cierra los ojos. La persona que mató a los

Andersson sabía que hacía poco que habían comprado una caja fuerte y lo que había dentro, pero no dónde la guardaban. Despacio, Harriet vuelve a coger el lápiz y tacha en el papel el nombre de Tony.

Harriet enciende el ordenador y abre el archivo con la información del teléfono de Laura. En el archivo hay un esquema que ha hecho Göran con listas de números y contactos a los que han llamado. Harriet tiene la leve impresión de que Göran es vago, pero la carpeta está bien estructurada. En una subcarpeta hay imágenes tomadas con el teléfono. Harriet abre primero el archivo con los contactos. No hay muchos. La biblioteca, el centro de atención médica, el dentista y un bufete de abogados, Juristas de Familia, de Landskrona. Y alguien llamado Nathalie. Harriet apunta el nombre. ¿Nathalie? ¿Podría ser Lia una apócope de Nathalie? No es del todo improbable. Siente que se le acelera el pulso. Coge el móvil y marca el número. Una señal aguda en tres tonos le atraviesa el tímpano.

—El número al que llama no existe.

Harriet baja de nuevo los hombros. Típico. Continúa con la lista de llamadas. Hay un número que el jueves llamó a Laura cuatro veces, la noche antes del asesinato. Harriet lo escribe rápidamente en la web de hitta.se, el buscador nacional de personas y compañías. Es el número de un teléfono fijo, aunque no encuentra nada. Busca en todas las bases sin obtener ningún resultado. Después coge el móvil y llama, pero está ocupado. Harriet suspira y telefonea entonces a Juristas de Familia.

—Bienvenido a Juristas de Familia, estás hablando con Vibeke —responde una alegre muchacha después de tres tonos de llamada.

—Hola, me llamo Harriet y soy investigadora criminal. Tengo una pregunta sobre uno de vuestros clientes por un delito que estamos investigando.

—Tenemos contrato de confidencialidad —contesta Vibeke con rapidez.

—Soy de la policía y estamos investigando un delito contra Laura y Douglas Andersson de Sundgodset. Quisiera hacer unas preguntas, tengo motivos para creer que habían contratado vuestros servicios. —Harriet lo dice con decisión. Como lo hubiera dicho Lisa.

—En tal caso, no os las responderemos —contesta Vibeke con un tono un

poco más seco.

—De acuerdo, lo entiendo —suspira Harriet. Le hace un círculo al número del bufete de abogados que ha escrito en el papel—. Entonces volveré a llamar cuando tenga la orden de registro. Si no está claro si los Andersson eran clientes vuestros, quizá lo mejor sea que pida permiso para confiscar toda vuestra contabilidad de los últimos seis años, todas las carpetas y todos vuestros ordenadores. Esto es importante para nuestra investigación, así que por nuestra parte no hay problema, lo único es que tardaremos más. Como es obvio, estaréis una buena temporada sin vuestras herramientas de trabajo.

La mujer al otro lado de la línea se queda callada.

—¿Llamas de la policía, dices? —Ya no parece tan segura.

—Sí, y estamos hablando de un caso de asesinato.

—Mi jefe es el abogado de Douglas Andersson, quizá podrías hablar directamente con él. Ahora no está en el despacho, pero le pediré que te llame.

—Gracias —responde Harriet—. ¿Tenían los Andersson muchos asuntos con vosotros?

Al otro lado de la línea se hace el silencio.

—Venían a menudo. Por lo menos, este último mes —replica. Después se queda del todo callada, como si se arrepintiera.

—No creo que a tu jefe le parezca mal que hables conmigo. De todas formas, él nos informará de lo que necesitamos saber, pero si te puedo hacer un par de preguntas, eso agilizaría la investigación. Lo que queremos es encontrar cuanto antes a la persona que les ha hecho daño —continúa.

—Es horrible lo que le ha ocurrido a Laura. Tanto Douglas como ella estuvieron aquí unos días antes de que Laura muriera. Me caía bien, era amable. En general no solía venir, esto no está adaptado para las sillas de ruedas.

—¿Qué asuntos tenían? —pregunta Harriet.

—No estoy segura, pero era sobre sus bienes y propiedades —comenta Vibeke. Después se queda callada un momento antes de continuar—. Bueno, no estoy muy segura. Es mejor que le preguntes a mi jefe. Mejor no le digas que te he dicho eso.

Vibeke pide disculpas y acaba la conversación. Harriet suspira. A pesar de

haberla presionado, no ha conseguido sacarle gran cosa.

Sus pensamientos vuelven a Paul. Su hermano ha ido mucho por Lerviken, sabía quiénes eran los Andersson, y en el registro de la casa de Tony han encontrado su jersey. Suerte que está en Bali. Si no, igual lo habría tenido que interrogar. Piensa en la conversación que mantuvo con él hace unos días. Cuando le habló del asesinato parecía afectado de verdad. Después tuvo que colgar porque llegaba Eva-Lena. O al menos eso fue lo que dijo.

Desde entonces no ha vuelto a saber de él, lo cual es raro en Paul. Harriet tiene la sensación de que hay algo que no termina de encajar. ¿Realmente está en Bali? Piensa en aquello tan confuso que dijo Eugen de que se había cruzado con Niklas, un amigo de la infancia de Paul, y éste le había dicho que se iban a ver en Copenhague. ¿Y si su hermano le está mintiendo? Harriet se queda sentada con el teléfono en la mano y la mirada perdida unos segundos antes de sacarse la idea de la cabeza. ¿Por qué le iba a mentir su hermano sobre sus vacaciones al extranjero, y de una forma tan elaborada? Sería una locura.

—¿Vienes? —Patrik asoma la cabeza por la puerta. Harriet lo mira desubicada —. A comer pizza. Pensaba ir ahora, antes de que se llene el restaurante. —Hay cierta calidez en los ojos azules de Patrik. Lleva un polo del mismo tono azul claro que sus vaqueros. El jersey de manga corta se ciñe a sus musculosos brazos y lleva los botones desabrochados. «Lisa, ¿por qué no estás aquí?», piensa Harriet. A Patrik le habría gustado la rubia y encantadora Lisa, que, sin embargo, habla como un marinero. Los chicos como Patrik no suelen mirar a Harriet. Siempre la consideran una simple compañera.

—Claro que sí —responde Harriet mientras coge la chaqueta que ha dejado en el respaldo de la silla y se la pasa por los hombros. De todas formas, no está avanzando nada.

Harriet se da cuenta de que la puerta de Margareta está abierta, y cuando pasan por delante ésta saca la cabeza.

—¿Vais a comer? —pregunta Margareta.

—Sí, hemos pensado ir a la pizzería. —Patrik empuja rápidamente la puerta de cristal de la escalera y se la aguanta a Harriet.

—Os acompaño —avisa Margareta tras ellos.

Harriet y Patrik oyen de inmediato el taconeo de sus zapatos. Patrik mira con cara de complicidad a Harriet. Margareta ha estado de muy mal humor toda la mañana. Le preocupa la filtración a la prensa. Además, está tan obsesionada con que el crimen se aclare que se la suda si encuentran a la persona correcta. Pasarse una comida entera a su lado va a poner a Harriet de los nervios.

—¡Qué bien! —exclama Patrik aguantando la puerta también a su jefa.

Margareta se aprieta el cinturón de la gabardina negra cuando pasa. Su delgada figura hace que parezca un espantapájaros. En la recepción, Patrik se

inclina sobre el mostrador para llamar la atención de Lena. La joven da un respingo, hace desaparecer el juego del solitario de la pantalla y le lanza a Patrik una mirada avergonzada. Harriet se da cuenta de que se pone colorada, aunque haya vuelto la cabeza.

—Harriet y yo vamos a comer pizza. ¿Te apetece venir? —pregunta.

—Sólo tengo media hora para comer —responde Lena enseguida, y pone mala cara—. Ya lo sabes, me lo preguntas cada día —añade mirando a Harriet de reajo.

Patrik se echa a reír.

—Se hace la dura —explica cuando salen fuera. Baja la voz para que sólo lo oiga Harriet—. En la fiesta de Navidad era harina de otro costal.

—Me cuesta creerlo, pero a lo mejor estabas borracho, en cuyo caso uno suele perder la noción de sí mismo —responde Harriet.

Es difícil relacionarse con Patrik. Machito como los tontos de último curso que tiraban palomitas de maíz en el baile final o que colaban un espejito por debajo de la puerta de los vestuarios de las chicas para espiar. Pero si Harriet va a comer con él es porque, a pesar de todo, parece buen chico. Es alegre y la ayuda a relajarse.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta Margareta, que ya se ha adelantado y está cruzando la calle hacia el restaurante.

Harriet y Patrik la siguen. Las grandes ventanas de la pizzería se ven oscuras a contraluz. Parece incongruente entrar en el anodino local cuando fuera hace sol. Margareta se sienta en uno de los apartados, en un rincón bien adentro, bajo un cuadro que representa una callejuela italiana. Harriet se instala a su lado, frente a Patrik.

—Yo quiero una Vesubio —le dice Margareta al camarero que está junto a la mesa.

Cuando Harriet aspira el aroma a queso fundido y albahaca que viene desde el horno abierto tras el mostrador, siente que el estómago le gruñe. No ha comido nada en todo el día.

—Yo una caprichosa... No, no, mejor una calzone —dice con énfasis.

Patrik le sonrío y pide una pizza kebab.

—También le habría pedido patatas fritas si entraran en el menú —les comenta él.

—Ya me lo creo, ya —responde Margareta.

—Hoy pensaba irme después de la reunión —anuncia Patrik—. Necesito hablar otra vez con los vecinos del restaurante del puerto sobre lo del viernes por la noche. Por lo visto, han llamado porque tenían algo más que explicar. Aunque no creo que sea importante. Es curioso que siempre haya personas que, de pronto, recuerden cosas en cuanto ven las noticias de la tele. Creo que se quieren dar importancia. ¿Han conseguido algo Elias y Rakel tras la visita a la familia de Kenneth? ¿No deberíamos poner más recursos en eso?

—No deberíamos discutirlo aquí —dice Margareta.

Harriet mira a su alrededor. El restaurante está casi vacío, a excepción de un hombre mayor que, al otro lado del local, se está tomando una cerveza, y dos hombres vestidos de azul, es decir, policías, que están esperando para pagar.

—¿Hay alguien escuchando? —pregunta Patrik—. A mí me parece que deberíamos investigar el Volvo blanco que Kenneth también mencionó en el interrogatorio. ¿No habremos descartado esa prueba?

—El cuchillo, el ADN, el haber visto a Tony trepar para entrar en la casa... Tenemos suficientes pruebas para la detención —informa Margareta.

Patrik apoya los codos en la mesa y cruza los dedos.

—Sí, es verdad, pero justo por eso: ¿no habremos descartado los otros hilos que teníamos para tirar en el caso?

Patrik tampoco está tan seguro de que Tony sea el culpable. A Harriet le gusta que el Volvo salga de nuevo a colación en la discusión. Por supuesto que no van a dejar de lado esa vía.

—Kenneth vio unas perneras, nunca dijo que viera a Tony —responde Harriet buscando el asentimiento de Patrik—. He repasado el teléfono de Laura y me he puesto a llamar a los contactos que hay en su lista. Los Andersson, sobre todo Douglas, eran clientes de Juristas de Familia. Por algo relacionado con sus propiedades. A lo mejor no lleva a nada, pero su abogado en Juristas de Familia me telefoneará.

Margareta levanta un dedo y Harriet se calla.

—Señoras y señores, por aquí vienen unas pizzas —dice una voz tras ellos. No es el camarero que ha tomado nota de su pedido, sino el hombre con delantal blanco con el que Harriet fumó a escondidas en el patio de atrás.

Harriet se ruboriza y lo saluda con la cabeza.

—Vaya, hola, señorita, al final te has traído a tus compañeros. A partir de ahora os haremos descuento en mi restaurante. ¡Que aproveche! —les dice con una amplia sonrisa.

«Que no se le ocurra mencionar el tabaco», piensa Harriet.

—¡Vaya, qué detalle!, un descuento a los de azul —exclama Patrik cuando se va el hombre—. Nunca nos lo habían hecho. Sólo porque estás tú —dice guiñándole el ojo a Harriet.

Patrik lleva la conversación hacia los lugares donde le suelen hacer descuento a él. Después se levanta y va a buscar ensalada de col blanca para todos mientras le pasa su vaso de Coca-Cola a Harriet, quien ya tiene el suyo a medias.

—Sólo los críos se beben el refresco antes de comer —le dice para picarla cuando le da el vaso.

Después de haber quitado los cantos con cuidado, Margareta come a bocados pequeños, esforzándose por ingerir una tercera parte de la pizza.

—¿No está buena? —pregunta el dueño de la pizzería cuando vuelve a buscar los platos.

—Sí, sí, pero es que no como mucho —se excusa Margareta.

Harriet mira el plato vacío que tiene delante. Su pizza ha desaparecido a la misma velocidad que la Coca-Cola.

—Es que no he desayunado —se explica.

—¿Café? Yo lo voy a buscar —se ofrece Patrik levantándose de la mesa para ir hasta el mostrador, donde hay una placa eléctrica con dos jarras llenas de café y tazas blancas amontonadas y en fila. Mientras, Margareta saca el teléfono. Está claro que su jefa no quiere hablar con ella. Unos minutos más tarde, Patrik vuelve y pone tres tazas humeantes y un plato de galletas de avena sobre la mesa.

—¿Qué mierda es ésta? —suelta Margareta.

—¿Qué, es que lo tomas solo? —responde Patrik.

Parecía que las preferencias de Margareta con respecto al café no se le habían pasado por alto a nadie de la comisaría.

—No el café, el titular. —Margareta les muestra el teléfono—. «A la caza de un psicópata.»

Las letras ocupan toda la pantalla, y en la parte superior que ha abierto Margareta aparece un texto progresivo.

—¿Quién cojones está filtrando información a la prensa? Es la segunda vez —dice muy seria—. Son estas cosas las que hacen que no quiera que habléis sin cuidado y en cualquier sitio del caso.

Patrik la funde con la mirada.

—Está clarísimo que no es ninguno de nosotros. ¿Crees que pondríamos en riesgo el caso? —replica.

—Tendré que hablarlo con Konrad cuando venga —continúa Margareta.

—En serio, aparte de nosotros hay más gente que tiene acceso al material. Eso del psicópata ni siquiera necesita tener fundamentos. Cualquiera al que hayamos interrogado puede haber llamado al *Aftonbladet*. Eso no se puede controlar —apunta Patrik con el mismo tono de voz.

Margareta no responde, pero bebe un sorbo de café mientras Harriet observa a Patrik. Parece tranquilo, con esa facultad que Harriet tantas veces ha deseado. No se toma las cosas a pecho.

—A lo mejor deberíamos irnos —dice él acabándose deprisa su café.

Se levanta y se pone la gabardina. La taza de Harriet está medio llena, pero le da igual. No quiere quedarse. Pagan y después echan a andar en silencio hacia la comisaría. El sol de finales de verano los obliga a parpadear al salir de la oscura pizzería, y sus ojos tardan unos segundos en adaptarse. Harriet aminora el paso cuando llegan a recepción para que Margareta entre antes y así poder intercambiar con tranquilidad unas palabras con Patrik. La estrategia no le funciona.

—Harriet, pasa un momento por mi despacho —ordena Margareta.

—Voy.

Cuando entran, Margareta cierra enseguida la puerta. Harriet aparta una americana que está en el sofá y se sienta.

—Antes de que venga Konrad hoy, hay una cosa de la que debemos hablar — empieza diciendo Margareta a la vez que se sienta enfrente de Harriet cruzando las piernas—. Konrad tiene que decidir si detenemos a Tony.

Harriet asiente.

—Quizá creas que no te he escuchado a lo largo del día, pero he oído todo lo que habéis dicho Patrik y tú. Tienes un tanto a tu favor, pero personalmente creo que Tony es culpable. Hay muchas pruebas que lo demuestran porque, aunque el móvil quizá no esté claro, se trata de dinero. Las pruebas que tenemos son suficientes. Así que le pienso proponer a Konrad prisión provisional para Tony mientras continuamos con el caso.

Harriet junta las manos en las rodillas para mantenerse tranquila, a la vez que siente que su enojo va en aumento. Margareta ha oído lo que le ha dicho, sin embargo, va a pasarle por encima. Harriet tiene que intentarlo de nuevo para que cambie de opinión.

—He estado considerando lo que Douglas ha dicho hoy. Que el agresor no hacía más que preguntar dónde estaba la caja.

Margareta parece confundida.

—¿En qué estás pensando?

—Douglas ha dicho que el atacante había preguntado dónde estaba la caja. «¿Dónde está la caja?», ha dicho. Según Tony, fue él quien arrastró la caja fuerte hasta el interior de la casa y la puso en su sitio.

—Ya llegaré a eso. Harriet, antes de que me interrumpas, te he escuchado, pero soy yo quien decide qué le decimos a Konrad. Estoy convencida de que Tony es culpable, y es lo que le voy a comunicar. Si tienes otra opinión, prefiero que te la guardes para ti en la reunión de hoy. ¿Lo has entendido? —Margareta hace una pausa teatral antes de continuar—. Ante Konrad mostramos un frente unido. Las especulaciones y las teorías propias las dejamos fuera de la reunión. Lo que cuentan son los hechos. También es cuestión de profesionalidad no dejar ver las luchas internas —añade.

Harriet abre mucho los ojos. ¿Qué cojones le está diciendo Margareta? ¿Tiene que mantener la boca cerrada delante de Konrad, con todo lo que sabe? ¿Quiere interrumpir el trabajo de las líneas alternativas? Es de locos.

—No. Eso está mal. Konrad tiene derecho a saber cómo están las cosas y formarse él mismo una opinión —exclama.

Margareta frunce su boca rodeada de pequeñas arrugas.

—Soy yo quien lo decide.

Harriet se levanta de prisa y tira el bloc sobre la mesa.

—Y estás tomando una decisión equivocada. Lo único que quieres es cerrar el caso cuanto antes, porque tienes miedo de que alguien se entrometa. Este caso debería ser tratado a nivel nacional. Un brutal asesinato y un testigo menor de edad al que han quitado de en medio. Todos los recursos deberían estar puestos en esto, pero estamos solos. Y me parece que no te importa.

La mirada de Margareta es de color plomo.

—No eres bienvenida a la reunión, puesto que no estás en absoluto del mismo lado que los demás —replica Margareta con calma, y luego señala la puerta.

Harriet se levanta, pero evita los ojos de Margareta al salir del despacho.

Lo que más le gustaría es que se la tragara la tierra. Göran asoma la cabeza desde su oficina y la mira curioso. Tiene su despacho al lado del de Margareta y se ve que ha estado escuchando la conversación. Viejo capullo. «Seguro que ha estado todo el rato con un vaso pegado a la pared y la sonrisa en la cara», piensa. Harriet hace como que no lo ve y se dirige a su propio despacho. Enseguida oye los pasos de Göran a su espalda. Acelera y cierra la puerta, como suele hacer Margareta. Lo último que quiere desea es hablar con él. Quizá debería llamar a su antiguo jefe. Lo que más le gustaría sería poder llamar a su puerta, sentarse en la silla frente a su escritorio y encontrarse con su amable mirada de cuando le preguntaba en qué la podía ayudar. Después, desearía oír su voz tranquila diciéndole que la necesitan en Estocolmo, que hay un puesto libre para ella cuando vaya y que todo volverá a ser como antes.

Saca el móvil y lo pone en la mesa que tiene delante. Estaría bien poder ventilarlo todo, pero tiene que solucionarlo ella sola, y la única manera es obteniendo pruebas que contradigan a Margareta.

—¿Ha pasado algo? —inquire Göran tras abrir la puerta.

Harriet niega con la cabeza. Este hombre no se entera. Harriet ha dejado bien claro que no quiere que la molesten.

—Se pueden tener opiniones distintas, pero lo principal es que el caso se aclare. Yo soy de la opinión de que los recursos de la investigación no se pueden retirar de ningún modo aunque las pruebas sean buenas. Y no siempre pido permiso —añade con una sonrisita maliciosa—. Todas las dudas en torno a las circunstancias y los escenarios alternativos deben ser resueltas, pero nuestra jefa quiere que vayamos deprisa.

Harriet lo mira confundida.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Quiero decir que el que ha hecho esto está enfermo. Volverá a ocurrir si no le paramos los pies. Aunque hay una cosa que no entiendo. Resulta muy pesado cargar con un cuerpo y una caja fuerte. ¿Por qué se esforzó en llevar a Laura hasta el granero y tirar a Douglas en el contenedor? ¿Por qué no dejar los cuerpos en la sala de estar si al autor de los hechos no le preocupa que los encuentren?

—Yo tampoco lo entiendo, pero cada vez que aporto un nuevo móvil Margareta me corta.

—Olvídate de los móviles y céntrate en los hechos —replica él.

—Es como si intentara hacerme callar. Se piensa que soy imbécil y que no entiendo nada porque no soy policía —continúa—. Pero yo no creo que haya sido Tony.

Göran sonríe.

—Si quieres que te dé un consejo, olvídate de ella y piensa más en por qué nos hemos obcecado en que se trata de una persona en concreto. Al menos eso es lo que yo hago.

Se despide con un gesto de la cabeza y desaparece.

Harriet se reclina en la silla y enciende el ordenador. No entiende a Göran. ¿Quiere ayudarla o sólo está buscando algún tipo de confirmación? En cualquier caso, piensa hacer lo que le ha sugerido: pasar de lo que diga Margareta y continuar en su línea. Su mirada se posa sobre el número de teléfono de Laura que ha anotado en el bloc. No ha terminado con la lista.

Toma el móvil y vuelve a llamar al que primero estaba ocupado. Ahora sí que suena. El pulso, que ya se le había normalizado, se le vuelve a acelerar. Desde aquel número se había llamado al teléfono de Laura varias veces a lo largo de la tarde y de la noche del jueves. Es decir, es de alguien que tenía interés en hablar con ella un día antes de que la asesinaran.

Se oye un chasquido y alguien se aclara la voz al otro lado de la línea.

—Yvonne Ohlsson.

Harriet se sorprende tanto que cuelga de golpe. Se queda sentada con el móvil en la mano. Yvonne. ¿Es la que ha estado llamando a Laura? ¿Por qué no se lo ha dicho? ¿O a Elias y Rakel cuando fueron a Lerviken? Harriet sabe que estuvieron hablando con ella. También recuerda perfectamente la primera cena en casa de Eugen. Yvonne habló de Tony, pero no comentó casi nada del matrimonio Andersson. Ni siquiera cuando Harriet le preguntó. A juzgar por lo que dijo, daba la impresión de que no mantenían ningún contacto. Cuanto más lo piensa, más extraño le parece.

Presiona la tecla de volver a llamar.

—Hola, soy Yvonne. —Su voz delata que está un poco irritada—. ¿Con quién hablo?

—Hola, soy Harriet.

—Harriet, bonita, ¿has llamado tú hace un momento? —pregunta con voz más suave—. Si quieres saber cómo está Eugen, te diré que no lo he visto, ni a él ni a *Kato*, en todo el día.

A Harriet se le encoge el estómago. Es normal que Yvonne crea que la llama para saber cómo está Eugen. Quizá debería interesarse por él. Eugen aún no se había despertado cuando Harriet se ha ido de casa, y no ha hablado con él en todo el día.

—Gracias, muy bien. Así no necesito preocuparme —responde con rapidez.

—No, aunque al final te acabas preocupando igualmente, al menos yo. Siempre —replica Yvonne—. Pero ya te llamaría si pasara algo. Por lo general, estoy por aquí. ¿Qué es eso que suele decir Eugen? Que no entiende cómo puedo controlarlos a todos —dice, echándose a reír.

—Ahora que dices eso... ¿Conocías a Laura? ¿Verdad que solías hablar con ella?

—No mucho. Laura era una buena mujer. La iba a ver de vez en cuando y ella venía a la peluquería alguna que otra vez, pero no puedo decir que hablara con ella a menudo.

—¿Era alguien a quien telefonarías en alguna ocasión? —continúa Harriet, esforzándose en preguntar de forma natural.

Yvonne ríe nerviosa.

—¿Por qué la iba a llamar? No teníamos mucho en común. —La voz de Yvonne se endurece.

—No, claro —responde rápida Harriet—. Sólo preguntaba.

Después de colgar, Harriet mira fijamente el papel donde ha anotado el teléfono de Yvonne. ¿Por qué miente? Harriet sabe que Yvonne llamó a Laura cuatro veces en un mismo día, y fue justo antes de que ésta muriera. Si lo piensa bien, no recuerda haber visto nunca a Laura e Yvonne juntas, y es cierto que no parecía que tuvieran mucho en común. Sin embargo, algo importante querría decirle Yvonne si la llamó varias veces el jueves. «Algo que no me quiere explicar ni a mí ni a mis compañeros», piensa Harriet, y vuelve a coger el móvil. Busca entre sus contactos hasta que encuentra lo que quiere.

—Departamento de Informática —responde una alegre voz al otro lado—. Estás hablando con Håkan.

Harriet se estira y abre el informe.

—Hola, me llamo Harriet y soy investigadora en la región sur. Necesito que me ayudes con una cosa. Es una lista de teléfonos. Ya tenemos una orden en la investigación —le explica, con la esperanza de que Håkan, el informático, no vaya más allá en las formalidades—. Necesitaría una lista de llamadas de un número. Quisiera ver el tráfico durante..., digamos..., los últimos tres meses.

—Claro que sí. Lo busco de inmediato —responde Håkan—. ¿Qué número es?

Harriet lee despacio los números que tiene delante. Se siente extraña al tener que pedir la lista de llamadas de Yvonne, pero su vecina está mintiendo y Harriet quiere estar segura de eso antes de enfrentarse a ella.

—Te lo paso por correo electrónico —contesta el técnico informático.

Parece muy ágil. Harriet puede oír cómo suena el teclado. Cuando cuelgan, oye el tintineo de aviso de su buzón de entrada. Ha hecho la lista directamente. Abre el archivo y se echa hacia atrás. El tráfico del teléfono de Yvonne es enorme, y necesitará ayuda para analizarlo, pero echa un vistazo rápido por la pantalla para ver la combinación de cifras. Se da cuenta de que aparece un mismo número muchas veces, tanto en llamadas de salida como de entrada, a lo

largo de los últimos meses. Se acerca a la pantalla para enfocar mejor. Reconoce el número, pero hasta que no lo lee en voz alta para sí misma no se percata de cuál es. Ella también ha llamado a ese número varias veces en la última semana. En especial, en los últimos días.

Es el número de Paul. Yvonne lo llamó por última vez hace dos días.

Cuenta hacia atrás y vuelve a mirar el horario. Hubo una llamada pocas horas después de haber encontrado a Kenneth. A las tres y veinte de la madrugada. Harriet cierra los ojos y trata de recordar. En ese momento, Eugen y ella salían de la cocina de Yvonne. Lo sabe, ya que se fijó en la hora cuando volvían a casa. ¿Por qué llamó Yvonne a Paul? En todo caso, en la cocina ella mintió. Harriet recuerda que Yvonne no dijo ni una sola palabra cuando Eugen preguntó por Paul.

Vuelve a sonar el buzón de entrada. Es un email de Göran.

«Konrad está aquí y nos reunimos todos en la sala de investigación», pone la nota. El email va dirigido a todos los del equipo, pero Harriet sabe que ella no tendría que haberlo recibido, y, aunque pudiera ir a la reunión, ya no tiene ganas de quedarse. Coge con brusquedad su chupa y el móvil y abandona la comisaría.

El Saab suelta un rugido al incorporarse a la carretera, y los tejados de Landskrona se convierten en un puntito en el espejo retrovisor. Seguro que ahora están muy tranquilos informando a Konrad con medias verdades a pesar de que la investigación apenas acaba de empezar. Harriet baja la ventanilla y tatea con la mano en el asiento de atrás en busca del bolso. Consigue encontrar el paquete e intenta sacar un cigarrillo con la mano derecha sin apartar la vista del asfalto.

Hoy no le sale nada bien. Yvonne miente y Paul no le coge el teléfono. Pero ¿por qué él sí llama a Yvonne y por qué su vecina telefoneó a Paul a las tres de la madrugada? ¿Y por qué miente Yvonne respecto a Laura?

Harriet mira el móvil de reojo, que se encuentra en el asiento del copiloto. Ella ha llamado a Paul por lo menos diez veces y no le ha contestado. Presiona el acelerador y el Saab se desliza a toda velocidad, rozando los cien kilómetros por hora. Sólo son las cuatro y media y no quiere ir a casa estando de mal humor. Seguro que a estas horas Eugen e Yvonne están tomando el café de la tarde, y Harriet necesita concentrarse antes de verse con Yvonne, así que toma el desvío que indica Henrikehill. El hotel dispone de sillones cómodos en el bar que invitan a hacer la pausa que necesita. No reduce la marcha hasta llegar a la avenida que conduce al castillo. Aparca el Saab junto a la pista de tenis.

Nota que el pulso se le va calmando cuando entra en el bar agradable y tenuemente iluminado del hotel.

—Una Coca-Cola Zero, por favor —le pide al barman. Es el mismo hombre de otras veces, con el mismo chaleco de color burdeos.

—Ahora te la sirvo, siéntate mientras tanto —le responde con una sonrisa.

Harriet se sienta a la mesa más cercana a la barra, se quita la chaqueta y pone el bolso en la silla de al lado. Se le cae y la mitad del contenido del bolso acaba

en el suelo. La botella de perfume, un envoltorio vacío de dulces de almendra, las llaves del coche y unos cuantos tampones. Mira a su alrededor. En el sillón situado junto a la chimenea hay un hombre sentado de unos cuarenta años y vestido con traje negro. La mira y una sonrisa aparece en sus labios. Tiene el pelo castaño y denso, peinado con raya a un lado, y lleva un pañuelo perfectamente doblado en el bolsillo de la americana, a juego con la corbata. «Un hombre de negocios de algún tipo», piensa Harriet, y se agacha de prisa a recoger el contenido del bolso. Cuando mira hacia arriba, el barman está delante de ella con un vaso de Coca-Cola y un cuenco con hielo.

—Gracias.

Harriet va echando cubitos en el vaso hasta que la bebida casi rebosa, por lo que tiene que inclinarse para tomar un sorbo y salvar la situación. Le gusta así de fría. Después saca el móvil y se reclina en el sillón. Contempla de reojo al hombre de negocios que está junto al fuego. Sigue observándola. Sus miradas se encuentran y Harriet aparta la suya con rapidez. No quiere que la observen y necesita pensar en lo que está haciendo. Se oye un crujido donde está el hombre. Ha cogido un periódico y parece estar sumido en la lectura de algún artículo. Harriet se moja los labios en la Coca-Cola y empieza a intercambiar mensajes con Lisa. Le gustaría llamarla, necesita sacarse de dentro todo lo que siente, pero no con el hombre del traje escuchando.

Harriet: ¿Estás ahí?

El mensaje apenas acaba de salir y su amiga ya le responde.

Lisa: Siempre.

Harriet se siente reconfortada. Es una de las mil cosas que adora de Lisa. Siempre está ahí.

Harriet: Hoy la bruja me ha puesto
negra. Todo es una mierda. Ahora mismo estoy sola, sentada en
el bar de un hotel.
No quería quedarme en el trabajo
y no quiero irme a casa.

Otro pling. En la pantalla aparece un corazón rojo seguido de otro mensaje.

Lisa: ¿Adivina qué estoy haciendo?

Harriet sonríe. Nunca se puede adivinar lo que est a haciendo Lisa.

Lisa: Vuelvo a repasar su teléfono. Se lo ha dejado en la silla. Se ha ido a entrenar.

«Típico», piensa Harriet. En realidad, le debería decir a Lisa que escondiera un poco las uñas. A veces, sus celos tienden a pasarse de la raya. Le replica:

Harriet:  Est s mal de la cabeza?

Lisa sería mucho mejor investigadora que ella. Harriet no conoce a nadie que sea más desinhibida.

Lisa: Es que he tenido una corazonada. Ya sabes, siempre est  fuera, y en los últimos días lo han llamado bastante al móvil. Cuando contesta al teléfono se va a otra habitación. Por lo demás, parece que tenga una vida de lo más aburrida. Hombres, ya sabes, no tienen amigos de verdad.

Harriet no puede aguantarse la risa.

—Aquí tienes —le dice una voz a su lado. Harriet baja el teléfono y alza la vista. El barman está delante de ella con una copa de Martini con algo que parece un daiquiri de fresa.

—Yo no lo he pedido —replica Harriet—. Tengo bastante con la Coca-Cola.

—Es de parte del caballero de all  —dice señalando con la cabeza hacia la chimenea.

Harriet se vuelve. El hombre del traje deja el periódico y se levanta. Harriet no sabe exactamente hacia dónde mirar.  Piensa venir a hablar con ella?  Acaba de aceptar su invitación?

El barman se retira rápidamente hacia la barra.

—Cuando te he visto entrar me ha parecido que necesitabas algo más fuerte y frívolo. No he podido evitar fijarme en ti —dice el hombre, que ahora está frente a ella.

Harriet siente que se ruboriza. No sabe qué contestarle. Nunca le ha ocurrido

que alguien empiece una conversación con ella invitándola a una copa.

—Gracias —profiere por fin, y levanta la copa hacia él. No pensaba tomar nada más, pero cree que sería descortés si no lo aceptara. Y ahora ya es tarde.

—Destacas en la multitud, no le pasa a todo el mundo —comenta él en broma.

Aparte del barman, están solos en el bar del hotel, y Harriet se echa a reír. Sus ojos son afables, aunque no es en absoluto el tipo de hombre con el que ella se pondría a charlar.

—Sí, sobresalgo —responde.

En cualquier caso, parece que tiene sentido del humor. Por su forma de bromear, Harriet cree que puede tener unos cuarenta y cinco años. El móvil vuelve a tintinear en la mesa.

—No era mi intención molestar. Veo que estás ocupada —continúa él, disculpándose, y vuelve a la esquina del sofá.

«Cortés y nada entrometido», piensa Harriet cogiendo el móvil.

Lisa: Los hombres son un asco.

Lee en la pantalla.

Harriet: Un hombre acaba de acercarse a mí y me ha invitado a un cóctel. Es extraño porque estamos solos en el bar.

Harriet envía el mensaje. Lisa tiene que tener alguna respuesta para lo que debe hacer.

Pasa un segundo hasta que hace de nuevo pling.

Lisa: ¿Está bueno?

Harriet mira de reojo hacia el fuego. Es alto y fibroso, tiene la nariz recta y los ojos azules. Guapo no es la palabra que ella usaría para describirlo, pero sí es muy atractivo. Cuando levanta la vista nota que él la está observando sin disimulo. Seguro que intuye que está enviando mensajes sobre él.

Harriet: Más bien es atractivo. Seguro que quince años mayor que yo. Trajeado, y habla como un adulto. Pero tiene

Pling de nuevo al instante. Harriet silencia el teléfono y mira el mensaje.

Lisa: Oh, pero si a ti te encantan esos tipos. Ya puedes ir corriendo a hablar con él.

Harriet sonríe. Lisa se ha sacado eso de la manga sólo porque no le gustan los mismos tipos que le gustan a ella. Georgos, el único amor verdadero de Harriet, no era para nada un hombre de negocios vestido con traje, pero tampoco era como esos tipos musculosos y machotes con los que le agrada quedar a Lisa. Georgos iba con vaqueros y zapatillas de deporte. Harriet sabe exactamente lo que le gustaba de él. Cuando la miraba era como si no hubiera nadie más. Ni Lisa ni el resto del mundo que la rodeaba. Quería saberlo todo de ella y parecía que adoraba sus peculiaridades. Si la hubiera visto cuando se le ca a el bolso, como le pasó cuando había entrado en el bar, se habría echado a reír y habría suspirado de forma exagerada, pero Harriet habría sabido que sólo con eso le gustaba aún más a él. Con Georgos nunca quiso ser otra. Aunque él estuviera casado con otra mujer. Desde que desapareció, Harriet siempre ha comparado con Georgos a todos los hombres que ha conocido, y nunca se ha topado con nadie que le hiciera sombra.

En la pantalla aparece un nuevo mensaje de Lisa.

Lisa: S  lo que piensas, pero vete a decirle hola, es lo que yo suelo hacer. Luego todo fluye.

No siempre. Harriet recuerda una vez en que Lisa, desesperada, le envió un mensaje desde un armario. El hombre tan encantador tenía una mujer bastante menos encantadora que de pronto metió la llave en la cerradura, y Lisa tuvo que buscar corriendo un escondite, donde termin  pasando la noche.

Claro que puede ir a saludar. Mete el teléfono en el bolso, coge la copa de Martini y se acerca al fuego. No sabe si es el alcohol, los mensajes de Lisa o las secuelas del enojo del día, pero siente que no tiene nada que perder.

—Hola de nuevo —dice sentándose en un sill n que hay enfrente.

 l mira hacia arriba.

—Gracias por la invitación, no quería molestar, pero de alguna manera tú también destacas en la multitud.

—¿Sueles venir por aquí? —le pregunta él sonriendo.

—Vivo en un pueblo un poco más allá —contesta Harriet.

—Pues yo no —responde el hombre—. Estoy aquí por trabajo.

—Se nota... —Harriet observa el vaso vacío de whisky que hay al lado del periódico. Es imposible adivinar a qué se dedica, pero parece determinado y ha tenido que beber rápido.

—¿Y tú?

—Yo he tenido un mal día. Me he enfadado con mi jefa, no le caigo bien. Es mi excusa —replica Harriet, toma un buen trago y levanta la copa hacia él a modo de brindis. Tendrá que ir andando a casa y dejar el coche aquí.

—Se me hace raro, por la forma en que has entrado —responde el hombre sonriéndole—. Cuéntame más.

Quizá sea el tono medio irónico, combinado con sus alegres ojos, o el hecho de que parece que le guste su torpeza, pero le recuerda un poco a Georgos. No por el aspecto, pero sí en las formas. Transmite una especie de calidez que Harriet lleva tiempo sin sentir y que hace que se arregle el top y se ponga el pelo por detrás de la oreja antes de empezar a hablar.

El hombre le hace una señal al barman y pide un whisky sour para cada uno antes de que Harriet pueda impedirlo. Todavía le queda medio daiquiri y sabe que se emborrachará si se toma otra copa.

El hombre la escucha con atención cuando habla. Harriet, de modo consciente, evita decir dónde trabaja; no quiere que la conversación ineludiblemente se desvíe hacia los asesinatos. Por el contrario, le explica que tiene un nuevo empleo, cómo se comporta su jefa y los esfuerzos que ha hecho para integrarse en el grupo.

—Pero es como si no confiara en mí. Le parece que mis estudios y mi experiencia no son los adecuados, aunque no tengan demasiada relevancia para lo que hacemos, y no me deja demostrar lo que sé hacer —dice de forma rápida.

—Entonces ¿por qué quieres estar en un sitio donde no estás a gusto y donde ni siquiera te valoran? —pregunta él al final.

Harriet se queda callada. Ha intentado evitar plantearse esa misma pregunta en los últimos días, pero, si es totalmente sincera, la respuesta incluye también a Eugen. Porque quiere estar cerca si le pasa algo. Aunque no le parece bien empezar a hablar con un forastero sobre su intranquilidad por tener un padre mayor y que tal vez esté muy enfermo. Además, la calidez que emana aquel hombre y la mirada casi fascinante de sus ojos se podría esfumar. Lo sabe.

—No sé —responde, dándose cuenta de lo triste que parece.

—Ni siquiera imagino en qué trabajas —admite él, y arquea las cejas de forma exagerada, como si la estudiara detenidamente. Harriet se echa a reír.

—Soy funcionaria. Se puede decir que casi no hago otra cosa que repasar archivos y cifras en diversos programas informáticos. —Piensa en las listas de teléfonos y archivos repasados durante el día.

—¿Auditora? —le pregunta él, y parece que se vaya a poner a reír de un momento a otro—. Aunque con el descuido de tu bolso habría apostado por cualquier otra cosa.

Harriet nota que se ruboriza de nuevo. Es atractivo, pero es mucho más fácil hablar con él de lo que había creído al principio. A pesar de ser mayor que ella y de tener un estilo sofisticado, parece abierto de miras, y cuando la conversación fluye hacia las películas que les gustan, viajes que desearían hacer y comida que nunca comerían, descubren que tienen las mismas preferencias. Hasta que el cielo sobre el estrecho no empieza a oscurecer y hay seis vasos vacíos sobre la mesa, Harriet no se percata de que han estado un buen rato hablando.

—¿Quieres cenar conmigo? He oído que aquí tienen las mejores hamburguesas del mundo —dice él de pronto.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta Harriet riéndose. Ni siquiera sabía que sirvieran comida, pero realmente debería ingerir algo. Ha tomado mucho más alcohol del que pensaba.

—El barman, como es natural. Pero podríamos probar.

—¿Tienes nombre? —pregunta Harriet, dándose cuenta de que aún no se lo ha dicho—. No puedo cenar contigo si no sé cómo te llamas. Es una regla básica que tengo.

El hombre vuelve a observarla. Es como si conscientemente hiciera una pausa

para ver si ella se ruboriza cuando surge el silencio. No deja de mirarla.

—Rikard —dice al final.

—Yo me llamo Harriet.

Rikard pide hamburguesas y una botella de Borgoña antes de que Harriet pueda impedírselo y se instalan en la terraza. En verdad, esa parte del restaurante no está abierta, pero el barman asiente con la cabeza cuando Rikard le pide sentarse fuera. La vista es fantástica. El estrecho aparece ante ellos liso y brillante como un espejo, y conversan sobre el lugar y los barcos que pasan.

—Y bien, ¿quién eres, Harriet? Sé que vives en Lerviken, tienes una jefa estúpida y eres una mujer de cifras, a pesar de parecer un poco descuidada. — Con la cabeza señala el bolso que ella ha dejado en una silla vacía—. Pero, en realidad, ¿qué haces aquí?

—No soy de aquí —explica Harriet tomando un sorbo de vino—. He acabado aquí debido a mi triste trabajo.

—¿Estás soltera? —pregunta Rikard inclinando la cabeza hacia un lado.

Por segunda vez, Harriet siente el rubor y responde con un sí bastante agudo.

—Es difícil de creer. Eres muy guapa.

Harriet no sabe dónde mirar. Rikard va al grano. Nunca le ha sido fácil aceptar un cumplido, y no se suele sentir bonita.

—Gracias. Tengo que ir al baño —logra decir, y se levanta de la mesa.

Cuando entra en los servicios, ve que tiene el pelo revuelto y que el rímel se le ha corrido bajo un ojo. Sin embargo, tiene las mejillas sonrosadas y el top le queda bien. Abre el grifo e intenta arreglarse los rizos con un poco de agua. Se le moja la tirita de la mano y se la quita. Así también evita posibles preguntas sobre el tema. Se le ha curado la herida. ¿Qué está haciendo? Está borracha y cenando con un hombre al que no conoce. La cabeza le da vueltas cuando saca el teléfono. Escribe varias veces mal antes de mandar el mensaje a Lisa.

Harriet: Dios mío, ese hombre, estoy cenando con él. Parece que esté interesado. Tiene estilo. Tiene una bonita forma de...

Harriet envía el mensaje sin querer. Se echa un último vistazo en el espejo. Tiene que salir; si no sería raro.

—¿Te has duchado? ¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Rikard cuando vuelve.

Harriet se coloca los rizos mojados tras la oreja. El agua le gotea sobre el top. Apenas se ha sentado cuando el barman aparece para retirar los platos.

—Ponlo en la cuenta de mi habitación —dice Rikard sonriéndole a ella.

Harriet niega con la cabeza. Eugen no los ha educado así, ni a Paul ni a ella. «No dejes nunca que te inviten a nada», solía decir, y Harriet siempre ha vivido bajo ese principio: arreglárselas sola. A diferencia de Lisa, nunca le ha gustado que los chicos en el bar la invitaran. Sin embargo, ha aceptado lo que Rikard ha pedido a lo largo de la tarde sin pestañear, y ahora quiere invitarla a cenar.

—No, no vas a pagar la cena —logra decir Harriet de prisa alargando el brazo para coger el bolso y revolviendo en su interior para encontrar una tarjeta.

—Yo he propuesto lo de las hamburguesas. Pago yo —contesta él riéndose.

Es violento empezar a pelearse por quién paga la cuenta, pero si lo hace, quizá piense que ella se queda sólo porque ha pagado.

Le gusta hablar con él. Si lo piensa, es la mejor cena que ha tenido desde hace mucho. Se ha acabado demasiado rápido. Tiene que pensar en algo.

—Pues entonces yo invito al postre —propone.

Rikard coge la cuenta que el barman ha dejado sobre la mesa. La ojea sin mirar y después la deja de nuevo.

—Ya he decidido qué quiero de postre.

—Perfecto, yo lo llamo —dice Harriet echando un vistazo hacia el bar.

Rikard le pone una mano sobre la suya.

—No, él no tiene por qué estar presente. He pensado que podríamos subir a mi habitación.

«Me muero», piensa Harriet. Nunca ha conocido a nadie que fuera tan directo. La salva el móvil, que ha puesto a su lado sobre la mesa y que empieza a parpadear. Retira la mano. De forma discreta lee la respuesta de Lisa:

Lisa: *Go girl!* Me enfadaré contigo si no aprovechas la ocasión.

Harriet se vuelve hacia Rikard.

—Voy a pedir una botella de champán en el bar —dice sonriéndole.

Lo cierto es que esa noche no necesita más alcohol, pero piensa pasar de todo y hacer algo totalmente irresponsable. Cuando abandonan el bar, siente que Rikard le acaricia la espalda mientras camina delante de él por el pasillo del hotel con una cubitera para el champán en los brazos.

Sábado, 2 de septiembre de 2017

Harriet nunca ha tenido un dolor de cabeza como aquél. Es como si su cerebro estuviera empujando en un intento de salir del cráneo. Abre con cuidado los ojos y se encuentra con un rayo de sol que pasa por la rendija de las cortinas como el filo de un cuchillo. No sabía que el sol podía ser tan afilado en septiembre, pero el castillo está situado en una colina y el rayo llega por el centro de la ventana. La cama donde está tumbada es blanda, y el gran edredón blanco hace frufnú cuando lo aparta hacia un lado. El reloj de la mesita de noche señala las seis y media. Se sienta en el borde de la cama. El suelo está cubierto por una vieja moqueta rosa que le hace cosquillas en los pies. Mira a su alrededor. Sobre la silla, al lado de la cama, está colgado su top. Harriet se lo pone rápidamente.

—Buenos días —la saluda una voz tras ella.

Se da la vuelta veloz.

—¿Habías pensado escaparte sin decir adiós? —Rikard le sonrío.

Harriet se frota los ojos. Lisa se habría ido de inmediato, está segura de ello.

—Me he dormido, si no, no me hubiera quedado.

—Yo también me tengo que levantar —dice Rikard sentándose en la cama. Se apoya en el codo.

Con toda la luz que entra en la habitación, sus ojos parecen de un color azul muy claro. A pesar de que tiene los pelos de punta, está guapo. Harriet busca sus vaqueros, que están tirados detrás de la mesilla. Cuando se los pone, nota el móvil en el bolsillo de atrás y lo saca. La pantalla está llena de llamadas perdidas de Eugen.

—¡Dios mío!, me olvidé de avisar de que no iría a casa —exclama—. Debería haber vuelto. Por lo menos debería haber dicho algo.

—Y yo tengo que ir a trabajar a pesar de ser sábado. Se me presenta un día terrible —advierte Rikard. Es difícil creerlo porque parece muy contento mientras habla.

—No sé de qué trabajas. —Harriet sonrío avergonzada.

—Ayer no parecía importarte demasiado.

Harriet cierra los ojos. Si le explicara a Lisa lo que está pasando, la réplica de Rikard parecería un cliché, pero parece completamente sincero, y a ella le gusta.

—Yo también voy a tener un día duro —informa Harriet.

—Exacto. La jefa loca, al menos de eso me acuerdo. Pero oye, olvídate de ella, no seas cruel contigo misma —responde él.

«Está claro que no me conoces», piensa Harriet, pero a pesar de ello le parece bonito que parezca que cree en ella.

—Harriet, es probable que me quede un par de días. Me gustaría cenar contigo de nuevo —continúa Rikard mientras se levanta y va hacia las cortinas. La luz del día lo invade todo.

Harriet enrojece por enésima vez. Está del todo desnudo.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —inquire.

—¿No puedes contestar a la pregunta? ¿Quieres cenar conmigo otra vez?

—¿No puedes contestar tú a mis preguntas? —insiste Harriet cogiendo el bolso que está bajo la silla. Puede que tenga un chicle.

—De acuerdo, aunque en realidad no lo puedo explicar. Pero si vives aquí, supongo que no has podido dejar de oír que se ha cometido un crimen. —Rikard está serio—. Han detenido a una persona y es muy probable que hoy pase a disposición judicial. Soy su abogado.

Harriet se queda helada. Lo que acaba de decir Rikard no puede ser verdad. De todas las cosas que no se pueden hacer nunca, ésta es la peor que podría imaginar, a años luz de todo lo que Lisa ha hecho jamás. Acaba de despertarse en la misma cama que el abogado del sospechoso.

—Pero ¿por qué estás tan afectada? ¿Es porque voy a defender a un potencial asesino? Estoy acostumbrado a que la gente reaccione así. —Rikard va hacia el armario y empieza a mirar los trajes que están allí colgados. Gris marengo y negros—. Yo lo veo así: todo el mundo tiene derecho a un juicio justo, es una

garantía democrática. Estoy orgulloso de mi trabajo. Valoro la ética y la moral. A los abogados de oficio les pagan por horas, y es un mito eso de que ganamos sumas enormes al defender a personas que han asesinado a alguien —explica alzando un traje gris marengo, que cuelga en la puerta del armario.

Rikard parece del todo impasible, como si aquello fuera una charla que ha mantenido muchas veces, y Harriet se queda mirando fijamente su espalda musculada. ¿Puede estar pasando de verdad? Un típico «*freak accident*», como Lisa lo hubiera llamado.

—Este asesinato es especial. Antes de ayer apareció muerto uno de los testigos. Él y mi cliente se conocían. —Rikard elige una corbata entre unas cuantas que ha colocado en hilera sobre el escritorio.

Harriet se queda de piedra. Ella también ha pensado que los asesinatos están relacionados, pero no tienen pruebas que indiquen que Tony y Kenneth se conocieran. Hasta ahora. Kenneth deambulaba por el parque y por lo visto tomaba drogas, ya que había restos en su sangre. Quizá se las comprara a Tony. La mente de Harriet echa a volar. Las muertes están conectadas. Si presionan a Tony lo suficiente en el próximo interrogatorio, quizá explique lo que sabe. Le sorprende que Rikard hable del caso, claro que él cree que ella es auditora.

Él se da la vuelta.

—Qué callada te has quedado. Pero estoy de acuerdo: el trabajo es un tema de conversación muy aburrido, a cualquiera le quita las ganas. ¿Quieres cenar conmigo esta noche? —insiste.

A Harriet sólo le falta ponerse los calcetines. Se le arrugan y se le quedan en el talón.

—Rikard, no sé qué responder, tengo que irme —logra decir mientras pierde el equilibrio en la maniobra de los calcetines y salta con una pierna.

Él la observa y una sonrisa se extiende en sus labios.

—Di que sí. Ven esta tarde sobre las seis, yo ya habré vuelto. Podemos repetirlo todo —insiste riéndose.

—De verdad que me tengo que ir —replica ella.

—Aunque sólo hace quince horas que te conozco y... —Rikard hace una pausa y consulta el reloj de oro que adorna su muñeca—. Quince horas y treinta

y siete minutos, me gustas, y quiero volver a verte, Harriet. —Se acerca a ella y le da un beso en la mejilla.

—Sí que quiero, pero no podemos —dice ella poniéndose las deportivas como si fueran chanclas. Rikard la mira sorprendido y ella aparta la vista. El descaro le resulta casi incómodo.

Cierra la puerta al salir. Casi corre hasta el ascensor por el pasillo del hotel, todavía con sólo las puntas de los pies metidas en las zapatillas. Le hace daño la parte trasera, debajo del talón. Las puertas del ascensor se abren enseguida. No respira tranquila hasta que se han vuelto a cerrar. Se agacha y se calza bien las deportivas. Después se arregla el pelo, se quita el rímel que se le ha corrido bajo los ojos y saca el teléfono para enviar un mensaje a Lisa.

Harriet: Acabo de dejar su habitación de hotel. Me gusta un montón, pero probablemente ha sido el mayor error de mi vida.

«Deja que todo siga igual que antes», piensa Harriet cuando conduce hacia Lerviken. En su fantasía puede ver que la puerta de su casa alargada está abierta y abandonada. Se imagina que Eugen se ha ido por ahí otra vez sin chaqueta. Si le ha pasado algo, no se lo perdonará en la vida. Sin embargo, cuando llega, su padre está sentado en la cocina, ensimismado con un periódico. *Kato* se levanta de su sitio de debajo de la mesa y va hacia Harriet meneando la cola.

—¡Harry! ¿Dónde has estado? —pregunta Eugen mirando hacia arriba.

—Perdona, me he encontrado con una amiga y me he olvidado de llamar —responde Harriet.

Eugen parece sorprendido.

—Están pasando cosas tan horrosas por la zona..., pero sé que puedes cuidar de ti misma, Harriet —continúa, tranquilo.

Harriet sonrío y rasca a *Kato* detrás de las orejas. No parece inquieto. ¿Habría olvidado que la llamó varias veces a lo largo de la noche?

—¿Sabes algo de Paul? —pregunta ella.

—Sí, telefoneó ayer. Están bien. Por lo visto, los niños han aprendido a hacer submarinismo. No sé yo si habría elegido Bali como destino, pero él hace lo que quiere. Es adulto.

Harriet se quita los pelos del perro de las manos y se aguanta la ira que la invade. Maldito Paul. A ella la está evitando, pero a Eugen sí lo llama. Y a Yvonne.

—Iba a hacer café. ¿Quieres una taza? También hay bollos. A mí no me apetecen mucho, pero come tú —dice mientras se levanta y abre el grifo para llenar de agua la jarra de café.

—¿Ha venido Yvonne o has ido tú a Klinttorpsgården a comprar? —pregunta Harriet cuando ve la fuente de bollos sobre la mesa.

—No, Niklas trajo los bollos. Estuvo aquí tomando café. Creo que esperaba que Paul apareciera por aquí, pero nos lo pasamos muy bien.

—¿Niklas?

—Sí. —No parece que Eugen note su sorpresa, porque continúa hablando de Niklas como si nada.

Harriet lo observa. Eugen habla con total claridad, parece como si el tal Niklas realmente existiera. Harriet no entiende cómo no ha oído hablar de él antes, ni a Eugen ni a Paul.

—¿Vive por aquí en Lerviken? —pregunta Harriet.

—La verdad es que no sé dónde está viviendo ahora mismo. Creo que ha habido períodos en los que le han ido un poco mal las cosas, pero por lo visto ha vuelto a poner orden en su vida. Dice que en parte es gracias a Paul. Me alegra mucho oír cosas así. Pero tendrías que verlo. Lleva tatuajes hasta en los antebrazos, y en una mano se ve una calavera. No entiendo esas pintas. Cuando eres joven puede que te parezca bonito, pero después ya no es tan divertido.

Eugen sirve café en las tazas.

—¿Por qué quiere ver a Paul? ¿No sabe que Paul está de vacaciones?

—No lo sé. Creía que Paul estaba aquí. Fue hasta Copenhague para verlo, pero se ve que hubo un malentendido. ¿Quieres que te prepare un bocadillo en lugar de los bollos? —pregunta Eugen mirando la fuente de pastelillos, que sigue intacta.

Harriet niega con la cabeza. Si el tal Niklas ha hablado con Eugen sobre Copenhague, es más comprensible que Eugen empiece a mezclarlo todo. Siente un punto de remordimientos por creer que Eugen está mucho peor de lo que está.

—Es una pena no haber estado en casa. Me habría gustado mucho conocer a Niklas. Habría sido emocionante ver si lo reconocía —dice Harriet. Además, para ella Niklas es un nuevo nombre, y si hace un tiempo que está por Lerviken, eso lo hace interesante.

—¿Sabes cuál es el apellido de Niklas? —pregunta y le da un sorbo al café.

—Es un apellido común, Johansson o Eriksson o algo parecido. Aunque no Ohlsson, eso lo sé. ¿Seguro que no quieres comer nada?

—No, gracias, no tengo hambre. Debo darme una ducha y después irme corriendo al trabajo.

—¿Vas al trabajo? ¿Qué día es hoy? —replica Eugen poniendo la jarra del café en la repisa de la cocina.

—Es sábado, pero trabajo, y voy un poco tarde —responde Harriet aclarándose la voz. Cuando menciona el trabajo, se acuerda de algo—. He pensado una cosa. ¿Sabes si Yvonne se relacionaba con Laura?

—Sí, tenían algo en común que nunca entendí —responde.

—¿Qué era? ¿Qué tenían en común?

—No recuerdo bien, hace mucho tiempo. Creo que Laura ayudó a Yvonne con algo, aunque Yvonne nunca lo admitió. Ya sabes cómo es.

Harriet está a punto de llevarse la taza de café a la boca, pero se para en mitad del movimiento. Si Eugen lo recuerda bien, puede ser una explicación a las conversaciones telefónicas. Algo ocurrió hace muchos años que hizo que hubiera una relación especial entre ellas, a pesar de que tenían un origen totalmente distinto, y desde hace diez días ocurre algo que las hace volver a ponerse en contacto. Algo que tiene relación directa con la muerte de Laura.

—¿Todavía estamos en agosto? —pregunta de pronto Eugen.

—No —responde Harriet ocultando un suspiro—. Es 2 de septiembre.

Media hora más tarde, Harriet da marcha atrás en la entrada del garaje y se dirige hacia Landskrona. En realidad, hoy no debería conducir, pero no tiene elección. Debe llegar enseguida a Landskrona. El patio trasero está vacío y Harriet aparca el Saab en el mismo lugar que los últimos días. Es como si la plaza fuera suya, ya que el dueño de la pizzería le ha dicho que puede dejar el coche allí. Aunque ahora mismo dónde aparcar es la menor de sus preocupaciones.

Se ha acostado con el abogado del principal sospechoso del caso. La única solución es evitarlo a cualquier precio a partir de ahora. Aunque lo que ha hecho ha sido una estupidez, no le ha dicho ni una palabra sobre el caso, de lo cual está muy orgullosa. La temperatura ha descendido unos grados desde ayer y se pone la chaqueta al bajar del coche.

—Hola, señorita.

El propietario de la pizzería ha ido a la zona de descarga y mueve la mano en la que sostiene un cigarrillo. Harriet mira el reloj. Son las siete menos nueve minutos, la verdad es que le da tiempo de fumar uno, y además lo necesita.

—¿Qué estás soñando? —le pregunta alargándole un cigarrillo. Ella lo coge y se pone a su lado.

—No, nada, sólo estoy cansada —responde cogiendo el mechero.

—¿Quién no lo está? —dice el propietario de la pizzería abriéndose de brazos de manera que la ceniza del cigarrillo que tiene en la mano cae en el suelo como una llovizna gris.

—Es verdad —contesta Harriet—. Gracias por hacernos descuento ayer, estuvo muy bien.

—Sois mis vecinos, señorita —comenta él, encogiéndose de hombros—. Pero tu madre parecía enfadada.

Harriet se echa a reír.

—No es mi madre, es mi jefa.

—Ya me di cuenta. Necesita amor —replica chascando la lengua. Harriet expulsa el humo con una sonrisa.

—Puede ser. —Asiente con la cabeza mientras apaga el cigarrillo—. Quizá lo necesitemos todos.

—Exacto —dice él haciendo volar la colilla por el aparcamiento. Harriet la acompaña con la vista. Aterriza entre las ruedas delanteras del Saab.

—Oye, ¿cómo te llamas?

El dueño de la pizzería se echa a reír.

—Me llamo Josef.

—Yo soy Harriet. Hasta luego, Josef —responde, y se da prisa por llegar a la comisaría.

Saca el móvil y le manda un mensaje a Lisa, a pesar de no haber tenido tiempo aún de contestar al último.

Harriet: Dime algo cuando te despiertes. ¡Necesito un montón de consejos!

—¡Ahí estás, ven a mi despacho! —grita Margareta cuando Harriet abre la puerta del pasillo.

A Göran lo ve directamente. Harriet lo saluda con la cabeza y continúa hasta la oficina de Margareta. Puede apostar a que dentro de un par de minutos él se pondrá a escuchar con la oreja pegada contra la pared.

—Lo primero que quiero decir es que no me pareció bien tu comportamiento de ayer. No te puedes ir cuando te apetezca. No trabajamos así. Pero no soy rencorosa. Por mi parte, es agua pasada. Además, Konrad está de acuerdo conmigo. —Margareta hace una pausa, y Harriet nota cómo la está observando—. Está de acuerdo con nosotros —aclara.

«Es evidente», piensa Harriet. No hay muchos en el grupo que le lleven la contraria a Margareta en una reunión. Quizá Elias, pero hace tiempo que no lo ve.

—El médico llamó ayer por la tarde. Douglas vuelve a estar en coma —

explica Margareta—. Tony va a pasar a prisión provisional, las negociaciones se harán esta tarde.

—De acuerdo —responde Harriet, se estira el jersey hacia abajo y mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

Ha decidido seguir el consejo que Göran le dio ayer. Ir a favor de la corriente y continuar con sus pesquisas. Por lo visto, Margareta no la ha llamado a su despacho para saber qué piensa, sino para informarla de cómo están las cosas y lo que tiene que aceptar.

—Su abogado está a punto de llegar. Irán a buscar a Tony a su celda dentro de un cuarto de hora, pero antes tengo que hacer unas llamadas. ¿Puedes atender al abogado y enseñarle la sala de interrogatorios?

Harriet cierra los ojos. Justo lo que había decidido evitar.

—Tengo bastante que hacer; el informe de las diligencias del caso aún no está acabado. ¿No puede recibirlo Göran?

—He pedido a Göran que mire la prensa, la noticia de que el testigo ha sido asesinado domina los titulares, así que tienes que hacerlo tú. Aunque si estás tan ocupada, envíalo a alguien a las negociaciones de la prisión provisional y tú puedes avanzar con los registros. No quiero que el informe del caso esté tan mal hecho como el interrogatorio oral que te pedí. ¿Has escrito algún informe antes? ¿O es que no trabajabais así en Estocolmo?

Margareta sonrío con frialdad.

«Te odio», piensa Harriet, pero no dice nada. Tiene su propia agenda. Piensa ir a ver a la familia de Kenneth; descubrir qué relación tiene Yvonne con Laura; seguir intentando contactar con Lia, y averiguar a ciencia cierta cuánto se conocían Tony y Kenneth.

—No pasa nada, recibiré al abogado. ¿Ya? —pregunta mirando el reloj. Sabe que serán más de las nueve. Margareta asiente, se vuelve y enciende el ordenador.

—Pero ¡¿qué coño es esto?! —exclama haciéndole señales a Harriet para que se acerque y pueda ver la pantalla.

Ésta aparece llena de grandes letras negras, una foto de Kenneth y otra del escenario del crimen.

«Hallan muerto al testigo. Podría haber presenciado el asesinato», pone. En la imagen del escenario del crimen, se ven las piernas de Laura asomando por debajo del tractor y la gran mancha oscura de sangre junto a la rueda.

—¿Quién cojones les está pasando las imágenes? ¡La foto del escenario del crimen ha salido de la investigación! La reconozco. ¡Me estoy volviendo loca! Estuve controlando las conexiones ayer y nadie no autorizado ha abierto los archivos. Pero puede que los técnicos de la Científica tengan alguna filtración.

—Pero el titular del *Aftonbladet* es real. Hay una conexión entre la muerte de Kenneth y lo que vio. Tenemos que descubrirla, aunque es tremendo que hayan publicado la imagen como primera noticia —replica Harriet.

Harriet ha insistido desde el principio, pero Margaret se ha negado a escucharla. Quizá tenga una oportunidad ahora que los datos se han filtrado. Los periodistas no van a dejar escapar ese hilo con un testigo asesinado y, pase lo que pase, Margareta tendrá que explicar cómo ha reaccionado la policía. Tiene que irse.

Margareta alarga el brazo para coger un protector labial que está sobre el escritorio y se los embadurna. Parece que está pensando.

—Los medios quizá no sepan exactamente cuánto tiempo ha estado Tony detenido o en prisión provisional. Nos da algo de margen. Voy a dejar que Konrad lo lleve a prisión basándose en las pruebas que tenemos, acusado del asesinato de Laura Andersson. Por lo menos hasta que hayamos avanzado algo en cuanto a Kenneth. Elias y Rakel han ido a ver a su madre y han hablado con los vecinos de la zona, y también han ido a la escuela donde estudió, pero no han conseguido nada especial. Necesitamos más recursos.

—Podría volver a visitar a la madre de Kenneth —propone Harriet—. Yo soy de aquí y a lo mejor eso ayuda.

Margareta deja la crema de labios.

—No acabo de verlo. Tony nos iba de perlas, y lo que tenemos de él es más que suficiente para culparlo de la muerte de Laura.

—A lo mejor Tony sabe algo que no nos ha contado, pero lo que sí está claro es que no ha matado a Kenneth. Y creo, como ya he dicho, que tampoco ha matado a Laura.

—Sí, vale —responde Margareta, obstinada—. Ya has dejado claro tu punto de vista. —Y es la primera vez que parece escuchar lo que dice Harriet.

—Tony es inocente del asesinato de Kenneth, pero no lo podemos descartar como autor del asesinato de Laura. Así que lo mantenemos detenido, ya que puede que con ello otro autor de los hechos se descuide y nos lleve a la verdad —continúa Harriet.

—Eso está bien —murmura Margareta.

—Entonces ¿voy a ver a la madre de Kenneth? —pregunta Harriet.

Margareta asiente con la cabeza.

—Primero ve a recibir al abogado y así me da tiempo de prepararme. No vamos a poder trabajar tranquilos mucho tiempo más —dice para zanjar la conversación, y le hace una señal a Harriet para que salga del despacho.

Harriet se detiene en la escalera y se arregla el pelo antes de bajar a recepción. Tendría que haber previsto que existía el riesgo de que aquello ocurriera, y por lo menos podría haberse puesto una americana o el vestido rojo. Algo con una pizca más de porte que los vaqueros y un jersey. Pero ahora ya no puede hacer nada.

Rikard está de pie junto a la ventana del fondo de la sala, de espaldas a la recepción y con el móvil pegado a la oreja. Va vestido con el traje gris marengo hecho a medida y lleva una cartera de piel de color granate en la otra mano. Con esa americana estrecha, se ve lo alto que es. Le saca a Harriet más de una cabeza.

Lena no está tras el mostrador, y la pantalla de su ordenador está oscura. No hay más remedio: Harriet tiene que ir hacia él.

—Hola —dice aclarándose la voz.

Rikard se da la vuelta rápido como un rayo.

—Oye, te llamo luego —dice por el móvil al mismo tiempo que esboza una amplia sonrisa—. Hola. ¿Nos conocemos? Harriet, ¿no? —se ríe Rikard. Luego se pone serio—. Harriet, me alegro de verte, aunque también se me hace un poco incómodo, y sobre todo extraño, que me hayas seguido. ¿Ha ocurrido algo? Estoy un poco ocupado, tengo una reunión ahora con mi cliente.

Hay algo en sus alegres ojos que hace que Harriet no pueda por menos que echarse a reír.

—No soy auditora. Trabajo aquí; se me hace un poco incómodo, y sobre todo extraño, que me hayas seguido —le susurra sacando su tarjeta de pase y la identificación como funcionaria del bolsillo interior.

Rikard se endereza. A Harriet le parece que le cambia la cara y que un nervio debajo de uno de sus ojos empieza a temblar. «A lo mejor sí que puede sentirse inseguro», piensa. No está mal.

Se abre una puerta y Lena aparece detrás del mostrador vestida con algo de color chillón, entre calabaza y violeta.

—Hola, me llamo Harriet Vesterberg y soy investigadora criminal. ¿Eres el abogado de oficio? —pregunta en voz alta alargando la mano para saludar a Rikard.

Tarda unos segundos en estrechársela y en responder a su saludo.

—Rikard Svård, soy abogado. Represento a Tony Hesselgren. ¿Quieres ver los poderes?

«Casi da grima ver lo bueno que es haciendo teatro», piensa Harriet.

—Déjalos en la recepción, te escoltaré hasta el Departamento de Arrestos —continúa Harriet dirigiéndose a la puerta de entrada a las instalaciones. No se vuelve, pero sabe que Rikard va justo detrás de ella. Cuando pasan por la recepción, se gira hacia Lena.

—No lo he inscrito en el diario de visitas ni le he dado la tarjeta, pero me ocuparé de que luego lo acompañen a la salida —dice rápidamente.

Lena asiente con la cabeza.

—Joder, qué inoportuno —susurra Rikard cuando llegan al pasillo y la puerta se cierra tras ellos.

—No podría serlo más, pero tú haz como si nada y yo haré lo mismo —dice Harriet en voz baja—. Puedo perder mi trabajo —añade.

—¿Porque te has puesto nerviosa y has olvidado darme un pase? Qué jefa tan exigente si te va a despedir por eso. Pensaba que los policías eran unos vagos —responde en broma para hacerla rabiar.

—Pero yo soy investigadora criminal y tú su abogado defensor —replica ella

enfadada—. No puedo relacionarme contigo. No nos hemos visto nunca.

Justo en ese momento se abre la puerta al fondo del pasillo y Patrik y otro policía salen con Tony escoltado. El acusado camina despacio, y con cada paso arrastra las zapatillas de baño que lleva puestas. Se ve que le han permitido ducharse, y lleva ropa limpia: pantalones de chándal y una sudadera de forro polar holgada que parece que le hayan prestado los de la Criminal. Lleva el pelo grisáceo despeinado y le ha empezado a crecer la barba en su cara cubierta de cicatrices. Lo conducen a la sala de interrogatorios. Rikard apoya el maletín en una pierna, lo abre y saca un papel. Después se pone a escribir y corta el papel.

—¿Puedo estar unos minutos a solas con mi cliente? —pregunta.

—Claro, esperaremos aquí fuera —responde Patrik, y le hace una señal a Rikard para que entre—. Eh, eh, eh. —Patrik levanta una mano delante de Rikard justo cuando va a pasar—. Tienes que dejar el maletín aquí.

Harriet nota que Patrik y Rikard son igual de altos.

—¿Qué dices? No tienes derecho a impedírmelo —contesta Rikard con tranquilidad y se vuelve hacia Harriet.

—¿Puedes pedirme un taxi para después? Aquí tienes la dirección. —Le da a Harriet el papel y desaparece dentro de la sala de interrogatorios con el maletín. Patrik le hace una mueca de burla.

—Capullo, no aguantaría ni un día en nuestro trabajo —dice cuando cierran la puerta—. Nos quedamos aquí. Margareta va a bajar. Te puedes ir —le indica a Harriet.

—Mmm —responde Harriet, y cuando está fuera de su vista despliega el papel. «Por favor, ven esta tarde al hotel igualmente. Tengo muchas ganas de verte», pone. Harriet hace una pelota con el papel y lo tira en la papelera que está al fondo del pasillo.

Karin Jönsson es una mujer delgada con mucho pelo y muy corto, y unos ojos miedosos parecidos a los de un corzo. Va vestida con un jersey granate hecho a mano y con pantalones de pana de color marrón. Invita a entrar a Harriet sin preguntar quién es. «Ni siquiera he sacado el carnet», piensa ella mirándose debajo de la mesa las piernas vestidas con vaqueros. Harriet podría ser cualquiera. Karin debería haber controlado que realmente era de la policía.

Harriet ha supuesto que la madre de Kenneth estaría más afectada, pero ésta asiente con dulzura con la cabeza cuando le sirve café a Harriet mientras hablan de la casa en la que vive. Fue construida en los años cincuenta, y la mujer se hizo cargo de ella después de su padre, que antes se dedicaba a alquilar cabañas. Si Harriet no supiera que acababa de perder a su hijo, jamás lo habría adivinado.

—Bueno, ya sabes, los de los campos de aquí arriba nunca nos hemos relacionado demasiado con los que viven abajo, en el pueblo —dice mirando por la ventana. Las pequeñas cabañas blancas que están en fila parecen abandonadas.

Están en una cocina vieja pero agradable, con las puertas de los armarios de color amarillo y el suelo de linóleo de cuadros. El periódico abierto con la foto de Kenneth está sobre la mesa.

—¿Cómo era? —pregunta Harriet con delicadeza.

—Era bueno mi niño —responde enseguida Karin—. No lo tenía fácil. —Se le corta la voz, pero se esfuerza en contestar—. Nació con un nervio dañado. Tenía dificultades para hablar —continúa—. La escuela fue muy dura y después de octavo, en el penúltimo año de secundaria, se negó a ir más. Tampoco lo obligué, también te lo digo.

—Lo entiendo —contesta Harriet. No le ha dicho a Karin que fue ella quien encontró a Kenneth, y, si lo mencionara ahora, tiene la sensación de que no

favorecería la conversación.

—¿Sabes qué estaba haciendo estos últimos días? ¿Por qué fue al foso de arcilla? —pregunta.

—Yo nunca sabía en qué andaba metido —replica Karin suspirando—. A veces se iba y no volvía; otras veces pasaba semanas sin salir de su habitación. Con Kenneth nunca se sabía. Se podía enfurecer tremendamente, pero por lo general se encerraba en sí mismo.

—¿Podría haber estado consumiendo drogas? —pregunta Harriet.

Karin se levanta y va hacia la encimera de la cocina.

—No se drogaba, si es a lo que te refieres. Sé que en la sangre tenía diversas sustancias. Estas... —apoya la mano en la encimera—. El médico del hospital me lo explicó. Kenneth se medicaba, a veces le recetaban anfetaminas para sus problemas. A veces quizá tomaba de más o se guardaba alguna pastilla, pero no era un drogadicto —continúa.

—¿Se vio con alguien los últimos días?

—Lo oí hablar por teléfono. Debe de hacer un par de días o así. Kenneth casi nunca hablaba por teléfono. Por lo general, se sentaba a escribir. Por eso lo recuerdo. Estaba en el recibidor, pero cuando me vio se fue. Por eso pensé que se trataba de la chica.

—¿La chica?

—Sí, dijo algo de que la veía cuando iba a Lerviken. Una chica que le gustaba.

Harriet se queda de piedra.

—¿Cuándo fue eso? ¿Dijo algo más de ella?

—Hace unos días. No lo recuerdo bien —replica mirando asustada a Harriet.

—¿No dijo cómo se llamaba?

Karin niega con la cabeza y se deja caer en una de las sillas de la cocina.

—Dices que escribía. ¿Hay por alguna parte alguna libreta o algo por el estilo? —pregunta con suavidad.

Karin eleva de nuevo la vista.

—Espera, te voy a traer algo —dice levantándose de la silla—. O, mejor, acompáñame.

Karin entra en la habitación que hay al lado de la cocina y Harriet la sigue despacio.

—Ésta era la habitación de Kenneth —comenta—. No es nada del otro mundo, pero él la quería así.

Harriet echa un vistazo. Las paredes están pintadas de azul claro y el cuarto está amueblado de forma espartana. Una cama, un escritorio y una librería. Las cortinas que cuelgan delante de la ventana tienen motivos infantiles, pero en las paredes hay carteles de películas que son cualquier cosa menos aptas para menores. La cara perforada de Pinhead de *Hellraiser* observa a Harriet desde una pared, y sobre un armario hay un póster de *Psicosis*.

—¿Le gustaban las películas de miedo? —pregunta Harriet.

Karin asiente con la cabeza.

—Se podía quedar encerrado durante días viendo películas. Día y noche. Yo no me metía mucho. Quería ser director, pero siempre pensé que era un sueño que nunca se haría realidad. Era un poco especial. Apenas hablaba. Escribía sus libros.

Señala la librería. Está repleta de libretas de diferentes colores. Harriet se acerca unos pasos y pasa el dedo por los lomos.

—Tengo todos los que te puedas imaginar, en la buhardilla también —informa—. Toda la vida de Kenneth, aunque no se entienden mucho. Éstos son sólo de este año —dice Karin sacando un cuaderno de notas azul claro que le da a Harriet.

—¿Éste es el último? —pregunta Harriet.

—Sí, ya verás. Quizá tendría que habérselos dado a tus compañeros cuando estuvieron aquí, pero no pensé que pudieran ser de provecho. Ni siquiera yo entiendo lo que pone.

Harriet abre la libreta con cuidado. Las hojas están abombadas y la mayor parte aparecen llenas de dibujos hechos con rotulador negro, cifras y extrañas florituras. Hay años escritos, frases raras y fechas.

—¿Le gustaba la historia? —pregunta Harriet cuando se fija en una fecha que parece reconocer de cuando iba a la escuela.

—La historia militar. Desde que era pequeño le ha interesado de forma casi

obsesiva. Si no ve esas películas raras, lee cosas de la Segunda Guerra Mundial.

Harriet pasea la mirada a lo largo de la fila de novelas que hay en la parte inferior de la librería. Libros de Antony Beevor, títulos como *Stalingrado*, *Berlín. Auge y caída del Tercer Reich*, de William L. Shirer. Eugen también tiene ese libro en un estante. Sobre el escritorio hay un montón de obras referentes a la guerra. Uno está abierto, como si hubiera sido interrumpido en la lectura.

—*Solo en Berlín* —comenta Karin—. Adoraba ese libro. Se lo regalé yo por un cumpleaños. Era lo único que quería. Se puso muy contento. —Le brillan los ojos al recordarlo.

—Qué bonito —dice Harriet.

Siente cierto malestar al estar en la habitación de Kenneth junto a su madre. No sabe bien qué decir y continúa hojeando los cuadernos escritos. Al final de cada página hay una pequeña nota que parece una unidad de cantidad. Las letras resultan tan pequeñas que Harriet tiene que esforzarse para verlas bien. La caligrafía es descuidada, pero parece como si Kenneth hubiera escrito fechas, horas, cantidades e iniciales. Harriet cree distinguir las iniciales T. H. en varios sitios. Tienen que ser de Tony Hesselgren. Y las cifras deben de ser horarios y fechas de las reuniones con otras personas.

Hojea la libreta. Antes de algunas fechas aparecen también las iniciales N. E.; es como si Kenneth se hubiera encontrado con T. H. regularmente. Casi siempre por la noche. Harriet busca el 25 de agosto. La noche que asesinaron a Laura. Según las anotaciones del cuaderno, Kenneth se vio con T. H. también el 25 de agosto. Por lo demás, la página está casi en blanco, a excepción de una frase al final en la esquina derecha. «El circo orbita Lerviken. Ñld odwd ñdxud.»

—El circo orbita Lerviken. Ñld... —Harriet susurra las palabras para sí misma cuando las lee.

—Escribe siempre así —dice Karin—. No creo que signifique nada. Era un poco especial.

Harriet mira hacia arriba.

—Karin, ¿me podrías dejar esta libreta si te prometo que te la devolveré? — Tiene que llevársela la comisaría. Aunque no se entienda lo que dice, quiere enseñárselo a los demás.

—De acuerdo. Pero ahora creo que quiero quedarme sola —dice de pronto Karin—. No tengo muchos ánimos.

—Lo entiendo, me llevo la libreta, y si se me ocurre algo, te llamaré — responde Harriet. Se siente estúpida por dejar a Karin en la habitación de Kenneth, pero no se puede quedar allí si la madre no quiere.

Harriet aprieta la libreta azul contra su pecho y se da prisa en llegar al Saab. Se arrepiente de no haber llevado a Elias con ella. Quizá no debería haber insistido tanto en ir sola. Saca el móvil y le manda un mensaje. «¿Te puedo llamar?» La respuesta llega de inmediato: «Claro, pero estoy en el coche con Rakel. Para que lo sepas». Harriet vuelve a leer el mensaje. Le advierte de que no está solo, casi como si tuvieran algún tipo de acuerdo secreto. Le gusta.

En cuanto se sienta en el asiento del conductor, lo llama.

—Acabo de estar en casa de la madre de Kenneth. —Harriet pone la libreta en el asiento del copiloto, sujeta el móvil entre la oreja y el hombro y pone en marcha el coche—. He podido ver su habitación.

—Qué bien. A nosotros no nos dejó estar mucho rato —murmura, y Harriet oye a Rakel de fondo—. Hemos estado en Lerviken y vamos de vuelta a

comisaría. ¿Qué tal ha ido?

—Ha sido fascinante. Deberías haber visto su habitación, era un chico bastante especial. —El coche rueda por el camino de grava que sale del barrio de casas grises de los años cincuenta donde vive Karin.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Elias.

—Muy interesado en la Segunda Guerra Mundial y en películas de terror. También escribía un diario, o llevaba una especie de registro. Llevo conmigo la última libreta que escribió. La última nota es del mismo día en que Laura fue asesinada.

Elias se queda callado un segundo.

—¿Qué pone?

—«El circo orbita Lerviken», y después unas letras que no sé qué quieren decir.

—Qué curioso. ¿No pone nada más?

—Apuntaba a las personas con las que se veía, junto a las horas y lo que yo creo que pueden ser cantidades. Hay una nota de la noche que asesinaron a Laura que dice que se encontró con alguien con las iniciales T. H.

—¿Tony Hesselgren?

—Eso mismo he pensado yo. Creo que se trata de compra de drogas, pero no estoy segura. Parece que se veía con T. H. regularmente. En algunas ocasiones aparece un N. E. —Harriet gira hacia la carretera, pisa el acelerador a fondo y baja la visera. El cielo es azul y el sol ilumina el campo y le molesta en los ojos.

—Bien, Harriet. Ahora tenemos un hilo que seguir —dice Elias.

En el fondo se oye un ruido, y de nuevo la voz de Rakel.

—Tengo que irme. Quizá nos veamos más tarde —se despide, y corta la llamada.

Harriet deja el móvil. Ha sido al decirlo en voz alta cuando ha caído en la cuenta. La letra N. podría ser la inicial de muchos nombres, y Nathalie es uno de ellos. Tiene que intentar localizar a esa tal Nathalie. ¿Será Lia? En ese caso, ¿dónde se ha metido? Harriet suspira profundamente. Es como si estuviera en un callejón sin salida.

Cuando Harriet llega a comisaría con una caja de pizzas, las nubes han tapado el sol y parece como si quisiera llover. Al abrir la puerta ve a Lennart en la recepción.

—Hola, Harriet. He ido a un incendio en Helsingborg; como luego pasaba por aquí he preferido asomar la cabeza en lugar de llamar.

Parece afable.

—Siempre me olvido de que los de la Científica trabajáis en toda la región — comenta Harriet.

—Sí, y siempre estamos trabajando. Nunca sabemos cómo será nuestra jornada. Pero Helsingborg está bastante cerca. Es peor cuando toca el este de Skåne, o incluso la provincia de Blekinge. ¿Dónde están tus compañeros?

—Han ido a Lerviken, y ya deberían estar de regreso. Entra conmigo, puedes esperar aquí si quieres —le dice ella señalando la puerta con la cabeza.

—Puedo prepararme un café y te hago compañía mientras comes —replica Lennart señalando la pizza.

—¿Tú has comido? Si no, no me importa compartir.

A Lennart se le ilumina la cara y Harriet le enseña el camino hacia el *office*.

—Me he reunido con vosotros muchas veces, pero nunca había estado aquí dentro —le dice sentándose a la mesa. Harriet divide la pizza en grandes trozos, saca un plato para cada uno y se sienta frente a él.

—¿Hay algo en concreto que quieras comentar? —pregunta.

—¿No has visto las noticias? —responde Lennart.

—No, he estado bastante ocupada. ¿Qué pasa?

—Han sacado una imagen donde se ven las piernas de Laura y la sangre en el suelo junto a la rueda de un tractor. Tiene que haberla enviado alguien de aquí. Nosotros no hemos dejado pasar a nadie al escenario del crimen. Si quieres mi opinión, me parece de lo más inapropiado. ¿Cuánta gente tiene acceso al material?

—Creo que sólo los del grupo: Göran, Rakel, Elias, Patrik y yo —dice cogiendo un trozo de pizza—. Y Margareta, claro. —Harriet piensa en la reacción de Margareta cuando vio la imagen en la red. Dijo que había controlado

las conexiones y que sospechaba que alguien de la Científica podía haber filtrado algo—. De aquí no ha salido la filtración. Lo hemos comprobado —añade en cuanto acaba de masticar.

Lennart también coge un trozo.

—Las imágenes no tienen nada que ver con que yo esté aquí, pero es que hace poco que las he visto y me han molestado. Tengo que hablar de ello con Margareta, pero he venido a investigar el coche. Tendría que haberlo hecho un técnico en el primer momento. Tiene que haber habido un error.

—Está en el garaje. Fui yo quien registró lo incautado, soy la responsable. Todo está marcado, documentado y se halla en el depósito de objetos encontrados. Menos el cuchillo, claro, lo hemos enviado a Linköping. Las drogas tampoco están en el depósito —explica Harriet.

—Hemos vuelto al escenario del crimen. Margareta dijo que interrogasteis a un testigo que vio un coche aparcado allí, de manera que ampliamos la zona de búsqueda.

—Sí, Kenneth —interrumpe Harriet.

—Encontré huellas de ruedas que creo que son de interés. Estaban en la carretera que pasa por delante de la finca, donde se ensancha a ambos lados para facilitar el tráfico. Había llovido la noche del viernes, pero después el pavimento se secó. El barro se quedó impreso y las huellas eran nítidas, así que hemos hecho moldes —continúa Lennart apartando los champiñones de su trozo de pizza—. Soy alérgico a las setas —aclara Lennart—. Una alergia de la guardería. Como cuando mi nieto mayor afirma que no puede comer sopa de guisantes. — Se pone a reír.

—No importa —responde Harriet. Se puede imaginar a Lennart como abuelo. Seguro que es de esos que montan Lego con los nietos o ponen voces raras cuando les leen cuentos—. Y muchas gracias por la información sobre la rueda. Es absurdo que no estuvierais presentes al incautar lo que había. Alguien de aquí debería haberos llamado.

—A veces se cometen errores, y ahora estoy aquí. Lo que necesito, sobre todo, es comprobar una cosa. Una de las ruedas que dejó huellas en el suelo junto a la finca tiene un parche —dice Lennart haciendo un dibujo en el aire—.

Quizá no tenga ninguna importancia, pero es fácil examinar el Mazda por si el dibujo concuerda —continúa—. Y, por el amor de Dios, decidles a los del Departamento de Prensa que no filtren datos sobre esto. Puedes controlar quiénes tienen acceso a las diligencias si Margareta no lo ha hecho ya —añade.

—No sé cómo han podido filtrarse las imágenes, pero es muy extraño que alguien de aquí lo haya hecho. ¿No podría ser que algún fotógrafo hubiese entrado en el lugar de los hechos?

—Reconozco la imagen y estoy seguro de que es nuestra —replica Lennart rompiendo un trozo de papel de cocina para limpiarse las manos. En la palma tiene salsa de tomate que se ha escurrido de la pizza.

—¿Qué número de zapato calzaba Kenneth? —pregunta Harriet—. ¿Lo sabes?

—Un cuarenta y uno —responde Lennart—. Es probable que sean sus huellas las que hay en la parte exterior del granero. Kenneth me preocupa: nos acaba de llegar el informe del forense y, por lo visto, hay restos de varias sustancias en su sangre.

—¿Anfetamina y cannabis? —pregunta Harriet. Piensa en lo que encontraron en el coche de Tony y en las cantidades anotadas en el cuaderno de notas de color azul.

—Sí, y benzodiazepinas —agrega Lennart, que parece incómodo en la silla—. ¿Quién es el responsable de la investigación de la muerte de Kenneth? ¿También Margareta? Deberíais tener más personal.

Harriet mira la caja vacía de pizza que está entre ellos.

—Sí, lo llevamos nosotros. Apenas hemos empezado.

Harriet piensa en el gesto de Margareta la mañana que discutieron el tema. Es ahora cuando parece aceptar el significado de la muerte de Kenneth y que es casi seguro que existe una relación con el asesinato de Laura, y que Tony no es culpable. Alarga el brazo y se acerca el bolso donde tiene la libreta. Ella al menos ha puesto la primera pieza del rompecabezas, aunque no tiene ni idea de si la libreta servirá de algo.

—Necesito ir al garaje a analizar el Mazda antes de que se haga tarde. Puedes decirle a Margareta cuando venga que he estado aquí —le pide Lennart

levantándose.

—Claro que sí, y gracias por la compañía —responde Harriet.

Ella se queda sentada un rato más en la cocina después de que Lennart se haya ido. Las sustancias en la sangre de Kenneth coinciden con las que encontraron en el coche de Tony, y las iniciales de Tony coinciden con las anotaciones en la libreta. Kenneth le compraba drogas a Tony, Harriet está convencida. Se conocían de eso. Abre de nuevo la libreta. «El circo orbita Lerviken. Ñld odwd ñdxud.» ¿Puede ser un mensaje secreto?

Coge la caja vacía de la pizza, va hacia la basura y la tira.

—Harriet, ha llegado un paquete para vosotros.

Harriet mira hacia arriba. Lena ha entrado levantando con actitud triunfal un paquete marrón.

—No pone quién lo envía —continúa. Sus grandes pendientes se balancean cuando habla—. Suerte que hoy trabajo y puedo recoger los paquetes cuando ninguno de vosotros está en su sitio.

—Muchas gracias. ¿No crees que podrían ser las pertenencias de Douglas que nos iban a enviar?

—Ah, lo había olvidado por completo. —Lena le entrega el paquete a Harriet, que se va a su despacho.

El paquete está bien cerrado con cinta adhesiva y tiene que esforzarse para abrirlo. En el fondo hay una cartera negra de piel de becerro y un llavero con varias llaves. Abre la cartera y saltan a la mesa unas cuantas tarjetas de crédito y dos tarjetas de visita. Harriet coge el llavero. Está frío. En una de las llaves hay una pequeña chapa con el número 138 en un lado. En la parte de atrás hay una imagen grabada de un gran edificio. Harriet aparta las cosas a un lado y enciende el ordenador. Tiene que poner en orden lo incautado, hacer el informe del caso y seguir tirando del hilo que tiene entre manos.

El móvil empieza a vibrar encima del escritorio. Harriet se lo lleva a la oreja.

—Hola, Harry, bonita —dice una voz conocida al otro lado de la línea.

—Paul, ¡te he llamado mil veces! —Harriet se hunde en la silla.

—Ya lo sé. Perdona.

—No pasa nada —responde, a pesar de que en su voz se debe de notar la irritación que siente—. ¿Dónde has estado, por qué no me has devuelto las llamadas?

—Es que hemos ido de excursión en barco a hacer *snorkel*.

—Pero has llamado a papá —replica Harriet. Piensa en todas las veces que parece que ha llamado a Yvonne, pero primero quiere oír la excusa que pone.

—Sí, estaba intranquilo después del mensaje que me mandaste —contesta Paul—. ¿Qué tal estás, hermanita?

—¿Has hablado también con Yvonne? —pregunta de la forma más natural que puede.

—No. ¿Debería? ¿Ha pasado algo más? He visto el *Aftonbladet*, pero apenas me atrevo a leer los artículos. Es tan tremendo y desagradable... —responde, y parece serio—. Tiene que ser horrible estar en Lerviken.

—¿No has hablado con Yvonne ni una vez estos últimos días? —inquire Harriet.

—¿Por qué me lo preguntas? No suelo llamar a Yvonne.

Harriet respira hondo.

—Paul, sé que estás mintiendo. Has hablado con Yvonne, y lo sé porque tengo un archivo de todo el tráfico telefónico de la antena repetidora en Lerviken.

Se hace un profundo silencio.

—No miento en absoluto. No he hablado con Yvonne.

Harriet nota cómo su corazón empieza a latirle más deprisa.

—Paul, quiero que me digas la verdad. ¿Lo entiendes?

—Pero si es lo que estoy haciendo.

—De acuerdo. —Harriet se calla. No va a adelantar nada por teléfono, ya que, por lo visto, él no quiere decir lo que pasa. Está a punto de preguntar sobre el jersey que encontraron en casa de Tony, pero decide no hacerlo. Paul parece que reaccione a la defensiva.

—¿Estáis bien? ¿Puedes mandarme alguna foto desde Bali? —decide pedirle.

—Oye, no pretendo escaquearme, pero tengo que dejarte un segundo, no puedo hablar donde estoy ahora —dice Paul. Su tono es más grave—. No cuelgues.

Se oye un ruido en el teléfono y Harriet escucha voces de fondo. Hablan alto y alguien grita. Parece sueco. Después Paul retoma la conversación.

—Ahora ya puedo hablar. Harriet, no te lo he explicado todo. Perdona. De verdad te lo digo, no he hablado con Yvonne. Tiene que ser Niklas. Seguro que llamó desde la casa de ella. —Paul se aclara la garganta—. No quiero que Niklas vuelva a meterse en otro marrón, por eso es imprescindible que esto quede entre tú y yo, ¿lo entiendes?

Harriet se endereza en la silla.

—Lo entiendo. Estás hablando conmigo. No necesitas recordarme que no se lo debo explicar a nadie. Pero ¿quién es Niklas? ¿Cómo es que conoce a Yvonne? —pregunta Harriet—. Papá dice que es un amigo tuyo de la infancia, pero yo no lo recuerdo. Nunca he oído hablar de él. Tú no lo habías nombrado nunca. Ha preguntado por ti y estuvo en nuestra casa.

—De acuerdo. —A Paul parece que se le corta la respiración—. Joder, debo hablar con él. ¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Por qué nunca me has hablado de él? —Harriet coge el llavero que está sobre la mesa y empieza a darle vueltas en el dedo.

—¿No te acuerdas de él? Un chico rubio. Estaba en el grupo en el que jugábamos. O quizá entonces tú eras demasiado pequeña. En cualquier caso, yo iba con él de vez en cuando. Tony también.

—Yo recuerdo que le teníamos miedo a Tony. —Harriet piensa en aquella vez junto a la tienda, cuando Tony le quitó el dinero a Paul.

—La verdad es que Niklas y yo fuimos amigos durante un tiempo, pero después él desapareció. Se puede decir que ha tenido más de un problemilla. Hace unos años lo volví a ver. Fue en el restaurante del puerto. Empezamos a hablar. Me reconoció, y después salimos de vez en cuando, cuando yo estaba en el golfo.

—¿Problemillas? —Harriet piensa en el comentario de Eugen sobre los tatuajes de Niklas.

—Bueno, le han pasado algunas cosas duras y lo metieron en el talego por algo, pero no se lo digas a Eugen. No se ha dado cuenta, y yo sé que Niklas le cae bien. Es un buen tío, no hace falta que la gente conozca sus antecedentes.

—¿Por qué está tan interesado en verte? Parecía como si creyera que estabas en Suecia.

Al otro lado de la línea se oye un suspiro, y Paul tarda un momento en continuar.

—Porque lo he ayudado en varias ocasiones cuando ha necesitado dinero.

—¿Este chico tiene un pasado criminal y tú lo has ayudado con dinero? —Harriet respira hondo. Sin quererlo, está hablando como hace Eugen cuando Paul o ella le explican algo que él piensa que no tiene sentido. Su hermano es generoso, pero no cree que sea inocente. Como inversor de éxito es casi irónico que regale dinero.

—¿Cuánto le has dado?

—No es lo que tú piensas. Es de confianza y me lo ha devuelto siempre. No tengas tantos prejuicios. Sólo lo he ayudado cuando ha estado en algún aprieto, y la última vez quizá fueron unas setenta mil coronas. No es una gran suma. Para jugar. Pero el tío controla.

Paul se queda callado de nuevo y se vuelven a oír las voces del fondo.

—Parece como si estuvieras entre una multitud —comenta Harriet—. ¿Están hablando en sueco por ahí?

—Es que parece que en el hotel sólo haya suecos. Te sirven albóndigas y todo eso. Harriet, de verdad que tengo que irme. Eva-Lena se enfada cuando hablo

por teléfono. No sabe nada de Niklas ni del dinero, así que no hace falta que lo menciones si hablas con ella.

—¿Y ahora Niklas quiere encontrarte para que le dejes más dinero? —A la vez que hace la pregunta le vuelve el malestar en el estómago.

—Sí, eso creo —responde Paul. Baja la voz—. Tengo que irme.

—¿Cómo se llama de apellido? —se apresura Harriet a preguntar.

—Eriksson. Niklas Eriksson.

Niklas Eriksson. N. E. Harriet apoya la cabeza en la mano. ¿Puede ser que este Niklas conociera también a Kenneth? ¿Le vendía drogas?

—Está limpio —continúa Paul—. Sé lo que estás pensando, pero déjalo tranquilo. Confía en mí. No lo he nombrado antes porque no me parecía relevante. Es amigo mío, Harriet.

—¿Vive en Lerviken?

—Harriet, déjalo. —Paul alza la voz.

—Puede ser importante, mucho más importante que el hecho de que le hayas dejado dinero. ¿Vive en Lerviken? ¿Por qué te ha llamado desde el teléfono de Yvonne? ¿Se conocen?

—Sabía que no debía explicarte nada. ¡No quiero hablar contigo si vas a comportarte como una policía! —Paul chilla, y Harriet se aparta el teléfono de la oreja. Aquel tono duro casi le duele.

—Paul, necesito saberlo. ¿Vive Niklas en Lerviken? ¿Puedes darme sus datos? Tenemos que interrogarlo.

—¿Acaso piensas incluir en el caso todo lo que te he dicho? Si es así, prefiero no seguir hablando contigo. Si quieres saber cómo es que conoce a Yvonne, se lo preguntas a ella. No quiero verme involucrado en esto. —Se oye un clic, y la voz de Paul desaparece por completo.

Un buen rato después de haber colgado, Harriet sigue con el teléfono en la mano. Casi nunca ha oído a Paul enfadado, y menos aún con ella. No entendía por qué Paul no quería hablar con ella, y cuando ahora cae en la cuenta es como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. No confía en ella.

Llaman fuerte a la puerta. Harriet levanta la vista del escritorio y se encuentra con la mirada de Göran.

—Me voy con Margareta a hacer los trámites de la prisión provisional. Si te quedas en comisaría, ¿podrías continuar con la investigación? He empezado a repasar las transacciones bancarias de Douglas, pero puedes echarles un vistazo. Hay una transferencia mensual a Henrikehill.

—¿Paga cada mes a Henrikehill? —Harriet mira el llavero que está delante de ella sobre la mesa. Levanta la chapa y le da la vuelta. Al principio no se había percatado, pero tras el comentario de Göran está claro que la imagen es la de Henrikehill—. O sea, que es el número de una casa.

—No sabía que se pudieran alquilar las casas que tienen allí, creía que eran viviendas para los empleados.

—Sí, pero ha habido poco movimiento, y hace tiempo que las casas se pusieron en alquiler. He visto anuncios varias veces en el periódico *Landskrona Posten*. ¿No es raro que alguien que tiene una finca propia alquile una vivienda en las proximidades?

—Depende de para qué la utilice —responde Göran—. Aunque tienen espacio para dar y vender. He localizado el Lexus que faltaba en el escenario del crimen. Está en el taller y lleva días allí. Es bueno saberlo. El que atacó a los Andersson no abandonó el lugar en el coche del matrimonio.

—No, el autor de los hechos llegó con su coche por detrás de la casa. Lennart ha estado aquí antes y me ha dicho que han podido distinguir las huellas de una rueda. En estos momentos está analizando el Mazda para ver si coincide con lo que tienen. Dile a Margareta que quiere hablar con ella.

—Bien. —Göran sonríe—. Esta tarde ya no volveremos. No te quedas trabajando si ves que no sacas nada.

Harriet se despide con la mano. Después de que se haya ido, espera un cuarto de hora y se pone la chupa; se mete el llavero en el bolsillo de la chaqueta, agarra el bolso y abandona la comisaría. Va a investigar la casa que Douglas alquila en Henrikehill.

Sigue lloviznando y el aire es denso y cálido. Las gotas parecen perlas en las mangas de la chaqueta y hacen que note húmedo el jersey. El patio trasero está vacío y Harriet se sienta en el muelle de carga para encender un cigarro. El humo es espeso y blanco cuando lo expele en el aire bochornoso, y lo acompaña con la mirada hasta que se deshace. El día ha estado lleno de emociones. Como el encuentro con la madre de Kenneth, aunque quizá lo peor haya sido la conversación con Paul. Nunca se habían peleado de adultos, y sólo pensar que puedan haberse enemistado, ahora que Eugen podría estar enfermo, le resulta horroroso. Tiene que hablar de nuevo con él. Aprieta el cigarrillo con los labios mientras busca el móvil. El humo se le mete por la nariz y la hace toser, así que tira el cigarrillo de inmediato antes de marcar el número de Paul. Le tiemblan los dedos en la pantalla. Harriet suspira. Todavía tiene el teléfono apagado. Le entran ganas de llamar a Jorun para explicarle que han discutido. Su madre se pondría del lado de él, pero Jorun trabaja en el extranjero y ahora que está en Senegal es igual de difícil localizarla que a Paul.

Se hunde allí sentada. No hay nadie a quien pueda llamar. Ni siquiera a Lisa, que no ha contestado a sus últimos mensajes.

Cuando arranca el Saab y se marcha de allí, la llovizna ha pasado a ser una lluvia ligera y Harriet tiene que activar el limpiaparabrisas. Conecta la radio para no tener que pensar en la conversación con Paul.

«Aquí, Eko. El hombre que está detenido desde el miércoles ha sido puesto hoy a disposición judicial con varias pruebas que podrían confirmar las sospechas de su implicación en el asesinato de una mujer a la que hallaron muerta en un granero en Skåne el pasado sábado.»

«No, como es normal no estoy satisfecho. Es un caso mal llevado, y me

refiero a que no hay motivos para mantener a mi cliente privado de libertad en esta fase de la investigación. Me sorprendería muchísimo que el fiscal tuviera material suficiente para llevarlo a juicio más adelante.»

La voz de Rikard suena por los altavoces. «Parece duro y formal, es irreal oír su voz en este contexto», piensa Harriet al mismo tiempo que gira de forma instintiva hacia el castillo.

Aparca el Saab detrás de la pista de tenis, un poco alejado; a continuación, se mete el móvil en el bolsillo de atrás, se cierra la chupa y echa a andar. Es un gran complejo. Además del parque y las pistas también hay unas instalaciones para conferencias y, al lado, una hilera de casas pequeñas, originariamente hechas para los empleados. Filas de casas de piedra pintadas de amarillo, en el mismo tono que el hotel. Casi parecen un pequeño pueblo de cajas de zapatos de cincuenta metros cuadrados. No todas están habitadas. Se nota.

En algunas de ellas, la parcela de césped en la parte de fuera está muy crecida, mientras que otras tienen rosales. No hay luz en ninguna ventana. Harriet consulta el reloj. Son las cuatro pasadas. Un camino de grava cruza por entre las casas. Podría acercarse por allí sólo para ver si encuentra la casa indicada en la llave de Douglas. Y ya la examinarán en otro momento. Ahora puede limitarse a echar un vistazo.

Busca el número 138. El nombre del buzón se ha caído, pero a juzgar por el césped cortado parece que hay alguien viviendo allí. Harriet se acerca un poco más. Si hay alguien en casa, podría preguntar con tacto si Douglas solía venir por aquí. Harriet decide llamar a la puerta. No abre nadie. Vuelve a llamar. No debe de haber nadie dentro. Lanza una rápida ojeada a su alrededor e intenta meter la llave en la cerradura, pero no consigue introducirla. Lo prueba de nuevo. Se inclina hacia delante y mira. La cerradura brilla y parece nueva. Nota que le falta aire. La llave no pertenece a esa casa.

Al lado de la pequeña vivienda hay una construcción alargada con garajes, y cada una de las puertas, igual que las casas, cuenta con un pequeño letrero de cobre con un número. Harriet se aproxima sigilosamente hasta el número 138, que está al final, y prueba la llave en la cerradura. El metal se desliza hacia dentro y se oye un chasquido cuando la cerradura se abre. Harriet se queda

quieta unos segundos. ¿Acaba de abrir la puerta del garaje de Douglas Andersson? Aunque haya sido víctima de un crimen, es una infracción, y debería pedir permiso o tener una orden de Konrad para entrar. Harriet no tiene autorización para realizar el registro de una casa. Aunque ya ha abierto la puerta y es demasiado tarde para dar marcha atrás. No le hará daño a nadie echar un vistazo. Es lo que haría cualquiera de sus compañeros si estuvieran en su lugar. Aunque va en contra de los planes de Margareta. Entra rápido y cierra la puerta.

La oscuridad es total y Harriet busca a tientas un interruptor donde suelen estar, junto a la puerta de entrada, pero lo único que nota es la superficie rugosa de la pared. Su pie topa contra una caja que emite un ruido metálico. Saca el móvil a toda prisa. Enciende la linterna y el haz de luz se desliza sobre las cajas y las bolsas que cubren el suelo. La mayor parte de la habitación está ocupada por algo parecido a un coche que se encuentra bajo un toldo. Harriet pasa por entre todos aquellos objetos, tropieza, pierde el equilibrio y choca contra un trozo de carrocería blanca. Se inclina hacia delante y aparta un poco más la lona de plástico. Ve las luces de atrás y reconoce el diseño. Sólo hay un coche con esas luces traseras. Un Volvo.

Harriet se pone en cuclillas y pasea la luz de la linterna por las ruedas. Sobre el neumático de la derecha hay un gran parche de goma.

Al mismo tiempo que se agacha para tomar una foto de la rueda, oye el crujido en el camino de grava de fuera y una voz. ¿Puede haberla visto alguien cuando iba por entre las casas? Joder, ¿cómo va a explicar qué está haciendo allí si entra alguien? Tiene que esconderse. Pero ¿dónde? Todo aquello está lleno de cajas, y si ahora se mueve, se darán cuenta. Los pasos se detienen justo delante de la puerta del garaje. Harriet aguanta la respiración, se agacha y con sumo cuidado empieza a meterse debajo del coche.

«Por favor, no entres aquí —piensa mientras apaga la linterna del teléfono—. No entres aquí.»

Se oye un chirrido cuando la puerta del garaje se abre y la luz del día inunda la habitación. Harriet respira por la boca sin hacer ruido. Un estornudo delataría su escondite bajo el automóvil.

—En el granero de Sundgodset —dice una voz de hombre a la vez que se oye un fuerte sonido y el garaje vuelve a quedar a oscuras. Unos segundos después se enciende una lámpara. Parece que el hombre está hablando por teléfono.

Harriet vuelve la cabeza despacio. Ve unas piernas y unas zapatillas de deporte que se mueven a sólo un metro de su cara.

—Entonces hay que andar con un cuidado de cojones —continúa la voz de hombre—. Tienes que ir con mucho ojo.

Harriet se pega todo lo que puede contra el suelo. El cemento le araña la cara, pero no siente nada. Su pulso late a un ritmo frenético. Está debajo del coche que ha sido utilizado en el asesinato, y el posible autor de los hechos, la persona que ha matado a Laura y probablemente también a Kenneth, se encuentra a apenas un metro de ella. Y, por lo que parece, tiene un cómplice.

Las zapatillas se paran justo al lado del vehículo. La lona se desliza despacio y acaba como un telón a lo largo de la parte trasera del coche. Harriet aguanta la respiración. ¿La podrá oír? Está tumbada entre las dos ruedas. Si tan sólo pudiera deslizarse un poco más adentro, quizá la oscuridad la protegería, en caso de que a aquel hombre se le ocurriera agacharse para mirar debajo, pero tiene miedo y si intenta moverse seguro que hace ruido.

—Prepárate para cualquier cosa. Es mucho más fuerte de lo que parece. No la juzgues de antemano. —La persona que habla parece dura—. No se va a escapar.

Oye un chasquido familiar cuando la puerta del coche se abre, las zapatillas de deporte desaparecen de su vista y el hombre se pone a mover cosas en el

asiento de atrás. Harriet deja que el aire que le presiona los pulmones salga despacio por entre sus labios. ¿De qué está hablando? ¿Planifica otro asesinato?

Una bolsa de plástico cae al suelo justo delante de los ojos de Harriet. «Dios, no la cojas.»

—Te lo prometo. Puedes confiar en mí. Ya lo sabes.

El suelo del coche se hunde cuando el hombre se sube al asiento. Aparece una mano que tantea en busca de la bolsa. Está tan cerca de la cara de Harriet que incluso podría tocarla por mera casualidad.

—De acuerdo. Nos vemos allí.

La mano es pálida y la piel parece áspera. Los gruesos dedos luchan por coger la bolsa de plástico. Cuando lo consiguen, Harriet ve la negra calavera que adorna el dorso de la mano. Le duele el pecho. «Lleva tatuajes hasta en los antebrazos, y en una mano se ve una calavera.» Niklas. Harriet aprieta con fuerza los ojos.

En ese momento se cierra de nuevo la puerta del coche. Se oye el zumbido del motor cuando se enciende, y la peste de los humos de escape se esparce por el garaje. Harriet abre de nuevo los ojos y mira a su alrededor. Apenas hay unos centímetros entre su cuerpo y la parte inferior del vehículo. Si el coche se pone en marcha, ella podría quedarse enganchada y verse arrastrada. Pero si se queda quieta, el conductor podría verla por el espejo retrovisor. No puede pensar más porque las ruedas empiezan a moverse. El ruido del motor le retumba en los oídos. Después, oye un chirrido de piezas metálicas que se ensartan unas en otras cuando se abre la puerta del garaje.

Poco a poco, Harriet se atreve a respirar más profundamente. Se queda quieta en el suelo como una piedra y cuenta los segundos. Le parecen una eternidad, pero sabe que no ha pasado mucho tiempo.

De pronto, el olor a la gasolina se le hace insoportable, y Harriet se da cuenta de que hay algo que la está tapando y la está dejando encerrada entre los gases. Vuelve a sentir pánico, pero aún no se atreve a moverse. Decide contar primero hasta sesenta. Lo que le está tapando la cara desaparece en cuanto Harriet se

incorpora. En cuanto puede respirar, nota el aire como una liberación. Ve que está sentada en medio del suelo, con la lona que cubría el coche en el regazo.

La puerta del garaje está cerrada, pero la lámpara sigue encendida. No se oye nada. El hombre se ha ido y no la ha visto al salir. La ha salvado la lona.

Espera todavía unos minutos y después prueba a abrir un poco la puerta del garaje y sale a hurtadillas. Siente la espalda sudada por lo que acaba de vivir. Parece que la salida de los garajes está vacía, y Harriet se apresura a desaparecer de la antigua zona de viviendas de los empleados. En cuanto queda fuera del campo de visión de las casas, echa a correr. Tiene que irse de allí y pedir refuerzos. Tienen que parar a Niklas. Paul le dijo que había estado en la cárcel y que necesitaba dinero. Su perfil coincide con el tipo de persona que puede cometer un crimen. Lo que más la asusta es que Niklas no está solo, sino que hay dos personas involucradas. Ni ella ni sus compañeros han trabajado con esa hipótesis, aunque a dos criminales les resulta más fácil mover una caja fuerte, llevar a Laura hasta el granero y meter a Douglas en el contenedor. Además, por la conversación que ha oído, está claro que planean alguna otra cosa. Niklas nombró el granero de Sundgodset y hablaban de una mujer. Alguien que no se escaparía. Alguien que probablemente sabe demasiado. Harriet corre tan deprisa que la boca le sabe a sangre y sus pensamientos vuelan a la misma velocidad. Como Niklas hablaba por un móvil, la conversación tiene que haber quedado registrada en el repetidor más cercano. Si pueden encontrar el teléfono, quizá puedan averiguar dónde se encuentra el otro autor.

No para hasta que la suela de sus zapatos pisa el asfalto del patio de delante de Henrikehill. Se apoya en la áspera pared de cemento del hotel para coger aliento y para que se le calme el corazón antes de poder decir algo. Cuando recupera el habla, se saca el móvil y llama a Elias.

—Elias, tienes que ayudarme con un número —le dice en cuanto el otro responde. Todavía le cuesta respirar.

—Harriet, ¿qué ha pasado?

—Estoy en Henrikehill, el castillo en las afueras de Lerviken, ya sabes. No lejos del foso de arcilla. Estaba investigando en un garaje del que Douglas tenía la llave. Elias, creo que he oído al asesino. Estaba en el garaje. Estaba hablando con alguien. Son dos.

—¿Puedes contármelo todo otra vez desde el principio, a ver si te entiendo?

La voz de Elias parece tranquila y nota que le presta toda su atención. Harriet está en cuclillas junto a los macizos de flores que hay al lado del edificio y le explica toda la historia. Lo que ha hecho en las últimas horas, desde cómo ha acabado en el garaje y escuchado esa conversación hasta la descripción de Niklas y el coche. ¿Cómo cojones van a encontrarlo? Puede que a estas alturas ya se haya adelantado bastante; no tiene muy claro el tiempo que ha transcurrido, pero ha pasado más de un cuarto de hora desde que él se ha marchado.

—Ya lo sé, no tenemos gran cosa. Su nombre es bastante común, pero por lo menos los tatuajes son característicos, y los he visto con mis propios ojos, aunque no le haya podido ver la cara, y reconocería su voz si la volviera a oír.

—Estaré en comisaría dentro de cinco minutos, Rakel y yo vamos de camino. Se lo explicaré a Margareta. Konrad no está de guardia esta tarde, hay otro fiscal, pero el trámite será rápido. Voy a conseguir el permiso para el control de la

antena repetidora y hacer el seguimiento del móvil. También puedo usar uno de los contactos que tengo allí. Si utiliza el móvil de nuevo, lo localizaremos.

—¿Y qué hago yo ahora? ¿Voy a comisaría? —Harriet se siente confusa. Hace un segundo tenía prisa por ponerse en marcha, pero ahora ya no sabe qué hacer.

—Harriet, espera donde estás. No hagas nada más. Te llamaré en cuanto tenga información y hayamos decidido cómo vamos a actuar.

—Vale.

—Oye, no vayas a Lerviken a buscar nada y, por Dios, no hables con nadie de esto. Podrías estropearlo todo. Déjame a mí ponerme de acuerdo con Margareta para establecer primero un buen plan. Tenemos que frenar a esa persona, pero lo mejor es que nosotros hagamos todo lo posible para pillarlo con las manos en la masa. Si sospecha algo, lo podemos fastidiar todo, y en la situación en la que nos encontramos, sólo él nos puede llevar hasta su cómplice.

—Pero están planeando otro crimen.

—Se pondrán de nuevo en contacto. Te lo prometo. Y la próxima vez que utilice el móvil lo pillaremos.

Harriet se rinde.

—De acuerdo. Esperaré aquí hasta que me llames, pero ¿no sería mejor que fuera a la comisaría?

—No, no es necesario que vengas. De todas formas, no hay nada que puedas hacer. Espera ahí mientras tanto. Seguramente me podré poner en contacto contigo bastante rápido, pero prepárate para esperar si todo resulta más lento de lo previsto. Si tardo mucho, vete a casa y quédate allí.

Harriet sabe que Elias tiene razón.

—Permaneceré aquí preparada con el teléfono a mano —responde enseguida, y cuelga. Podría aguardar en el bar del hotel. Está tranquilo y protegido.

Entonces oye un carraspeo detrás de ella. Se levanta deprisa y se da la vuelta.

—O sea que has vuelto, a pesar de todo —dice Rikard—. Pero no hace falta que te pongas entre las flores para espíarme —añade echándose a reír. Por la sonrisa de sus labios es imposible saber si acaba de llegar y por casualidad la ha visto, o si ha oído la conversación que ella acaba de mantener con Elias.

Harriet no puede articular palabra. Había olvidado a Rikard y no se le había ocurrido que podría aparecer por el hotel.

—Perdona, ha sido una tontería por mi parte hacerte una broma. ¿Qué ha pasado? —pregunta serio.

—Nada. No puedo hablar contigo. Ya sabes por qué —consigue decir.

Rikard la observa un momento y Harriet mira hacia abajo, hacia sus vaqueros. Están llenos de aceite y en las rodillas tiene manchas de suciedad. Da un paso rápido para salir del arriate y se esfuerza en quitarse la tierra que se le ha quedado pegada en la suela de las zapatillas de deporte.

—Harriet, hace un rato que estoy aquí. Sé que ha ocurrido algo. ¿Estás bien? ¿Te puedo ayudar?

Ella no responde.

—He oído tu conversación, pero no te voy a preguntar. Puedes confiar en mí.

Harriet saca el paquete de cigarrillos y enciende uno. Si ha oído la conversación con Elias, sabe, o al menos puede deducirlo, que la policía tiene algo entre manos.

—Quizá no deberíamos quedarnos aquí fuera. No porque haya mucha gente, pero si alguien nos viera hablar, sería catastrófico. Algunos me conocen, y después de hablar con los medios esta mañana, seguro que alguien de la zona puede descubrir quién soy.

Harriet echa una rápida mirada a su alrededor.

—No deberíamos hablar en absoluto —replica Harriet.

—Tienes razón. Sólo quería ayudarte, si había ocurrido algo —continúa Rikard. Su mirada es amable, pero seria.

—En estos momentos no quiero que nadie me vea —responde ella tirando el cigarro. Sólo le ha dado un par de caladas y se arrepiente de haberlo encendido —. Tampoco creo que me vaya a quedar en el hotel mucho rato.

Se despide con un gesto de la cabeza y lo deja solo junto al arriate de flores. Después abre la puerta de la entrada del hotel. El vestíbulo está vacío y Harriet se acerca a la barra. El barman está ocupado secando copas, pero se le ilumina la cara cuando ve a Harriet. Se sienta a una mesa en uno de los rincones y pone el móvil encima de ésta, delante de ella.

—¿Vino, Coca-Cola Zero, wifi? —pregunta el barman—. ¿Qué vas a tomar hoy?

—Coca-Cola Zero me va bien —contesta Harriet sin apartar la mirada del móvil.

Se va a volver loca si tiene que quedarse allí sentada, esperando. Ya están cerca del asesino. Cuando lo piensa, le parece increíble y a la vez extraño que hace un segundo estuviera en el mismo sitio que el autor de los hechos. ¿Qué habría pasado si la hubiera descubierto? Le da un vahído sólo de pensarlo. Tiene un ángel de la guarda. En estos momentos podría estar muerta.

—Una Coca-Cola Zero por aquí. —El barman pone la botella, un vaso y un cuenco con hielo delante de Harriet.

—Estupendo. Gracias —dice con voz tranquila, y la luz mortecina hace que el pulso se le calme aún más.

Se sirve la bebida y le da un trago. La pantalla del móvil sigue oscura. Piensa en el asesinato de Kenneth. Los datos que salieron en los medios sólo decían que tenían un testigo, no quién era. El asesino, o los dos asesinos, tienen que conocer por fuerza a Kenneth. Se estira para coger el bolso donde tiene el cuaderno de notas. Kenneth conoce al de las iniciales N. E., Niklas Eriksson. El hombre con los tatuajes en la mano. El amigo de Paul. Harriet cierra los ojos un segundo y siente las burbujas en la lengua. Paul incluso le ha prestado dinero. Cuando cojan a Niklas, porque sus compañeros lo arrestarán, Paul se verá metido en el caso, lo quiera o no. Niklas incluso ha estado buscando a Paul en casa de Eugen. Debe de estar desesperado por conseguir dinero. Harriet siente que se le eriza el vello de la espalda. Tiene que ser Niklas a quien Lia se refería cuando le explicó cómo había ocurrido el asesinato. Cómo esperó en el coche, le puso la cinta americana en los ojos a Laura, maltrató a Douglas y después mató a Laura. Se inclina hacia atrás y alarga la mano para tomar el vaso de nuevo. Hay un detalle que no le encaja. Si Niklas ha cogido la caja fuerte y ha tenido a mano las cosas de valor de Douglas, ¿por qué necesita que Paul le preste dinero? ¿Y por qué no llama a Paul, simplemente, si es que quiere hablar con él? ¿Por qué va a casa de Eugen? No le cuadra.

—¿Me puedo sentar? —pregunta una voz afable, y Harriet mira hacia arriba.

Rikard está delante de ella.

—Sólo estamos nosotros dos y el camarero ya nos ha visto juntos —dice señalando el bar con la cabeza. Antes de que a Harriet le dé tiempo de contestar, se sienta en el sillón libre que hay frente a ella, pone dos vasos de whisky sobre la mesa y se arregla la corbata.

Harriet mira de reojo el móvil. Ha pasado media hora. Elias debería llamar en cualquier momento.

—Toma —dice Rikard acercándole uno de los vasos a Harriet.

—No, gracias —responde ella, y niega con la cabeza.

—Pensé que quizá necesitaras algo para tranquilizarte un poco. Estás tensa como un muelle —insiste Rikard.

Harriet baja los hombros, pero no se siente especialmente relajada.

—Sí, me siento un poco desconcentrada —dice.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí esperando? —pregunta él, al tiempo que levanta el vaso hacia ella. Sonríe, y la débil luz de la lámpara hace que sus ojos azules brillen—. ¿Y si se han olvidado de ti?

—No lo creo —responde Harriet cogiendo el móvil. Marca el número de Elias, le da la espalda a Rikard y se lo pone al oído. Espera varios tonos de llamada, pero él no contesta. Llama otra vez para mayor seguridad. Después cuelga el teléfono y se rasca la nuca. Sus rizos están de nuevo enredados y los dedos se le quedan enganchados cuando intenta deshacerlos. ¿Por qué no contesta Elias cuando lo telefonea?

—¿No deberías estar trabajando? —le pregunta a Rikard mirando con intención el vaso de whisky.

—Sí, pero prefiero hablar contigo, si tengo la ocasión —responde Rikard—. Puedo leer las diligencias esta noche. Además, ya se ha celebrado la negociación.

Harriet lo observa. El alcohol y la falta de sueño del día anterior no parece que hayan hecho mella en él.

—No es bueno que hablemos —insiste Harriet—. No deberíamos vernos.

—Pues no podemos hacer nada —replica Rikard—. El mal ya está hecho y, en realidad, la situación no puede empeorar. —Sonríe al tiempo que consulta el

reloj de oro que lleva en la muñeca—. No sé lo que estás esperando, pero ¿no te iría bien cenar mientras tanto?

Harriet respira hondo. Tiene sentimientos contradictorios. Una parte de ella no quiere otra cosa que cenar de nuevo con Rikard. Continuar donde quedaron ayer y sencillamente olvidar todo cuanto los rodea. Cuando él le sonrío, vuelve a brillar el recuerdo de la noche pasada. Los brazos musculosos de Rikard apretando su cuerpo. Las pequeñas perlas de sudor en su espalda. Ella se excita cuando piensa en él, pero se sacude el pensamiento de la cabeza. Su otra parte está totalmente tensa. Quizá esta noche lleven a cabo alguna acción o detengan a alguien. En cuanto lo decidan, Elias la llamará, y eso es más importante que cualquier otra cosa.

—Querría cenar contigo en alguna ocasión, cuando haya terminado la investigación —responde—. Pero tengo que hacer una llamada. —Harriet se disculpa, coge el móvil y se va al otro lado del bar. Si le contestan, no quiere arriesgarse a que Rikard oiga lo que dice. Marca el número de Margareta, que, a estas alturas, debería estar informada. Suena tres veces antes de que salte el contestador. Harriet cuelga y piensa un momento. Después marca el número de Patrik. Si están planeando algo, deberían contar con ella, pero tampoco él responde al teléfono. Por el rabillo del ojo ve cómo Rikard la está observando desde el otro lado del bar.

—¿Ya se ha ido todo el mundo a casa y se han olvidado de decírtelo? —le pregunta Rikard cuando ella vuelve.

—No creo, pero nadie contesta al teléfono —responde Harriet.

—Sé que no tengo nada que ver, pero me has hablado de tu jefa. ¿Te ha dejado apartada? —Rikard la mira indagador—. No te pongas así. Si no tiene motivos, creo que deberías decírselo.

La ira la abruma cuando lo oye decir aquello. ¿Puede ser que Margareta haya vuelto a decidir que no quiere que Harriet participe? «No, no es necesario que vengas. De todas formas, no hay nada que puedas hacer.» Eso es justo lo que ha dicho Elias cuando lo ha llamado. Tenía tanta adrenalina en el cuerpo después del descubrimiento en el garaje que no ha reparado en ello en su momento, pero ahora, cuando piensa en esas palabras, siente el enojo ir en aumento. «De todas

formas, no hay nada que puedas hacer». ¿Era una forma bonita de decirle que no la necesitaban?

—Tengo que regresar a Landskrona —dice ella, insegura.

Es cierto que Elias le ha dicho que no vaya, pero aunque hayan partido de la idea de que ella no va a intervenir por no ser policía, Harriet quiere saber igualmente qué es lo que han planeado. En el trabajo siempre hay otras labores que puede hacer mientras tanto. Necesitan todos los recursos disponibles.

—Te puedo llevar —propone Rikard—. Por favor. De verdad, querría hablar contigo de varias cosas. Si tus compañeros están allí, puedo hacer diversas gestiones y después te llevo de regreso cuando quieras. Y si no están, podemos comer algo en algún sitio. ¿Qué me dices?

Harriet observa dudosa el vaso de whisky que hay delante de Rikard. Parece haberle dado sólo algún que otro sorbo. Después alza la vista y se encuentra con su mirada cálida y esperanzada. Harriet sopesa la situación. Después asiente con la cabeza.

—Aunque el único motivo por el que acepto —se da prisa en aclarar cuando una gran sonrisa aparece en la cara de Rikard— es que estoy tan alterada y a la vez tan cansada que no me fío de mí misma al volante.

Hace bochorno. La temperatura ha subido hasta alcanzar casi diecisiete grados, y Harriet suda cuando acelera el paso hacia el aparcamiento de invitados. Rikard la sigue muy de cerca. Las luces del Jeep parpadean como para saludar cuando Rikard abre la puerta y le hace un gesto para que suba. La puerta se cierra de nuevo con suavidad y el salpicadero de color azul claro se enciende delante de ella.

Él le guiña un ojo, pone en marcha el motor y gira para salir del aparcamiento. Harriet se fija en las manos de Rikard. Sus largos dedos envuelven el volante. Dedos de pianista, diría Eugen. Así es todo él. El reflejo del salpicadero ilumina el rostro de Rikard y Harriet se sorprende pensando que es realmente guapo. De alguna forma, está prohibido ir con él, pero a la vez le reconforta que le guste ahora que los demás de pronto le hacen el vacío. Además, el papel de Rikard dentro de poco habrá cambiado, cuando se cierre el caso. Aprovechar la ocasión de conocerlo un poco mejor como persona no es un pecado capital si ella se comporta como una profesional. Si detienen a Niklas, soltarán a Tony, y entonces Rikard ya no estará involucrado en el caso. Lo vuelve a observar. «Seguro que no tuvo ningún problema cuando era joven», piensa Harriet. Seguro que nunca ha sentido que no estaba en el sitio adecuado. Nunca habrá ido mal vestido a una fiesta ni habrá evitado situaciones por avergonzarse de sí mismo. Y, como es natural, nunca habrá estado en clase notando que un grano empezaba a salirle en la punta de la nariz dos horas antes de la foto escolar. Rikard no es de éstos, es evidente.

—¿Siempre te han salido las cosas bien? —pregunta sin pensárselo mucho.

—¿Qué quieres decir? —responde Rikard.

—Quiero decir, ¿no has sufrido nunca adversidades? ¿Has conseguido

siempre lo que has querido?

Ve que sonrío, pero no se vuelve hacia ella. Seguro que piensa que es infantil.

—Nadie lo tiene fácil, lo que pasa es que es diferente para cada uno — contesta. Pone el intermitente y se incorpora a la carretera. Lo que ha respondido la lleva a pensar en Eugen. Por segunda noche seguida, se ha olvidado de llamarle. Vuelve a sacar el teléfono.

—Estaremos allí dentro de un cuarto de hora. ¿De verdad tienes que volver a llamar? —pregunta Rikard.

—Quiero hablar con mi padre, está un poco confuso y a veces me preocupa. Además, debería decirle que llegaré tarde —replica a la vez que se pone el móvil en el oído.

Tampoco Eugen atiende al teléfono. Harriet descansa el codo en el apoyabrazos y se inclina en el asiento del coche, que huele a nuevo. No tiene por qué haber pasado nada, pero, al no contestar, piensa que puede haber pasado algo. Desde que fueron a ver al médico, la pequeña nube de intranquilidad que surgió en su cielo interior no quiere disiparse del todo. Harriet pasa a mirar el cielo real. El techo del Jeep es de cristal, y a través de la ventanilla tintada ve cómo el sol se va poniendo sobre el paisaje.

—¿No contesta? —Rikard la presiona con suavidad el hombro.

—No —responde rápida—. Hoy no me lo coge nadie.

—Seguro que no pasa nada. Prueba después.

Entran en la calle Rådhusgatan. En el Saab, Harriet está acostumbrada a oír hasta la gravilla, pero el Jeep de Rikard se desliza silencioso sobre la gruesa grava.

—Puedes aparcar en el patio de atrás de la pizzería. Allí nadie advertirá el Jeep desde la comisaría —indica Harriet—. Así nadie nos verá juntos —añade.

Rikard asiente y conduce despacio hasta los contenedores de reciclaje. Harriet abre el coche y sale.

—Si alguien del restaurante aparece y te pide que te vayas, puedes decir que vienes conmigo. Conozco al jefe del restaurante, Josef. Me ha dicho que puedo aparcar aquí. —Aunque sabe que Josef le ha dicho que el aparcamiento en el patio de atrás sólo es para ella. Para nadie más.

—Ah —responde Rikard levantando las cejas. Cierra la puerta al salir.

La comisaría está a oscuras y los grandes cristales de las puertas de entrada bostezan desiertas cuando Harriet pone la tarjeta en el lector. Harriet pasa furtivamente por delante del mostrador de Lena y escucha a ver si oye voces, pero todo está en completo silencio. Tiene una sensación extraña al entrar y no ver a nadie, casi como si estuviera cometiendo un robo, y en cuanto alcanza el pasillo enciende las luces. Las puertas de las oficinas están cerradas, todas menos la suya. Su despacho está como cuando lo dejó. La caja con las cosas de Douglas está en el suelo y el escritorio se ve lleno de papeles. ¿Por qué no puede tener ordenado su puesto de trabajo? Es algo muy simple. El de Margareta está impecable y seguro que en los cajones hay un orden minucioso.

Harriet continúa hasta la sala grande. En la mesa hay un papel en blanco y en la pizarra no se ven anotaciones de ninguna posible operación. Se detiene unos segundos. No parece que haya tenido lugar ninguna reunión. Se los había imaginado allí reunidos cuando había llamado a Elias, y a Margareta saltando de alegría, a su desconcertante manera, por la información que había compartido con ellos, así como pidiendo refuerzos de inmediato para encontrar el Volvo, a la espera de recibir los datos de la antena repetidora. Por su parte, Göran suspiraría, pero después se vería obligado a reconocer que Harriet era, a pesar de todo, bastante buena. Sin embargo, aquella sala transmite más la impresión de que todo el mundo se ha ido a casa tras una jornada laboral como otra cualquiera.

Va deprisa hasta el *office*. Está vacío, a excepción de una fuente con unos cuantos tristes plátanos y el periódico *Sydsvenskan* del día anterior. Coge su móvil y le envía un mensaje a Elias.

Harriet: ¿Qué está pasando? He venido a comisaría. Creía que estabais aquí, pero esto está vacío. ¿Me puedes llamar?

Cuando sale el mensaje, empieza a sentirse abatida. ¿No se han tomado en serio lo que ha descubierto?

El móvil vibra en su mano y el nombre de Paul parpadea en la pantalla. Por primera vez en mucho tiempo no le apetece hablar con él.

Harriet se hunde en el ajado sofá de la sala y responde.

—Hola, Paul.

—Hola, Harry. ¿Qué haces? —intenta poner la voz de siempre, pero hay cierta dulzura en ella.

Harriet suspira.

—Estoy en el trabajo. —Pasea la mirada por el comedor vacío y sin ventanas, y se da cuenta de que es una respuesta deprimente a las siete de la tarde de un sábado—. ¿Y tú?

—Aquí son las tres de la madrugada. Los demás están descansando, pero yo no podía dormir, así que he pensado que podría aprovechar para llamarte. —Hace una pequeña pausa y se aclara la voz—. Perdóname por haberme enfadado antes, no era mi intención. No quería decir lo que he dicho. Entiendo que te resulte difícil. Es que me ha molestado que empezaras a hacerme preguntas como una policía sobre cosas que considero privadas y que no tienen nada que ver con tu investigación. Sólo quería que lo supieras.

—De acuerdo —responde ella reclinándose en el sofá y cerrando los ojos—. Sólo pretendo aclarar este horrible asesinato. Es que no puedo pensar en otra cosa, por eso me he pasado de la raya. No quería indagar en tu vida privada —indica Harriet.

—¿Has podido hablar con Yvonne? —pregunta Paul. Parece angustiado.

—Aún no, he tenido mucho que hacer. Cuando pueda le preguntaré si conoce a Niklas. Puedes estar tranquilo, no le diré nada de que has sido tú quien me lo ha explicado. Aunque no entiendo cuál es el problema.

—Gracias, Yvonne ya parece enfadada conmigo, por lo menos estuvo así todo el verano. No sé por qué, pero puede ser realmente perra cuando alguien no le gusta —dice echándose a reír—. Y no me quiere decir de qué conoce a Niklas...

Se oye de fondo un berrido que hace que Paul se ponga nervioso: «Joder, apártate. Estás en medio».

—¿Quién es? —exclama Harriet—. ¿Ha venido alguien?

Paul tarda unos segundos en contestar.

—Por lo visto, me he sentado en la tumbona de alguien. Ya sabes, la gente se cree que son los dueños de las tumbonas que están más cerca de la piscina. Algunos las reservan con la toalla y después se van a desayunar durante horas al bufet libre. —Suelta una breve carcajada y Harriet se queda de piedra.

—Me pareció oír que decías que eran las tres de la madrugada y que los demás estaban durmiendo —empieza a decir. La aparente mentira la ha dejado helada.

—Pero he salido a la zona de la piscina. Es que no quería despertar a los niños. Fuera todavía queda gente. Deberían relajarse un poco, se supone que estamos de vacaciones.

—¿Dónde estás? Paul, ¿te encuentras realmente en Bali?

—Pues claro que sí. ¿Dónde iba a estar si no?

—De acuerdo. Hazte un *selfie* junto a la piscina y envíamela —le pide Harriet.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué tengo que hacerme un *selfie*?

Harriet respira. Por lo general, su hermano nunca tiene problemas para tomarse una foto de sí mismo.

—Pues hazle una foto al hotel.

—Pero ¿qué dices? ¿Vas a empezar otra vez con el rollo policial? —replica Paul con un tono de voz más duro.

—¿Por qué no quieres hacer una simple foto? —le pregunta Harriet.

—Manda cojones. Te llamo para pedirte perdón y te explico que me he enfadado porque me has mezclado en un caso y ahora vas tú y continúas con lo mismo. Si piensas andarte con ésas, ya te puedes ir a la mierda, Harriet — responde Paul, frío como el hielo, y cuelga.

Harriet agarra el móvil con fuerza. Ya no reconoce a su hermano. No puede confiar en nada de lo que le ha dicho. ¿Conoce de verdad a Niklas? ¿Son siquiera amigos? La pregunta cuya respuesta Harriet necesita comprender mejor que ninguna otra es por qué Paul elige enmarañarse con tantas mentiras. Tiene que haber ocurrido algo que lo haya hecho tomar esa decisión. Se pone de nuevo el móvil en la oreja. Sabe que tiene que hacer lo que está a punto de hacer, por muy desagradable que le resulte. Tres tonos de llamada y salta el contestador de Elias.

—Hola, Elias, soy Harriet. Me gustaría que contestarais cuando os llamo. Tenéis que rastrear otro teléfono. —Harriet traga saliva—. Es el de mi hermano. —Preferiría podérselo explicar a Elias, no a un buzón de voz, así que le dicta el número de Paul y cuelga.

Cuando pasa por la recepción, el reloj de la entrada marca las siete y media. Harriet enciende la lámpara a pesar de que le resulte incómodo que la puedan ver desde la calle, como si estuviera en un acuario a la vista de cualquiera. Se le ocurre escribir una nota a los demás. Estén donde estén, tienen que llamarla cuando vuelvan. En el puesto de trabajo de Lena hay un paquete de chicles y un lápiz con un flamenco rosa y una cola movediza. Harriet abre el primer cajón y encuentra un bloc de notas con forma de corazón rosa chillón. Coge el lápiz con el flamenco y presiona la cola del tapón con los labios mientras escribe. «Hola: / Como no habéis dicho nada he pasado por aquí. ¿Dónde estáis? Llamadme en cuanto regreséis, sea la hora que sea. / Harriet.» Después engancha el corazón en la puerta que da al pasillo, donde nadie lo puede pasar por alto. No sabe exactamente qué hacer, pero no gana nada quedándose sentada en el despacho pensando. Menos aún cuando tiene a Rikard esperándola fuera.

Hay luz en el coche y Rikard está ocupado con su teléfono cuando ella vuelve. Mira sorprendido hacia arriba cuando Harriet llama a la ventanilla. Rikard deja el móvil en el asiento de atrás.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—No hay nadie. Pueden haberse largado sin mí —dice hundiéndose en el asiento a su lado.

—De acuerdo, ¿vamos a ver la oferta de restaurantes de Landskrona para que me lo puedas explicar todo mientras yo te invito a la cena más agradable del mundo?

Harriet responde encogiéndose de hombros. Se siente indignada y abatida, lejos de mostrar la actitud adecuada para ir a cenar a un restaurante. No podría tragar ni un solo bocado. En lo único que puede pensar es en Paul, en dónde está y en por qué le miente. Y por qué sus compañeros la excluyen.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Prefieres volver a casa?

Por la expresión de Rikard, es imposible saber si entiende lo que ocurre o si cree que está perdiendo el tiempo con ella. ¡Pero si ha sido él quien ha insistido en llevarla!

—Ahora mismo estoy cabreada por todo. La verdad es que lo único que me apetece es irme a casa —responde Harriet—. Sería lo mejor. Además, no estaría mal echarle un ojo a Eugen.

Una fuerte señal la interrumpe, y Rikard se estira en busca del móvil, pero no le da tiempo de cogerlo antes de que el nombre de Charlene empiece a parpadear en la pantalla.

—Harriet, tengo que contestar esta llamada. Es privada —le explica de forma rápida volviéndose hacia ella—. Disculpa.

Harriet tarda unos segundos en comprender que él quiere que salga del coche. Se levanta deprisa y vuelve la cabeza para que no vea que está avergonzada. Antes de cerrar la puerta, a través de los altavoces oye una aguda voz de mujer con el deje nasal de Estocolmo.

—Cuánto has tardado, ¿por qué no me lo has cogido antes? ¿Has decidido

cómo lo vamos a hacer con la casa de verano? —empieza diciendo la mujer.

Harriet se queda de pie unos segundos y lo mira a través de la ventanilla. ¿Charlene es su novia? Sólo de oír la voz puede ver a Charlene delante de ella. Alta, delgada, seguro que de pelo castaño y brillante, y pendientes de oro. Madura. Todo lo contrario que Harriet. Charlene tiene casa de verano y un bolso ordenado. No es de las que meten la pata y, desde luego, seguro que no fuma.

Harriet se dirige al muelle de carga junto a la entrada de la cocina de la pizzería y enciende un cigarrillo. Maldice no haber venido sola. Ahora tiene que esperar sentada como una idiota hasta que Rikard acabe la conversación con su novia.

Le da tiempo de fumar dos cigarrillos antes de que los focos delanteros del Jeep se enciendan y Rikard le haga una seña para que vuelva. Cuando lo ve gesticular con el brazo, le entran ganas de levantarle el dedo, irse de allí y tomar un taxi hasta casa, pero lleva más de veinte minutos sentada en el muelle de carga, así que puede dignarse ir a hablar con él. Abre la puerta del coche de un tirón.

—Hola —dice él.

Harriet se sienta y cierra la puerta con fuerza.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? ¿He hecho algo mal?

—¿Tú qué crees? —le pregunta mientras le da vueltas al móvil entre los dedos una y otra vez. Es la única manera de mantenerse tranquila—. ¿Podemos irnos?

—Siento haber tardado tanto, no era mi intención —responde él arrancando el motor. El coche se desliza en silencio para salir del patio trasero.

Harriet se queda callada un momento.

—Vale, entiendo que algo va mal, pero dime adónde vamos. No sé dónde vives —continúa Rikard.

Harriet mira hacia arriba y se topa con su mirada.

—¿Crees que soy tonta del culo? He oído la conversación con Charlene de hace un momento. Tu novia, ¿no?

Los ojos de Rikard son fríos. Gira hacia la carretera nacional y el cielo se oscurece a su alrededor cuando las luces de la ciudad desaparecen.

—No es mi novia, Harriet —dice sin cambiar el semblante—. Entiendo que estés enfadada si te ha dado esa impresión, pero no tienes motivo para estar así.

—¿Y quién es si no es tu novia?

—Es mi mujer —contesta Rikard mirándola de reojo. Harriet se queda completamente chafada. ¿Qué es lo que está diciendo?

Rikard se queda callado un momento.

—Aunque no lo seguirá siendo por mucho tiempo. Estamos repartiendo lo que tenemos en común, pero tú y yo acabamos de conocernos, así que pienso que no te incumbe.

Pasan por delante de Borstahusen, y el cartel blanco que indica Lerviken brilla ante ellos por los focos del coche.

—Es cierto, podría habértelo dicho al principio —añade—, pero la primera vez que te vi no sabía que ibas a ser tan importante para mí.

Cuando oye aquello, Harriet siente un cosquilleo en su interior.

—¿No sabías que iba a ser importante para ti? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Es porque tengo que ver con un caso de asesinato, eso te ha hecho cambiar?

Harriet nunca se ha sentido tan idiota en toda su vida. Tendría que haberse dado cuenta desde el principio que sus intenciones no eran honestas. La nota, su insistencia en el hotel cuando le dijo varias veces que no deberían hablar entre ellos. ¿Quién hace eso? Sobre todo debería haber reaccionado a que una persona como él no iba a estar interesada en ella de verdad. ¿Cómo lo pudo creer? ¿Cómo pudo creerse ni por un segundo que había algo entre ellos?

—¿Sabes qué? Déjame bajar aquí. Me voy andando a casa —responde indicando con la cabeza un cruce al que se acercan por la carretera, antes de su desvío.

—Venga ya. ¿Acaso no has oído lo que te he dicho? Me gustas. Es un grave problema que tanto tú como yo trabajemos en el mismo caso, pero prefiero correr el riesgo.

Harriet se sonríe. Más hablar por hablar. Le dice lo que cree que ella quiere oír, pero no caerá en la trampa.

—¡Para el coche!

Rikard aminora la marcha y se detiene en el arcén.

—No tengo ganas de pelearme contigo, pero no te puedo dejar aquí en medio de la carretera, con lo oscuro que está. ¿Lo entiendes? Respira hondo y escucha lo que te voy a decir —replica Rikard manteniendo su tono de voz tranquilo.

—Gracias, ya me las arreglaré —responde Harriet—. Ya he oído suficientes mentiras por hoy. —Se desabrocha el cinturón de seguridad y se baja a toda prisa del coche.

Esta vez da un portazo con todas sus energías y echa a andar sin darse la vuelta. Es un traidor, y sabe que aquello sólo puede acabar de una manera. Le hará daño. Es lo único que ha aprendido después de la relación con Georgos.

Pasan unos minutos y luego oye el sordo sonido del motor que acelera y el crujido contra el asfalto cuando el Jeep se vuelve a poner en marcha. Harriet aparta la cara cuando el coche pasa, pero sigue las luces rojas de la parte trasera con la mirada hasta que desaparecen en el horizonte. ¿Cómo le ha podido gustar Rikard? En cierto modo, es culpa de Lisa: ella la animó a lanzarse a la aventura. No aprenderá nunca.

Harriet saca el móvil y le envía un mensaje a Lisa.

Harriet: Estoy en mitad de la nada. Le he pedido que me dejara bajar en mitad de la carretera. Necesito tu apoyo moral.

Al mismo tiempo se da cuenta de que Lisa no le ha contestado a ninguno de sus últimos mensajes. Tiene que estar ocupada con su petimetre, supone Harriet. Nunca han estado tanto tiempo sin hablar.

El viento corre por los campos pelados, y el aire bochornoso ha desaparecido. La temperatura ha vuelto a bajar. Seguro que faltan más de cinco kilómetros hasta Lerviken. Enciende un cigarrillo y camina a lo largo de la carretera. ¿Por qué cojones ha hecho algo así? Tendría que haber cerrado el pico y haber dejado que Rikard la acompañara hasta casa. Piensa en Paul y se pregunta qué mentira le habrá contado a Eva-Lena y dónde estará. Aunque a Harriet no le cae bien Eva-Lena, le entran ganas de llamarla. Quizá lo haga mañana. Los demás duermen en

sus camas. «Me he sentado en la tumbona de alguien.» Suspira. Cuando piensa en Paul se pone triste, pero a la vez se indigna. No es mala persona. Miente, pero tiene que haber ocurrido algo tan complicado que no puede explicárselo ni a Harriet ni a Eugen.

En el bolsillo suena un zumbido. Harriet tira el cigarrillo y hace un alto antes de responder al móvil y reemprender la marcha. Es Elias. Por fin.

—Harriet, ¿dónde estás?

—¿Que dónde estoy? ¿Dónde estás tú? Te he llamado varias veces. ¿Por qué no has contestado? —Se queda quita—. En este momento estoy en medio de un campo, camino de Lerviken. ¿Se ha movido Niklas? ¿Ha utilizado el móvil?

Elias carraspea.

—Sí, ha estado apagado durante bastante tiempo, pero acaba de hacer una llamada y hemos encontrado la antena que recogía el tráfico de señales. Sabemos con bastante precisión en qué zona se encuentra. Sigue en Lerviken.

—¡Vaya! —Harriet se aparta el pelo de la cara y nota que resopla cuando respira directamente en el aparato—. ¿Dónde estáis? He pasado por comisaría y no había nadie. ¿Por qué nadie se ha puesto en contacto conmigo?

—Margareta nos ha reunido en otro lugar a la espera de que el móvil volviera a mandar alguna señal.

—Pero ¿por qué? —Harriet no entiende nada, ¿por qué Margareta los ha reunido en otro sitio? ¿Qué está pasando?

—Pues verás... Hay un tema. —Elias, cosa rara en él, parece inseguro.

—Sí, ya lo sé. Te he pedido que rastrearas el móvil de mi hermano. La cosa es que sospecho que no estaba diciendo la verdad cuando he hablado con él y sé que conoce a Niklas, le suele dar dinero, y quería saber qué es lo que trama para poder descartarlo después del caso. Quizá sea una tontería. Pensé que tenía algo importante que explicar, dado que miente, pero está claro que no está implicado en el asesinato.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Elias. Tajante.

A Harriet se le corta la respiración.

—Porque es mi hermano —responde—. Lo sé y punto.

Elias se queda callado unos segundos.

—Harriet, hemos comprobado la llamada que Niklas Eriksson hizo en el garaje cuando tú estabas allí. Estaba hablando con tu hermano.

A Harriet se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Estaba Niklas hablando con Paul? —puede preguntar finalmente.

—Sí, y hemos pinchado el teléfono de Paul, así que sabemos dónde se encuentra. Por lo menos dónde se encontraba hace unos minutos.

Han enviado un mensaje privado al móvil de Paul para ver qué antena de telefonía se encargaba de la actividad del tráfico. Mientras, ella ha estado esperando como una idiota a que la llamaran y ellos la han mantenido alejada a propósito después de saber que su hermano estaba involucrado en el caso.

—¿Dónde se encuentra?

—El repetidor más cercano a Lerviken es el que ha registrado el tráfico.

Harriet siente un zumbido en su cabeza. Aunque ha oído cada una de las palabras, no puede entender lo que le dice Elias. La conversación que ha escuchado en el garaje era de Niklas, que llamaba a Paul pidiéndole que quitara de en medio a una persona. Ya no sabe quién es Paul. Por mucho que se esfuerce, no puede imaginarse a Paul matando a nadie.

—¿Está en Lerviken? ¿Niklas y él?

—Sí, los dos están en la zona.

Harriet intenta tranquilizarse. Tiene que pensar claro. Si Paul está implicado de alguna manera, tiene que ser porque Niklas lo está obligando. Ese malnacido de Niklas tiene que haberlo presionado de una forma u otra. Por eso ha vuelto a casa. Niklas quería que Paul lo ayudara y le ha obligado a interrumpir las vacaciones. Sabe que Paul lo obedecerá. Tiene que ser eso. Niklas se ha referido al granero, así que Paul debe de estar dirigiéndose allí.

—¿Va camino del escenario del crimen, al granero donde encontraron muerta a Laura?

—No lo sabemos. ¿Por qué crees que va hacia allá? —pregunta Elias.

—Lo dijeron cuando hablaron por teléfono, que se verían allí. ¿Qué vais a hacer? ¿Vais a ir?

Elias la escucha. Ella oye que respira hondo, como si reflexionara sobre lo que está a punto de decir.

—Harriet, no puedo decirte lo que estamos planeando —dice al final—. Y ahora tengo que colgar.

Ella se muerde el labio. Aunque la ponga triste, comprende su decisión o, mejor dicho, la decisión de Margareta.

—Lo entiendo. No preguntaré más —logra articular—. Pero gracias de todos modos.

Se mete el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Si Paul va camino del granero de Sundgodset, tiene que intentar impedirselo antes de que la policía llegue. Sus posibilidades de trabajo en Skåne se habrán evaporado por completo después de aquello, pero tampoco tiene elección. La familia es más importante que cualquier otra cosa, aunque parezca que su hermano no lo entienda. Saca el móvil de nuevo y lo pone en modo avión. Si sospechan de Paul, está segura de que también rastrearán el teléfono de ella.

A continuación, echa a andar a toda prisa. A pesar de la oscuridad que se cierne sobre los campos, que parecen infinitos, consigue orientarse. Más allá, en el sembrado, hay luz en la casa de Kenneth Jönsson y en las cabañas de alquiler, y al otro lado se ve la silueta muerta de los olmos alrededor de las tumbas. Está a pocos kilómetros de Sundgodset. Si va corriendo, puede llegar dentro de unos minutos. Preferiblemente, antes que sus compañeros.

El barro se le pega en las suelas de los zapatos y varias veces se tuerce el pie en la tierra labrada, pero no se da cuenta de nada. Su cuerpo bombea adrenalina. No reduce la marcha hasta que divisa el granero. No se ve ningún coche patrulla.

El granero parece más grande y oscuro de lo que recordaba. La gran puerta pintada de negro de la parte delantera está cerrada a cal y canto. Harriet se mantiene entre las sombras, siguiendo la pared. Donde no se la pueda ver. Se detiene y escucha. ¿Se oye algo dentro del granero? Le parece oír voces débiles, pero quizá sean imaginaciones suyas. Detrás del granero está oscuro y la zona

queda tapada por la montaña de estiércol y los arbustos. El lateral largo del edificio tiene varias ventanas. Harriet mira hacia arriba, al sitio donde seguramente debió de estar Kenneth cuando presencié el asesinato. Debería mirar dentro. Si mueve el bidón tal y como lo tuvo que hacer él...

Con un empujón enérgico, tumba el viejo bidón de aceite y lo lleva rodando hasta la ventana. Todavía están las anteriores marcas en el suelo, de manera que el bidón rueda por las huellas. Harriet se sube a la tapa. Tiene que ponerse de puntillas para poder divisar algo. Está negro como la boca de un lobo, y cuando ahueca las manos contra el cristal para ver mejor, la ventana se abre sola. Harriet pierde el equilibrio y está a punto de caerse, pero en el último momento se salva cogiéndose al marco de la ventana. El bidón hace ruido cuando se cae y ella se queda colgando.

—Joder —espetá.

Con gran esfuerzo se sube a la ventana. Desde allí oye un chirrido y unos débiles sollozos. Aguza el oído y se esfuerza en captar de dónde vienen los sonidos. Dentro está todo oscuro, pero un débil rayo de luz de luna ilumina la descolorida sala gris. Harriet la rastrea con la mirada y al cabo de un momento ve una mano en el suelo, en parte escondida detrás del box de los caballos.

Harriet se apretuja para pasar por la abertura de la ventana. Con medio cuerpo dentro del granero, alcanza una viga y puede impulsarse para terminar de meterse y quedar colgada. Hay casi dos metros hasta el suelo, pero no tiene elección. Cierra los ojos y se suelta. Aunque la caída dura menos que una fracción de segundo, le da tiempo de sentir un escalofrío que le recorre todo el cuerpo. Después, aterriza con los pies sobre el duro suelo de hormigón del granero. Harriet corre hacia el lugar donde ha visto la mano. Llega tras sólo unos pasos y, a pesar de la oscuridad, puede discernir de quién es. Se trata de Lia. Está tumbada sobre el frío suelo con una pierna recogida sobre el vientre. Su delgado cuerpo tiembla y se mueve al ritmo de su acelerada respiración.

—Lia... —Harriet se pone en cuclillas a su lado—. Soy yo, Harriet.

Le pasa la mano con cuidado por la espalda y Lia hace el gesto de levantarse. Su pelo largo y rubio está despeinado y se le ha pegado a una de las mejillas. Mira a Harriet y parece como si intentara decirle algo, pero no puede articular palabra.

—¿Te ha hecho daño alguien? —Harriet la ayuda a incorporarse, pero Lia pone mala cara cuando Harriet la coge del brazo—. ¿Qué ha pasado?

El cabello se mueve sobre sus hombros cuando Lia niega con la cabeza. Después respira hondo y se recompone.

—Aquí —susurra, y se levanta la sudadera hasta la cintura y deja ver el vientre. Tiene arañazos por todo el costado y, a pesar de la débil luz que hay en el granero, a Harriet le parece que la piel está muy roja a los lados de las marcas—. También tengo dolorida la pierna, casi no la puedo estirar. Me duele —continúa, y jadea. Se coge la rodilla con las dos manos y empuja a la vez que pone bien la pierna—. Ayúdame a incorporarme.

—¿Te ha pegado alguien? —pregunta Harriet levantándose; le tiende la mano y con firmeza la alza poco a poco hasta que se pone de pie. Lia no pesa mucho, menos que Harriet. Lia emite un sonido sordo.

—Gracias. —Intenta sonreír y los hoyuelos se le marcan en las mejillas.

—¿Qué ha pasado? —inquire Harriet de nuevo—. Lia, ¿qué haces aquí? Ella no responde.

—Lia, tengo que saberlo. ¿Por qué estás aquí? ¿Quién te ha pegado?

Lia se aparta el pelo de la cara, pero su mirada va de un lado a otro bajo sus largas pestañas. Mira hacia todas partes antes de pronunciar palabra.

—Estaba oscuro y no me ha dado tiempo de ver nada. Pasaba por aquí y he oído ruido en el granero, pero cuando he preguntado si había alguien, no ha contestado nadie, así que he entrado. Supongo que estaba ahí detrás. —Señala el box más cercano—. De pronto, alguien se me ha echado encima por la espalda. He procurado liberarme y entonces me ha arañado. —Se pone las manos a los lados y Harriet fija la vista en el jersey. Podría ser de Niklas.

—¿Pudiste ver qué aspecto tenía?

—No he tenido tiempo. Me he quedado en estado de shock cuando se me ha tirado encima, y cuando he ido a darme la vuelta me ha dado una fuerte patada en la pierna. Era mucho más grande que yo.

—¿Le has visto las manos? ¿Llevaba un tatuaje en la mano?

Lia abre los ojos un poco cuando Harriet nombra el tatuaje, pero no responde.

—Quizá te hayas fijado en algo más —continúa Harriet.

—No he visto nada. Ha venido por detrás —dice Lia. Ahora le brillan más los ojos.

Harriet no ha visto nada al venir. El patio estaba tranquilo y la casa, desierta. La puerta del granero estaba cerrada por fuera. El asaltante no puede haber salido del recinto.

—Tiene que seguir aquí —susurra Harriet soltando a Lia—. La policía está en camino —dice en voz más alta, por si alguien la oye.

El granero se queda en silencio cuando ellas se callan, y Harriet mira a su alrededor. Los tractores están en línea, y detrás del cuarto de herramientas hay

varios boxes. La luz que entra por las ventanas es débil y las sombras alargadas. Hay muchas zonas oscuras donde esconderse.

—¿Cómo has entrado en el granero, Lia? Los técnicos han bloqueado la puerta por fuera.

—Por la puerta de atrás —susurra Lia señalando con la cabeza al otro extremo del granero.

—¿Hay más de una salida? —pregunta Harriet. No recuerda que Lennart se la hubiera mostrado cuando visitó el escenario del crimen.

Lia asiente, se apoya en el hombro de Harriet y da un paso hacia delante.

—Allí —dice. Cojea, pero parece poder apoyarse en la pierna y Harriet la acerca a la pared. Despacio, empiezan a moverse hacia donde indica Lia, y Harriet intenta no perder de vista ni a Lia ni el recinto. Los únicos movimientos que ve son sus propias sombras sobre la sucia pared.

—¿Aquí? —pregunta Harriet señalando una puerta verde de madera.

Lia asiente. Harriet nota cómo la sangre bombea deprisa por todo su cuerpo, pero se obliga a mantener la calma. Podría haber alguien al otro lado de la puerta. Con cuidado, alarga la mano y baja la manilla. La puerta se desliza con un chirrido mientras ella procura ver dentro de lo que es un espacio oscuro y estrecho. La habitación apenas tiene unos pocos metros cuadrados y parece que se ha utilizado como retrete. A lo largo de una de las paredes hay un tablón que cubre el barril de la letrina, pero el agujero está tapado. De todos modos, huele a moho y a viejo. Las paredes son de color verde oscuro y la única fuente de luz llega por una estrecha ventana arriba del todo.

—Se ha ido —dice Lia—. Lo noto en el aire. Suele oler mucho más a cerrado. La puerta de fuera ha estado abierta.

Entonces, Harriet se da cuenta de que hay otra puerta en el lado contrario.

—¿Tú ya habías estado aquí?

Lia la observa.

—Sí, he vivido aquí —explica—. En verano, cuando era más joven. Eran mis padres de acogida.

Harriet se queda parada. ¿Los Andersson han sido padres de acogida de Lia? En ninguna de las investigaciones ni en los registros que ha hecho se indica que

Laura y Douglas Andersson fueran tutores de nadie ni que fueran una familia de acogida.

—Si no te portabas bien, te encerraban aquí. A él no le gustaban los niños que no se sabían comportar debidamente.

—¿Qué quieres decir? —Harriet controla las náuseas. El olor de la letrina impregna las paredes.

—Douglas nos encerraba aquí y después cerraba la puerta por fuera. Entonces no había esa puerta que da al granero, así que te quedabas aquí hasta que alguien venía a buscarte.

¿Encerraba Douglas a los niños en la vieja letrina? Harriet siente un escalofrío que le sube por toda la columna vertebral. Lo recordaba como un hombre serio y bien vestido, pero bajo la superficie aflora la imagen de otra persona. Está condenado por maltrato a Laura. Que presuntamente también haya hecho daño a los niños quizá no sea tan sorprendente. Pertenece a otra generación, está claro, igual que su padre, pero nunca en la vida Eugen habría utilizado el castigo como método para educar. Como mucho, les gritaba si eran desobedientes.

—Joder, qué horror.

—Douglas era la maldad en persona —comenta Lia. Su mirada se ha quedado clavada en la puerta que tienen delante. Harriet le da una patada para que se abra.

Todo está oscuro. El lugar le pone los pelos de punta. Es la tercera vez que viene en muy poco tiempo.

—Todavía no entiendo qué haces aquí —dice. Es el escenario de un crimen. Lia debería saber que no puede estar en este sitio.

—Fue aquí donde murió Laura. —Lia se queda callada y baja la vista.

—¿Sabe alguien que has venido?

—No te lo voy a decir, ¿por qué te cuesta tanto entenderlo? —responde Lia, y se suelta de Harriet, que de forma instintiva da un paso atrás. Lia parece más atemorizada que irritada, y Harriet lo intenta de nuevo.

—Cuando nos vimos junto al foso de arcilla, dijiste que sabías quién la había matado. ¿Quién fue?

—Si te lo digo, morirás. Y yo también. Los que lo saben mueren —replica ella desesperada—. ¿Acaso no te has dado cuenta?

—Trabajo en la policía. Podemos detenerlo.

Antes de acabar la frase, Lia la agarra de la chaqueta.

—¿Oyes eso? Creo que viene alguien.

Harriet oye el crujido de la gravilla y el motor de un coche. Se pegan a la pared del granero y de forma automática Harriet sujeta a Lia de un brazo a la vez que se estira para poder ver lo que ocurre detrás de la esquina.

Un coche de policía con las luces apagadas se desliza despacio hacia el patio.

—Son mis compañeros —dice Harriet, y le coge la mano a Lia—. Ven, estamos a salvo.

Domingo, 3 de septiembre de 2017

Harriet está en el comedor esperando. El reloj que hay encima del banco de la cocina acaba de dar la medianoche cuando oye que alguien se acerca por el pasillo. Ha llamado a Paul varias veces desde que llegó a comisaría, pero él no responde. Tiene que saber de qué forma está involucrado y quién atacó a Lia en el granero.

—Su nombre completo es Nathalie Eriksson —dice Margareta desde el quicio de la puerta.

N. E. de nuevo. Harriet no puede disimular un suspiro.

—Había un contacto en la agenda de Laura que se llamaba Nathalie.

—Göran la está investigando —dice Margareta. Va inmaculadamente vestida con un traje gris marengo y una blusa de color burdeos.

Cuando el personal sanitario ha constatado que las heridas de Lia no eran serias y que no había motivos para llevarla al hospital, Margareta ha decidido volver con Lia a comisaría para interrogarla. Harriet ha pedido estar presente y Margareta no ha protestado.

—El hombre al que he escuchado hablar en el garaje también se llama Eriksson. ¿Están casados? —pregunta Harriet. Aunque Eriksson es un apellido común, no puede ser mera casualidad. Si es el marido de Lia, eso también podría explicar que ella supiera tanto sobre el asesinato.

—No, Lia está soltera —responde Margareta—. Göran también ha reaccionado ante el apellido y ha hecho un registro más profundo. Son hermanos. Niklas Eriksson es un chico duro, igual que Tony. Ha sido condenado con anterioridad y aparece en los registros policiales por delitos por atraco y

robo de vehículos, entre otros. Está empadronado en una dirección de Hässleholm. Le he pedido a Konrad una orden de un registro domiciliario.

—¿Es hermana de Niklas? —pregunta Harriet levantándose.

—Sí, pero no tenemos más pruebas nuevas contra él ni el móvil que utilizó en el garaje —precisa Margareta—. Pero hay otra cosa de la que quiero hablar contigo antes de interrogar a Nathalie Eriksson.

—¿Sí? —Harriet se hunde de nuevo en el sofá. Sospecha lo que le va a decir Margareta—. Sé que desobedecí las órdenes cuando me metí en el granero. No volverá a pasar. Intuí que algo iba a ocurrir allí, ya que había oído a Niklas hablar de ello en el garaje.

—Fue una tontería y podría haber salido mal —se queja Margareta—. Aunque ha salido bien. Sin embargo, hay otra parte más complicada en todo esto y he estado pensando en cómo lo voy a resolver. Tenemos motivos para sospechar que tu hermano está implicado en el caso.

Harriet se estira para coger el vaso de cartón marrón que está sobre la mesa para doblarlo una y otra vez.

—Conoce a Niklas Eriksson, son amigos desde hace tiempo, y sé que ha tenido contacto con él últimamente. Niklas suele ir a buscar a Paul cuando necesita que le deje dinero y mi hermano tiene muy buena fe —responde Harriet—. No me he enterado hasta hace unas horas.

Es cierto que Paul le ha dicho que no hable del dinero, pero tarde o temprano este tema saldrá a la luz.

—Mañana, cuando nos reunamos con todo el equipo para repasar el caso, te pediré que salgas de la sala cuando vayamos a tratar la parte de la investigación que afecta a tu hermano. En realidad, te debería separar de ella del todo, pero has estado en el granero y tenemos que aclarar lo que ha ocurrido allí. Creo que esta Nathalie estará más dispuesta a hablar si tú estás presente. Lo ha dicho ella misma —explica Margareta.

Harriet estruja el vaso en la mano. Margareta tiene toda la razón. Harriet no debería continuar en el caso. Elias es racional, y, de todos sus compañeros, es en el que más confía, pero pudo notar por su tono de voz que él no la había creído cuando le dijo que su hermano era inocente. Consideró que no podían contar con

ella porque estaba cegada por el vínculo familiar. No la juzgaría por ello, pero seguro que piensa que ya no es conveniente que Harriet haga valoraciones. Y ella sabe que está en lo cierto. Desde el principio ha intentado ocultar que Paul podría ser culpable de algo, pero desde que ha averiguado que era con su hermano con quien Niklas estaba hablando en el garaje siente que ya no puede seguir así. Paul se ha portado de forma distinta. Y lo peor de todo son sus mentiras. Si conoce a Niklas, debería saber que Lia es su hermana. Sin embargo, cuando Harriet le preguntó por Lia después de haberse visto en la fosa de arcilla, él negó conocerla.

—Margareta, lo sabré llevar. Si está involucrado de alguna manera, lo resolveré con profesionalidad —dice Harriet procurando convencerse a sí misma.

Margareta la observa detenidamente. Es como si pudiera verla por dentro.

—Espero que me digas si hay algo más que deba conocer antes de continuar.

—Claro que sí. No he hablado con él desde que supe que estaba implicado — responde Harriet—. Cuando lo sospeché, le pedí a Elias que localizara su teléfono. Después de eso no he tenido más contacto con él.

—Y así debes seguir —ordena Margareta yendo hacia la máquina de café. Coge un vaso de papel del montón que hay al lado y lo mete en el aparato—. Hemos pinchado el teléfono de Paul.

—En ese caso, sabrás que te estoy diciendo la verdad —replica rápida Harriet.

—También sé que se efectuó una llamada desde su teléfono hace tres horas. Mientras iba de camino a Lerviken. El número al que llamó es el de Nathalie Eriksson —informa al tiempo que pone la máquina en marcha.

El ruido de la cafetera se extiende por la sala y es imposible contestar. En estos momentos es un alivio tener unos segundos para recuperarse.

—¿Paul ha llamado a Lia? —consigue decir, llevándose la mano a la frente. No quiere saberlo. De verdad que no. «Prepárate para cualquier cosa... No se va a escapar», había dicho Niklas.

—Sí, y por eso tenemos motivos para pensar que ella lo esperaba en el granero. No lo sabemos con seguridad, por eso hemos de intentar que hable.

Como he dicho antes, quiero que estés presente, ya que Nathalie lo ha pedido expresamente, y porque creo que así aumentan las posibilidades de que explique todo lo que sabe, pero después no podrás intervenir en más interrogatorios.

Harriet suelta el vaso de papel.

—Si mi hermano está involucrado, o si ha cometido alguna ilegalidad o planifica cometerla, nunca os impediría detenerlo —replica. Sabe que es verdad, pero casi siente dolor físico al decirlo. Ni siquiera es capaz de pensar que Paul pueda dañar a nadie. Si está implicado, tiene que ser porque Niklas ha encontrado una forma de presionarlo.

—¿Estás dispuesta a ello? —pregunta Margareta—. Pareces cansada. ¿No estarás enferma? Nathalie Eriksson ha sido víctima de un crimen, pero no está detenida ni es sospechosa de nada —continúa Margareta, y toma un largo sorbo de café—. Aunque se encontrara en el escenario del crimen. Si nos puede dar información que sea relevante para el caso de asesinato, está bien, pero no tiene la obligación de hacerlo. No tenemos derecho a retenerla si no quiere. Así que debemos conseguir que hable de forma voluntaria.

—En el granero me explicó que en verano vivía bajo la tutela de Laura y Douglas. Los conoce. Me dijo que fue al granero porque era el lugar donde Laura murió, pero nos oculta algo. Lo intuí ya la primera vez que la vi —dice Harriet levantándose. Se quita con cuidado la chupa. Cuando levanta el brazo, nota el olor a sudor.

—¿Cuántas veces has visto a Nathalie Eriksson? —pregunta Margareta.

—Además de esta noche, sólo la he visto una vez. En Lerviken. Ella es la mujer que conocía los detalles sobre la cinta americana. Nos encontramos en el foso de arcilla, donde hallamos a Kenneth. Me llamó y quería verme. Por alguna razón, sabía que yo trabajaba en el caso, por eso se puso en contacto conmigo.

—De acuerdo —responde Margareta—. Quiero que continúes contándome cualquier detalle que puedas recordar. —Le sonrío a Harriet y, por primera vez, parece sincera—. Llévale una taza de café y vamos a interrogarla.

El pasillo que va hasta el Departamento de Arrestos está en completo silencio y los fluorescentes del techo parpadean como fantasmas antes de que la luz blanca y clínica se estabilice. Lia ya está sentada en la sala de interrogatorios cuando Harriet entra. Elias las saluda con la cabeza.

—He aprovechado para tomar nota de su denuncia, y justo hemos acabado. —Se levanta y pasa por delante de Harriet. Elias tiene un aspecto aseado y despejado, como siempre.

Le sonrío a Lia, y a Harriet le parece que hay cierto rubor en su mirada, casi avergonzado. «Típico —piensa Harriet—. Lia es rara, pero tiene un encanto que te conmueve en cuanto la ves.»

Cuando entran, Lia alza la vista. Parece más contenta ahora que ve a Harriet. Su pelo largo está lacio en la espalda. No va maquillada y parece cansada y afectada, pero es muy bonita. Sus espesas cejas y sus pestañas son oscuras y parecen naturales. El jersey que lleva puesto es demasiado grande y se lo ha remangado.

—Hola —saluda Harriet dándole el vaso de café—. Ésta es mi jefa, Margareta. Sé que ya has hablado con mi compañero Elias, pero, ya que estás aquí, queremos aprovechar para hacerte también unas preguntas.

—Para cumplir con las formalidades, te informo de que no eres sospechosa de nada y de que no estás obligada a responder a nuestras preguntas si no quieres. Te puedes ir cuando te convenga —avisa Margareta al mismo tiempo que separa una silla y se instala frente a Lia. Harriet se sienta también—. Aun a riesgo de que tengas que repetirlo todo, me gustaría mucho saber qué ha pasado y qué estabas haciendo en Sundgodset precisamente esta noche —dice Margareta.

Ahora no parece tan dura como suele ser. Lia la mira indagadora. Después, se

reclina en la silla y respira hondo.

—Ya lo sabéis, se lo he contado a Harriet. Pero claro que sí, lo explicaré otra vez. He ido porque es donde encontraron muerta a Laura. Quería ver el sitio. Decirle adiós. —La voz es débil y mira hacia la mesa cuando habla, por lo que resulta difícil oír lo que dice.

—¿Conocías a Laura Andersson?

—Sí, vivía en su casa en verano, cuando era más pequeña —responde Lia.

—¿Cuándo hablaste con Laura por última vez? —pregunta Margareta.

Lia no parece ofendida por la pregunta, sino que se queda pensando.

—No lo recuerdo, quizá haga unas dos semanas —contesta al fin. Está seria—. Por lo general solía hablar con Laura cada semana.

—Así que teníais buena relación —dice Margareta.

Harriet piensa que Nathalie estaba incluida en la agenda telefónica de Laura, pero cuando ella la llamó el número no existía.

—Sí —responde Lia mirándose las manos.

—Pero no tenía tu teléfono actual —interviene Harriet.

Una expresión de confusión se expande por el rostro de Lia.

—No, o bueno..., no sé. Cambié de número hace poco. Quizá me olvidé de darle el nuevo. —Parece insegura al decirlo, como si reflexionara.

—Háblanos de Laura —le pide Margareta.

—Laura era buena persona. Yo la quería. Sundgodset era como un hogar para mí. Como tiene que ser. Nunca lo había tenido. Muchas cosas que nunca había vivido ocurrieron allí. Por mi cumpleaños me hicieron regalos y Laura preparó un pastel. Fuimos en coche hasta una granja para recoger fresas que luego pusimos en la tarta. Fue el mejor cumpleaños de mi vida.

Harriet observa a Lia. Es difícil dejar de contemplarla. Es cautivadora, y sus grandes ojos son increíblemente expresivos. Al mismo tiempo, a Harriet hay algo que no le cuadra. Apenas hace unas horas estaba en la vieja letrina del granero diciendo que Douglas era malvado y explicándole que solía encerrar allí a los niños que no se portaban bien.

—Cuando estábamos en el granero me has dicho que a Douglas no le gustaban los niños que se portaban mal y que te encerraba cuando no eras

obediente —dice Harriet.

—Podía ser severo y a veces se enfadaba.

—Has dicho que era malvado y que te encerraba allí.

Lia niega con la cabeza despacio mirando a Harriet.

—Pero lo has dicho cuando estábamos allí. ¿Por qué lo has dicho si no era verdad?

—Sobre todo era malvado con Niklas —dice al fin—. A él lo encerraba. Yo obedecía. —Se queda callada de golpe y se coge un mechón de pelo, muy brillante, y lo retuerce entre los dedos.

—¿Quién es Niklas? —Margareta parece indiferente cuando plantea la pregunta, y Harriet admira su capacidad de ocultar lo que saben de Niklas Eriksson.

—Es mi hermano gemelo. Los dos pasábamos los veranos con los Andersson.

—Niklas Eriksson —continúa Margareta, y Lia asiente.

—¿Tienes contacto con él?

—Todo lo que puedo —responde Lia—. Nuestra madre estaba enferma y tuvimos que irnos de casa, pero los de acogida no podían hacerse cargo de los dos y Niklas era problemático. Nos separaron. Él desapareció. Lo echaba de menos cada día e intentaba escribirle, pero no sabía dónde estaba. Hasta el primer verano en Sundgodset. Tendríamos unos nueve años y no nos habíamos visto desde hacía tres. Después de aquel verano nos fuimos viendo por vacaciones. Sundgodset se convirtió en nuestro hogar común.

Se la ve tan triste cuando cuenta aquello que Harriet tiene que apartar la vista.

—Niklas lo hacía todo mal. Yo sabía lo que ocurriría, pero a él le daba igual. Nunca se sentaba con la espalda recta a la mesa, cogía los cubiertos con la mano equivocada, se le caían las cosas. No quería obedecer. «Joder, Niklas, haz las cosas bien», le decía yo siempre. Enlazaba las manos y rezaba para que le salieran bien las cosas. Laura también rezaba. Por lo menos, lo parecía. Después, Douglas se volvió loco. Empezó a coger a Niklas por los pelos, y solía llevarlo a la letrina y allí lo dejaba encerrado. A veces le pegaba. Cuando acabábamos de comer, yo corría hasta allí y me ponía fuera a escuchar. Luego, Niklas nunca decía nada, pero yo le veía los moratones en los brazos y en la espalda cuando

regresaba. Una vez le vi la marca de una suela. Como la huella lila de un zapato. Sin embargo, yo sabía que si lo contaba, ya no podríamos volver allí y entonces nos separarían de nuevo.

—¿Qué hacía Laura?

—Nada —responde Lia con énfasis—. Ella era la que nos advertía que si decíamos algo, nos vendrían a buscar, pero lo decía con buena intención. Tenía miedo de perdernos.

Aunque la sala de estar estuviera desordenada cuando fueron a la finca, Harriet se puede imaginar el hogar de los Andersson. Los muebles elegantes, la gran mesa de comedor en el salón. Cenas tensas. Aquella sala infundía una sensación fría. Después recuerda lo que dijo el forense sobre Laura. La herida de la pierna era antigua. El hueso había soldado mal. Le retorna el desagrado que sintió en la boca del estómago.

—¿Por qué Laura no podía caminar? —pregunta Harriet.

Lia fija la vista en el sobre de la mesa que tiene delante.

—Se cayó por la escalera. Había subido a vernos al piso de arriba. Dormíamos allí. No podía andar bien y no subía a menudo. Utilizaba un bastón. Niklas empezó a pelearse con Douglas. Ella les pidió que pararan... y perdió el equilibrio. Tras aquello no pudo andar nunca más.

Harriet traga saliva cuando piensa en Laura en el suelo del granero, la pierna doblada en un ángulo antinatural.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunta Margareta.

—No sé, tendríamos unos once años. Creo que fue en el tercer verano. Después de aquello, Douglas odiaba a Niklas. Era como si creyera que todo había sido culpa de mi hermano.

—Pero ¿no fue al hospital? Os tendrían que haber ayudado.

—No, Laura se quedó en la cama. Nunca más hablamos de ello. Cuando regresamos el verano siguiente, ella iba en silla de ruedas. Nunca más pudo subir al piso de arriba.

Harriet piensa en esa planta. No se utilizaba. Lennart dijo que los muebles estaban tapados. Quizá no se había vuelto a usar desde que había acabado la acogida de los niños.

—Es extraño que continuara siendo vuestro hogar de acogida después de aquello —comenta Margareta.

Lia se muerde el labio.

—Creo que nadie sabía que vivíamos allí —replica al fin—. Era una cosa que había arreglado mamá u otra persona, supongo.

—¿Cuándo viste a Niklas por última vez? —pregunta Margareta. No parece tan afectada como Harriet por la historia de Lia.

—No lo recuerdo. Hace unos días. —Lia vuelve a soltar el mechón de pelo.

—¿No lo recuerdas con más exactitud? ¿Dónde lo viste?

—No lo recuerdo. Hace algunas semanas. En Landskrona. En el Gröna Lyktan. ¿Por qué me le preguntáis? Niklas no ha hecho nada. —Mira vigilante a su alrededor.

—Cuando te vi en el foso de arcilla me dijiste que Laura tenía cinta americana en la cara. ¿Cómo lo sabías? —inquire Harriet.

Lia niega con la cabeza.

—Te pusiste en contacto conmigo porque sabías quién la había asesinado —continúa Harriet.

—Nos encargaremos de que no te ocurra nada si nos lo explicas —añade Margareta—. Te pondremos protección.

Lia mira hacia arriba.

—¿Como a Kenneth? A él no lo protegisteis. Ni a mí de esto. —De nuevo se levanta el jersey. Con la luz fría y blanca de la sala de interrogatorios los arañazos aparecen muy enrojecidos y Harriet ve las marcas en la piel.

—¿Con quién habías quedado en el granero? Porque creo que te ibas a encontrar allí con alguien —pregunta rápidamente Margareta—. Elias, que ha recogido tu denuncia, está repasando la información de las antenas repetidoras de comunicaciones. Sabremos qué móviles se han usado por la tarde y cuáles son los de la zona. Localizaremos a esa persona.

Lia se baja el jersey enseguida.

—Puedes estar tranquila. Lo cogeremos pronto. Es cuestión de horas.

Harriet agacha la cabeza y coge fuerzas. Ahora es cuando tiene que intentar ser una profesional. De alguna manera, Paul puede estar involucrado en el ataque

a Lia.

—¿Con quién hablaste durante la tarde? —pregunta Harriet.

La mirada de Lia se ha quedado en sus rodillas. En lugar de soltar la manga del jersey, se la ha desenrollado y se la sube y se la baja como para probar lo elástica que es.

—Te puedes sentir segura del todo si nos lo explicas —agrega Margareta.

Lia niega con la cabeza.

—Eso me lo dices sólo para que hable. ¿Crees que no me doy cuenta?

—Si nos lo explicas, podremos detener a esa persona —replica Margareta—. ¿No es lo que quieres?

En ese momento, Harriet ve que una lágrima aparece en un ojo de Lia, pero esta vuelve de inmediato la cabeza, como si no quisiera que nadie la viera llorar.

—Sí, yo sé quién lo ha hecho, pero no quiero que lo detengáis —responde. Su voz es débil y parece un susurro.

—Pero cuando te pusiste en contacto conmigo junto al foso de arcilla sí que lo deseabas. —Harriet se esfuerza por parecer amable.

—Sí, eso quería, pero no es tan fácil —replica Lia—. No lo entendéis.

Harriet ya no puede aguantarse.

—No entiendo lo que pretendes decir. ¿Quieres ayudarnos a encontrar a la persona que le hizo daño a Laura o no? Si sabes quién es, tienes que decírnoslo. Estás aquí voluntariamente. ¿Por qué lo haces si no quieres ayudarnos? —Se nota la frustración que siente, pero le da igual.

—No es como tú crees. —Lia baja aún más la voz y se inclina hacia la mesa contemplando directamente a Margareta—. No estáis buscando a un asesino, sino a dos.

Harriet mira fijo a Lia. No quiere ni pensar que Paul sea uno de ellos.

—Prometedme que me vais a proteger —continúa Lia, enderezándose—, porque me voy a ir dentro de poco. —Mira hacia la puerta.

Margareta asiente.

—Ya te lo he dicho, no te va a ocurrir nada.

—De acuerdo. —Lia respira hondo—. Niklas necesitaba dinero. Le gusta el juego. Le ha ido bien durante unos cuantos años, pero ahora vuelve a estar con la mierda al cuello. Es lo que le pasa siempre, pero esta vez está bien jodido. Tiene muchas deudas pendientes con gente a la que es mejor no deberle nada, no sé si me entendéis. —Mientras habla, sus ojos van saltando de Margareta a Harriet—. Sabía que Douglas y Laura tenían dinero. Todo el mundo lo sabe; son de clase alta y acababan de comprar una caja fuerte, y Tony le explicó a Niklas lo de la colección. Tony la había visto. Estaba valorada en no se sabe cuánto. Douglas es un auténtico jeque —dice con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Que es qué? —pregunta Margareta sorprendida.

—Douglas es rico. La colección vale millones. Y nadie sabe que la tiene allí, en su casa.

—Vale, lo entiendo. —Harriet deja caer los hombros. Si Tony y Niklas han cometido el crimen juntos, quizá la implicación de Paul no sea tan seria.

—¿Niklas y Tony se conocían? —inquiere Harriet.

Lia mira hacia arriba.

—Niklas y Tony hace tiempo que se conocen. A veces se veían e iban a algún sitio. Lo habían planeado juntos. No supe nada hasta que pasó todo. Lo juro. Si lo hubiera sabido antes, los hubiera frenado. —A Lia le tiembla la voz y sus ojos se llenan de lágrimas—. Tony llamó a la puerta. No le abrían la puerta a los que

no conocían. Sospechan de los desconocidos, pero Tony había trabajado en la finca, así que con él estaban tranquilos. Les fue a decir que les podía instalar una alarma contra incendios, que la había sacado a buen precio de otra empresa para la que estaba trabajando. Tony siempre intentaba venderles cosas. Dejó la ventana del salón abierta, tal y como habían convenido, de manera que Niklas pudiera entrar. Tony se quedó dentro.

—¿Y fueron Tony y Niklas los que lo hicieron juntos? —pregunta Harriet.

—Sí. Niklas me lo explicó todo después. Que habían estado espiando desde el coche. Que como Tony había tardado un rato en abrirle la ventana, a Niklas le había entrado la paranoia. Cuando entró en el salón, empezaron a volverle los recuerdos. Se puso como un loco.

—¿Qué hizo Tony cuando ocurrió? —la interroga Margareta.

—Niklas dijo que lo ayudó —responde Lia rápidamente—. Tenían que sorprenderles y robarles, pero Niklas estaba fuera de sí. Quería devolvérsela, Douglas y Laura iban a recibir su merecido. Douglas por maltratarlo y Laura por quedarse mirando. Le pegó los párpados para que viera cómo le daba una paliza a Douglas. Después la mató y dejaron a Douglas en el contenedor para que muriera. Cuando has estado encerrado y dudas de si vendrá alguien a salvarte, sabes lo que se siente. Pánico y ansiedad. —Lia parpadea y unas lágrimas bajan por sus mejillas—. Yo quería mucho a Laura. Era buena. No pude entender que la hubiera matado a golpes. No tenía por qué morir. Y Kenneth. Éramos amigos. No tenía por qué morir, pero Niklas creía que Kenneth había visto algo y había hablado con la policía, así que lo mató a él también.

Harriet y Margareta se miran sin decir nada. Lo que cuenta Lia parece verídico, y son demasiados detalles como para estárselo inventando.

—¿Qué le pasará ahora a Niklas? —pregunta Lia.

—Lo van a acusar de crímenes muy violentos —informa Margareta—. Nuestra investigación acaba de empezar, pero ya tenemos mucho material.

—¿Habías quedado con Niklas en el granero? —pregunta de nuevo Harriet—. Todavía no entiendo qué hacías allí.

—Sí, era Niklas. Le pedí que nos encontráramos allí para convencerlo de que confesara. Pensé que si volvía al lugar, entendería el mal que había hecho. Pero

fue al revés, me hizo daño a mí, a su propia hermana.

Harriet piensa en la conversación que escuchó en el garaje. Niklas habló del sitio, que era seguro. Tras el examen del escenario del crimen no era posible que la policía tuviera motivos para volver allí. Le oyó decir que Lia era más fuerte de lo que parecía, quizá fue por eso por lo que involucró a Paul en todo el asunto. Niklas quería ayuda por si las cosas salían mal, por si Lia oponía resistencia. Sin embargo, eso no significaba que Paul fuera culpable de algún crimen o delito. Harriet no oyó su parte del diálogo; Paul le habría seguido el juego a Niklas porque sabía que era peligroso llevarle la contraria. Harriet mira de reojo a la muchacha deshecha que tiene delante. Aunque Lia seguramente puede ser muy chula, es extraño que un hombre adulto necesite refuerzos para dominarla. Puede dejarla inconsciente con un solo golpe. Aunque quizá Niklas sea un cobarde y quería tener un cómplice a quien acusar más tarde si algo salía mal. Igual que con Tony, que acabó en el calabozo mientras él estaba libre.

Lia vuelve a llorar.

—Tenéis que prometerme que me vais a proteger. Está completamente loco. Es capaz de cualquier cosa, es como si ya no tuviera sentimientos.

Harriet siente de nuevo un nudo en el estómago. Niklas, que por lo visto está loco de atar, tiene contacto con su hermano, que, por algún motivo, no ha acudido a la policía. Niklas debe de tener a Paul realmente atrapado para hacer que interrumpa sus vacaciones, mienta a su familia y acuda a Lerviken para ayudarlo de la manera que sea.

—¿Dónde crees que está Niklas? —pregunta Harriet—. La última pista de la policía acaba en la antena repetidora de Henrikehill; después de eso, el móvil ha dejado de enviar señales.

—No sé. No tengo ni idea. Quizá se haya ido a Copenhague. Pensaba irse de Suecia. Tenéis que detenerlo —dice alzando la voz—. Conduce un Volvo blanco.

Margareta mira el reloj. Es casi la una.

—Suspendemos el interrogatorio. ¿Dónde vives? Voy a hacer que te escolten. —Mira a Lia—. ¿Vives sola?

—Sí. Vivo en Henrikehill. Aunque no voy a casa —dice con voz tranquila, pero Harriet observa cómo le tiembla la mano que descansa sobre el muslo. El

dedo índice tira de la tela—. Voy a ver a mi novio, que me está esperando. No necesitáis llevarme a casa.

—Es bueno que no estés sola, pero quiero cumplir con mi palabra. Te llevaremos a casa y después nos mantendremos cerca, por si Niklas aparece.

—Gracias.

—Te voy a dar mi número para que me llames si pasa algo. Lo que sea, cuando sea —continúa Margareta sonriéndole.

Lia asiente para dar las gracias. Harriet no puede dejar de contemplar a Margareta cuando se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca de una tarjeta de visita. Harriet no ha visto antes ese aspecto de su personalidad que ha demostrado ante Lia, lo cual hace que empiece a cambiar su opinión sobre Margareta. Quizá tenga rasgos humanos en alguna parte, tras la dura fachada.

—Me avisaréis cuando lo detengáis, ¿verdad? —pregunta Lia.

—Sí, nos pondremos en contacto contigo en cuanto ocurra —responde Margareta levantándose—. Ven, te acompaño afuera.

Harriet se queda sentada mirándolas mientras desaparecen por la puerta de la sala de interrogatorios. Cuando ya no oye la voz de Margareta por el pasillo, se reclina en el asiento. El interrogatorio ha salido mejor de lo esperado y Margareta ha estado brillante. No creía que pudieran hacer hablar a Lia, y ahora necesita concentrarse, después de todo lo que les ha dicho. Que Tony estuviera presente explica por qué tenía el cuchillo en su coche y la ropa en su casa. Aunque, cuando piensa en la ropa, en el jersey con el emblema de su antiguo instituto, no le cuadran las cosas. Hay algo que no encaja.

Harriet saca su móvil de nuevo y le quita el modo avión. La pantalla está todavía oscura. Ningún mensaje ni ninguna llamada perdida. Cierra los ojos e intenta recordar su conversación con Paul. Se había disgustado porque le preguntaba cosas que él interpretaba que eran privadas y se había negado en rotundo a dar explicaciones. Se había cabreado a pesar de que era una tontería. Le había preguntado por qué Niklas lo había llamado desde el teléfono de Yvonne.

Harriet reflexiona. Si Yvonne sabe quién es Niklas, quizá sepa dónde encontrarlo. Debería ir a su casa de inmediato, a pesar de ser medianoche y de

tener que despertarla. Es demasiado importante como para esperar hasta mañana. Es cierto que Margareta le ha pedido que se mantenga apartada de todo lo que se refiere a la implicación de su hermano, pero después de lo que ha contado Lia, ya no tiene tanta importancia. Van a centrar todos los recursos en detener a Niklas. Si Yvonne tiene alguna información que ayude a conseguirlo, Margareta se pondrá contenta.

Fuera está oscuro como el fondo de un pozo y la farola que hay delante de la comisaría está rota. Harriet cruza la calle y, cuando se encuentra entre los edificios delante de la comisaría y observa el patio trasero de la pizzería, ve que está completamente vacío, a excepción de un contenedor de reciclaje y un Mercedes oxidado azul oscuro. Falta el Saab gris de Eugen. Tarda unos segundos en caer en la cuenta de que por la tarde lo ha dejado aparcado en el hotel Stora.

Todavía hay luz en la ventana sobre el muelle de carga y se oyen voces dentro del restaurante. Quizá Josef le pueda prestar un coche.

Se sube en el muelle en tres zancadas y llama a la puerta de hierro. ¿No la oyen? Harriet empieza aporrearla con todas sus fuerzas. Josef le abre al cabo de unos segundos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta mirando vigilante a su alrededor. Después sonríe abiertamente a Harriet—. Disculpa, señorita, esto es Landskrona, y cuando alguien llama a golpes a la puerta de atrás después del cierre significa problemas. Pensé que eras un ladrón. Tengo que estar al quite. ¿Ha pasado algo? —inquire abriendo un poco más la puerta.

—Necesito que me dejes tu coche —le pide Harriet de prisa.

—¿No ha ocurrido nada pero quieres que te deje mi coche? ¿Estás segura de que no eres una ladrona? —dice de broma.

—Te prometo que te lo devolveré. Lo tendrás aquí mañana antes de las nueve. Josef se echa a reír.

—Es un Mercedes de pizzero. Lo uso para repartir comida. No se te ocurriría robarlo nunca —dice negando con la cabeza a la vez que saca un par de llaves del bolsillo de atrás y se las da.

—Gracias, ya pensaré cómo compensarte cuando vuelva —responde Harriet

cogiendo el llavero.

—Olvídate de las cordialidades, señorita. Favores de ida y favores de vuelta. Así trabajo yo. ¿Te vas ahora mismo o tienes tiempo de fumarte un cigarro?

—Tengo que irme.

Harriet salta desde el muelle. Los minutos han empezado a contar.

—El testigo de rueda pinchada se enciende en el salpicadero, pero no le hagas caso, hay un mal contacto desde que le puse las ruedas de verano. ¡No te olvides de llenar el depósito, eso es todo! —le grita desde atrás.

El Mercedes del pizzero se pone en marcha y Harriet lo saca del aparcamiento.

Cuando sale a la carretera, saca el móvil y lo deja en el asiento del copiloto para poder cogerlo con facilidad si alguien la llama. Entonces ve un mensaje en la pantalla.

Lisa: Harry, *sorry* por no haberte contestado. El otro día pasó algo que me ha dejado chafadísima. Espero que ya hayas conseguido llegar a casa. Por cierto, el tipo que has conocido parece un idiota. Y hablando de idiotas... Tengo algo enfermizo que contarte. ¿Me puedes llamar?

Mensaje de Lisa. Lleva una eternidad sin saber de ella y le gustaría explicarle todo lo que ha ocurrido los últimos días. Si fuera una noche cualquiera, la llamaría enseguida, aunque sean casi las dos de la madrugada, pero Harriet suelta el móvil. Quiere dejar la línea libre por si Elias o alguien la telefona. Además, en principio ya se imagina lo que Lisa le va a decir. Se apostaría mil coronas y sus últimos tres cigarrillos a que, de alguna forma, ha encontrado indicios de que su chico tiene una relación con otra mujer, que después resultará ser la dentista o su hermana. Siempre es así.

Es difícil ver por la noche, y nota que los faros delanteros del coche proyectan una luz desigual sobre el asfalto. La capa de nubes debe de ser gruesa, porque el estrecho, que Harriet sabe que está detrás de la pendiente, no titila. Ni siquiera se ven las luces de los barcos. No distingue ninguna luz hasta que divisa los tejados de las casas desde el principio de la cuesta que baja a la bahía.

Hay luz en el piso de arriba de la casa de Yvonne, y por encima de la valla Harriet puede percibir que alguien se mueve en la cocina. Está despierta. Harriet no se asombra demasiado. Yvonne nunca ha sido de las que se acuestan temprano. Lanza una mirada rápida hacia la casa alargada, que está a oscuras. Lo más probable es que, a estas horas, Eugen esté durmiendo. Conduce hacia un lado y aparca el Mercedes junto al arcén, un poco alejado de las casas.

¿Cómo lo va a hacer? ¿Va a casa de Yvonne y le dice las cosas tal cual son? ¿Le pregunta directamente cómo es que conoce a Niklas Eriksson y le explica que está relacionado con el asesinato de Laura Andersson?

Con cuidado, abre la verja y se dirige con sigilo hasta la puerta de Yvonne. No necesita llamar muchas veces antes de que Yvonne le abra.

—Pero, Harry, pequeña, ¿eres tú? —pregunta sorprendida ajustándose el cinturón del albornoz. Lleva el pelo suelto sobre los hombros.

—Yvonne, tengo que entrar —consigue decir Harriet.

Yvonne la mira intrigada, pero abre la puerta. En el recibidor hace calor, como si hubiera tenido puesta la calefacción todo el día.

—¿Le ha ocurrido algo a Eugen? —inquire Yvonne contemplando a Harriet con temor—. No me quedan fuerzas para más desgracias.

—No, no es Eugen. —Harriet al menos espera que no le pase nada a Eugen, pero siente que se le encoge el estómago cuando piensa que no lo ha llamado en todo el día—. Tengo que preguntarte una cosa. Es muy importante.

—¿Qué sería te has puesto. —Yvonne titubea un momento—. Entra.

Harriet la sigue hasta la cocina y se sienta a la mesa que hay allí.

—¿Preparo un poco de té? —propone Yvonne sacando un hervidor eléctrico.

—No, gracias —responde Harriet, e Yvonne deja con ímpetu la jarra sobre la encimera de forma que el agua sale por la boquilla.

—Yvonne, te tengo que preguntar una cosa. Quizá parezca extraño, pero es sobre el asesinato de Laura.

El color desaparece de la cara de Yvonne.

—¿Vienes aquí en mitad de la noche para hablar del asesinato? ¿Por qué tendría yo que saber algo?

—Sé que conoces a una persona que se llama Niklas Eriksson. ¿De qué lo

conoces? —pregunta Harriet.

—No acabo de entender qué quieres —dice Yvonne.

—Claro que lo sabes. No me mientas, porque entonces tendré que pedirle a alguno de mis compañeros que venga en mi lugar. Sé que conoces a Niklas y tenemos motivos para sospechar que él asesinó a Laura y a Kenneth —continúa Harriet.

Yvonne no dice ni una palabra y entierra el rostro en las manos.

Su largo y oscuro cabello se desliza como una crin protectora cuando cae sobre la mesa.

—Si no quieres hablar conmigo, vendrán a buscarte.

Bajo la crin de cabello se oye un profundo suspiro.

—Sabía que se descubriría. Antes o después, sabía que se descubriría —dice Yvonne. Mira de nuevo hacia arriba. Las mejillas están enrojecidas y sus espesas cejas parecen alborotadas—. Es horrible. Me siento fatal. Laura era mi amiga, pero no tenía elección. Tienes que creerme cuando te digo esto, Harriet, porque no tenía elección. No cuando Niklas estaba involucrado.

Harriet contempla sorprendida a Yvonne. ¿De qué está hablando?

—Siempre pensé que la policía vendría a buscarme, pero cruzaba los dedos para que no fueras tú quien llamara a mi puerta. Pensaba que enviaríais a alguien cuando lo comprendierais. —Yvonne parece rendida pero a la vez aliviada—. ¿Ha sido el cuchillo? ¿Dejé alguna huella en él? —pregunta—. Ha sido el cuchillo, ¿verdad? Fui una idiota al esconderlo debajo de la rueda del maletero. Sabía que no funcionaría.

—Yvonne, no entiendo lo que me estás diciendo. ¿Fuiste tú quien escondió el cuchillo debajo de la rueda de repuesto del coche de Tony?

Yvonne arruga la frente.

—Tenía mucho miedo de que le sucediera algo a Niklas. Ya lo ha pasado bastante mal. Es un buen muchacho y lo hice para protegerlo. ¿Lo comprendes? —Hace el gesto de estirar la mano hacia la de Harriet, pero ésta aparta la suya de forma instintiva.

—No entiendo nada, explícamelo desde el principio. ¿Por qué proteges a Niklas?

—Es mi sobrino. —Se coge las manos.

—¿Que es tu sobrino? ¿Por qué no me lo habías dicho nunca? —pregunta Harriet. Piensa en la fotografía del recibidor de la hermana de Yvonne, Cathrine y dos niños pequeños. Así que son Niklas y Lia. Yvonne nunca ha dicho ni una palabra de que estuvieran en Lerviken.

—¿Lo saben Paul y Eugen?

Yvonne se aclara la voz.

—Me imagino que Paul lo sabe todo. Eugen también lo debe de suponer, después de tanto tiempo viviendo aquí, aunque no sé si habrá atado cabos —dice, ahora más entera—. La verdad es que daba por hecho que alguien te lo habría contado.

Harriet niega con la cabeza.

—Niklas ha tenido problemas y yo le pedí a Paul que no hablara de ello por ahí. Pero tu hermano no es de fiar y hace lo que le conviene, así que pensé que tarde o temprano se sabría.

Sus ojos se ensombrecen cuando habla de Paul, y a Harriet se le forma un nudo en la garganta. Se nota a las claras el tono de censura de Yvonne. No es propio de ella, que siempre ha sido tan considerada y amorosa con Harriet y con Paul.

—Con Cathrine, mi hermana, las cosas siempre fueron difíciles. Seguro que Eugen os lo ha explicado. Costaba mucho relacionarse con ella. Nos peleábamos constantemente, y cuando empezó a drogarse ya no pude confiar más en ella. Desapareció y perdimos el contacto. Cuando nacieron los gemelos me sentí desesperada. No te imaginas lo intranquila que estaba, pero ella no quería dejar que me implicara, ni a mí ni a nadie. Sabíamos que estaban mal con ella. En una ocasión fui de visita a su casa. Los había dejado solos y los vi cuando miré por la ventana. Cuando le eché la bronca, me amenazó. Yo la denuncié a los servicios sociales, y cuando se los quitaron, me culpó a mí. Me odiaba. —Yvonne se aparta el pelo de la cara—. Hubiera deseado poder hacerme cargo de ellos, pero yo era joven y acababa de poner en marcha mi negocio. Conocí a Laura cuando vino a la peluquería y empezamos a hablar. Ella tenía un buen corazón y se

sentía triste al no poder tener hijos propios. No sé cómo fue, pero se lo conté todo.

»Entonces trazamos un plan. Podría ser su tutora. Primero hacíamos broma, pero cuanto más hablábamos, más buena solución nos parecía. Así yo los tendría cerca sin que Cathrine se metiera de por medio. Sin embargo, Laura y Douglas no fueron admitidos como padres de acogida, y Laura estaba triste. Fue por culpa de la enfermedad, me dijo. Qué injusto. La polio hacía que tuviera dificultades para caminar, pero no le afectaba en absoluto para cuidar a los niños. Después de mucho jaleo, conseguí que los niños como mínimo pudieran pasar los veranos en la bahía. Lo mantuvimos todo en secreto. Si la gente empezaba a hablar, Cathrine se enteraría, y Laura no quería que nadie supiera por qué no los habían aceptado como padres de acogida. Podía parecer que ya lo tenían todo, así que a mí también me sorprendió.

«A lo mejor no lo tenían todo», pensó Harriet.

—Pero ¿no sabías que Douglas había sido condenado por maltratar a Laura? —pregunta.

—¿Qué dices? —Yvonne la mira sin comprender.

—Sí, tiene que ser el motivo por el que no los aprobaron como tutores. ¿No te lo han explicado Lia y Niklas? Porque creo que ellos lo saben.

Yvonne niega con la cabeza.

—Pero ¿con Niklas mantienes el contacto?

—Siempre he tenido una relación especial con Niklas. Me venía a ver a menudo, pero ha tenido problemas. Tuvo dificultades después del horrible accidente que dejó a Laura en silla de ruedas, y a veces pienso que fue por culpa de Douglas que no lo supiera encajar. Tras el accidente, Laura y yo perdimos el contacto; yo sé que no se cayó por culpa de Niklas. No es una mala persona.

Harriet se yergue.

—Engañó a Tony para que lo ayudara en el asesinato. Tony creía que iban a cometer un robo.

—No es mala persona —repite Yvonne.

—Yvonne, es el principal sospechoso del asesinato de Laura. Un crimen horrible. Y después de tu reacción de hace un momento, entiendo que tú también

estás implicada. ¿Cómo es posible?

Yvonne se hunde una vez más.

—Vino a casa la terrible noche del viernes, a medianoche. Estaba trastornado, totalmente fuera de sí. No me contó lo que había ocurrido, pero tenía sangre en la ropa y llevaba el cuchillo envuelto en un jersey. Supuse que había pasado algo tremendo. Me dijo que se vería metido en un lío si no lo ayudaba —explica, y hace una pausa—. Tienes que entenderlo. Escondí las cosas en casa de Tony. Ya sé que lo que hice es horrible, pero era lo más fácil. Tenía las llaves de su casa, dado que me encargo de alquilarlas, y Tony no me caía demasiado bien. No es una persona agradable. Los dioses lo saben.

—Pero si pusiste pruebas en casa de Tony... —Harriet se queda de piedra—. Quiere decir que él no está implicado en el asesinato.

¿Significa eso que Lia los engañó? ¿O es que Niklas le dijo a Lia que Tony estaba involucrado a pesar de haber sido él quien había cometido el asesinato?

—Ya sé que es imperdonable, pero Tony le hizo daño a Nathalie, así que pensé que se lo merecía.

Harriet recuerda que Tony fue condenado por malos tratos. ¿Fueron a Lia?

—¿Tony había maltratado a Lia?

Yvonne siente un escalofrío.

—Ese maldito Tony... Yo nunca quise que jugaran con él, pero no lo podía controlar. Incluso cuando era pequeña le hacía daño. Le vi las marcas que tenía en la espalda y en el cuello. No tendría más de trece años.

Harriet no puede dejar de pensar en la infancia segura de la que disfrutaron Paul y ella justo en la casa de al lado, sin tener idea de nada.

—Lia dijo que Tony y Niklas cometieron juntos el crimen.

—¿Lia? ¿La has visto? —Yvonne parece sorprendida.

—La he... —Harriet no sabe qué decir. Quizá sería mejor dejar que Yvonne lo explicara—. ¿Cuándo la viste tú por última vez? —le pregunta.

—No lo recuerdo con exactitud. Me llamó y estaba trastornada. Había hablado con Laura. Tuvo que ser unos días antes de que muriera, claro. —Yvonne se rasca la cabeza y se le queda el pelo levantado—. Como ya te he dicho, yo perdí el contacto con Laura después del accidente, pero me alegré de

que Nathalie siguiera viéndola. Necesitaba un punto de estabilidad y era liberador ver que había alguien con quien tenía un vínculo. Aunque debo reconocer que me asombró un poco que mantuvieran el contacto. En el último verano que pasó en su casa vi que no estaba a gusto. Siempre fue guapa, pero durante ese período se adelgazó. No se llevaba muy bien con Douglas y empezó a salir con Tony —dice abriendo mucho los ojos—. Fue entonces cuando empezaron a ocurrir cosas horribles.

—¿Qué cosas? —pregunta Harriet.

Yvonne hace una pausa antes de continuar.

—En una ocasión, Tony le pegó y acabó en el hospital. El médico puso una denuncia y a Tony lo condenaron. Nathalie desapareció durante una larga temporada, y pensé que ya no regresaría nunca más. Es como su madre. Siempre necesita algo más para estar bien.

—¿Y luego Nathalie vino a vivir a Lerviken? —prosigue Harriet.

—Sí. Imagínate lo contenta que me puse cuando me lo dijo.

—¿Por qué estaba tan nerviosa cuando se puso en contacto contigo? —pregunta Harriet.

—Fue por el testamento. Laura quería dejarle la finca a Nathalie. Hacía tiempo que estaba decidido. No tenían hijos ni otros herederos, y a Laura siempre le había caído bien Nathalie. Sin embargo, algo ocurrió y de golpe Laura cambió de opinión —explica Yvonne negando ligeramente con la cabeza mientras lo cuenta—. Intenté hablar con Laura para hacerla entrar en razón, pero se negaba a contestar. Hice bollos y pensé que podríamos tomar un café y hablar de ello, pero Douglas se negó a abrirme la puerta. Colgué la bolsa en la manilla de la puerta y me volví a casa.

Harriet piensa en la lista de llamadas del teléfono de Laura. Aquello explicaba por qué Yvonne había telefonado varias veces los días anteriores al asesinato y por qué la bolsa colgaba de la puerta.

—¿Por qué cambiaron el testamento? —inquire Harriet.

—La verdad es que no lo sé. No era gente fácil de entender. Todavía me resulta incomprendible cómo pudieron echar a Niklas después del accidente. No era más que un niño. Nunca lo incluyeron en el testamento a pesar de que

Nathalie y Niklas son hermanos y de que los dos habían vivido en su casa. Niklas se preocupó mucho por Nathalie cuando se enteró de lo que había sucedido. Es muy bueno con ella.

—¿Bueno? —Harriet siente cómo algo la araña por dentro—. Ejecutó a Laura y maltrató a Douglas. Después golpeó a Kenneth hasta matarlo porque había sido testigo de lo ocurrido. ¡Kenneth era inocente, era un crío!

—¡No! —grita Yvonne. Su voz es aguda y hace que Harriet dé un salto—. Él no mató a Kenneth.

Harriet la mira fijamente.

—¿Cómo lo sabes? Y, en tal caso, ¿quién lo hizo?

—Yo sé que no mató a Kenneth, porque la noche en que murió él estuvo aquí. Todo el día y toda la noche. Cuando Eugen y tú vinisteis a tomar café, él estaba en el piso de arriba. —Yvonne hace un gesto hacia la puerta del otro lado de la cocina que sube al piso superior.

—*Kato* estaba buscando algo allí —constata Harriet a la vez que su sensación de intranquilidad empieza a aumentar. Podría haber alguien al otro lado de la puerta. Si es verdad lo que dice Yvonne, que Niklas estaba en su casa cuando Kenneth murió, el asesinato de Kenneth lo llevó a cabo el otro asesino, que ahora Harriet sabe que tampoco fue Tony. Traga saliva.

—Yvonne, tienes que ser sincera. No pienses en que es mi hermano. ¿Tiene Paul algo que ver con todo esto? ¿Te ha dicho algo Niklas? Sé que en los últimos tiempos ha estado en contacto con Niklas y con Nathalie.

Yvonne la contempla detenidamente. Después se inclina hacia delante y le coge la mano a Harriet.

—Paul no tiene nada que ver con los asesinatos —le dice apretándole los dedos. Harriet nota un gran alivio. Después siente remordimientos por haber creído algo así de su hermano. Pero por fin el nudo que ha estado sintiendo en el estómago empieza a deshacerse.

—¿Por qué llama a Lia? —pregunta.

—Paul y Nathalie tienen una relación —responde seria Yvonne.

Harriet retira su mano de inmediato.

—¿Qué dices? —El alivio que sentía hace un instante muta en otra cosa.

—Quiero que sepas que intenté mantener alejada a Nathalie de él, pero ella lo quería ver al precio que fuera. Sé que es tu hermano, Harriet, pero no es que tenga un buen concepto de él. Está casado, viene de buena familia y vive otra vida. Siempre he sabido que él no iba en serio, pero Nathalie no entraba en razón. Se le había metido en la cabeza que se irían juntos a alguna parte. Ignoro en qué mundo de fantasía vive. La psique de Nathalie no es muy fuerte y se imagina cosas. —Yvonne se pasa los dedos por el pelo mientras habla, y Harriet sigue petrificada en la silla, observando cada movimiento.

Lia y Paul. En apariencia, son las personas más diferentes que uno se puede imaginar. Su hermano, tranquilo y elocuente. Exitoso, luchador, relacionado con personas del mundo de las finanzas. Lia procede de un mundo completamente distinto. Es muy atractiva, con ese pelo rubio y largo y sus bonitas facciones, pero Harriet no es capaz de ver que tengan nada profundo en común. Sin embargo, Paul ha pasado mucho tiempo en Lerviken el último año y ha estado hablando de Eva-Lena de una manera que hace que Harriet se pregunte si todavía le gusta, y sabe que a menudo él pone excusas para irse de su lado. Incluso el barman de Henrikehill recordaba el nombre de Paul. Cuando Harriet vio a Lia la primera vez, le sorprendió que ésta la llamara Harry. Un nombre cariñoso que sólo utiliza la familia. Si Lia y Paul tienen una relación, no es raro que Lia lo haya llamado por teléfono. Quizá eso explique también por qué ha vuelto de sus vacaciones.

—¿Cómo se conocieron? ¿Cuánto tiempo hace? —Harriet nota que Yvonne empieza a estar cansada. En realidad, Harriet está igual de cansada, pero la adrenalina la mantiene en guardia.

—Se conocieron a través de Niklas. Paul y Niklas hace tiempo que son amigos.

—¿Dónde está Niklas? —pregunta Harriet de forma abrupta—. ¿Lo sabes?

Yvonne esboza una sonrisa. A la luz de la lámpara de la cocina resulta casi desagradable.

—Si sabes dónde está, tienes que decírmelo, es importante. Más importante que cualquier otra cosa en estos momentos. —Harriet alza la voz—. Hace unas

horas encontré a Lia en el granero de la finca. Estaba herida. Dijo que Niklas la había atacado.

Le vienen a la mente las palabras de Lia. «Está completamente loco. Es capaz de cualquier cosa, es como si ya no tuviera sentimientos.»

Entonces, Harriet ve que la manilla de la puerta que lleva al piso de arriba empieza a bajar despacio.

La puerta se abre poco a poco y aparece un hombre adulto con melena rubia. Lleva unos pantalones negros y una sudadera negra. En una mano se ve el tatuaje de una calavera. Harriet fija la vista en sus dedos. Son gruesos y sobre el pulgar tiene un arañazo. Se le hiela la sangre. Yvonne y ella están solas en la casa con un asesino.

—Perdón, no era mi intención asustarte. He estado detrás de la puerta escuchando un rato... —Niklas no acaba la frase y da un paso hacia la cocina—, pero no tengas miedo. —Separa las manos para demostrar a Harriet que va desarmado. A la luz de la lámpara de Tiffany, le ve la cara. Sus ojos azules son despiertos y afables. Tiene los pómulos igual que Lia. Las cejas son rubias y espesas como las de Yvonne, la nariz delgada y, además, se nota que se la han roto.

Niklas le sonrío a Harriet.

—No soy un demente y no quiero hacerte daño. Como la policía me está buscando me he tenido que esconder, pero cuando te he oído contar lo que Lia ha dicho, ya no tiene sentido esconderme. —Da un paso adelante y Harriet se aparta de forma instintiva.

—Quieto —suelta de golpe Harriet mientras se palpa el bolsillo. Tiene que pedir refuerzos.

—Yo no atacé a Lia, y tampoco maté ni a Kenneth ni a Laura —continúa Niklas—. Sin embargo, sé quién lo hizo, y cuando te he oído me he dado cuenta de que ya no puedo seguir ocultándome.

La mirada de Harriet va de Niklas a Yvonne sin parar. ¿Por qué debería creerlo?

—¿De verdad le ha dicho Lia a la policía que me he vuelto loco y que la he

atacado en el granero? —pregunta Niklas de nuevo. Coge despacio una silla y toma asiento.

Harriet dice que sí con la cabeza.

—¡Mierda! —exclama Niklas cerrando los ojos—. Qué jodida está la cosa.

Yvonne le acaricia el hombro con cuidado.

—No entiendo nada —logra decir Harriet.

—Nunca pensé que podría hacer algo así. —Parece sinceramente apenado.

Niklas se echa hacia atrás y se mete una mano en el bolsillo de la sudadera. Harriet da un respingo y, cuando él ve su reacción, vuelve a sacar la mano. Ha cogido una goma de pelo negra.

—Nathalie está enferma —dice—. Siempre lo he sabido, pero es mi hermana y la quiero, a pesar de todo. Pero necesita ayuda. —Aguanta la goma del pelo con los dientes, se estira su pelo rubio hacia atrás y se lo recoge en una cola.

—¿Qué quieres decir con que está enferma? —Harriet lo estudia.

—Siempre ha sido difícil. Cuando éramos pequeños ya estaba desequilibrada y no podía gestionar su humor, pero cuando nos hicimos mayores cambió y se hizo una experta en autocontrol. Nunca decía lo que de verdad pensaba. Yo fui en dirección contraria y desahogaba mi ira peleándome. También está mal.

Observa a Harriet y ésta le mantiene la mirada. Hace calor.

—Empezó a explicar cosas, cosas sin sentido, que decía que le habían pasado. Al principio la creía. Llamaba a medianoche explicando que la habían atacado, pero cuando llegaba a su casa, ella me abría como si no hubiera ocurrido nada. Puede echarse a llorar y al segundo siguiente se pone a reír. Las personas con las que ha tenido alguna relación, según ella, siempre le han hecho daño o la han engañado. Fue hace poco cuando me di cuenta de que vive en su propio mundo.

Respira hondo y se le suben los hombros.

—Su realidad nunca es igual de la de los demás. Cuando oigo que ha dicho que la he atacado en el granero, cosa que no es cierta, no sé si se lo inventa o si su cerebro ha construido la historia y ella realmente cree que es así.

—Pero es que no lo entiendo, porque estaba herida. Me enseñó los arañazos y apenas se sostenía en pie —reacciona Harriet—. Dijo que la habían atacado.

—Se puede hacer daño a sí misma para que parezca un ataque. No te

imaginas de lo que es capaz —dice en voz baja—. La gente juzga mal a Lia porque es pequeña y bonita, y siempre lo ha utilizado en su favor.

—¿Fue Lia quien mató a Laura? —pregunta Harriet.

—Debe de hacer unas semanas, me llamó desesperada. Necesitaba dinero. Fantaseaba con un sueño que tenía y que en cuanto pudiera reunir el dinero suficiente lo haría realidad. Paul y ella habían hablado del futuro: de irse juntos y empezar una nueva vida.

A Harriet le falta el aliento.

—Puedes estar tranquila, sólo es producto de la fantasía de Lia —aclarar Niklas—. Laura siempre le había dicho a Lia que heredaría la hacienda cuando ellos murieran, y por eso Lia mantuvo el contacto con ella. Cuando Paul y Lia empezaron a salir, ella se vino a vivir a Lerviken. Sin embargo, algo ocurrió. Sé que Douglas la fue a ver varias veces a su nueva casa, y ella dijo que había comenzado de nuevo. —Niklas mira de reojo a Yvonne, que no parece entender nada—.

—Yo la creí. Douglas es un cerdo. Y cuando Lia se enteró de que Laura había cambiado el testamento, se puso hecha una furia.

—¿Qué le hacía Douglas a Lia? —interrumpe Yvonne.

—Abusaba de ella.

Yvonne se queda de piedra con los labios muy apretados.

—Yvonne, no pudimos decírtelo —le explica Niklas—. «Quieren quitarme lo que es mío»: eso fue lo que me dijo cuando la vi, y sé que se refería a la finca. Lia estaba en baja forma y había vuelto a drogarse. Le compraba la droga a Tony. A pesar de todas las denuncias que ella le había puesto, él seguía vendiéndosela. Yvonne, Tony nunca le hizo daño a Lia. Siempre fue Douglas.

Harriet ve que Yvonne se tapa la boca con la mano.

—En cualquier caso, fue Tony quien le reveló lo de la caja fuerte. Lia intentó convencerme para que fuera a robarla. Sería fácil. Lo había planificado todo y había adquirido todo lo que necesitaba. Fue idea suya que les pusiéramos la cinta americana. Ella iba a llamar a la puerta y diría que había ido a pedir perdón por haberse enfadado tanto por el cambio en el testamento. Yo me quedaría fuera esperando escondido en el coche hasta que me hiciera una señal por la ventana.

«Me dejarán pasar», dijo. Esperé en el coche, y cuando me hizo una señal desde la ventana con la luz del móvil me puse la capucha y fui a hurtadillas. Tenía que parecer un ladrón y sorprenderlos. Sin embargo, no salió según lo planeado. Cuando entré por la ventana y cogí a Douglas para sujetarle las manos con la cinta y taparle los ojos, ofreció resistencia y empezamos a pegarnos. No había contado con que todavía fuera tan fuerte. Además, no vi la caja fuerte. Tony había dicho que estaba cubierta con un mantel y que encima había un jarrón.

»Seguimos peleándonos y consiguió quitarme la capucha. Laura me reconoció de inmediato. Empezó a chillar mi nombre, de manera que Douglas también se dio cuenta de que era yo. Al final logré darle un empujón a Douglas. Se dio un golpe en la cabeza y cayó al suelo. Según el plan inicial, Lia debía ser testigo del ataque por parte del ladrón anónimo, llamar a la policía y salir de la situación como una heroína. Sin embargo, cuando el plan comenzó a irse a la mierda, Lia se volvió completamente loca. “¿Dónde está la caja fuerte?” Se abalanzó sobre Douglas, aunque ya estaba tumbado en el suelo. Empezó a pegarle y a darle patadas. Yo debería haberla detenido en ese momento, pero sabía lo que Douglas le había hecho, así que pensé que se lo merecía por cabrón. Laura intentó impedir que siguiera, pero Lia la ató y la golpeó hasta que la dejó casi inconsciente. Me cogió la cinta del bolsillo y al final se las arregló para fijarle los párpados a Laura con la cinta. Después, continuó dándole puntapié a Douglas. Laura se despertó y gritó al ver lo que Lia estaba haciendo, y yo no pude con ello, así que le golpeé la cabeza demasiado fuerte, sin pensar. Y entonces se quedó callada del todo.

Niklas hace una pausa. Su rostro expresa dolor.

—Me entró el pánico cuando vi lo que habíamos hecho. Pensé que Laura estaba muerta. No se movía, y no parecía que respirara. —Busca la mirada de Harriet antes de continuar—. Lia quería llevar a Laura al granero. Las tierras están arrendadas y el que las explota tiene los tractores allí. Laura y Douglas no tenían amigos, y sabíamos que la posibilidad de que alguien fuera a encontrarla era mínima si la dejábamos en la casa. Así que después de descubrir la caja fuerte y de llevarla al coche, trasladamos el cuerpo de Laura al granero.

Harriet suspira. Lo que está explicando coincide con la imagen que tienen del

escenario del crimen.

—Douglas encerraba a Lia en el granero. A veces abusaba de ella allí. — Niklas vuelve a mirar de reojo a Yvonne.

—Si lo hubiera sabido... —dice Yvonne—. Pobres niños, Niklas, deberíais habérmelo contado. —Alarga una mano hacia él y éste se la toma.

—Lia dijo que a Douglas lo acusarían de haber matado a Laura. Fue idea suya que lo metiéramos en el contenedor. Dijo que así tendría una muerte cruel y que allí nadie lo buscaría. Lo cerramos con una cadena que yo tenía en el coche. Con el tiempo se llevarían el contenedor. Si había matado a su mujer, que era lo que queríamos que creyera la policía, lo natural sería que quisiera huir y no volviera nunca. Douglas es un hijo de la gran puta, y lo mejor sería que desapareciera de la faz de la Tierra. Doy fe.

Niklas se queda callado y Harriet espera tensa la continuación.

—Cuando estábamos junto al contenedor, oímos un ruido que venía del granero. Por lo visto, Laura no estaba muerta. Lia se fue corriendo hacia allí antes de que yo pudiera pararla y cuando volvió, al cabo de unos minutos, llevaba un cuchillo ensangrentado en la mano. Me dijo que si alguna vez me iba de la lengua, ella diría que había sido yo quien lo había hecho. «A ti nadie te creerá, la gente me creerá a mí. Lo ves, ¿no?», me amenazó.

Harriet lo mira fijamente.

—Fui corriendo hasta allí. Me arrepiento, pero tenía que verlo. Había sangre por todas partes. Joder. —Gira la cara con una expresión de asco—. Cuando nos sentamos en el coche, le dije que podía hacerme cargo del cuchillo y de la ropa ensangrentada. Lo podía haber tirado en cualquier parte, pero estaba trastornado, no podía pensar con claridad y vine aquí. —Niklas se vuelve de nuevo hacia Yvonne. Ésta parece concentrada—. Perdona que no te haya explicado exactamente lo que ocurrió, pero no pude.

A Harriet la cabeza le va a mil por hora. Todo lo que está diciendo parece verdad, pero ¿puede fiarse realmente de él? Podría ser Niklas el hábil mentiroso y no Lia.

—Pero hablaste con Paul. Te oí hablar con él en el garaje. Parecía como si él quisiera traicionarla.

—¿Qué? —Niklas frunce sus pobladas cejas.

—Encontré un par de llaves entre las pertenencias de Douglas que eran de una de las casas de Henrikehill. Cuando las probé en el garaje, pude abrir una de las puertas y entré. Después oí que alguien llegaba y me escondí debajo del coche. Eras tú. Te oí hablar por teléfono y sé que era con Paul. ¿De qué hablabais?

Niklas parece no haber oído la pregunta de Harriet.

—O sea, que Lia decía la verdad, que Douglas tenía las llaves. No la creí cuando me lo contó.

—¿Qué quieres decir? ¿No era Douglas quien alquilaba la casa? —pregunta Harriet.

—Sí, pero es Lia quien vive allí. Tenía un acuerdo con Douglas, y él le pagaba el alquiler. Nunca entendí por qué, hasta una noche que fui a verla. De pronto le cogió la paranoia de que él iba a venir y me pidió que me marchara. Empecé a sospechar lo que significaba el acuerdo. Le dije que lo mandaría al infierno de una vez por todas si aparecía por allí, pero ella se echó a llorar y me explicó que en realidad era él quien alquilaba la casa y que tenía las llaves. No la creí, ya me conocía eso de ponerse a llorar cuando quería que alguien le tuviera pena. Supuse que lo decía porque tenía miedo de que Douglas y yo nos peleáramos. Cuando empezó a salir con Paul, dijo que había cambiado la cerradura y que Douglas se había enfadado. Creí que aquello también se lo inventaba para que yo dejara de preguntar por Douglas. Sabe que lo odio.

—Lo que no cambió fue la cerradura del garaje, porque la pude abrir con la llave. ¿Quieres explicarme de qué hablaste con Paul y por qué Lia sostiene que fuiste tú quien la atacó en el granero?

Niklas se restriega los ojos.

—Paul me llamó. Estaba destrozado por el hecho de que Lia estuviera implicada. No sé exactamente lo que ella le dijo a Paul, pero estaba trastornado y pretendía que Lia fuera a la policía a confesar. Ella deseaba verlo y le había propuesto encontrarse en el granero. Él me dijo que intentaría hacerla entrar en razón y que después iríamos juntos a la policía. Vine hasta aquí a esperar a que me diera la señal, pero no llegó a decirme nada. No he sabido nada más de Paul.

Tendría que haber ido al granero, pero a lo mejor nunca llegó. Si lo hizo más tarde, debió de ver a la policía y dio media vuelta. No quería verse involucrado.

Harriet lo observa y no sabe qué pensar. O está sentada frente a un asesino y su hermano ha sido el cómplice, o Niklas dice la verdad. En ese caso, su hermano, del que nadie sabe nada, tiene una relación con una psicópata con todas las letras.

—Te estoy contando la verdad —afirma Niklas como si le leyera el pensamiento—. Estaba aquí cuando Kenneth murió. Después de que tú y Eugen os fuerais, llamé a Paul y le expliqué que sospechaba que Lia había matado al chico.

Harriet mira a Yvonne, quien asiente con la cabeza.

—Sé que Lia conocía a Kenneth. Hablaba de él. Tanto ella como Kenneth le compraban la droga a Tony, y sé que procuró contactar con él alguna vez cuando estaba desesperada y no conseguía dar con Tony.

Harriet piensa en la libreta azul de Kenneth, donde apuntaba a todas las personas con las que quedaba. T. H. y N. E. La madre de Kenneth, Karin, habló de una mujer que lo había llamado una vez hacía unas semanas.

La libreta sigue todavía en su bolso. Se levanta rápidamente de la mesa.

—Espera, voy a buscar una cosa —dice.

—No voy a ninguna parte —replica Niklas. Parece entristecido.

Harriet vuelve enseguida con el bolso y saca la libreta.

—Kenneth hacía pequeñas anotaciones —comenta—. Son muy crípticas, pero las fechas y las iniciales coinciden.

La abre, busca la página con fecha de hace diez días y se la enseña a Niklas.

—Casi todos los días apunta que ha visto a alguien con las iniciales T. H. Pero aquí se ha visto con N. E. —Señala las letras en la parte inferior de la página.

—Tiene que ser Lia. —Niklas parece pensativo—. ¿Puedo verlo?

Harriet se la pasa y él empieza a hojearla.

—¿Está codificado? —pregunta, y la inclina bajo la luz de la lámpara de la cocina.

Harriet se apoya sobre la mesa para ver mejor.

Niklas le indica el incomprensible texto. «El circo orbita Lerviken. Ñld odwd ñdxud.»

—No sé —responde Harriet, pero al seguir los dedos de Niklas mientras los desliza sobre las combinaciones de letras le parece obvio. Claro que es un código.

Niklas se vuelve a acercarse al cuaderno para estudiarlo de nuevo.

—Es un sistema de cifrado. Aunque el chaval no es especialmente original. Esto parece un cifrado César normal y corriente. —Se pone el puño delante de la boca y tose—. Quizá por eso las primeras letras en las dos primeras palabras empiezan por la letra C. Pensaría que era ingenioso.

—¿Cifrado César?

—Cuando estuve en la cárcel, siempre usábamos códigos si nos comunicábamos con alguien que estaba fuera. El código desplazado, en el que cambias el lugar de las tres primeras letras del alfabeto y pones A, B y C al final, es el primer código que aprendes. Aunque sólo se utiliza una vez. En verdad, es lo mismo que pedirles a los maderos que vengan a buscarte. Yvonne, ¿tienes un lápiz?

Yvonne desaparece de la cocina y vuelve con lo que le ha pedido. Niklas coge un trozo del papel de cocina que está sobre la mesa.

—También tenía papel, si me lo hubieras dicho... —suelta Yvonne.

Niklas no responde. Harriet observa sus rubios mechones mientras escribe el alfabeto en el papel.

—¿Ves lo que he escrito? —Levanta el papel delante de Harriet. Ha escrito dos alfabetos en paralelo. Uno empieza por la A y acaba en la Z, y el otro empieza por la D y acaba con la C.

»Las primeras letras las pongo al final. Si por ejemplo he de escribir “hola”, traduzco letra por letra. La H tiene el lugar número ocho en el alfabeto que empieza por A. En el lugar número ocho del alfabeto que empieza por D está la letra K. «Hola» se escribe “KRÑD”. —Anota las letras en el papel de cocina mientras lo enseña—. Pensaba que todos los policías conocían este código. ¿No lo habías visto nunca?

Harriet niega con la cabeza y se siente tonta. Seguro que Elias habría

descubierto el sistema de códigos de la libreta al momento si ella se lo hubiese descrito con más detalle.

—¿Y aquí qué pone? —pregunta Harriet señalando «Ñld odwd ñdxud».

—No hay más que descifrarlo —dice Niklas, y le alcanza el papel de cocina con el código de cifrado.

Harriet coge el bolígrafo y se pone a cambiar las letras una tras otra. «LIAMATALAURA.»

—Lia mata Laura. —A Harriet se le cae el bolígrafo en la mesa y éste va rodando hasta caer por el borde—. Lo vio.

—¿Confías ahora en mí? —pregunta Niklas.

Harriet asiente con la cabeza al mismo tiempo que saca el teléfono.

—Tengo que comunicárselo a mis compañeros.

Con dedos temblorosos, marca el número de Margareta. Está ocupado. Harriet llama entonces a Elias. También está comunicando.

—Joder. Están comunicando.

—Envía un mensaje. —Niklas habla con decisión.

Harriet le escribe un mensaje a Elias.

Harriet: ¿Estás con Lia?

En cuanto ha salido el mensaje, aparecen tres puntos en la pantalla. Elias está escribiendo. Harriet expulsa el aire que ha retenido en los pulmones.

Elias: Iba a llevarla a casa, pero ha querido que la dejara por el camino.

Harriet se queda de piedra.

Harriet: ¿La habéis dejado ir?
¿No quería protección?

La respuesta llega de inmediato.

Elias: Se ha desdicho en cuanto nos hemos subido al coche. Iba a ver a su novio y ha dicho que él la protegería.

Harriet levanta la vista del teléfono.

—Han dejado libre a Lia. Va de camino a encontrarse con su novio. —La voz le sale ronca cuando pronuncia la palabra «novio», y Niklas se levanta.

—Paul. Todavía no se ha rendido. Todavía le quiere enseñar el escenario del crimen. Cree que él entenderá por qué ha hecho lo que ha hecho si le explica todo lo que ha sufrido allí. Está obsesionada con Paul.

Yvonne jadea.

—Lia ha tenido muchos problemas, pero nunca creí que... —dice.

—En verano, vio a Eva-Lena llegando en bicicleta por el puerto y en broma me pidió que la atropellara con el coche. Cuando le dije que no, se echó a reír y añadió: «No hace falta que lo hagas, la próxima vez que vaya en bicicleta no le irá tan bien». Sé cómo es a veces y no lo tomé en serio, pero ahora... No tiene límites. Es peligrosa. —Niklas hace una pausa—. Ésa es la razón por la que yo quería acompañar a Paul. Para que no pasara nada. Pero él no me ha devuelto la llamada.

Yvonne se pone de pie de forma abrupta.

—Pues id allí ahora mismo. ¿A qué estáis esperando? —Su voz es tan aguda que Harriet da un respingo.

—Cogemos mi coche —dice, y le hace un gesto a Niklas para que la acompañe.

El horizonte tras la isla de Ven ha empezado a clarear, aunque todavía reina la oscuridad sobre la bahía y el viento del mar es más intenso. Niklas se pone la capucha y desaparece dentro de su jersey oscuro. Mientras caminan los cincuenta metros hasta el oxidado Mercedes de Josef, Harriet le manda otro mensaje a Elias.

Harriet: Lia se dirige de nuevo al granero. Va a encontrarse con mi hermano. Voy hacia allí. Puede haber problemas. Pide refuerzos.

Harriet apaga los focos del coche cuando giran hacia el pequeño camino de grava que lleva hasta la finca. Las siluetas de las hojas de los árboles del jardín semejan negras como el carbón. Deben de ser casi las cinco de la madrugada. Harriet está tan acelerada que es como si el cansancio no le hubiera hecho mella. Niklas también parece despejado y mira vigilante a su alrededor cuando bajan del coche. Aunque a Harriet le asuste un poco lo que ha hecho, se siente bien de llevarlo consigo. Es grande y fuerte y, sobre todo, conoce a Lia. Y a Paul.

—No te puedes imaginar lo imprevisible que es. Tienes que estar preparada para cualquier cosa —advierde Niklas cerrando la puerta del coche con cuidado.

—O sea, que en el granero se autolesionó. —Harriet baja la voz—. ¿Crees que podría hacerle daño a Paul? ¿Puede ir armada?

Niklas se vuelve hacia ella.

—La verdad es que no lo sé.

El viento sobre los cultivos es más suave que abajo en la bahía, y Harriet piensa que los podrían oír. Niklas da un paso al lado y continúa andando por la pequeña zanja que se forma entre el campo y el camino de grava. Allí sus pasos no se oyen y su ropa oscura se difumina con el entorno. Harriet va detrás de él. Niklas tiene las piernas largas, así que ella debe ir deprisa para seguirle el ritmo. Cuando llegan al límite del terreno, Niklas se mete entre los arbustos para evitar el centro del jardín. Se mueve con soltura, como si hubiera estado allí otras veces.

—¿Fuiste tú? —susurra Harriet.

Niklas se para de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—La noche que hallé a Douglas en el contenedor. Sé que no estaba sola.

¿Eras tú quien estaba aquí?

Niklas asiente.

—Estaba muy angustiado por lo que habíamos hecho... Sabía que la policía había estado allí y que habían encontrado a Laura. Lia y yo decidimos que nos quedaríamos al margen durante los primeros días, pero me vi obligado a controlar el contenedor. No sabíamos si lo habíais descubierto y manteníais el hecho en secreto. Me estaba volviendo paranoico. A pesar de que lo cerramos con una cadena. No me lo podía quitar de la cabeza. Cuando luego Lia se enteró de que la policía lo había encontrado y de que seguía vivo, se puso nerviosa.

—Me llamó.

—Quería comprobar qué información teníais y tratar de confundirte.

—Y sabía quién era yo, como es obvio...

Antes de que Harriet tenga tiempo de terminar la frase, Niklas le hace un gesto para que se quede callada. La puerta del granero, la que da a la antigua letrina, está entreabierta y se oyen voces dentro. Con cuidado, Harriet abre la puerta y ruega que no chirríe. Entra sigilosamente antes que Niklas, pero siente su aliento en la nuca en todo momento. La puerta que comunica la letrina con el granero está abierta. La lámpara que hay junto al establo arroja una suave luz, y desde la abertura de la puerta pueden ver todo el espacio. Harriet se mete entre las sombras y se pega a la pared. Lejos, al lado de uno de los boxes, se ven las siluetas de dos personas. Una alta y la otra bastante más pequeña. La luz es tenue, pero a medida que los ojos se adaptan a la oscuridad consigue distinguirlo: tiene el pelo más largo de lo normal y parece preocupado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Es imposible captar lo que dicen, pero Lia, que también aparece más nítida cuando los ojos se han acostumbrado, agita los brazos y va de un lado a otro. Todavía va vestida con el jersey grande que llevaba en el interrogatorio, pero su pelo está despeinado y casi le tapa la cara. Paul extiende un brazo para tocarla y ella lo aparte de un golpe. Con cuidado, Harriet da un paso al frente. En ese momento nota la mano de Niklas sobre en el hombro y se da la vuelta.

—Tú espera aquí. Intentaré acercarme y así estaré preparado por si ocurre algo, pero tardaré todo lo posible antes de dejarme ver. A lo mejor conviene que

Paul hable primero con ella.

Harriet asiente.

—Si se empieza a liar, sales. Si Lia empieza a pelear, Paul y yo la tendremos que sujetar hasta que lleguen tus compañeros.

—De acuerdo —susurra Harriet.

A pesar de su corpulencia, Niklas se mueve con agilidad y avanza entre las sombras hasta que apenas está a unos metros de Lia y Paul. En ese momento, Lia da un golpe contra la pared del establo con la palma de la mano. La acústica en el espacio abierto hace que el sonido se multiplique y Harriet se sobresalta. Paul alarga la mano, pero Lia la aparta y se sienta con la espalda contra la pared y la cara entre las manos. «Parece como si estuviera llorando», piensa Harriet. En ese momento, Niklas sale de entre las sombras y se acerca a toda prisa a Lia. Harriet oye que dice algo, pero no distingue el qué. Se esfuerza, pero un suave chirrido se lo hace imposible. El sonido parece provenir de la puerta del granero. ¿Han llegado ya sus compañeros?

Niklas se inclina hacia Lia y parece que intenta levantarla, pero ella se pone a chillar.

—¡No, no me toques! ¡Que no me toques, joder! —Su voz es estridente y atraviesa la sala como si Niklas le estuviera haciendo daño—. ¡No te acerques a mí!

Harriet deja el marco de la puerta para salir corriendo en dirección a ellos, pero en ese mismo instante ve un destello: una luz azul y blanca entra en el granero a la vez que un sonido ensordecedor le hace pitar los oídos. Harriet pierde el equilibrio y se apoya en la pared. Ve que Niklas se queda quieto de repente y luego cae al suelo, como si bailara. Todos los movimientos parecen hacerse a cámara lenta. Harriet sigue su cuerpo con la mirada. Advierte algo por el rabillo del ojo y cuando se da la vuelta percibe el brillo del arma que Elias tiene en las manos.

El viento se mueve por las esquinas de la comisaría. Son las siete y media de la mañana del domingo. Harriet ha puesto gasolina en el Mercedes de Josef y lo ha aparcado en su sitio junto a los contenedores de reciclaje de detrás de la pizzería. Acaba de despertarse tras dormir una hora en el coche. Es lo único que ha dormido en las últimas veinticuatro horas, pero nunca se ha sentido tan despierta. Tiene el cerebro totalmente tenso. Ha estado con Margareta viendo cómo se llevaban a Paul y a Lia en sendos coches de policía. Harriet esperaba que Paul mirara hacia arriba y la viera, pero él ha caminado todo el rato con la vista pegada al suelo. Harriet ha tardado un rato en explicarle a Margareta que Lia era la culpable, y al principio su jefa no la ha creído. O igual no quería creerla. Pero cuando le ha dicho que Niklas tenía coartada para la muerte de Kenneth, Margareta poco a poco se ha dado cuenta de cómo ha ido todo.

—Qué sangre más fría, la muy cabrona —ha soltado.

Cuando el personal sanitario de la ambulancia se ha llevado a Niklas, Margareta le ha dicho a Harriet que ya se podía ir. Primero ha pensado en irse a casa y explicárselo todo a Eugen, pero después ha decidido esperar a saber más, hasta que sus compañeros hayan interrogado a Paul. Así que se ha ido a la comisaría. Harriet se pasa la mano por el bolsillo donde tiene el móvil. Ha pedido que la informasen del estado de Niklas, pero nadie la ha llamado todavía. Se vuelve hacia el patio de atrás y se sube al muelle de carga. Le duelen los moratones del muslo cuando se le clava la dura valla de acero. Después marca el número de Margareta. Ya debería estar en comisaría.

—¿Cómo está Niklas? —pregunta directamente cuando Margaret responde—. ¿Habéis sabido algo?

—Harriet, ¿dónde estás? ¿En casa? —pregunta Margareta.

—No, al final he venido a comisaría, pero aún no he entrado. ¿Sabes algo?
Margareta se queda callada.

—¿No te ha llamado nadie? —Oye cómo Margareta se aclara la voz al otro lado de la línea—. En realidad debería haberlo hecho yo.

—¿Has tenido noticias del hospital? —Harriet respira hondo.

—Sí. —Margareta hace una pausa—. Niklas ha fallecido hace media hora. —Habla despacio, pero aun así es como si Harriet no entendiera sus palabras.

—¿Está muerto?

—El disparo iba dirigido hacia la pierna, pero la bala le dio en el vientre y le atravesó el hígado.

Harriet se lleva la mano a la boca. La idea de que Niklas, con quien acaba de hablar, no esté vivo le resulta imposible de asimilar.

—Estas cosas pasan. Uno tiene que estar preparado —continúa Margareta—. Elias es un policía con experiencia. Podrá vivir con ello.

A Harriet le viene la imagen de Niklas sentado en la cocina. Cuando piensa en la forma en que Yvonne le puso la mano en el hombro, las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. Va a ser duro para ella. Hacía cualquier cosa por su sobrino, lo ayudó incluso a esconderse después del asesinato.

—Harriet, ¿dónde te has metido? ¿Estás ahí?

Harriet se estremece.

—Sí, sigo aquí —responde, y se seca discretamente las mejillas con el puño de la chaqueta—. ¿Alguien ha llamado a Yvonne Ohlsson?

—¿Por qué íbamos a llamarla? —Margareta parece seria—. El chico no tiene parientes, aparte de su hermana, pero a ella quiero informarla hasta más adelante.

—Yvonne es su tía, pero no lo sabe nadie.

—De acuerdo. Rakel irá más tarde a explicárselo.

—Alguien tiene que ir allí de inmediato. No quiero que se entere por la radio —contesta Harriet deprisa.

—Le diré a Rakel que vaya ahora mismo —añade Margareta—. ¿Estás fuera de la comisaría?

—Sí. —Harriet oye que el suave viento de las esquinas silba en el móvil.

Probablemente, Margareta también lo oye.

—Estaré ahí dentro de unos minutos. ¿Podemos vernos en mi despacho? — pregunta Margareta.

Terminan la llamada, pero Harriet se queda sentada en el muelle de carga reponiéndose antes de echar a andar hacia la comisaría.

Hay luz en la oficina de Margareta y puede oír a alguien moviéndose dentro del despacho. Llama dos veces a la puerta, después entra.

—Ya estoy aquí —anuncia.

Margareta levanta la vista de la mesa de trabajo.

—Está bien, Harriet. Te quería decir que disponemos de apoyo para este tipo de situaciones, y que he hablado con Elias directamente. Tenemos que continuar, aunque incluso yo entiendo que puedas tener una sensación extraña.

Harriet asiente en silencio.

—¿Adónde habéis llevado a Paul? —pregunta. Quiere saber si le han dicho a Paul lo de Niklas. Acaba de perder a un amigo.

—Sala de interrogatorios número tres. Göran lo está interrogando. ¿Necesitas descansar? ¿Cómo estás? —Margareta señala una silla vacía frente a su escritorio—. Siéntate.

La primera vez que Harriet vio a Margareta estuvo sentada justo allí. En aquella ocasión estaba nerviosa y tenía miedo de que Margareta no estuviera satisfecha con ella. Ahora le da completamente igual.

—Debería estar más cansada, pero no podré relajarme hasta que todas las piezas estén en su sitio. Ahora mismo me siento más bien vacía. ¿Cómo le va a Lia?

—Está detenida. Arrestada, y no puede hablar con nadie. Yo la voy a interrogar. Konrad está todavía preocupado, pero creo que conseguiremos pruebas. Esto llegó hace una hora. —Le da la vuelta al ordenador y le hace una señal a Harriet para que se acerque—. Mira esto.

Harriet se inclina sobre la mesa.

—Son las películas de las cámaras de vigilancia de la tienda de Lerviken que Göran solicitó. Ha estado visualizándolas toda la mañana, y el jueves 24 de agosto a las 10.45 ocurrió algo realmente interesante.

Margareta pone en marcha la grabación. Las escenas, en blanco y negro, se ven un poco borrosas. La cámara parece estar detrás del mostrador, porque salen las personas que hay en la caja. Un señor mayor vestido con abrigo ligero y gorra, Gustav Nyman. Se abre la puerta y entra otra persona en la tienda. Una persona ahora ya más que conocida, pequeña y de pelo largo y rubio. La persona mira vigilante hacia el señor Nyman y desaparece detrás de una estantería. Margareta avanza la película. Cuando el señor Nyman se marcha, la otra persona va hasta la caja y deja dos rollos de cinta americana en el mostrador. La imagen está borrosa, pero en el momento en que paga levanta la cabeza y señala algo detrás de la caja. Aunque su cara no apunte hacia la cámara, no cabe duda de que se trata de Lia. La persona de la caja pone un paquete de cigarrillos sobre el mostrador y Lia coge el paquete y las cintas y se va. Cuando se vuelve, Harriet ve el emblema del Instituto Spånga en el jersey.

—¿Ves lo que lleva puesto? El jersey que encontramos en el registro domiciliario en casa de Tony. —Harriet señala la pantalla y Margareta congela la imagen.

—Compró la cinta americana —dice.

Harriet no puede apartar la vista de la pantalla. ¿Cómo ha podido su hermano tener una relación con ella?

—En realidad, la grabación sólo demuestra que compró cinta americana el día anterior al asesinato, pero tendrá que explicar por qué. —Margareta parece neutral.

—El móvil es el dinero. Quería huir y empezar una nueva vida. —Harriet reprime una mueca cuando piensa en los planes de Lia con Paul—. Lia se puso hecha una furia cuando se enteró de que no heredaría la hacienda de Laura y Douglas, y cuando oyó hablar de la caja fuerte decidió robarles.

»Alguien que se llama Rutger me llamó de Juristas de Familia ayer por la tarde. Dijo que Laura y Douglas fueron a verlos hace unos años para hacer el testamento en favor de Nathalie Eriksson. Hace dos semanas, Laura se puso de nuevo en contacto con ellos para cambiar el testamento. Habían redactado otro ellos mismos y querían llevárselo. —Harriet le explica a Margareta la conversación que ha tenido con Yvonne y Niklas—. Creo que ocurrió algo que

hizo que Laura quisiera cambiar el testamento. A lo mejor se enteró de que Douglas había hecho algo, pero Laura culpó a Lia por ello. Douglas tenía las llaves de la casa junto a Henrikehill. Pregúntaselo en el interrogatorio. Por cierto, Niklas tenía coartada para la noche en que murió Kenneth. Estaba en casa de Yvonne. Pero Lia no.

Margareta la escucha atentamente.

—Ella conocía el foso de arcilla y sabía cómo podría engañarlo para que fuera hasta allí. Lia tuvo que haber averiguado que el chico la había visto. A lo mejor incluso es posible que Kenneth se lo dijera abiertamente. —Harriet le habla a Margareta de la libreta de Kenneth y el código cifrado que Niklas le había ayudado a resolver—. En cualquier caso, Tony es inocente de todo —continúa Harriet.

—Sí, ya no está detenido. Su abogado, Rikard Svärd, me ha llamado hace una hora para saber si lo habíamos soltado —informa Margareta.

Un rayo de ira atraviesa el cuerpo de Harriet. No le ha dedicado a Rikard ni un solo pensamiento en las últimas horas, pero cuando oye su nombre vuelve a enfurecerse.

—Un tipo empalagoso —dice Harriet.

—Sí, nunca me han gustado los hombres con traje elegante que creen que lo saben todo y a los que les gusta mucho generar titulares —admite Margareta.

—¿Puedo llamar a Elias? —pregunta Harriet. Le gustaría hablar con él, preguntarle cómo está.

—Es mejor dejarlo tranquilo un rato. Hoy no vendrá, y probablemente mañana tampoco —responde Margareta, y mira a Harriet con una expresión que no se puede pasar por alto.

Harriet asiente en silencio.

—Tengo pensado interrogar a Nathalie dentro de una hora. Ha pedido un abogado y está a punto de llegar. ¿Te va bien? —pregunta Margareta.

Harriet traga saliva.

—¿Si me va bien que disponga de un abogado?

—No, el interrogatorio. Lo hacemos tú y yo. ¿Te va bien vernos dentro de media hora?

—¿No estoy fuera del caso? —pregunta Harriet sorprendida—. Creía que te parecía inapropiado. Aunque yo crea que mi hermano es inocente, está involucrado. Ha mantenido una relación con la sospechosa. —Harriet baja de nuevo la vista. Sólo de pensarlo le dan náuseas—. Yo no debería estar presente.

—Claro que es inapropiado que te impliques en esa parte del caso que se refiere a tu hermano, pero pienso que la última vez salió bien. Mientras lo llevemos todo de forma profesional, no tengo ningún problema con la situación.

Harriet titubea.

—También me gustaría que participaras en las demás partes del caso.

El teléfono de Margareta empieza a vibrar y hace un gesto con la mano para que Harriet se vaya, pero antes de cerrar la puerta, ésta levanta el dedo pulgar.

Una vez en su despacho, Harriet se sienta en la silla de su escritorio. Niklas está muerto, y Paul, con el que no ha tenido oportunidad de hablar, está siendo interrogado ahora mismo por Göran. Aunque el caso se prolongue unos meses, antes de poder conseguir todas las pruebas que Konrad necesita para el juicio, Harriet está segura de que Lia acabará entre rejas. Sin embargo, en Lerviken nada volverá a ser lo mismo. El pequeño pueblo ha cambiado y siempre se lo relacionará con los asesinatos.

Harriet creía que la apartarían del caso y una parte de ella incluso habría sentido alivio. Habría sido una forma sencilla de irse. Margareta ha sido una jefa difícil y echa de menos a sus compañeros de Estocolmo. A la vez, el trabajo es emocionante y es justo lo que ella quería hacer. Es divertido estar en la misma parte del país que Lisa. Si Harriet se queda, a la larga podrían vivir juntas. Si Lisa deja al novio con el que vive, claro.

Aunque en un inicio la idea fuera que se instalara en casa de Eugen, Harriet desea encontrar algo más céntrico, en caso de que se quede una temporada larga. Si trabaja en Landskrona, puede ir a verlo a menudo. Aprieta el móvil cuando piensa en Eugen. Lo quiere llamar ahora, a pesar de no haber tenido tiempo de hablar con su hermano. Aunque Paul debería tener la oportunidad de explicar su versión de todo lo que ha pasado, lo mejor es poner todas las cartas sobre la mesa. Eugen se terminará enterando de todo.

Los tonos de llamada van pitando en su oído, pero nadie contesta. Harriet llama varias veces, pero sigue sin obtener respuesta. Empieza a sentirse intranquila. Todavía está con el móvil en la mano cuando llaman a la puerta.

—Hola, oye, sólo quería decirte que han llamado del hospital. —Patrik está en la puerta, vestido de uniforme. Parece contento cuando la ve.

—Lo sé. Margareta ya me ha informado de que Niklas ha muerto —responde Harriet. Le molesta la alegría de Patrik.

—¿Niklas? —Patrik parece confundido—. Ah, vaya. Yo pensaba decirte que Douglas acaba de morir. Desde que fuisteis a verlo no se ha vuelto a despertar y, por lo visto, hoy se le ha parado el corazón.

—¿Se lo has dicho también a Margareta? —pregunta Harriet.

—No, porque no para de hablar por teléfono. Está muy estresada y dentro de poco empezarán a llamar los periodistas. —Sonríe—. Eso sí que no le gusta.

Harriet se plantea cómo puede informar de una muerte y a la vez parecer tan contento. Por muy mala persona que fuera Douglas, está relacionado con un triple asesinato brutal, y Harriet considera que Patrik debería mostrar cierto respeto.

—A lo mejor le queda poco —continúa Patrik.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que cuando salga a la luz lo mal que se ha llevado el caso, quizá haya personas que opinen que Margareta no sirve para llevar este tipo de casos. A estas alturas, los de arriba ya le han echado el ojo. Sé que han visto las imágenes que se han filtrado a los medios y el patinazo en lo que respecta a Kenneth. El disparo podría ser la gota final. Imagina cuando esa bomba estalle en los medios.

Patrik se queda quieto, como si esperara alguna reacción por parte de Harriet, pero a ella no se le ocurre qué decir. Recordar el disparo hace que se le encoja el estómago.

—¿No te preguntas cómo fue?

Harriet lo mira.

—¿A qué te refieres? —inquire.

—La imagen aquella que no debería haberse publicado. ¿De dónde crees que salió? —Patrik chasca la lengua—. A la prensa le encanta cuando la policía no hace su trabajo, en especial desde de la reorganización. Todo lo que tenga que ver con la incompetencia se puede vender muy caro.

—¿Una imagen que no debería haberse publicado? —Harriet se queda de piedra. ¿De qué cojones está hablando? ¿Se refiere a la foto de Laura en el

granero que publicó la prensa? ¿Ha sido Patrik quien ha filtrado la información a los periodistas sólo para deshacerse de Margareta?

—Eh —Patrik se abre de brazos—, no me mires así. Yo no he hecho nada, pero tampoco es que me quite el sueño si Margareta desaparece del mapa. Creía que estabas de acuerdo conmigo.

—Una imagen de una persona muerta se extiende por la red, y se puede utilizar para cualquier cosa —dice Harriet.

—Ocurre constantemente. Además, luego se puede exigir la retirada de esas imágenes, así que no tiene importancia. —Se queda callado.

Harriet desliza la mirada por Patrik, exactamente como él hizo el día que se conocieron en la sala de reuniones. Lo ha tratado bien, han ido juntos a comer pizza, ha bromeado con él y ha pensado que era un buen tipo, aunque no sea del estilo de hombre con el que le gustaría salir. Pero ahora que lo observa ve lo feo que es; no es para nada el pedazo de policía atractivo que pensó que a Lisa le gustaría. Tiene los ojos muy separados y la nariz de cerdito. Tiene manchas en el cuello, seguro que del afeitado, que brillan enrojecidas sobre su pálida piel.

—Si eres tú quien ha filtrado las imágenes, ya no somos amigos —advierete Harriet despacio—. Eso no se hace, joder.

La mirada de Patrik se vuelve oscura.

—¿Qué dices? Claro que no he sido yo. No soy imbécil. —Su rostro sigue impassible cuando lo dice, pero Harriet nota que los músculos del cuello se mueven bajo la piel. Está mintiendo—. Intenta demostrarlo si no me crees. —Ladea la cabeza.

Harriet no responde.

—Por cierto, que te vaya bien con el interrogatorio de Lia, doña perfecta. Lena ha nombrado al representante más difícil que te puedes imaginar. Charlene Svärd, se llama. De la capital. Son duros de pelar los cabrones de allí arriba. —Desaparece cerrando con un portazo.

«Charlene Svärd», piensa Harriet. Debe de ser la mujer de Rikard. Harriet se relaja unos segundos y deja que la ira se calme antes de guardar el móvil. Coge un bloc de notas y un bolígrafo y se dirige a la sala de interrogatorios.

Charlene Svärd, Lia y Margareta ya están en la sala cuando entra. Charlene se

vuelve de inmediato hacia ella. Es justamente como se había imaginado que sería la mujer de Rikard. El pelo espeso y brillante, cogido con una aguja de oro con perlas. Su piel perfecta emana un débil brillo en los pómulos cuando el fluorescente le da en la cara. La americana negra le queda estupenda, no como le sientan las chaquetas a Harriet, que siempre tienen las mangas muy largas y forman arrugas cuando se las abrocha.

—Te presento a Harriet, investigadora —dice Margareta, y pone una silla a su lado—. Harriet puede seguirnos desde aquí, no hace falta que hagamos una pausa. Nathalie iba a explicarnos por qué se encontraba en el granero.

Lia le sonrío con dulzura a Harriet. Se ha recogido el pelo en un moño y el peinado la hace parecer más joven. Sus mejillas están sonrosadas y sus abultados labios son de color rojo claro natural. «Es guapa. Lástima que una belleza como ella se vaya a desperdiciar en un psiquiátrico», piensa Harriet.

—¿Puedes explicarnos qué hacías allí? —La voz de Margareta es neutral.

—Ya lo he dicho, iba a verme con mi novio. Habíamos quedado antes, por la tarde, pero no se presentó. Entonces me atacaron. Mi hermano se había enterado de alguna manera de que íbamos a vernos y quería evitarlo. Pero eso ya lo sabéis.

Harriet aparta la vista de Lia. De pronto no le parece buena idea estar presente. Lo que Lia dice la provoca.

—Mi novio ha dejado a su mujer y ha vuelto a casa desde Bali para verme.

Hace una pausa y se peina.

—Mi hermano Niklas vino porque quería pararlo todo. Quizá yo debería haberlo entendido, pero creí que la policía lo buscaba a él y que tal vez ya lo habían detenido. Ya ha intentado matarme antes, una vez. Está loco.

Harriet piensa de pronto que quizá no han informado a Lia de la muerte de Niklas.

—¿Por qué en el granero, precisamente? —pregunta Harriet. Tiene que dominarse para mantener apartada la ira que le hierve por dentro mientras Lia está ahí sentada acusando a Niklas.

—Está bastante apartado —responde Lia—. A mi novio le gusta que nos encontremos donde nadie nos pueda ver, hasta que todo haya pasado.

—Creo que elegiste el escenario del crimen, Sundgodset, porque has crecido allí y porque era allí donde Douglas abusaba de ti. Querías enseñárselo a Paul para que entendiera por qué los mataste. ¿No fue eso? Niklas me ha hablado del abuso —comenta Harriet.

Lia no contesta, pero busca la mirada de Margareta. Le brillan los ojos.

—¿Se enteró Laura de que Douglas y tú teníais una especie de relación? ¿Fue por eso por lo que se enfadó y cambió el testamento? Douglas te buscó un alojamiento y pagaba el alquiler a cambio de poder visitarte cuando le apeteciera. ¿No es así? Tenía las llaves.

Lia se endereza y parece que intente recomponerse.

—¿Qué os ha contado Niklas? ¿Ha hablado de todas aquellas noches? ¿De los ruidos en la escalera? Apagábamos la luz, pero cuando oíamos crujir la escalera yo ya sabía lo que iba a pasar. Sólo tenía doce años cuando me forzó por primera vez. —Le tiembla el labio inferior y parece que se le va a quebrar la voz.

—¿La cosa continuó? —Harriet tiene que recordarse a sí misma los actos que ha cometido Lia, porque en este momento parece una niña a la que le han arruinado la vida.

—Ya sabes cómo puede ser Douglas. Le tengo mucho miedo. «Eres muy bonita, Lia», me dice siempre. Después me hace daño.

Harriet traga saliva.

—Esta información es nueva para mí —afirma Charlene—. Esto es algo de lo que mi cliente y yo no hemos podido hablar.

Su tono es el mismo que utilizó con Rikard en el coche. Es atractiva, pero parece bastante antipática.

—¿Continuaste viéndote con Douglas hasta no hace mucho? —pregunta Margareta, ignorando a Charlene.

A Lia se le escapa un sollozo y niega rotundamente con la cabeza.

—Lia está agotada, dejad que descanse. ¿No os dais cuenta de que no tiene fuerzas para contestar a vuestras preguntas? —dice Charlene volviéndose hacia Lia—. No necesitas contestar a eso en este momento. ¿Quieres hacer una pausa?

Lia vuelve a negar con la cabeza.

Charlene saca un bolígrafo negro y brillante del bolsillo de la chaqueta, se

mira el reloj de pulsera de oro que adorna su muñeca y hace una anotación en el bloc que tiene delante.

—Es más fácil si nos lo explicas tú —aclara Harriet—. Si no, tendré que preguntarle a Paul o a Yvonne. O quizá podría preguntarle a Douglas cuando despierte —añade. Si Lia no sabe que Niklas está muerto, es imposible que sepa que Douglas también ha fallecido.

Lia se inclina hacia delante y entrelaza las manos.

—Espero que no despierte nunca. Merece morir, igual que Laura —suelta de pronto—. Era mi dinero. Me dijeron varias veces que me lo darían. Douglas prometió que me ayudaría, pero no lo hizo.

—Están apareciendo muchos datos de los que no he oído hablar antes y quisiera tener la oportunidad de tratarlos con mi clienta antes de proseguir el interrogatorio —dice Charlene—. Quisiera hacer una pausa.

—Yo decido cuándo se ha acabado este interrogatorio. Si lo interrumpes de nuevo, saldrás fueras —responde Margareta con tranquilidad—. ¿Te traicionó? —pregunta volviéndose de nuevo hacia Lia—. ¿No te ayudó a pesar de habértelo prometido?

Lia niega con la cabeza.

—¿Te engañó? ¿A ti, que eres una mujer lista? —continúa.

Lia se aparta un mechón de pelo de la cara.

—Douglas es impredecible. Laura sabía que me venía a ver porque se lo decía él. Pero no podía hacer nada. Me dijo que se lo decía cuando estaba borracho y quería ser malo con ella. Cuando se emborrachaba siempre le salía la malicia. Ella me llamó y me gritó por teléfono que ya no era parte de su familia. Me desheredaría igual que había hecho con Niklas.

Charlene la observa fijamente.

—No tienes por qué contestar a sus preguntas —le dice con firmeza.

—No, quiero explicarlo —continúa Lia—. Laura era una falsa. Supo desde el primer momento lo que ocurría, pero prefería mirar para otro lado. Lo estropeó todo. Fue injusto. El dinero era mío.

Mientras habla, Harriet oye las palabras de Niklas en su cabeza. «Su realidad nunca es igual de la de los demás.» Y la persona que tiene delante parece no

entender la implicación que tienen sus propias palabras.

—Lo que me pregunto es cómo pudiste saber que Kenneth había visto el asesinato en el granero. Sé que Kenneth vio lo que ocurrió en el granero. Lo tiene apuntado en su libreta.

Lia parece pensativa.

—Porque Niklas lo vio allí —responde—. Vio su cara en la ventana. Niklas me lo dijo.

—¿Por eso mataste a Kenneth? —prosigue Harriet.

Charlene se aclara la voz.

—Nathalie, no contestes a eso —ordena.

—Claro que voy a contestar, porque está equivocada —responde Lia—. Niklas lo mató, no yo. Se enfadó porque Kenneth lo hizo mal. Niklas y yo le dijimos varias veces lo que tenía que decir en el interrogatorio. Que había visto a un hombre entrar por la ventana. Lo ensayamos varias veces, y yo sabía que Niklas le haría daño si se equivocaba, pero a pesar de eso Kenneth se puso a cantar.

—¿De qué manera se puso a cantar? —pregunta Harriet deprisa.

—Nombró la caja fuerte. Después se quedó acojonado, porque creía que le haríais más preguntas. No estaba seguro de si podría dejar de contar la verdad. Yo le dije que todo iba a salir bien y que no había peligro. Incluso nos echamos a reír, pero cuando se dio la vuelta, Niklas cogió una piedra y se la estampó en la cabeza.

A Harriet se le revuelven las tripas al imaginar cómo murió Kenneth.

—¿Cogió una piedra? —pregunta Margareta.

—Sí, se agachó. Fue todo muy rápido. No me dio tiempo de pararlo. Supongo que la piedra estaba allí. Niklas está enfermo. No lamento que atacara a Douglas y a Laura, se lo merecían, pero Kenneth no.

—Hay algo que no entiendo —empieza a decir Harriet, y Lia mira hacia arriba—. Has dicho que ensayasteis lo que Kenneth debía decir en el interrogatorio.

—Sí, para que saliera bien.

—Pero acabas de decir que acordasteis que tenía que afirmar que había visto

a un hombre entrar por la ventana. ¿Por qué quería Niklas que dijera eso? Ese testimonio no le convenía.

Lia se queda parada.

—No, pero... —Titubea unos segundos antes de respirar hondo—. Niklas dijo que creeríais que había sido Tony. Por esto te llamé a ti también.

—Vale, ahora lo entiendo mejor —aclara Harriet—. ¿Niklas y tú estabais solos con Kenneth en el foso de arcilla, o había alguien más que pudo haber visto cómo Niklas lo mataba? —continúa.

Lia la mira perpleja.

—¿Acaso no ha explicado ya cómo ocurrió? —interrumpe Charlene.

—Sí, pero es que no lo acabo de entender.

—Estábamos solos en el foso de arena —responde Lia—. Nadie más lo vio. Menos yo, claro. Pero entiendo lo que pretendes. Niklas lo negará y me culpará.

—No, no es eso. Es que hay alguien que puede certificar que Niklas es inocente de la muerte de Kenneth.

Cuando dice aquello, las pupilas de Lia se dilatan un poco.

—Niklas no fue en ningún momento al foso de arena la tarde que murió Kenneth. Estaba en casa de Yvonne. Ya le ha dado una coartada.

—Yvonne miente —responde Lia enseguida—. Siempre miente cuando se trata de Niklas.

—La verdad es que lo dudo. Además, hay más personas que pueden corroborar su versión.

Lia se pone pálida.

—En su libreta, Kenneth había escrito que te vio a ti matar a Laura en el granero.

Harriet nota una vibración en su bolsillo y saca discretamente el móvil para apagarlo. Típico, se ha olvidado de ponerlo en modo avión. Es Rikard quien la está llamando. Harriet rechaza la llamada.

—Podemos hacer una pausa si tenéis que hablar por teléfono —aprovecha para decir Charlene volviéndose hacia Margareta—. Quisiera hacer un descanso.

—No estoy hablando por teléfono —responde Harriet.

—Quiero hacer una pausa. —La voz de Charlene es dura—. Aparentemente,

mi clienta no se encuentra bien. No me parece adecuado que continuéis interrogándola.

Margareta asiente y Harriet se levanta.

—Paul no pensaba huir contigo —le dice Harriet a Lia antes de abandonar la sala.

En el pasillo, se aleja deprisa de la sala de interrogatorios, y Margareta la sigue.

—Está de psiquiátrico, así que me pregunto qué va a decir Konrad del interrogatorio —advierde Margareta. Apenas mueve los labios cuando habla, a pesar de que es imposible que Charlene y Lia la oigan—. Seguro que Lia cambia de opinión cuando volvamos a entrar.

Harriet asiente con la cabeza. Lia parece interpretar varios papeles cada vez. La sensible, la vigilante, la miedosa y la decidida. Parece que pueda echarse a llorar como quien chasca los dedos.

—¿Ha pasado algo? —Margareta señala el móvil de Harriet. Otra llamada perdida y un mensaje en la pantalla. Es de Rikard.

Rikard: Llámame de inmediato.

Es por tu padre. Es urgente.

Camino del hospital de Lund.

A Harriet se le nubla la vista. Se obliga a mantenerse en pie y se apoya en la pared con todo el cuerpo.

—Harriet, ¿qué te pasa? —Margareta la coge por el hombro.

Harriet devuelve la llamada. Rikard contesta antes de que suene el primer tono, como si estuviera esperando con el teléfono en la mano.

—Harriet, voy camino de urgencias con Eugen. Lo encontré fuera, en la cuesta, al lado de Henrikehill.

El pulso se le acelera a Harriet de puro pánico. Ya está. Piensa. Eugen está muerto. Ha pensado varias veces en cómo se sentiría cuando se enterara, pero después siempre se ha apartado el pensamiento de la cabeza.

—¿Estaba tumbado en la pendiente?

—Sí. Está confuso, pero sabe cómo se llama, Eugen Vesterberg, y tiene una hija que se llama Harriet. Entiendo que debes de ser tú.

Harriet cierra los ojos. A lo largo de toda la noche, cuando ha intentado dar con Eugen, el teléfono estaba desconectado, y cuando esta mañana ha pasado por delante de la casa las ventanas estaban oscuras. Ha supuesto que estaría durmiendo, pero puede que Eugen haya permanecido toda la noche tirado en la cuesta.

—¿Y ahora dónde está? ¿Puedo hablar con él? —Los ojos se le llenan de lágrimas mientras habla.

—Vamos camino de Lund, lo llevo a urgencias. —Rikard parece tranquilo, como si aquello fuera algo que hiciera cada día—. Eugen no parece poder hablar en este momento, pero no te preocupes.

—¿Que no me preocupe?

—Estamos llegando —responde Rikard—. Llámame cuando llegues.

Cuando Harriet cuelga, se vuelve hacia Margareta.

—He oído la conversación. Vete de inmediato. No pienses en el interrogatorio, volveremos a hacerlo muchas más veces.

—¿Dónde está Paul? Tengo que hablar con él.

—Tu hermano está en la sala de interrogatorios número tres. Göran lo lleva.

—¿Lo podemos interrumpir? Quiero que mi hermano venga conmigo.

Margareta se coloca el pelo cano por detrás la oreja.

—Me pones en un compromiso, Harriet —contesta—. Pero, de acuerdo. Interrumpe el interrogatorio y llévate a Paul. Aunque supongo que no dejarás que tu hermano se vaya a ninguna parte y que lo traerás aquí otra vez en cuanto sepáis lo que le ha pasado a tu padre.

—Gracias. —Harriet se seca con discreción las mejillas y se va a toda prisa.

Los dos van concentrados en un coche civil de la policía que Harriet ha tomado prestado del garaje. Cuando Harriet mira a Paul a los ojos se da cuenta por primera vez de que se parecen mucho. Tienen la misma forma de apretar las mandíbulas y adelantar la barbilla cuando piensan.

—Vi que la policía le disparaba a Niklas. ¿Se ha salvado? —pregunta, y fija la vista en la central nuclear de Barsebäck y en los prados cubiertos por vapor de agua.

—No lo sé. —A Harriet le parece horrible mentir, pero le ha prometido a Margareta no hablar con él del caso ni de nada que tenga relación con él, y piensa cumplir su promesa.

—Y ahora papá se pone enfermo. ¿Crees que es grave? —continúa Paul.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Intento pensar que está recibiendo la mejor ayuda posible, pero la confusión que tiene me intranquiliza.

—A mí también, aunque en este momento no te lo creas —admite Paul bajando la vista—. Las últimas veinticuatro horas han sido las peores de mi vida.

Su rostro confirma sus palabras. Está despeinado y la barba, que nunca deja crecer, le cubre ahora la barbilla y las mejillas. Es oscura y rala, lo cual hace que parezca que lleve la cara sucia.

—A mí también me cuesta asumir todo lo que ha pasado —dice Harriet—. Incluso que estés aquí sentado.

—Ya lo sé. —Paul suspira—. Perdona por haberte mentado, pero es que no podía explicarte por qué había vuelto a casa. Lia me llamó. Estaba desesperada por lo del testamento y maldecía a Douglas y a Laura. Yo no entendía por qué estaba tan enfadada. No es un derecho heredar de nadie, pero sé que está desequilibrada y yo no estaba al corriente de su pasado. No sabía lo que le había pasado en la finca. Cuando me llamaste y me contaste que Laura había sido asesinada, entendí que Lia podía estar implicada, aunque no lo quisiera creer. Tuve que regresar a casa, necesitaba averiguar si era verdad o no. —Se echa hacia delante y pone más fuerte el aire acondicionado—. A veces puedes creer que conoces a una persona, confías en ella, y de pronto resulta que es alguien distinta del todo. Estaba locamente enamorado de ella, pero ahora ya no la reconozco.

—No entiendo cómo has podido mantener una relación con ella —dice Harriet—. Apenas podía creerme que fuera verdad cuando me lo explicó Yvonne.

—He sido un idiota.

—Por lo que he visto, Lia es manipuladora y desconsiderada —comenta Harriet, pero al mismo tiempo recuerda que a ella misma la engañaron las maneras de Lia, lo fácil que fue quedar envuelta en sus mentiras.

Paul suspira.

—No quiero volver a verla, después de saber lo que ha hecho. Es triste que acabe así. Fue muy malvada conmigo cuando nos vimos en el granero. Creo que imaginaba que yo, de alguna manera, podría entenderla. Pero eso es imposible. —Paul presiona el botón de la ventanilla, que baja despacio—. Cuando se lo dije, se puso como una loca. Parecía que todavía creía que íbamos a huir a alguna parte, empezar una nueva vida. Entonces le dije que ya no estaba enamorada de ella. Que pensaba cortar con ella.

—¿Qué dijo ella? —Harriet se vuelve hacia él—. ¿Puedes subir la ventanilla? No me gusta la corriente de aire.

—Sí, sí. —Paul sube la ventanilla de nuevo y le da más fuerza al ventilador

—. Me llamó cobarde, asqueroso, gritó que me había aprovechado de ella, que me odiaba y que iba a joderme la vida. Más o menos, eso fue todo.

El aire que sale expelido por el conducto lateral de ventilación hace que los rizos de Harriet le vayan hacia cejas, y ella se los aparta con rapidez.

—¿Qué le has dicho a Eva-Lena? —dice Harriet. Se pregunta si la mujer de Paul no pensará lo mismo de él. Que Paul es alguien completamente distinto de la persona que creía conocer.

—Que había pasado algo en el trabajo. Como es obvio, se indignó, pero mi trabajo es también lo que mantiene toda nuestra vida, y estaba seguro de que aceptaría que yo volviera a casa. Además, ella y los niños pueden continuar en el paraíso.

Harriet aprovecha para adelantar a una furgoneta.

—Y, ahora, ¿qué piensas hacer? Yo no le diré nada a Eva-Lena, que lo sepas. —Harriet aminora la marcha y gira hacia Lund.

—Ya lo sé, Harriet, pero se lo voy a explicar todo. Será tremendo y lo estoy pensando desde el verano, pero no me he atrevido. No soy tan valiente como tú —admite.

—Yo no tengo nada de valiente —replica Harriet, aunque tras estas últimas semanas sabe que es más fuerte de lo que creía.

En cuando ve la señal de tráfico con la cruz roja y el texto HOSPITAL, Paul se queda callado y ninguno de los dos dice ni una palabra hasta que Harriet entra en el aparcamiento, junto a la entrada de urgencias.

Han ingresado a Eugen, y una afable mujer de recepción les señala la dirección hacia el departamento. Tienen que seguir la línea naranja del suelo a lo largo del luminoso pasillo del hospital.

—Estos sitios siempre huelen de forma muy especial —comenta Paul gesticulando—. Como una mezcla de alcohol y suelo de plástico. Este olor me da un poco de pánico.

Harriet lo observa. Casi nunca ve a su hermano nervioso, pero ahora parece agobiado.

—A mí tampoco me gusta estar aquí —admite ella al fin, sorprendida ante su propia calma.

—Pues qué bien que estemos los dos —responde Paul.

La línea naranja del suelo gira hacia la derecha y Harriet busca los carteles que cuelgan del techo. Entonces ve a alguien con el rabillo del ojo.

—¿Ése es el hombre que trajo a papá? —susurra Paul—. Porque si no, hay un tarado que nos está haciendo señas.

La delgada figura de Rikard en traje oscuro resulta inequívoca y se diferencia de cualquiera a su alrededor. Está al fondo del pasillo.

—Sí, lo es. Y no es uno cualquiera. He salido con él.

Paul le sonrío y, aunque la situación sea absurda, resulta agradable que comprenda que Rikard es alguien con quien ella quiere hablar a solas.

—Parece que han ocurrido muchas cosas desde que me fui —responde—. Voy a buscar a un médico.

Paul desaparece y Harriet sigue adelante. No sabe exactamente cómo saludar a Rikard. Cuando se separaron pensaba que era un cerdo, pero ha salvado a Eugen.

—No sé qué decir —admite Harriet—. Gracias parece insignificante.

—Hice lo que habría hecho cualquiera —contesta Rikard—. Pero no voy a molestaros. —Mira hacia el mostrador que hay a lo lejos. Paul ha ido hacia allí.

—Es Paul, mi hermano —aclara Harriet.

—De acuerdo.

Se quedan en silencio y Harriet nota que se ruboriza.

—¿Qué han dicho?

—El médico va a venir de un momento a otro. —La observa—. Oye, no pensaba quedarme, pero hay un pastor alemán en el portaequipajes que probablemente lo esté llenando todo de pelos. No creo que me lo dejen tener en la habitación del hotel —responde Rikard—. Y, aunque me dejaran, es demasiado inquieto para mi gusto.

Harriet se echa a reír a pesar de lo serio de la situación.

—¿Te has llevado a *Kato*? ¿Cómo ha sido eso? —Nota una punzada de remordimiento por haberlo olvidado por completo.

—Salí a pasear por el parque y oí un perro ladrar desde la cuesta. Me acerqué y vi a Eugen.

—Me pregunto cuánto tiempo estuvo tirado allí —comenta Harriet—. Es horrible pensarlo.

Rikard se aclara la voz.

—No quiero entrometerme, pero si quieres compañía, puedo esperar aquí, por lo menos hasta que os informen.

Harriet le sonríe. Sería agradable que se quedara.

—O dime qué hago con el pastor alemán —bromea Rikard—. De todas formas, he bajado las ventanillas un poco y he aparcado en la sombra. Hasta aquí llegan mis conocimientos sobre los animales.

—*Kato* es el perro de Paul y seguro que no le pasará nada, por lo menos una media hora más —replica Harriet—. Me alegraría que te quedaras un rato si te apetece.

—Entonces me quedo —responde Rikard, y se sienta en una silla que hay junto a la pared—. ¿Quieres? —Saca una bolsa de gominolas—. Es lo único que había en la máquina de la sala de espera.

Harriet coge un dulce a la vez que Paul llega hasta ellos.

—Podéis entrar. Yo me quedo aquí fuera.

—Gracias de nuevo —dice Harriet, y abre la puerta de la habitación.

La sala es rectangular, tiene una ventana a lo largo de una de las paredes y hay tres camas de hospital, una al lado de la otra, separadas por unas cortinas de plástico. Eugen está en la cama más alejada. Duerme, a pesar de que el respaldo está levantado. Al lado de la cama hay un gotero, pero, por lo demás, no parece que esté muy afectado.

—Tenía la temperatura corporal baja cuando llegó —dice una voz tras ellos. Un hombre con la bata blanca y zapatillas Schloff claras entra en la habitación. Les estrecha la mano para saludarles—. Soy el doctor Bergström.

—¿Cómo está? —se interesa Paul.

—Todas las constantes están bien, pero le hemos puesto suero y queremos tenerlo en observación unos días. La hipotermia es un estado que puede ser peligroso, en especial para la gente mayor que tiene dificultades para regular la temperatura corporal —los informa el doctor Bergström.

—¿Así que no hay peligro? —Harriet mira a Eugen en la cama recién hecha.

Parece debilitado.

—No, se recuperará bien. Le hemos dado un calmante. Está durmiendo tranquilo.

Paul se sienta en la silla al lado de Eugen.

—A principios de semana estuvimos aquí para que se hiciera unas pruebas, pero aún no nos han llegado los resultados. Lleva un tiempo desconcertado. Que desapareciera y lo hayan encontrado tirado en una cuesta es una parte de su situación actual.

El doctor Bergström saca una carpeta de plástico azul llena de papeles y se pone a hojearlos.

—Acabo de recibir el informe —dice sacando un escrito—. Los valores de las pruebas son buenos y ningún test da cambios fuera de lo normal. Le haremos una tomografía digital mientras está aquí para estar bien seguros, pero me sorprendería que apareciera nada extraño. Nada de lo que pone aquí sugiere ningún tipo de demencia senil.

Harriet oye cómo Paul suspira de alivio, aunque ella no se atreve a hacerlo.

—Pero ¿y la confusión? Se olvida del tiempo, sale de casa sin chaqueta, y ahora esto —dice señalando con la mano a Eugen, que duerme—. Realmente, no suele ser así.

Eugen mueve un poco la cabeza. Parece que está a punto de despertarse.

—¿No oyes lo que dice? Se pondrá bien —interrumpe Paul.

Despacio, Harriet se hunde en la silla de al lado de la de él. Estaba tan segura de que le pasaba algo que le cuesta admitir lo que dice el médico.

—Tienes que pensar que cierta confusión es normal cuando uno se hace mayor. Si duerme bien y tiene suficiente estímulo social, notaréis la diferencia enseguida. La soledad y el insomnio suelen ser motivo de confusiones de ese tipo. Aunque si la radiografía muestra algo, lo habréis cogido muy a tiempo y podréis proporcionarle la ayuda que necesita.

—Harry, escucha al doctor —dice Paul, y en ese momento Eugen abre los ojos.

Lunes, 4 de septiembre de 2017

Es una noche cálida y tranquila de finales de verano. Harriet ha decidido ponerse un vestido ligero. Estaba en el armario y supone que es de Eva-Lena, porque es de rayas azules y blancas. No es del estilo de Harriet, precisamente. A las seis en punto, Rikard entra en el restaurante del puerto Ruibarbo y Cangrejo. Lleva vaqueros y una camisa azul claro. No se había imaginado que tuviera un par de tejanos, y mucho menos que se los pusiera. En el armario de su hotel sólo había trajes oscuros.

—Hola —la saluda, y se inclina hacia delante para darle un ligero beso en la mejilla.

Harriet percibe un suave olor a colonia. Rikard lleva el último botón de la camisa desabrochado y Harriet nota que el vello de la barbilla tiene un tono más oscuro que su pelo rizado. Han pasado veinticuatro horas desde que lo vio y le ha enviado cuatro mensajes desde entonces. Innecesarios, pero él se los ha contestado todos.

Ha reservado mesa en el patio interior, hacia la cafetería, y se sienta en el banco que hay frente a ella. Está construido con madera llegada a tierra desde el mar y se bambolea cuando él se sienta.

—Qué poco pretencioso —dice Rikard riéndose.

Harriet siente un punto de irritación. No le gusta que se burle del restaurante que ha elegido. Sin embargo, después se lo quita de la cabeza; él sólo está bromeando y no tiene ninguna malicia.

—Me gusta estar aquí. Han ocurrido cosas horribles en Lerviken, pero, a pesar de ello, es el mejor lugar del mundo —le dice.

—¿Cómo está Eugen? —pregunta él.

—Lo tienen en observación un día más. En realidad, podrían haberlo enviado a casa hoy porque se ha recuperado del todo. Él no lo reconocerá jamás, pero yo creo que le gusta que lo mimen. Paul está allí con él.

—Me lo imagino —dice Rikard mirando los barcos que pasan por el estrecho. Con el sol de la tarde, su piel morena adopta un tono dorado. Es realmente guapo.

—¿Te quedarás aquí cuando hayáis cerrado el caso? —pregunta Rikard, y llama al camarero.

—Hay que ir al bar a pedir —informa Harriet señalando una pizarra que está apoyada en la pared—. Allí está el menú, pero no hace falta que lo mires. Siempre sirven el pescado del día y siempre son mejillones. Ya he pedido yo.

—De acuerdo —dice, y se echa a reír—. ¿Puedes contestar a mi pregunta?

Harriet mira hacia otro lado. Le cuesta acostumbrarse a su sinceridad y siempre consigue sofocarla.

—La investigación acaba de empezar, aunque ya hayamos resuelto el caso — responde ella—. Seguramente, me quedaré mientras dure, aunque todavía no tengo los estudios necesarios y no me caen bien todos mis compañeros. — Harriet piensa en Patrik. En este momento, Harriet lo detesta. Sin embargo, con Elias es diferente. Le gustaría trabajar con él. Hace dos días que no lo ve, pero cuando le mandó un mensaje para preguntarle cómo estaba, le contestó que volvería al trabajo a la semana siguiente. Sabe que Margareta le pidió que dejara a Elias tranquilo, pero no pudo evitarlo. Le sabe mal por él. Le sigue pareciendo inverosímil que Niklas haya muerto.

—Así que al final te quedarás más de medio año, a pesar de todo.

Harriet mira a su alrededor. Desde la terraza se ven los valles vestidos de verde y, en el horizonte, el puente que cruza a Dinamarca.

—Sí, aunque como Paul ya está aquí, y parece que se va a quedar un tiempo, quiero hablar con mi colega, a ver si podemos compartir un piso en Malmö — dice.

Rikard arquea las cejas.

—¿Un colega en Malmö? —Parece sinceramente sorprendido, y Harriet se echa a reír.

—Una amiga, Lisa. Vive allí. La echo de menos y sería estupendo vivir juntas otra vez. Lo hemos hecho antes. Es muy divertida —dice Harriet, pero de pronto se queda callada.

Acaba de caer en la cuenta de que no ha llegado a contestarle los últimos mensajes. Hace días que no sabe nada de ella.

—Aunque aún no he hablado con ella, así que no sé si querrá. Si al final me quedo una temporada larga en Skåne, quiero buscarme algo para mí sola, aunque procuraré que Eugen esté acompañado la mayor parte del tiempo. Y esta noche he reservado una habitación aquí —dice señalando la casa de ladrillos donde está la cafetería—. Paul se queda en el hospital con Eugen y yo no quiero estar sola en la casa después de todo lo que ha pasado. Quiero tener gente a mi alrededor.

Una amplia sonrisa aparece en los labios de Rikard.

—Puedes vivir conmigo unos días si te apetece. Me quedaré en Henrikehill por lo menos una semana más.

Aparece una camarera y pone dos botellas de cerveza y una cesta con pan sobre la mesa.

—Me gusta lo sencillo, pero no sé si me veo abriendo botellas con los dientes —dice quitando la chapa con el canto de la mesa cuando se ha ido la camarera.

—No creía que supieras hacer esas cosas. No me parecías un tipo tan práctico —comenta Harriet.

—La verdad es que no duraría demasiado en una isla desierta, y todos mis créditos de la universidad no sirven demasiado para sobrevivir, pero abrir una cerveza es de nivel básico —responde Rikard.

Harriet se echa a reír. Es formal y atemporal en su forma de expresarse, y seguramente opinaría que Lisa y ella son de lo más infantiles si las viera juntas, pero en las distancias cortas es encantador y le gusta. Se podría acostumbrar a él.

—He pedido que me destinen en Helsingborg. Me quedaré en Skåne un tiempo —dice Rikard.

Harriet se arregla el vestido azul marino de Eva-Lena. No tiene bolsillos y no sabe qué hacer con las manos. La seguridad en sí mismo la irrita a la vez que la atrae. Intenta disimular una sonrisa, pero él la descubre. Que Rikard haya pedido

el traslado a Helsingborg es la mejor noticia que Harriet ha escuchado en mucho tiempo.

Él se inclina sobre la mesa. Sus ojos azules brillan y alarga una mano para apartarle un tirabuzón. Justo cuando ella se inclina para acercarse, su móvil tintinea a su lado en el banco, donde lo ha puesto por si Paul la llama. No puede dejar de mirarlo de reojo.

—No te importa estropear este momento —dice Rikard negando con la cabeza. Se ríe de ella.

—Perdona —responde Harriet—. Qué tontería.

Rikard señala el móvil con la cabeza.

—El momento ha pasado. Responde a la llamada o a lo que quiera que sea. — Después se vuelve a inclinar hacia delante y susurra—: Me gusta que seas tan poco romántica.

Harriet le da la vuelta al móvil. Es un mensaje de Lisa. Sería de lo más irónico si pusiera algo del estilo «Todos los hombres son unos engendros mentirosos», o algo así, tan propio de Lisa.

Pero lo que se encuentra es un mensaje del todo distinto.

Lisa: Me han secuestrado.

Harriet mira fijamente el mensaje. ¿Lisa está borracha o de broma? También hay un mensaje en el contestador del móvil. Una llamada perdida del mismo número.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Rikard.

—Tengo que escuchar el buzón de voz, es mi amiga. La que te he dicho que vive en Malmö. Está un poco loca —dice Harriet, y se pega el móvil a la oreja. Suenan un par de tonos antes de que empiece a escuchar el mensaje. Un intenso chisporroteo hace que Harriet casi se caiga del banco en el que está sentada. Después oye a alguien hablando en un idioma desconocido seguido de un chillido largo y estridente. Es Lisa.

Agradecimientos

Gracias a mis editoras Emma Danielsson y Erika Degard por vuestra sabiduría, vuestra claridad y una bonita colaboración que ha llevado esta historia a un nivel completamente distinto.

Gracias a Sören Bondeson por tus consejos inestimables, tu constante empujón y por compartir de forma tan generosa tus conocimientos. Pero, sobre todo, gracias por abrir en su día aquella puerta que yo ya no quiero volver a cerrar.

Gracias al fiscal Carl, a la inspectora criminal Carola y a los exagentes de policía Lena y Thord por haberme dedicado tiempo a explicarme vuestras interesantes experiencias, compartir vuestros conocimientos profesionales y responder mis extrañas preguntas a cualquier hora del día.

Unas gracias especiales a la técnica forense Caroline Karlsson por los agradables cafés en domingo entre conversaciones sobre asesinatos y escenarios de crímenes. Gracias a mis amigos escritores que desde sus «cuevas» me han leído y me han ofrecido sus puntos de vista a lo largo del trabajo. Y a la escritora Helene Dahlgren por su apoyo y sus gritos de ánimo tanto en los momentos altos como en los bajos.

Unas gracias indescriptibles a mi escudero, escritor y amigo Albert Lindemalm, que siempre ha estado a mi lado. Gracias por leerme y escucharme, pero sobre todo por darle color a cualquier momento del proceso. Agradecida para siempre por dejarme compartir la vida de escritora contigo.

Por último, las gracias más grandes a mi esposo, Johan Ryltenius, que nunca se cansa de hacerse cargo de todo lo demás mientras yo escribo. Sin tu apoyo, implicación y paciencia jamás habría salido ningún libro. Esta novela te la dedico a ti.

Testimonio mortal
Anna Bågstam

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Ögonvittnet*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Marius Kasteckas / Getty Images

© Anna Bågstam 2018, publicado por Norstedts, Suecia, en 2018
Publicado de acuerdo con Norstedts Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez Giménez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2019

ISBN: 978-84-270-4635-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!

